
T. J. BLACKWOOD
LA CAZA DEL ZORRO
Sobrevivir no es un juego
Planeta

T. J. BLACKWOOD

LA CAZA DEL ZORRO

Planeta

Contenido

PRIMERA PARTE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30

SEGUNDA PARTE

Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57

TERCERA PARTE

Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72

CUARTA PARTE

Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84
Capítulo 85
Capítulo 86
Capítulo 87

Capítulo 88

QUINTA PARTE

Capítulo 89
Capítulo 90
Capítulo 91
Capítulo 92
Capítulo 93
Capítulo 94
Capítulo 95
Capítulo 96
Capítulo 97
Capítulo 98
Capítulo 99
Capítulo 100
Capítulo 101
Capítulo 102
Capítulo 103
Capítulo 104
Capítulo 105
Capítulo 106
Capítulo 107
Capítulo 108

Acerca del autor
Créditos
Planeta de libros

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

Buda, Hungría, 1877

Laszlo Kinsky se adentró en el marañoso paraje invernal hasta las orillas del Danubio, donde la congelación o el asalto de alguna bestia no eran cosa imposible, pero lo urgente era salvar su pellejo de lo inmediato: la cofradía. Caminó unos pasos dentro del agua, mojó una mano e intentó quitarse el anillo; llevaba horas en esa tarea imposible. De alguna forma, y desde que se lo colocaron, quedó ajustado con una exactitud tal que, si bien no lastimaba, tampoco podía quitarse así como así. El frío del agua le hinchó el dedo dificultándole la tarea. El aullido de los lobos lo puso en alerta; lanzó una última mirada a los pedazos de hielo flotantes y emprendió la huida.

Más tarde cruzó la puerta de Maribor, recordando las veces que con desdén decía a sus criados lo afortunados que eran de trabajar en su finca y no verse en la penosa necesidad de estirar las manos en ese albergue para recibir un cuenco de puré repugnante de nabos y garbanzos. Esta vez él recibió el cuenco y fue a sentarse entre los menesterosos que despedían un penetrante olor a estiércol. «Bendita sea la virgen», dijo uno llevándose con los dedos a la boca el masudo revoltijo. «Al diablo con ella», pensó Kinsky, y se apresuró a tragar con el asco y hambre lacerándole la dignidad. Poco después, aturdido por el cansancio, miró el anillo con su dibujo en relieve de un zorro atravesado por una daga en el hocico. Su mente viajó al castillo Montsegur, donde su dueño, Étienne de Montmorency, contó cómo, ahí mismo, setecientos años atrás, los cátaros fueron «torturados con fino esmero» por los católicos hasta extinguirlos de la faz de la tierra. Kinsky podía recordar lo poco que degustó las exquisitas viandas en aquella fastuosa cena y lo mucho que miró su mano desnuda, ansiando que por fin fueran al salón donde los cofrades lo nombrarían el zorro mayor y le colocarían el anillo. Ahora, girando el dedo con el anillo, lo veía por primera

vez como un mero pedazo de metal tosco; oro, ciertamente, pero ya no el símbolo que le dio poder y riqueza absolutas, sino una argolla de esclavitud. Si tan solo pudiera viajar en el tiempo y devolvérselo a su dueño anterior; cuántas veces no pasó al lado de su tumba pensando que ahí yacía el vencido, el despreciado.

¿Qué podía salvarlo de que no fuera su turno? ¿Dios? ¿Era hora de reconciliarse con el altísimo? A su propio juicio, no había abusado del poder, acaso aquella vez que desvirgó a la hija de Bajai, pero bueno, luego a Bajai le regaló una hectárea de tierra, cosa que no hacía falta, pues cualquier otro más bien hubiera desvirgado a las demás hijas y despojado de sus pocas propiedades al desdichado. Esos recuerdos se diluían en Maribor. La realidad inmediata exigía soluciones prácticas: dónde pernoctar, por ejemplo.

Aquella mujer desdentada le sonrió con admiración, como dándose cuenta de que, aunque sucias y desarregladas, las ropas de Kinsky delataban ser las de un caballero.

Se llamaba Julinka y era la concubina de Ambrus, el herrero, quien viajaba con frecuencia a Budapest para herrar los caballos de su amo. No volvería hasta el día siguiente, razón por la cual ahora Kinsky terminaba de embestir a Julinka y ella lo miraba como si Zeus acabara de descender del Olimpo solo para poseer a una simple mortal. A manera de agradecimiento, y tal vez porque necesitaría de su ayuda, Laszlo Kinsky dio pie a que Julinka le contara lo que se le diera la gana. No lo hubiera hecho, la chimuela se echó a llorar despepitando sus infortunios, entre los que se contaban tipos de poca monta que la trataron peor que a un burro de carga. Ambrus no era la excepción, pero qué importaba, los caminos de Dios resultaban inciertos, ahora que ya era prácticamente una vieja de treinta y siete años, la providencia le había traído a un caballero de verdad. «No te hagas ilusiones», pensó Kinsky, mirando aquellos senos escuálidos mientras lo vencía el sueño.

No soñó con sus perseguidores, pero los ruidos le hacían despertar apretando los puños, listo para defenderse. Luego se daba cuenta de que todo estaba en orden; la mujer desnuda a su lado, más allá una mesa con herramientas y la puerta atrancada. De cualquier forma, ya no pudo pegar el ojo; no lidiaba con un grupo de simples malhechores, los cofrades eran los

tentáculos de un pulpo que lo alcanzarían donde fuera. Qué estúpido estar en esa casucha, qué imbécil haberse regalado una mujer y una cama tibia cuando lo que debía estar haciendo era retomar el cauce del Drava, camino a Klagenfurt, Gmünd, hasta Lienz, donde su primo Andras le proporcionaría un carruaje que le permitiera llegar a Viena, donde los cofrades no pudieran mover sus hilos tan fácilmente. La seguridad no estaría del todo garantizada, podían secuestrarlo y llevarlo al sacrificadero; lo que les pasó a los cátaros sería juego de niños. Lo definitivo sería embarcarse hacia América. Aparte de burlar la muerte tendría que burlar la ruina financiera, pero pocos sabían que Laszlo Kinsky había sido capaz de hacerse de un título nobiliario con métodos no muy nobles. Aún le quedaban un par de trucos, renacería de las cenizas. Dios sabe que sí. Pero cuando eso sucediera, el día menos esperado, en América o en cualquier parte del mundo, alguien observaría el anillo en su dedo...

—Despierta, Julinka. Hay algo que puedes hacer por mí, querida...

Mientras la mujer ponía los carbones al rojo vivo en el recipiente de hierro, como tantas veces le observó hacer a Ambrus, Laszlo Kinsky extravió la mirada en el rojo incandescente que comenzó a iluminar el filo del cuchillo. Julinka le preguntó con una mirada si estaba listo; él le dio un largo trago a una botella de palinka, asintió y colocó con firmeza la mano abierta en la mesa.

De un solo tajo, Julinka le rebanó el dedo.

—¡Maldita infeliz! —Kinsky pegó un grito que se prolongó más allá del bosque.

Julinka rompió a llorar, suplicándole que la azotara y se hincó y le besó las manos cuando Kinsky le dijo que, lejos de castigarla, se la llevaría con él si le conseguía un caballo. Ella no pareció dar crédito a tal bendición. Acordaron que harían lo siguiente: a Ambrus le gustaba embriagarse, así que sería relativamente sencillo ponerlo borracho y robarle el caballo. Harían esto cuando volviera de Budapest por la noche.

—Bendita mujer —dijo Kinsky—, ahora duerme en el suelo. Necesito la cama entera para retorcerme de dolor.

Cuando volvió en sí, miró a Julinka ir de aquí para allá poniendo en orden la estancia. Al centro de la mesa había un jarrón con flores que no estaba ahí el día anterior y un manojo de alelíes recién cortados. Ella se

había recogido el pelo y puesto rubor en las mejillas con el jugo de unas cerezas. Laszlo Kinsky sintió pena por ella; la desdichada parecía teatralizar lo que podría ser una vida distinta no con el herrero, sino con el caballero. Kinsky consideró que, ya que eso no sería posible ni en cien vidas, al menos le haría pasar unas horas de felicidad. Entonces le dijo lo deliciosos que le habían quedado aquellos huevos con judías y que el café estaba en su punto. La llevó al catre y le dio una segunda sacudida. Después acordaron que ella le llevaría el caballo a Maribor por la noche.

El resto del día lo pasó de nuevo a la orilla del Danubio. Dilucidó el motivo de su tranquilidad. ¿Aceptación de la muerte? No, nada de eso, no moriría, y no lo haría porque, en el fondo, nunca perteneció a ese grupo de aristócratas frágiles y pedantes. El sosiego tenía que ver con el ruido tranquilo del Danubio, con el olor de los maderos y con evocar su niñez tranquila no lejos de ahí. ¡Qué pesar haber perdido esa pobreza que en realidad nunca fue asfixiante! ¡Qué tristeza haber dejado atrás la juventud, en la que desde luego hubo una Julinka a la que la vida luego despojó de su rostro bonito, de sus pechos firmes, de sus dientes blancos, y de su mirada risueña! Una suerte de cofradía mayor compuesta por Dios, el destino, el demonio mismo, le había arrebatado ese tesoro de la infancia y la juventud, más valioso que el anillo del cual, imbéciles, él mismo se había despojado ya.

De noche regresó a Maribor, recibió el plato de puré y fue a sentarse en un rincón. Entonces comenzó a inquietarse. ¿Y si la mujer no venía, ya por torpeza para engañar al herrero o porque había caído en cuenta de que más valía la seguridad de un hombre tosco y vicioso que las promesas de un caballero en desgracia? Lo mejor sería no esperarla demasiado, volver a arreglárselas por sus propios medios.

—Sigan comiendo —ordenó una voz severa.

Tres sujetos con talante de alguaciles aparecieron en el albergue.

Kinsky bajó la cara con ganas de sumergirla en el puré. La frente se le perló de sudor, el corazón comenzó a latirle dolorosamente. Pudo ver el calzado de los hombres, yendo despacio entre los menesterosos. «Soy uno de estos», pensó con fuerza, «¡Uno más! ¡Un miserable más!», pero se reprochó no haber tenido el cuidado de ponerse la ropa del maldito herrero.

Aquellos pies se detuvieron frente a él; sería un error no levantar la cabeza, lo hizo dibujando un gesto apocado y hambriento. El hombre

respondió con una sonrisa socarrona, lo obligó a levantar la mano y le acercó el dedo muerto de piel costrada con el anillo del zorro, haciéndolo coincidir a la perfección con el muñón. Kinsky lanzó una mirada de tardía escapatoria a la puerta del albergue, donde Julinka lo veía con cierta morbosidad.

Una hora después, los cuervos contemplaban a la orilla del Danubio el cadáver de Laszlo Kinsky, de pie, con huellas de haber sido «torturado con fino esmero»: una estaca le entraba en el ano y le salía por la boca. Los ojos bizcos daban un remate burlón que hacía que los cuervos intercambiaran graznidos como si se comunicaran su desconcierto.

Capítulo 2

Nueva York, 2024

Le hirvió la sangre al escuchar de nuevo a la mujer quejarse.

—No, no me ha resuelto el problema, la computadora sigue sin funcionar.

—Señora Jones —Julian se armó de paciencia—, ¿ya revisó si está conectada a la toma de corriente?

—¿Acaso me estás llamando estúpida?

Era verano. El olor a perfume barato y la peste humana de venir en el metro —seguramente de Lorimer Street—, de aquellas trescientas almas encerradas en ese galerón asfixiante, le hacía considerar el suicidio como una bendición. La señora Jones había tenido el buen tino de hablar tres veces y las tres haber conseguido que Julian Langford fuera quien le contestara.

Su mente viajó a *París era una fiesta*, libro en el que, de alguna forma, Hemingway conseguía hacer sentir al lector que la vida era simple, bella y digna de vivirse. Pero cuando la voz lo retrajo a la realidad del *call center*, Julian recordó que Hemingway se había pegado un escopetazo.

—Tengo derecho a un buen servicio y no me lo estás brindando. ¿Seguro que entiendes el inglés o eres uno de esos inmigrantes del Congo?

—Lo que soy —dijo Julian— es su amable operario de servicio, señora Jones.

—Me parece escuchar ironía en tu voz, jovencito.

—Tal vez porque efectivamente la hay, señora Jones.

—¿Cómo dice?

—¿Es sorda, señora Jones?

—¿Cómo ha dicho?

—Sí, sorda. ¡¿Cuántos años hace que no te cogen, estúpida?!

Tres supervisores se presentaron en el acto y lo pusieron de pie, quitándole los audífonos con micrófono. Las miradas de los operadores le cayeron encima sin entretenerse demasiado, pues seguían en lo suyo: un millón de abejas zumbando su artificiosa amabilidad. «Lo escucho». «¿Algo más en lo que le pueda servir?». «¿Puede calificar mi servicio?». «Un placer atenderle...».

—Habíamos dicho que no lo volverías a hacer —sentenció la supervisora Perris, taladrándolo con sus fríos ojos azules.

Es cierto, lo había prometido, como los alcohólicos prometían que solo tomarían por hoy. Lo peor es que ella parecía gozar demostrándole su incapacidad de seguir las reglas. Sobre todo porque, después de soltar su perorata de lo que tendría que hacer para cubrirle las espaldas, se puso de pie, rodeó su enorme escritorio, le dio un gironcito al bastón de las persianas y luego se le paró a un lado para hablarle al oído:

—¿Qué fue lo que le dijiste?

—Que cuántos años hacía que no se la cogían.

—¿Cerraste la puerta al entrar?

Más tarde, comiendo hotdogs en la calle, se sentía un bastardo por las encerronas con Kathy Perris. Todo por no perder el empleo y, de ser posible, subir al siguiente escalón del *call center.* Maldito siguiente escalón, más bien era la rueda en una jaula con ratones.

—Yo invito...

No necesitó voltear para saber de quién se trataba, lo acusó la peste a cebolla. Era Allan Keys, editor de poca monta del *Times*. Pensaba de él un montón de cosas que jamás le diría. Era tan patético como su camioneta Guayin, el muñequito de hule con un miembro largo colgando del retrovisor o su desaliño habitual: algunos pelillos saliendo de la nariz y su eterna chamarra tipo estudiante con un número de futbolista, que usaba aunque tuviera cuarenta y cuatro años. Qué decir de sus comentarios donde siempre aventajaba a los demás por ser el más listillo.

Pararon en la caseta de la universidad. Julian no traía gafete para que el guardia levantara la pluma y Keys, que era un tacaño, no quiso pagar el medio dólar. No hablaron más de la cuenta, pues se veían a menudo. Keys le mencionó que estaba en un grupo de la red que se dedicaba a jugar bromas

pesadas, pero Julian no le prestó demasiada atención. Le dio las gracias y se encaminó hacia los edificios de tabique rojo que se levantaban al fondo. En el trayecto intercambió saludos con los maestros y estudiantes que encontró a su paso.

En la primera clase tocó desmenuzar el ensayo de Poe sobre su poema *El cuervo*. Le pidió a Diana Travis que leyera algunos fragmentos, deteniéndola a intervalos para irlos analizando, pero no estaba concentrado en ello, sino en que hoy podría ser el gran día en que su colega, Stewart, hablara con el decano Brooks sobre su jubilación y, en consecuencia, considerara a Julian Langford como su sucesor natural.

Stewart no era un mal sujeto, pero jugaba con la idea de la jubilación como un padre que se la pasa diciéndote que si te portas bien te dará ese regalito que tanto has deseado. Y nunca te da el regalo. Lo encontró en la fila del comedor y fue a sumarse detrás con una charola, clavándole la mirada en la espalda y su eterno chaleco de rombos.

—Oh, panecillos —dijo Stewart—, los voy a echar de menos cuando me vaya de aquí, amigo.

«Ya empezó», se dijo Julian.

Fueron a una mesa apartada. A Stewart no le gustaba que lo observaran comer, al hacerlo parecía un roedor receloso. Tenía una extraña relación con la comida, hacía gestos como si engullir le provocara dolor y náuseas.

—Encontré algo para ti. —Julian sacó el folleto de las Bahamas.

—Oh, amigo. —Aquel lo examinó deleitándose con las fotos de las playas, los cocteles y la gente joven en bikini—. Esto es vida, ¿no es así?

—Una que está a tu alcance, Stewart. ¿No te parece que lo pospones demasiado?

—Lo sé, Julian.

—¿Y entonces?

—Henrieta...

—¿Cómo?

—Mi hija... anoche tuvimos una larga conversación. Ella tiene un punto, ¿sabes? Dice que un setenta y tres por ciento de los jubilados se deprimen y mueren en un par de años. Henrieta sabe de estadísticas, a eso se dedica, ¿te

lo he contado? Gladys piensa lo mismo, que aún estoy fuerte como para jubilarme.

«Henrieta y Gladys meten las narices donde no les importa», pensó Julian.

—Entiendo, Stewart, pero yo también tengo un punto. —Le puso una mano en un hombro—. Tú me lo has dicho, quieres tiempo para ir de pesca, para viajar con Gladys y resucitar la llama de la pasión.

Stewart se echó a reír poniéndose rojo.

—¡Qué cosas dices! Gladys y yo ya no tenemos pasión, aunque sí, «la única manera de librarse de la tentación es caer en ella».

—¿Wilde?

—Sí, amigo, el gran Wilde.

—¿Sabes qué creo, Stewart? Que hoy es jueves y los jueves Brucks siempre está de buenas. No sé si me entiendes.

—Sí, querido, te entiendo. Eres un buen chico. Hablaré con él hoy mismo y le diré que llegó mi momento. Las Bahamas me esperan, ¿cierto? —Guiñó uno de sus ojitos sonrientes y volvió a mirar el folleto.

¿Sería demasiado recordarle que debía mencionar su nombre en la plática con Brucks? Se mordió la lengua. Lo mejor sería no revelar que la ansiedad lo corroía por dentro.

Capítulo 3

Lo que más le pesaba era haber creído en Oliver Stewart. ¿No es esa la definición de estar chiflado? ¿Esperar resultados distintos repitiendo las mismas premisas? «¿Cómo es que un hablador no reconoce a otro hablador?», se preguntaba mientras le decía a Diana que se casarían en diciembre. También ella mentía al decir que al único al que le importaba la boda de blanco era al tío Tom, quien la quería entregar en el altar en memoria de Sonya, la madre de Diana, una dama muy religiosa. Pero el viejo Tom más bien ponía obstáculos para que Diana no lo dejara solo. Además, a ella alguna vez se le salió decir que su madre era atea. En suma, toda una cadena de embustes.

—¿Hablaste con Stewart?

—Por la mañana, pero al Brucks no estuvo en su oficina.

—Siempre tiene un pretexto, maldito anciano, ¿por qué le cuesta tanto dar paso a las siguientes generaciones?

—No digas eso, Diana. Stewart es un buen maestro, los alumnos lo estiman.

—¿De qué estás hablando? Es más anticuado que una radio de onda corta. Lo he tenido en Literatura del Siglo XIX.

—El XIX es en sí mismo anticuado.

—Me refiero a que bosteza en clase, dice chistes ñoños... ¿Te digo cuál fue el último?

—¿El de la hormiga y el elefante? Ese siempre lo cuenta. —Sonrió Julian.

—«¿Quieres que una mujer te siga...? Procurar caminar delante de ella». Ese fue. Puf, me hace reír de lo pendejo que es. Además tiene lagunas mentales... Espera, se me está ocurriendo algo...

Cuando los ojos de Diana tenían ese chispazo, había que tomar precauciones, dejaba de lado cualquier escrúpulo. Ella se justificaba

arguyendo razones genéticas: un padre africano que, según ella, practicaba el vudú.

—Alguien debería hacerle saber a Brucks que Stewart tiene problemas con la memoria, ¿no crees?

—Yo no le haría algo así.

—Julian, no vamos a vivir de tu sueldo de profesor de asignatura ni de la mierda que ganas en el *call center*.

—¿Podrías decírmelo sin esa crudeza?

—Diablos. —La chica largó la mirada a la puerta de la cafetería, por donde apareció Brucks.

—No hay nada de malo en que tomemos una taza de café, así que cambia esa cara o lo harás sospechar —le pidió Julian.

—Pero resulta que esta no es la cafetería de la universidad, sino una a la vuelta del hotel Madison. Míralo, ha fingido no vernos. Sospecha... ¿Te das cuenta de lo importante que es casarnos ya? Un anillo en tu dedo y otro en el mío nos servirán de amuleto.

Quizá ella tenía razón. O, más bien, siempre lograba hacerse de ella. De arrebatar esa razón a cualquiera y voltear todo a su favor. Incluso en las clases, cuando se discutía un texto y le faltaban elementos para la crítica, de alguna forma lograba sacarlos de donde fuera hasta que conseguía dejar sin palabras a los demás. Ese modo de ser le resultaba chocante a Julian, pero no dejaba de recordar que desde la primera vez que la vio, enloqueció por Diana Travis: labios carnosos, ojos grandes, cabellera ensortijada, atlética como una modelo de ébano y con un carisma inconfundible.

Capítulo 4

La directora Harper lo miró como quien no sabe si sentirse ofendida o tomarlo por un loco que acababa de salirse de sus cabales en la recepción del Memorial Baptista. Él no había sido para nada educado al gritar: «¡Si algo le pasó a Tim, los voy a denunciar!». Terminó de arrepentirse cuando dirigió la mirada más allá de los ventanales y descubrió a Thara llevándolo en silla de ruedas hasta la sombra de los frondosos árboles.

—¿Decía algo, señor Langford?

Julian consideró que aquella era una de esas veces en que ofrecer disculpas solo recalcaría el error, por lo que dio la media vuelta para escurrirse hacia el jardín, pero la directora Harper lo detuvo:

—Espere un minuto, me apena recordarle que de nuevo tiene un atraso con los pagos. Ya se le han juntado dos.

—Hoy por la tarde le hago la transferencia.

—Son las cinco de la tarde, señor Langford.

—Entonces mañana temprano.

—El patronato habló del caso de Tim, piensan que lo conveniente es que usted lo traslade al Creedmoor.

—¡Cristo, no! —exclamó al imaginar a su hermano deambulando con un mugroso batón en los pasillos meados, llenos de locos y maniáticos.

Hizo cálculos mentales: podía evitar la conversación del alquiler con la casera si procuraba llegar un poco más tarde al edificio y no encontrarla en la escalera.

—¿Puedo transferirle el pago de un mes ahora mismo y el siguiente por la mañana?

Después de librar aquello, se presentó en el jardín.

—Thara, ¿qué percance tuvo mi hermano? ¿Por qué tantos mensajes y sin entrar en detalles?

—No sé de qué me hablas, no estoy enterada de eso, pero se me ocurre que te los pudo hacer llegar Harper para que vinieras a hablar de los pagos. ¿Te comentó sobre Creedmoor? Sé que se oye terrible, pero tienes que aceptar que esto te sobrepasa. Si de algo te sirve, conozco colegas allá. Les pediré que cuiden a Tim de forma especial.

—Thara, qué hermosos aretes. ¿Dónde los compraste? ¿En Tiffany? —Julian le cambió de tema.

—Conmigo no funciona la adulación, Julian. Sé por dónde vas.

—Vamos, Thara, no te estoy pidiendo mucho. El amor hace milagros; no me digas que no eres romántica. Ve cómo se mira...

Thara observó a Tim y luego a Anita Domínguez a lo lejos: ella con los ojos en la nada, mientras Tim, como siempre, en el cielo y con la boca abierta. Le sonrió y se marchó de ahí. Julian sabía que Thara, como todos ahí, creía que el daño cerebral de su hermano era irreversible, pero es que no conocían bien a Timothy Langford, el alma de la fiesta, asediado por las chicas, líder de su clase y... Ah, Tim, querido Tim, siempre con un as bajo la manga, como cuando se convirtió en el CEO más joven de JP Morgan Chase y les dio la noticia de que dejaba el cargo porque había encontrado un nuevo nicho de oportunidad. Por supuesto le dijeron que había perdido la razón, pero Tim no era alguien a quien se le pudiera hacer dudar de sus decisiones. ¡Qué espectáculo verlo lleno de energía en un escenario, persuadiendo a las multitudes, cuando se hizo uno de los coaches más destacados de Nueva York! Él sabía, como nadie, sacudir consciencias. Tim era Tim, hasta que... ocurrió aquello.

Julian lo contempló tratando de encontrar un rastro de aquel Tim, lo que vio fue su cara empalidecida, la boca medio abierta a la que de vez en cuando había que limpiarle la baba, esos ojos verdes perdidos en algún punto del cielo. ¿Sería que buscaba a Dios entre las nubes para decirle: «Oye, cabrón, acaso esto es una broma? ¿Por qué a mí?».

«Cierto», pensó Julian. «¿Por qué a ti, el brillante, y no a mí, el fracasado? Cargaste tantas veces conmigo y ahora no soy capaz ni siquiera de convencer a una empleada de que te reubique en una habitación al lado de Anita Domínguez. ¿No es de dar rabia la burocracia? Esa habitación está vacía. ¡Vacía! El inquilino pasó a mejor vida, pero no, señor, la respuesta es

que no se puede cambiar a nadie sin una buena razón. ¿Cuál sería esa buena razón? No la decía el reglamento y, por lo tanto, no la había».

Capítulo 5

La explicación de Allan Keys lo dejó frío.

—Déjame ver si te estoy entendiendo, Allan. ¿Tú me mandaste esos mensajes diciéndome que mi hermano estaba muerto solo por jugarme una broma?

—Pero déjame explicarte por qué.

—¡Porque eres un bastardo!

Del otro lado del teléfono, Keys escupió una risilla que no parecía nerviosa, sino cínica. Le recordó que estaba en un grupo que hacían bromas pesadas. Julian enmudeció con la aclaración, tuvo que preguntarle qué carajos ganaban con eso.

—Dinero, ¿qué más? Doscientos dólares por bromearte; voy a darte la mitad por el mal rato. Y tengo otra noticia: las bromas serán sometidas a votación. Escogerán las tres mejores, al que gane le darán quinientos. Le tengo fe a la nuestra, Julian, pero vamos a tener que competir con la que le hicieron a cierta señora; su médico está en el grupo, le dijo que tiene un tumor incurable.

—Eres un maldito enfermo, Allan. Todos lo son. ¿Qué pasa si la mujer se suicida?

—¿En serio vas a seguir por ahí? ¿Tú, que te coges a esa señora del *call center*? ¿Cuál es su nombre? ¿Qué edad tiene? ¿Cuarenta? No es que a los veintisiete no puedas coger, amigo, pero...

Maldita indiscreción la de habérselo contado, pero lo había hecho en uno de esos momentos en los que el cerebro requiere abrir una válvula de escape.

—Un momento, Allan —caviló Julian—, ¿cómo es que van a comprobar que realmente me hiciste la broma?

—Puf —suspiró Keys—, ¿es necesario que te lo diga?

—¿Me estás grabando? ¿Estás grabando esta conversación?

—Dame tu número de cuenta para depositarte tus cien dólares.

—¡Jódete!

Julian cortó la llamada, fue a acostarse en el sofá, luego puso algo de B.B. King, fue a la cocina, preparó café y le siguió dando vueltas en la cabeza.

Releyó los mensajes: «Julian, tu hermano tuvo un accidente, es mejor que te lo diga. Han tratado de localizarte, pero no respondes. ¡Estoy contigo, amigo! ¡Oh, Dios, no lo puedo creer!». «Responde, tu hermano está muerto...». «Julian, dicen los médicos que se convulsionó hasta morir». Ahora, a las diez de la noche, comenzó a reparar en su propio error.

¿Por qué no en vez de lanzarse a toda prisa al Memorial les habló por teléfono para confirmarlo? Salió a dar una vuelta hasta Carroll Gardens. Revivió el momento en que llevaban a Jim en una camilla con ruedas por un pasillo del hospital y el enfermero gritaba: «¡Código azul!» Le impidieron ir más allá. Se quedó clavado frente a las puertas abatibles, mientras otro enfermero le preguntaba si él también estaba herido; Julian se percató de que la pregunta tenía que ver con las manchas rojas en su ropa. «Es pintura», respondió, y fue a derrumbarse en la sala de espera. Miró las manchas y pensó en las de Jim, que eran mucho más abundantes. Algunas también eran de pintura y, otras, de sangre. «Te ensañaste», se confesó a sí mismo. «Le cobraste caro ser mejor que tú».

El celular se iluminó. Lo revisó. Era Diana dándole las buenas noches. Necesitaba hablar con ella, desahogarse, así que le marcó.

—Julian, sabes que no debes hablarme a esta hora —se quejó ella—. El tío Tom tiene un maldito oído de tuberculoso. ¿Has escuchado que los tuberculoso oyen muy bien?

—No lo sé, Diana, tal vez solo sea un mito. Te hablo por otra cosa...

—A veces lo odio, ¿sabes? —Diana pasó por alto sus palabras y prefirió desahogarse.

Julian recordó los acuerdos tomados entre ella, él y el tío Tom aquella tarde en la mesa, como si fueran un pacto entre naciones pasado el combate. Tom aceptaba su relación, pero a cambio debían guardar discreción y, por supuesto, remediar las cosas con un compromiso formal. Lo cual —subrayó Tom—, no era posible si Julian no tenía ni en qué caerse muerto; su mierda de departamento en Brooklyn no contaba.

No sirvió de mucho que después Julian le dijera a Diana que el tío Tom era un tipo agobiantemente anticuado; ella pensaba lo mismo, pero ¿por qué no complacerlo? Vamos, que de alguna forma ella debía agradecerle que la sacara adelante cuando murió mamá. Y si ese argumento no bastaba, la chica tenía otro irrefutable: no soy autosuficiente y tú lo eres a medias.

Cuando terminó de echar pestes de Tom, Julian le contó lo de la broma de Keys. Diana estuvo de acuerdo en que el tipo era un imbécil, pero aprovechó para criticar que siguiera teniendo por amigo a un cuarentón fracasado. Él le dijo —como tantas veces antes— que Keys se portó como nadie cuando los padres de Julian murieron en aquel accidente de autobús en Maryland, y en especial cuando ocurrió lo de Tim. Lo forzaba a salir, a hablar, a que no abandonara el último año de la universidad. Vamos, como un padre o un ángel de la guarda en los momentos duros.

—Debo colgar. —Diana bajó la voz.

Detrás se escuchó la tos castrante del tío Tom.

Tos falsa, por supuesto, tos que en realidad significaba: ya fue suficiente. «Hay reglas. Acordamos las reglas. No las infrinjas. ¿O tienes con qué infringirlas? Soy pensionado. Dejé el trasero en una silla de correos treinta y ocho años de mi vida. Mis riñones no están completos, pero tengo algunas ventajas: mi cheque quincenal, descuentos en algunas cafeterías, almorzar cuando se me dé la gana en Two Hands Nolita y —qué bien sabe decirlo— advertirle a un mequetrefe sin futuro que si un día quiere llevarse a la nena tiene que respetar las reglas del viejo y autosuficiente Thomas Jackson».

Capítulo 6

Quizá Tom tendría que tragarse su soberbia cuando Julian dijera a los cuatro vientos que había ganado el juicio a los de Paintball Second World War por lo sucedido a su hermano. ¡Un millón de dólares! ¿Qué cara pondría cuando el tipo escuchara la cantidad? ¿Estaría bien si de alguna forma le hacía saber que se llevaría a Diana no de blanco, sino vestida como una cualquiera de Wortman Avenue, que él se vestiría de forma elegante, se casarían en Las Vegas y su bendición la daría un Elvis mantecoso?

Mientras tanto, el cualquiera era él, Julian, el de Kathy Perris, que había puesto candado a la puerta, lo sujetaba del cabello contra su pubis, lo restregaba como un pedazo de trapo y cuando quería echarse hacia atrás para respirar lo prensaba con sus piernas bien ejercitadas. Vaya que Kathy era una mujer fría, solo así se explicaba que las veces que tocaron la puerta respondiera como si estuviera en una clase de meditación trascendental.

—En los ochenta se acostumbraba fumar después del sexo. —Dijo ella mientras se daba un retoque de labial.

Julian miró el reloj, al menos se había ahorrado cuarenta minutos de atender llamadas.

—Kathy, me da vergüenza decirte esto, pero...

—No lo digas, no hace falta. —La mujer tomó el bolso y sacó doscientos dólares.

—Lo siento, tuve imprevistos, te los devuelvo en la quincena. —Julian recibió el dinero.

—No me los vas a devolver y no espero que lo hagas.

—Estoy esperando un cambio de fortuna —se atrevió a decirle.

—Claro, como todos...

—Tú lo tienes asegurado: cuarenta años, atractiva, ejecutiva, autosuficiente, buen coche y departamento en una buena zona de la ciudad.

—¿Tenías que decir lo de cuarenta? Vete ya al carajo, tengo una junta con la gente de Los Ángeles. Los malditos cerdos se comportan como si todavía estuvieran de moda los Beach Boys y pudieran decir sus chistes machistas frente a mí... Ah, y por favor, sé amable con los clientes, ¿sí, cariño?

Julian asintió y al dar la vuelta ella le metió una buena nalgada, haciéndolo sentir como un cualquiera de, efectivamente, Wortman Avenue.

Al llegar a la universidad le pidieron que fuera a la sala de juntas. Al parecer se trataba de algo importante. Cruzó la puerta y descubrió a Brucks, a la cabeza del escritorio, reunido con tres profesores: Rita Wood, Héctor Gómez y Yoko Yamada.

—Toma asiento, Langford. Tenemos un asunto —dijo Brucks— y pensamos que tu opinión puede ser valiosa.

«Si Brucks piensa que esos tres, que me miran despectivamente, valoran mi opinión, entonces no es alguien demasiado observador», pensó Julian.

—No andaré con rodeos, ¿has notado algo extraño en Stewart?

—¿Extraño?

—Sabemos que es tu amigo.

—Lo es, pero no entiendo a qué te refieres con algo extraño.

Brucks se miró con los maestros y le deslizó un papel a Julian, este lo levantó:

> *Sé que esto puede parecer un anónimo, pero no lo es porque, aunque no diga mi nombre ni el del resto de mis compañeros, no encontramos otra forma de hacerles saber que el profesor Oliver Stewart hace disparates en clase. Estamos preocupados por él, es posible que padezca Alzheimer. Lo justo para todos es que se ocupe de su salud y que otro profesor lo sustituya. Sugerimos los siguientes nombres: Matewa Collins, Susan Powell y Julian Langford.*
> *Ojalá no tengamos necesidad de acudir a la junta de padres de familia; en serio nos preocupa el profesor Stewart. Lo apreciamos.*
>
> *Atenta y respetuosamente:*
> *Alumnos*

Julian levantó los ojos por encima del papel, cavilando en la falsa astucia de Diana, quien creyó que si no ponía únicamente su nombre de candidato, los

engañaría a todos.

—¿Y bien? —Brucks tamborileó los dedos en el escritorio.

—Estoy asombrado.

—Todos lo estamos, Julian. Vuelvo a la pregunta inicial, ¿has notado algo extraño en el comportamiento de Stewart?

Hora de ser el Judas que recién había besado la mejilla a ese Cristo de Oliver Stewart, hora de arrojarlo bajo las ruedas del coche, de poner el pulgar hacia abajo. ¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!

—¿Y bien, Langford?

—A veces noto que se le olvidan las cosas.

Capítulo 7

Diana se apartó del cuerpo de Julian, echándose a reír divertida porque acababan de hacerlo en la cama del tío Tom mientras este estaría formado en la fila para cobrar su pensión.

—¡Ya quita esa cara! Stewart te ha hech perder todo un año, era hora de darle un empujón para que se jubile. Le hará bien a él y a todos. No tendrá Alzheimer, pero es un pedante. Nadie lo soporta. Cuando dices «Marcel Proust», te corrige y lo pronuncia en francés. Te pide que digas algo sobre la obra de Thomas Mann y mientras lo haces va dibujando una maldita sonrisilla mordaz. Una vez un chico dijo lo que pensaba de las novelas de Faulkner y el tipo comenzó a dibujar esa sonrisita, pero no se contuvo: rompió a carcajadas como no tienes idea y se salió del salón sin parar de reír. ¿Qué pasa con los malditos maestros que no solo creen que lo saben todo, sino que además lo creen saber de una forma en que jamás lo sabrás tú? ¿Sabes qué pienso de ellos? Que son unos fracasados o que tienen problemas en la cama. Ellos la tienen chica y a ellas no se les lubrica la vagina.

—Diana, no hables de esa forma.

—Solo digo la verdad. —La chica frunció la boca como una niña traviesa y comenzó a jugar con sus piernas al aire como si anduviera en bici.

Visto desde ese ángulo, las cosas tenían cierto sentido. Si el dilema era la ética, Stewart no la tenía al abusar de los alumnos y de su ciclo laboral. Tampoco tenían ética quienes diseñaban las reglas para que un joven titulado como él, Julian, del cual nadie tenía reproches, no fuera contratado de forma permanente y, en cambio, tuviera que partirse en dos para llegar a fin de mes, rogándole a la señora del maldito apellido largo, Featherstonehaugh, no echarlo por retrasarse con el alquiler y después reparar por su cuenta la tubería del baño. Ni qué decir que quisieran sacar como mueble viejo a Tim, su hermano, echarlo del Memorial cuando tienen

patrocinadores ricos que cubren las cuentas. Ah, no, de cualquier forma había que exprimir a los Julian Langford del mundo... Pero tampoco es que fuera correcto deshacerse de Stewart de esa manera.

—De acuerdo, ahora dime qué pasa si escogen a Collins o a Powell.

Diana se echó a reír y le cruzó una pierna encima.

—Sabrás de literatura, Langford, pero no tienes sentido común. Collins también está por jubilarse y Brucks odia a Powell porque en una comida de fin de año ella se puso más ebria de la cuenta y le dijo que podía notar que él escondía ser medio tartamudo.

—¿Cómo es que te enteras de esas cosas, Diana Travis?

—Cuidado con lo que haces a mis espaldas. —Diana le guiñó un ojo.

El cerrojo de la puerta principal comenzó a girar ruidosamente.

—¡Demonios! —exclamó Julian saltando de la cama.

Para cuando alcanzó sus calzones, los pasos de Tom estaban afuera de la habitación. Julian se arrojó en el escondite típico de las películas: debajo de la cama. Diana se acostó y se cubrió, escondiendo la ropa de Julian bajo las sábanas.

Tom acabó de entrar. Le sorprendió verla ahí.

—Perdón, tío, vine por tus pastillas para la migraña y me quedé dormida. Me voy enseguida.

—No hay problema. —Tom se sentó en una esquina de la cama. Julian, desde abajo podía verle los calcetines guangos y los escasos pelos de los tobillos.

—Es hereditaria, pequeña. La migraña.

—Lo sé, tío.

—Necesito contarte algo...

«Que sea rápido», pensó Julian, «y luego vete a orinar, seguro a tu edad es lo primero que debe hacer alguien que ha estado formado todo el día».

—No me dieron el cheque. Hubo un problema. No me lo dieron. ¿Entiendes? No me lo dieron.

Su voz sonaba quebrada. Diana lo miró encorvarse como un viejo orangután que alguna vez tuvo fuerza, pero el esqueleto se le había vencido.

—No entiendo, tío. ¿No era hoy cuando debías cobrarlo?

—¡Claro que hoy es día de pago!

—¿Qué te dijeron?

—Que nos pagarán en tres días. ¿Sabes cuántas horas hay en tres días? Setenta y dos.

—Tío Tom, tienes ahorros, nunca gastas más de la cuenta, yo no te pido demasiado, no tienes deudas. ¿Cuál es el problema?

—¡El problema es que es mi dinero!

Julian pudo escuchar el puñetazo que Tom se propinó en el pecho al decir «mi dinero».

—No habré estado en Vietnam, ¡pero estuve aquí en Nueva York! ¡Soporté una maldita guerra de baja intensidad! ¡Bajé la cabeza cada vez que algún jefecillo tenía el antojo de contar un chiste sarcástico sobre Tom Jackson! ¡Cumplí horas extras que me escatimaban a la hora de pagarlas! ¡Perdí chicas porque nunca les parecí un buen candidato! ¡Sabía que me pudría despacio mientras hasta los pájaros en Central Park podían presumir su libertad! ¡Oh, Dios, Diana! ¡Oh, Dios!

¿Sería cierta esa música celestial que llegaba a oídos de Julian? ¿El viejo Tom estaba llorando? ¿En serio? Ese habría sido un buen momento para salir de debajo de la cama con el pene al aire y decirle: «Hola, Tom, ¿qué hay de nuevo? Te acabo de escuchar: parece que no eres tan fuerte después de todo, Tom».

Pero entonces escuchó un segundo llanto, el de Diana. Ese llanto sí que le asombró, porque no supo si era sincero o si esa chica sabía fingir a nivel Dios; después de todo, estaba inscrita en clases de teatro. Pero deseó que no fingiera. Deseó con todas sus fuerzas que a Diana Travis de verdad le doliera la desgracia —real o imaginaria— de su tío, porque si fingía para Tom, tal vez también fingía para Julian Langford y el resto de la humanidad.

—Tengo que pagar el préstamo al banco, el préstamo con el que me vendí de por vida para que pudieras ser universitaria. No te lo estoy echando en cara, ¿eh?

Hubo silencio entonces. Julian pudo imaginar que el rostro comprensivo de Diana se transformaba en un rencor puro y duro.

La primera vez que reparó en Diana Travis fue en los prados de la universidad, donde la descubrió fumando marihuana con otros chicos; se cohibieron al verlo y disiparon el humo; ella, en cambio, lo miró directo a los ojos sin poder contener la risa. Más tarde le fue imposible no fijarse en ella.

Cuando intercambiaron las primeras palabras, tuvo la certeza de que se acostaba con la mitad de los estudiantes, pero luego aprendió que no tenía idea de quién era Diana Travis. «¿Qué es eso?». Julian señaló las sábanas la primera vez que hicieron el amor. «Sangre, qué más», dijo ella. Y luego agregó: «¡Oh, no me abraces tanto, no seas tonto!», cuando Julian sí le dio importancia.

Capítulo 8

«No debo ser un mal tipo cuando a pesar de todo le pongo una taza de café en mi mesa», pensó Julian y se sentó frente a Keys, que miró agradecido el café y mantuvo unos segundos las manos unidas entre sus piernas, como si no quisiera ofender a nadie al moverlas, hasta que la mirada interrogante de Julian le hizo desplazar una mano, abrir el puño y poner los billetes arrugados en la mesa.

—Tu dinero. Cumplo mi palabra. La mala noticia es que perdimos el juego. Adiós, mil dólares. Ya imaginarás quién ganó.

—El médico que le dijo a la mujer que tenía un tumor incurable.

—Si te sirve de algo, ya le aclaró que había sido una equivocación. ¿Cómo va todo?

Keys agarró la taza de café y le dio un sorbo, luego lanzó la misma mirada de cuando estuvo por primera vez en ese departamento, como de tristeza, como si aun viera al Julian adolescente y huérfano viviendo en ese lugar estrecho, de paredes a las que les hacía falta una pintada, de ventanas que costaba trabajo abrir y al hacerlo chirriaban y soltaban trozos de oxido.

Sucedió lo de siempre, hablaron de sus trabajos de poca monta: el de Julian en el *call center* y en la universidad; y el de Keys, quien quería pegar un salto importante a los cuarenta de edad solo porque tenía anécdotas de reporteros que conoció cuando lo de Nixon y el Watergate.

—¿Puedo? —Keys sacó hierba y papel para liar.

Julian no asintió, no quería ceder, pero Keys ya sabía que podía. Si preguntaba solo era para tantear si Julian había bajado la guardia, pero Julian no creía justo bajarla, no cuando en su juego Keys había utilizado a Jim. Así que tampoco la bajó cuando el tipo forjó el cigarrillo, le dio la primera calada y se lo ofreció. Negó con la cabeza. Keys le dio una calada más profunda, aguantó el aire y habló contenido:

—Hay una segunda propuesta, amigo. ¿La quieres oír?

—¿Oír qué?

—La propuesta, la propuesta del grupo...

«Oh, Dios», pensó Julian, negando con la cabeza.

—Podemos ganar, amigo, serían cinco mil dólares.

—Déjame adivinar, quieres simular la muerte de tu madre... Perdiste, Allan, porque la tuya ya está muerta.

Keys rompió a reír.

—La tuya también.

Julian no pudo aguantar la risa, bajó la guardia y rieron juntos hasta que Keys se recompuso.

—Escupir, escupir gente. El que junte más escupidas pasa a la gran final. Lo podemos lograr, amigo.

El tipo había dicho esto con una cara auténticamente ilusionada.

—No me incluyas, Allan, no voy a escupirle a nadie.

—Oh, no tienes que hacerlo; yo lo haré mientras tú me grabas. Lo tengo bien calculado, me he puesto a investigar. La secreción de saliva diaria oscila entre quinientos y setecientos mililitros, con un volumen medio en la boca de 1.1 mililitros. Si tomo suficiente líquido, podré escupir bien escupidas a cuatro personas cada veinte minutos. No tonterías: gargajos abundantes directos a la jeta. Pienso tomar lácteos, los lácteos hacen más espesa la saliva. Si comienzo temprano incluso habrá algunas flemas. Dos mil quinientos dólares para ti y dos mil quinientos para mí. ¿Qué dices?

—Patético.

—Está bien, no insistiré. Mi sobrino George lo hará y no tendré que darle más de cincuenta dólares. Solo pensé que podía ayudarte, tienes gastos... En cuanto a Tim, de verdad lo lamento. Mi broma no fue contra él. Tim era... es un buen muchacho. Tú sabes que Helen y yo estuvimos acompañándote en el hospital.

No mentía, estuvieron con él toda la noche hasta que el médico salió a dar las malas noticias: Tim no moriría, pero no volvería a ser el mismo.

—¿Es divertido? —interrogó Julian.

—¿Qué?

—Las bromas, ¿te divierten?

—Algunos del grupo se parten de risa, yo sinceramente solo quiero el dinero. ¿Te digo algo? Los años pasan, tú sabes, se te cae el pelo, echas barriga. ¿Qué pueden presumir de ti a tus nietos?

—¿Que escupiste gente? ¿Eso quieres presumirles?

—¡No! ¡Que hice algo extraordinario!

—Viejo, lamento recordarte que tú y Helen se separaron, y que los nietos no serán tuyos.

—Es cierto, no sé por qué dije eso. —Le dio una última calada al cigarro —. Se me quedó la maldita costumbre de intentar parecer que soy alguien que vale la pena...

Salieron del edificio y lo acompañó hasta la puerta del suyo en Union y Clinton St. Lo vio subir los nueve escalones hacia la puerta general del entramado de edificios de tabique rojo, mientras su perro, Butter, que lo había presentido, se asomaba por una de las ventanas del tercer piso. Entonces Julian ya no sintió tanto desprecio por Allan Keys. Le pareció que no había gente rota que no haya tenido varios tropezones en la vida que la hubieran reventado. Los verdaderos desalmados, en realidad, nunca se han roto por nada ni nadie. Al menos fingen que no.

Capítulo 9

La parte más difícil fue cuando miró a Stewart untar mermelada de arándanos al pedacito de pan tostado al que previamente le había puesto mantequilla. Siempre untaba poquito, como si alguien fuera a reprocharle que se sirviera de más. Sus ojos se habían anegado, pero de alguna forma conseguían mantener las lágrimas sin que se le desbordaran. Mencionó los años que había dado clases y el orgullo de nutrir los corazones de esos jóvenes con Dickens, Cervantes, Byron, Faulkner y, su favorito, Oscar Wilde. ¿Un anónimo? ¿En serio un anónimo sería el punto final de su carrera?

—Tranquilo —le dijo Julian—, no te han pedido mucho. Ve y hazte los análisis. Cuando se enteren de que tu cerebro marcha al cien se tragaran sus sospechas.

—¡Alzheimer, por Cristo! Se necesita veneno para decir eso de mí. ¿Quién habrá escrito esa nota anónima? ¿Qué alma podrida? ¿Sabes qué pienso? Que no fue un estudiante, sino algún profesor. Sospecho de Collins. Collins envidia que tengo más conocimiento de la literatura de entreguerras que él.

—No te atormentes, Stewart. Hazte los análisis y ciérrales la boca.

—Tienes razón, pero de cualquier forma quiero que sepas que hablaré con Brucks para decirle que se acabó y te tome en cuenta para reemplazarme.

—No digas eso. —Julian le puso una mano en un brazo, sintiéndose ya no solo Judas, sino también Herodes—. Lo importante es que, si decides irte, sea con la cabeza en alto. Es una pena que no pueda hacer nada más.

—Lo haces. Eres un hijo para mí, ¿lo sabes?

Dicho esto, ahora sí Stewart dejó caer el río de lágrimas. Después se forzó a sonreír, mientras le daba mordiditas al pan con mantequilla y arándanos, haciendo esos gestos suyos de que la comida le gustaba y le daba asco al mismo tiempo.

Más tarde, cualquier emotividad perdió sentido para Julian cuando recibió un video corto —cortesía de Keys— donde escupía a su primera víctima. Por alguna razón, Julian echó una risotada involuntaria, quizá debido a que el sujeto que aguardaba el autobús volteó al oír la voz de Keys —este, fuera de cuadro— que, amablemente, le decía: «Disculpe, esto es suyo», y enseguida aquella saliva en forma de hélice giraba en el aire hasta estamparse en su cara. La imagen se movía de un lado a otro mientras se oían los insultos del tipo y las risas del que posiblemente era el sobrino de Keys emprendiendo la huida.

Consideró que si tuviera que escupirle a toda la gente que catalogaba como despreciable, terminaría muerto de deshidratación. A fin de cuentas, pobre Allan, comportándose como un adolescente... No terminaría bien, el agua le estaba llegando al cuello. Desde que su mujer lo dejó, su trabajo en el periódico pendía de un hilo.

Por la tarde Keys le habló para presumir su hazaña: llevaba veintiocho personas escupidas y todavía tenía el fin de semana por delante. Pero le acababa de surgir una complicación: el idiota de su sobrino se había puesto a ver los videos en su casa y su madre —hermana de Keys— lo sorprendió. El muchacho había soltado la sopa y ahora Keys no podía acercarse a su sobrino ni poner un pie en esa casa.

—Tienes que ayudarme, solo se trata de sostener una cámara.

Su voz suplicante no logró hacerle cambiar de opinión. Entonces Keys mostró una faceta desconocida para Julian.

—¡Carajo contigo, Julian! ¿Por qué insistes en portarte como una maldita princesa inmaculada cuando todos te llevan a la cama, incluyendo a la casera y la jefa del *call center*? ¡Sé muy bien lo que tramas! ¡Esperas ganar ese juicio para seguir presumiendo una honestidad que no tienes! Pero ¿qué pasa si pierdes? ¡No hace falta que lo digas! ¡Terminarás abriendo las piernas como la más puta de las putas! ¡Es decir, como lo que ya eres!

Julian contratacó:

—¿Es en serio, Allan? ¿Todo lo que me dices es por la rabia de perder un puñado de dólares? ¿Qué pasa contigo? ¿Ya no tienes para comprar papel de baño? ¿Has empezado a compartir las croquetas con Butter?

—¡No metas a mi perro en esto! —aulló Keys—. ¡En realidad es el único amigo que tengo!

—No lo dudo.

—¡Jódete!

—¡Jódete igual!

El fuego cruzado duró unos minutos más hasta que Keys colgó el teléfono.

Casi enseguida, Julian recibió la llamada de Diana. El tío Tom había encontrado que su recámara olía a hombre, a un hombre que no era él, a esa loción cítrica y pretenciosa que Julian solía usar. Lo mejor era que evitara acercarse por unos días mientras al tío se le aquietaban las sospechas.

Julian todavía todavía sentía rabia por la reciente llamada con Keys y terminó por desquitarse con Diana. ¿Hasta cuándo tendrían que seguirse comportando como novios victorianos solo para darle gusto a un estúpido jubilado que se comportaba como un pastor, y que se sentía merecedor del cielo solo porque los fines de semana les daba de comer migas a las palomas en Central Park?

Grave error. Diana sacó su propio arsenal y no dudó en usarlo. Por lo menos su tío llevaba una billetera en el bolsillo, Julian la podía olvidar en casa sin que eso significara un problema, pues siempre estaba vacía. ¿Y quería saber algo más? Ella toleraba su pobreza por amor, pero cuidado, todo tenía un límite. Había otros maestros, estudiantes y pretendientes en las redes sociales a la espera de una oportunidad. Por lo menos un setenta y cinco por ciento de ellos eran autosuficientes y los que no lo eran aún estaban labrándose un futuro. «Futuro, Julian Langford, quizá la palabra no exista en tu vocabulario».

Fin de la batalla.

Capítulo 10

El obeso juez Patcher tenía fama de duro. Así se lo advirtió el abogado a Julian mientras caminaban por el pasillo hasta la sala del tribunal, donde ocuparon su sitio y comenzó la batalla con el defensor de los intereses de Paintball Second World War. Por ratos, Julian —de traje y corbata para causar una impresión modesta pero pulcra como le aconsejó su abogado— dejaba de escucharlos y su mente iba a la tragedia de Tim y a eventos recientes, como las discusiones con Keys y Diana. Había llegado la hora de la verdad. Las duras palabras de Keys le resonaron fuertemente. El resultado del juicio sería ganar o perder el derecho a tener principios; si Tom los tenía con una modesta pensión, los suyos, con una cantidad millonaria, serían un roble.

Le tocó sentarse en el banquillo y responder la refriega del abogado de Paintball Second World War.

—Dígame algo, señor Langford: ¿es esta el arma que empleó contra su hermano Tim? —Señaló el rifle de asalto.

—Protesto. —Saltó el abogado de Julian—. En términos estrictos no se trata de un arma.

El abogado de la empresa movió de un lado a otro aquel rifle y, como si fuera sin querer, lo apuntó a su contraparte, quien, involuntaria y defensivamente, se hizo hacia atrás. Aquel movimiento no pasó desapercibido para los del jurado. Como fuera, aquello parecía un arma en toda regla.

—Ha lugar —respondió el juez Patcher.

—Cambio la pregunta. Señor Langford, ¿reconoce el rifle?

—Protesto, su señoría —volvió a decir el abogado de Julian—. ¿Cuál es el punto? A los contendientes en el juego se les proporcionan armas en serie. Todas son iguales.

—Pero el señor Langford buscaba un rifle especial —refutó su contraparte—. Cito las palabras del empleado que le dio el arma a Julian Langford: «El señor Langford me dijo: "Quiero la más potente, quiero matar a mi hermano"».

—No lo dije en ese sentido —murmuró Julian.

—¿Entonces en cuál?

—Era un juego.

—¿Era un juego matar a su hermano?

—Especulación, su señoría. El abogado desvía las cosas. Mi cliente no es quien está siendo juzgado, sino Paintball Second World War, porque uno de sus rifles disparó una carga que dejó al señor Timothy Langford en estado vegetativo. El abogado acaba de decirnos que el rifle es un arma. Yo preguntaría entonces qué hace un arma de verdad en un lugar de juego.

—El arma no es un arma en sentido estricto —vaciló el abogado de Paintball Second World War—, pero aun así debe usarse con precaución, y no se disparó sola.

—Hasta donde tengo entendido, en un juego de gotcha la empresa debe garantizar que ninguno de los jugadores corra peligro, cosa que no fue así, lo que no es culpa de mi cliente. El proyectil de pintura golpeó con fuerza el casco que llevaba Tim, derribándolo en el acto. La tomografía mostró un aneurisma intracraneal.

—Sin diálogo entre las partes —ordenó el juez.

—Muy bien, su señoría. Treinta disparos de pintura, ¡treinta! Este joven —el abogado señaló a Julian con su dedo flamígero— no dejó de dispararle a su hermano en la cabeza y en el cuerpo cuando ya estaba caído. Que alguien en su sensato juicio me diga que no hubo saña. Treinta disparos, repito, que como bien lo dijo el señor Langford en esas palabras que traicionaron su subconsciente, tenían como fin matar a su hermano.

Tocó el turno al neurólogo que Paintball Second World War llamó al estrado para demostrar que el aneurisma de Timothy Langford podía tener un origen genético no provocado por la empresa y que, en todo caso, podría haber sido detonado por la agresión excesiva de Julian. ¿O no era cierto que la abuela de los Langford había muerto por la misma causa, un aneurisma?

—Yo invito el café —dijo el abogado cuando palmeó el hombro a Julian—. Lo intentamos, al menos dimos la batalla.

—¿No vamos a impugnar la decisión del juez?

—No gastes tu tiempo. Yo ya gasté el mío. Me pagaste, pero sabes que te cobré la mitad de mi tarifa.

Capítulo 11

El muy idiota insistió: causaría más impacto si escupía a los niños y no a la mujer. Julian le dijo que eso no resultaba gracioso y sí despreciable, pero Keys argumentó que lo gracioso estaba en que los niños eran gemelos y él les diría: «Tomen, gargajos iguales, no se peleen». No. No causaba la menor gracia. Decididamente, no. Pero Keys mencionó que estaría reñido ganar esos cinco mil dólares. Había que sorprender al jurado. Julian contrargumentó: «¿Te has puesto a pensar que algunos de esos locos de tu grupo pueden tener hijos y no hacerles maldita gracia la broma?».

A regañadientes Keys le pidió que se limitara a apuntar bien la cámara. Fueron al establecimiento y, cuando la mujer salió con los niños, le escupió solo a ella. Había tomado práctica el malnacido: lo hacía con fluidez y precisión. Incluso podía apuntar a un ojo si se trataba de alguien capaz de defenderse. Cegarlo era una ventaja.

Julian terminó por diferenciar el tipo de reacciones ante los escupitajos. Estaban los que se lanzaban a los golpes, los que se ponían tristes, como si no dieran crédito a lo jodida que estaba la humanidad y los que se quedaban en ascuas. La mujer pertenecía a este último grupo.

—¿Hacemos una pausa? ¿Quieres un trago? —le preguntó Keys, mientras al fondo de la calle la mujer seguía quieta y consternada.

Pararon en un bar en Queens. Keys chocó su bourbon con el de Julian y le dijo: «Estamos haciendo un buen trabajo», como si de verdad se estuvieran ganando el dinero con el sudor de la frente. Sudaban, sí, pero solo cuando se veían obligados a correr más calles de la cuenta.

Keys volvió a disculparse por haberlo ofendido en el teléfono. Lamentó que hubiera perdido el juicio con los del gotcha: «Pero ya sabes, amigo, una empresa grande es un tiburón. No hay forma de vencerlos. Yo demandaría al periódico donde trabajo por violencia laboral, pero me patearían el trasero y me echarían a la calle». Agregó con ironía que si de algo le servía podían ir a

escupirle la cara al gerente de Paintball, lo cual iluminó los ojos de Julian con una luz ambarina como la del bourbon que tenía enfrente.

—A él no, mejor al juez Patcher. A ese infeliz que no me dio la razón.

Keys no encontró rastro de risa en el semblante de Julian. Le tocó llamar a la prudencia. ¿Acaso había perdido la razón? ¿Escupirle a un juez? Si algo salía mal, terminarían presos. Esta vez Julian fue quien se permitió la ironía: «El juez Patcher pesaba como cien kilos, no lograría alcanzarlos».

—No, amigo, olvídalo, no haré eso ni por cinco mil dólares.

—Yo lo haré, tú solo tienes que hacer el video.

—Julian, deja de decir tonterías. La regla es que el enojo se saca con los débiles de la cadena alimenticia, no con los fuertes. Además, primero tengo que añadirte al grupo, pedirles que te acepten.

—Escúpele al juez, Allan. Te daré mi parte.

—¡Carajo, amigo! ¡No lo haré!

—Es en serio, puedes quedarte con los cinco mil dólares, mi pagó será que le escupas a ese bastardo.

Keys le lanzó una mirada corta y comenzó a girar el vasito sobre la barra.

—No puedo hacerlo cuando salga de la corte, tiene que ser en un lugar donde tengamos opciones de escape.

Ese lugar estaba en Middle Village, en Queens, a la salida de El Pollo Sabrosón, un restaurante dominicano donde el abogado le había comentado a Julian que Patcher iba a comer a menudo y se retacaba doble ración de bistec a caballo con huevo. Por la parte trasera tenían la avenida Borden, en un costado Hamilton y un poco más allá la 58, que los llevaría hasta el cementerio Olivet, donde podían perderse como dos fantasmas entre las lápidas.

Compraron pasamontañas en una tienda de chinos. Keys le recortó un poco más el agujero de la boca, pues la necesitaba lo más libre posible para sacar debidamente el escupitajo. Fueron al restaurante con la idea de merodear por ahí y solo en el último momento ponerse los pasamontañas, actuar y pegar la carrera. Pero una hora más tarde Keys miró su reloj: estaban perdiendo un tiempo precioso. Durante esa hora pudo haberle escupido al menos a diez personas. Convenció a Julian de que se marcharan y lo intentaran el día siguiente. Ya no era hora de la comida, el juez no vendría.

El recuerdo de las decenas de escupitajos le impidió cenar a Julian. El asco no solo tenía que ver con lo fisiológico, sino con la sensación de caer en una gran cloaca donde todos terminaban revolcándose tarde o temprano. Le pareció que, metafóricamente, todos se escupían unos a otros, día tras día, vida tras vida. Pudo imaginar a Cristo diciéndolo: «Escúpanse los unos a los otros».

Keys llamaba al pudor de Julian hipocresía, moralidad conveniente. Algo había de cierto, porque ejemplos sobraban, pero Julian se argumentaba a sí mismo que tal vez esa moralidad conveniente tenía cierto sentido, o de otra manera viviríamos en una sociedad completamente desmadrada, una donde ni siquiera hubiera necesidad de guardad las apariencias: anarquía total. Vamos, que Tolstói se llegó a considerar anarquista, ¿y acaso no había en él marcados tintes de moralidad cristiana? Al carajo los escritores... ¿Por qué no siguió los pasos de Tim y se puso a estudiar una carrera en Finanzas? «Aceptémoslo», dijo mirándose en el reflejó vago de la taza de café, «cuando se es un perdedor da igual lo que estudies. Además, también da igual el talento desde un punto de vista nihilista. La existencia carece de significado. Si lo tuviera, Tim no estaría babeando sin una compensación».

Le marcó a Diana, había llegado la hora de decírselo...

—Perdí el juicio contra los de Paintball Second World War.

No se lo tomó a mal como él había pensado, pero notó en su tono de voz algo peor que reclamo: aceptación. Entonces hizo algo más pusilánime para ver si sacaba cierta raja de comprensión: culparse por no haber conseguido un mejor abogado. Ella lo dejó irse de largo con esas culpas, sin ponerles freno. Al final le respondió que nunca había puesto demasiadas esperanzas en ese juicio, sino en algo más realista, el empleo estable de la universidad. A eso había que seguirle apostando, no a quimeras. Stewart debía irse al caarajo lo más pronto posible.

—¿Qué haría sin ti, Diana? —Julian intentó el camino de la reconciliación.

—Sí, claro, qué haríamos el uno sin el otro —respondió ella con desdén.

—¿Cómo está Tom?

—¿Cómo que cómo está?

—Me refiero a que si sigue con lo del olor a mi loción en su cama.

—No le han pagado su cheque. Eso es lo único que realmente lo tiene mal.

—Algo de escarmiento no le hace daño —bromeó Julian.

—Yo también vivo de ese cheque, ¿sabes?

Julian concluyó la llamada. Poco después, recibió un mensaje de Allan: «Patcher cenará en Mi Pequeño El Salvador. Me lo acaban de decir en el grupo, ya les conté...». Intrigado, Julian quiso comprender cómo el grupo sabía dónde cenaría el juez. Sin embargo, Allan prefirió reservarse los detalles y, con un toque de ironía, le respondió: «Porque el mundo es un pañuelo, Sr. Langford».

Capítulo 12

Allan había decidido incluir en el plan su Guayin 76; podían escapar por la avenida Elmhurst. Julian no estuvo de acuerdo. Ese lanchón viejo podía ser un estorbo, además de reconocible por sus costados de falsa madera y su color azul celeste. Allan aseguró que la camioneta siempre le traía buena suerte, que cada vez que llegó a discutir con Helen ahí, se reconciliaban pronto, no así cuando las peleas se daban en otra parte. ¿Cuál era el problema? Le quitaría las placas y cubriría los costados de papel adherible con paisajes de Palm Springs.

—Y una noticia más, amigo: cuando les dije que le escupiría a un juez, el moderador del grupo decidió que solo los que incluyeran escupirle a alguien significativo pasarían a la final.

—¿Moderador? ¿Quién es él?

—O ella, no lo sé. Se presenta como Ördög, suena como un nombre de Eslovaquia o Hungría, donde nació Drácula, ¿no?

—Drácula es de otro lugar.

—Qué más da. Esto no te lo debería de decir, porque dinero es dinero. El premio subió a la friolera cantidad de diez mil dólares. Amigo, te daré tres mil si todo sale bien.

—Lo del juez fue idea mía.

—Tú solo propusiste que le escupiera al gordo cabrón, ¿recuerdas?

—Ahora quiero la mitad del dinero, Allan.

—Te estás aprovechando de mí.

—¿Yo de ti? Yo le di la idea a tu grupo de escupirle a alguien importante.

—Importantes hay muchos.

—Entonces ve y escúpele a Madonna, supongo que ya no puede correr rápido.

—Eres un bastardo, ¿lo sabes? —Sonrió Allan.

—No menos que tú. Le escupirías a Elvis, pero ya está muerto. Lo tomas o lo dejas.

Julian tendió la mano y, tras una breve pausa, Keys la estrechó.

Se estacionaron frente a Mi Pequeño El Salvador, desde donde vieron al juez Patcher junto a tres hombres en una de las mesas del fondo, cerca de la pared de tabiques, bajo la pantalla donde se veía el juego de los Dodgers, que en ese mismo momento se escuchaba en la radio de la Guayin.

—¿Cuántos años lleva colgada ahí esa mierda? —Julian señaló al muñeco de hule con pene que pendía del retrovisor.

Keys no loa tomó por una verdadera pregunta, sino como una forma de decir que el muñeco era viejo. Le dio un golpecito para que se moviera.

—Tengo hambre, Julian.

—No vas a decir que seamos tan cínicos para entrar a cenar.

—No, amigo. Tú eres literato, quizá puedas entenderme. No me refiero a ese tipo de hambre. Es como si mi estómago fuera un bolsillo roto, un agujero en el espacio. No estoy obeso como ese juez, no tengo obsesión por comer, pero siento que todo me llena y nada me satisface. Quizá se trata de un problema existencial, ¿qué piensas? Háblame de Camus, de Sartre.

—Ve con un médico, Allan, puedes tener parásitos intestinales —resolvió Julian mientras miraba que el juez y los otros se ponían de pie—. Es hora —dijo metiendo la cabeza en el pasamontañas.

Julian se dispuso a abrir la puerta, pero Keys lo detuvo.

—Espera, no estoy listo...

—¿Cómo? Ya están pagando la cuenta.

—Tengo seca la garganta, no consigo acumular saliva. Estoy nervioso. Nunca le he escupido a nadie importante. Espera, Julian, por favor. Espera. Es algo así como... pánico escénico.

—¡Ya están pagando la maldita cuenta!

—Maldita sea, Julian, toda la responsabilidad está sobre mí. Helen siempre cargaba todo sobre mí. El editor, el superior del editor, mis jodidos padres. Oh, Julian, me falta el aire...

—Está bien, yo le escupo al bastardo. Toma tú el teléfono.

—No, no. —Keys lo sujetó fuerte del brazo—. No vamos a engañar al grupo. Verán que no fui yo, soy más alto que tú. Además, es cuestión de dignidad. No puedo faltar a mi deber.

—¿Y entonces?

—Ve al Seven y tráeme una lechita.

—¡¿Cómo?!

Keys señaló el Seven Eleven en la contraesquina. Julian lanzó una maldición, corrió a la tienda, compró el pequeño envase de leche y se la dio a Keys. Este la bebió hasta encoger el recipiente. El juez y los hombres, que ya habían salido del restaurante, se quedaron despidiéndose.

—Listo —dijo Keys poniéndose el pasamontañas.

Bajaron del auto justo cuando el juez terminó de despedirse de los hombres y se daba la media vuelta. Keys se le paró enfrente y jaló todas las flemas posibles mientras Julian apuntaba la cámara en un plano medio, que luego se podría recortar para hacerlo más cercano.

El juez miró con extrañeza a ese individuo con pasamontañas frente a él. Keys sacó el nutrido esputo lechoso y se lo estampó en la cara.

—¡Por maldito bastardo! —gritó Julian.

Corrieron al coche. Keys lo puso en marcha mientras con la otra mano se quitaba el pasamontañas y miraba a Julian con una sonrisa triunfal.

Entonces se dejaron oír esos tres disparos contra la portezuela. Keys encogió una pierna con dolor, pisó el acelerador y se alejaron de ahí. Julian miró hacia atrás y alcanzó a ver a dos hombres corpulentos y armados. El juez, en medio de ellos, se limpiaba la cara.

Capítulo 13

Butter era el más preocupado, sus ojos castaños no dejaban de mirar a su adolorido dueño. Daba la impresión de que ese perro llevaba tiempo angustiado por las torpezas de Allan Keys.

—No es nada, amigo —susurró Keys—. Si muero, Julian se hace cargo de ti...

Se hizo todo lo posible: paños mojados, aspirinas, alcohol para prevenir una infección... pero Julian era un neófito. No sabía cómo curar una herida de bala, ni siquiera era capaz de saber si el proyectil estaba ahí incrustado o si la herida era un rozón. La sangre no dejaba de fluir.

—Allan, tengo que llamar una ambulancia.

—¡No!

Parte de su negativa tenía que ver con que el balazo había sido en una nalga, lo cual le parecía una situación sumamente humillante. Encogió la pierna de dolor en la camioneta, cuando sintió el disparo.

—Afrontaré lo que venga. En realidad estoy listo para irme.

—Por Dios, Allan, nadie muere de una herida en la nalga.

—No lo digas con tanta seguridad. Ahora ve y siéntate por allá; intentemos descansar...

—De acuerdo, estaré pendiente.

—No hace falta, duerme.

—De acuerdo, Allan.

De madrugada, Keys comenzó a delirar:

—¡Julian, por piedad, no te vayas! ¡Es existencial, amigo! ¡El hambre es existencial! ¡Tengo que decírtelo o reviento! ¡La descubrí con mis propios...!

—¿Descubriste qué?

—¡A Helen!

—¿Helen?

—¡De rodillas! ¡Engullendo el pene de Peter Dundy! No era un pene grande, más bien prieto y feo. Él miraba a mi Helen con ojos de burla. Yo estaba por entrar a la oficina. Di dos pasos hacia atrás y... fui a llorar al baño.

—Allan, cállate ya, no sabes lo que dices. Voy a llamar una ambulancia.

—¡Oh, Dios! —aulló Keys—. ¡Mi mujer le estaba chupando el pene a Peter Dundy en mi oficina del *New York Times*!

—¡Que cierres la boca, carajo! —Julian sacó el teléfono.

Keys se lo arrancó de las manos.

—¡Espera! Por lo menos un triunfo, un mínimo triunfo... —Manipuló el teléfono y envió el video del juez Patcher siendo escupido.

Comenzaron a caer respuestas: caritas felices, risueñas, pulgares hacia arriba, comentarios de admiración.

Keys se animó. Escribió que los guardaespaldas del juez Patcher le habían disparado, pero que no tenía miedo de morir. Había puesto en su lugar a un tipo de toga que arruinaba vidas, que se las daba de Dios.

—Voy a llamar ya a la ambulancia. —Julian intentó quitarle el teléfono, pero Keys no lo soltó.

—¡Espera! ¡Espera!—Leyó una respuesta más y se la mostró a Julian.

El mensaje provenía de Ördög: «En veinte minutos llega el médico, Allan. Sigue sus instrucciones».

—Le importo —balbuceó Allan aquietando su dolor—, le importo a Ördög.

—¿Lo conoces?

—Por supuesto que no, pero el dinero sale de su bolsillo. Una vez regaló una casa en Boston. No hubo que hacer nada, fue sorteo. ¿Te imaginas? Si personas como él hubieran existido hace un par de años, me habría partido el alma con tal de ganar la casa. Bajé las fotos. ¿Quieres verla? Es preciosa.

—Mejor no te muevas.

—Sé sincero, ¿se me ve tan mal?

Keys giró mostrándole el glúteo; parecía un globo a punto de reventar. Julian prefirió no alarmarlo y dijo que no.

—Una casa, amigo, una casa en Boston, Massachussets.

—¿Conoces Boston?

—¿Qué?

—Boston, ¿conoces Boston? ¿Para qué querrías una casa allá?

—Julian, ten imaginación, el lugar es lo de menos. Es una casa enorme con jardín enfrente. Helen y yo habríamos sido felices ahí, incluidos Butter y dos niños. ¿No lo serías tú con tu chica?

—Sí, Allan, tienes razón. Seríamos felices. ¿Me dejas llamar a la ambulancia?

—No lo hagas, quiero saber si Ördög cumple su palabra.

—Si mueres nunca lo sabrás.

—Es verdad. —Sonrió Keys, perlado de sudor.

A los veinte minutos prometidos apareció un hombre delgado en el departamento. No era muy alto, tenía ojos violentos y labios de navaja. Su portafolio era color vino, rectangular y duro como de oficinista de los años ochenta. Julian intentó darle explicaciones, pero el hombre se puso un dedo en la boca, dándole a entender que no dijera una sola palabra. Observó a Keys acostado de lado con las nalgas al aire; abrió el portafolio y sacó un frasco, una jeringa, gasas y, sin más, se aplicó a curar a Allan. Este se quejaba apretando las mandíbulas.

—Que no salgas en tres días. —Fue todo lo que dijo el hombre antes de marcharse.

Capítulo 14

Discutieron sentados a la mesa, respetuosos y distantes, pues todo mundo pasaba por ahí. Había un libro de teoría literaria entre los dos, estableciendo distancia académica.

—Obsérvalo, quédate con esa imagen...

Julian se refería a Stewart, que iba con su charola de alimentos, haciendo bromas, sonriéndole a quien se cruzara en su camino. Esa camisa de color rojo intenso, con figuritas del perrito de Ferrioni, lo hacía parecer en la plenitud de su segunda juventud. No omitió hacerle una finta de boxeador a un alumno cuando se saludaron. ¿La razón? Había salido perfecto de los análisis clínicos, no solo de la memoria, sino de una completa química sanguínea. Ya antes le había mostrado los resultados a Julian —y por supuesto a Brooks— cantando la buena nueva: «No tengo que jubilarme, al menos puedo aguantar otros tres años, ¡que se jodan!».

—Bastardo —masculló Diana y sus ojos tuvieron ese chispazo africano.

—Van a averiguar quién envió el mensaje anónimo, Diana. No sé si lo sabes, pero hay cámaras en los pasillos de la facultad. Sí, Diana Travis, cámaras, cámaras de vigilancia. Si sales en ellas te echan de la universidad por difamar a Stewart. ¿De cuánto fue el préstamo para la matrícula que pidió tu maldito tío al banco?

El fuego en los ojos fue apagado por lágrimas desbordantes. Ni siquiera trató de ocultarlas: comenzó a llorar sin control. Julian se arrepintió de haber arremetido más de la cuenta. Demasiado tarde, las miradas les cayeron encima.

—Diana...

Diana se echó a llorar con más intensidad hasta que no pudo consigo misma. Se puso de pie y salió de la cafetería. Julian levantó la cara y descubrió miradas interrogantes, entre ellas la de Stewart.

Fue a los prados a repasar la clase de Kafka. *El proceso* o *La metamorfosis* para ejemplificar la angustia del hombre que ya no puede ser un engrane en el reloj descompuesto de la sociedad. Recibió la llamada de Kathy Perris, reclamándole que no se hubiera presentado a pegar el trasero en la silla; si quería mentir, tenía que avisárselo para ver si a ella se le daba la gana ayudarle una vez más. Dicho esto le hizo apuntar la dirección de un hotel en Brooklyn, donde lo esperaría a las ocho para coger en la 507. Así de claro.

Antes acudió a la cita con Keys en un deshuesadero de autos. No lo había visto en seis días, desde lo del juez y la bala en la nalga. Usaba bastón.

Keys le dio su parte del dinero: dos mil quinientos dólares. Lamentablemente, habían quedado en segundo lugar.

—¿Quién ganó?

—Una tipa que le escupió la cara a Lee Majors.

—¿Quién es Lee Majors?

—¿No sabes quién es Lee Majors?

—No, Allan, no lo sé.

—El hombre nuclear.

—¿Eso qué significa?

—¡Por Dios, Julian! Tu generación ya no sabe un carajo. ¡El hombre nuclear!

—¿El hombre qué?

—Es un actor. Olvídalo.

—¿Me estás diciendo que les pareció más importante un actor del que ya nadie se acuerda que un juez?

—Fue por votación.

—¿Por quién votó Ördög?

— Ördög no vota.

—De acuerdo. ¿Qué hacemos aquí? — Julian echó un vistazo alrededor.

Keys se ensombreció y señaló la Guayin. Un hombre en la cabina de una grúa hizo bajar una gran pinza que, con dedos de hierro, comenzó a arrancar pedazos a la camioneta y depositarlos en una montaña de chatarra. Fue un proceso lento. Los ojos de Keys acusaban un cúmulo de sueños rotos, de esperanzas que nunca tuvieron sentido, de posibles recriminaciones con Helen y sus agujeros de silencio. No quedó rastro del vehículo.

Ördög le había enviado un mensaje privado a Keys, diciéndole que eso era necesario, pues el juez haría todo para investigar al par de sujetos que lo agredieron afuera del restaurante. La Guayin no pasó desapercibida.

—Así que estoy jodido, amigo. Gané dos mil quinientos, pero perdí mi camioneta.

—Quizá con ese dinero te compres otra igual, es cosa de buscarla.

—Tú no entiendes. Es un asunto sentimental.

Julian sabía historias de la Guayin que Keys le había contado. La compró cuando tenía la edad de Julian. Para ese momento ya era un modelo antiguo, pero le traía recuerdos, su padre tuvo una idéntica. El hombre había sido bueno y decente, le dio la mejor infancia posible. En la Guayin de su infancia hubo viajes, campamentos, ese tipo de cosas. Pensó que la Guayin de su juventud sería como una extensión de esa felicidad. Al principio lo fue. En ella Helen y Allan hicieron el amor por primera vez, ahí tuvieron largas pláticas para trazar el futuro, viajaron a Montreal y hasta a Cancún. Igualmente, en ella Keys miró complacido su primer cheque del periódico. No podían omitirse las partes tristes, como cuando volvió de enterrar a papá y lloró tras el volante. O cuando dejó el auto en un estacionamiento de Walmart y se quedó dormido toda la noche, exhausto del trabajo. Después no hubo camioneta que valiera la pena para que no lo atropellara la vida. No consiguió crecer en el periódico, los gastos y las deudas se volvieron insostenibles. El divorcio. ¿Una nueva Guayin? Para eso se requería ilusión y ya no había de dónde sacarla.

Capítulo 15

Allan parecía haber perdido un hijo cuando dejaron atrás el deshuesadero Barraza. Julian lo animó a beber un segundo mezcal en Rancho Grande y a que le contara cómo es que se había unido a los bromistas. Había sido por invitación. Un tipo del periódico le pidió que lo grabara mientras tocaba traseros en Times Square; Allan no había tenido tantos reparos como Julian.

—Amigo, fue divertido. Me dieron ciento cincuenta dólares y algunas cachetadas.

Allan le pidió seguir con las bromas. La propuesta que ahora le hacía a Julian era que siguieran siendo un equipo, como Abbot y Costello, como Dean Martin y Jerry Lewis.

—Lo voy a pensar —dijo Julian.

—Al carajo contigo, buscaré otra pareja.

—Eres gay.

—Púdrete —dijo Keys entre risas y se fue de buen humor.

Más tarde Julian cruzó la puerta del Meadow preguntándose por qué Kathy Perris lo había citado en un sitio tan repugnante. No debía ganar mal como ejecutiva. Se lo aclaró cuando lo hizo entrar a la habitación: el lugar era parte del morbo. A Julian más bien le provocaba miedo la posibilidad de pescar algo al contacto con aquellas sábanas duras con excesivo olor a cloro o al pisar descalzo la alfombra vieja, raída y con manchas extrañas.

Kathy palmeó la cama y él fue a acostarse a su lado. Intentó besarle el cuello, pero ella se apartó. No había prisa, quizá en la oficina sí, pero ahí ninguna. Antes quería que hablaran; le interesaba saber algo de él. Julian le contó lo prudente: que había estudiado Letras en Parkland College y ahora era profesor de asignatura con aspiraciones a serlo de tiempo completo.

Kathy Perris lo miró con ternura. Ese no era el tipo de cosas que quería saber de él, estaba interesada en la relación con su novia, lo que hacía con

ella en la cama, si había participado en orgías, si se había acostado con hombres, o si intercambiaba a su chica con otras parejas.

—Apuesto a qué tú sí has hecho todo eso —respondió él.

Kathy se echó a reír, se giró y alcanzó una bolsa de plástico.

—Traje juguetes, cariño...

Vació la bolsa y cayeron en la cama todo tipo de cosas.

—No voy a ponerme eso —Julian señaló un dildo con arnés.

—No pensaba que te lo pusieras tú...

Julian abrió las pupilas y negó con la cabeza.

—Hice la cuenta, cariño: ya me debes mil seiscientos cincuenta dólares. No pienso cobrártelos, sino darte esa misma cantidad ahora mismo. No seas delicado. —Agitó un tubo de lubricante—. Lo haremos de la manera sencilla, seré cuidadosa. Lo prometo.

Kathy Perris hablaba en serio, se notaba en su mirada lunática: sus pupilas azules atravesaban los ojos y la boca de Julian.

—Eso no va a suceder, Kathy.

—¿Quieres que te despida del *call center*?

—Hazlo, no importa.

—Cariño, apuesto a que con dificultades pagas la renta y que no le puedes comprar una camisa nueva a tu hermano y llevársela al Memorial.

Julian se apartó bruscamente y la miró furioso.

—Tranquilo. Lo pusiste en tu expediente, que tienes un hermano en esa circunstancia. No me mires de esa forma; me toca saber a quién contratamos. Cuéntame, amor: ¿qué tan mal está Tim? ¿Hay alguna forma en que yo pueda ayudarlo? ¿Vamos después a Macy's por esa camisa y ropa interior para tu hermano? ¿A dónde vas? —añadió al ver que Julian se ponía de pie.

—¡Cógete sola!

Capítulo 16

Diana no le respondía los mensajes y lo evitaba en la universidad. Él no quería perderla. A menudo pensaba que podía pasar de su carácter explosivo y sus caprichos, pero cuando esa posibilidad se hacía real sentía el derrumbe. La encontró con otros chicos en una de las mesas del jardín, entretenidos en torno a una tablet; parecían relajados, así que se acercó en ese mismo tono y miró la pantalla.

—¡Qué asco! —se quejó Brenda Dammert.

Julian miró asombrado el video de los escupitajos hasta verse a él mismo y a Keys con pasamontañas escupiéndole a Patcher. Dos millones de visitas el video del juez; dos millones seiscientos mil el de Lee Mayors. El furor se había desatado en otros: la psicología de las masas de la que hablaba Le Bon, donde el individuo se contagia de ejercer la violencia, igual que cuando una estampida de vacas se desquicia corriendo a su propia aniquilación.

Julian le hizo una seña discreta a Diana para que se apartaran a hablar, pero ella, igualmente discreta, le dijo que no con la cabeza.

Al final de la tarde fue a visitar a Tim. Halló la habitación vacía y se alarmó; al girar para ir a la recepción, se encontró con Thara.

—Ya está junto a Anita.

Julian se asombró y le sonrió ampliamente. Fue deprisa en esa dirección. La enfermera que le daba de comer a Tim le dijo que su hermano había amanecido de muy buen humor. Julian sabía la razón, aunque el mundo entero pensara que cualquier explicación romántica era cosa de películas y comedias musicales.

La enfermera le pasó la cuchara a Julian y salió de ahí. Este comenzó a darle de comer a su hermano y a contarle intrascendencias que alguna vez les importaron, como que los Dodgers le habían ganado a los Padres; que Allan Keys —a quién Tim conocía— había vendido su vieja Guayin por dos mil quinientos dólares —qué importaba si esto no era del todo cierto—; que

había encontrado a la casera, la señora Featherstonehaugh, repartiendo folletos sobre cienciología afuera de la Torre Trump.

También se atrevió a decirle que se había dado cuenta de su amor por Anita Domínguez. Le pidió que no se ruborizara. Lo entendía bien: esa Anita tenía un hermoso pelo negro y mirada dulce. Seguro que ella le correspondía.

«No es un amor imposible, Tim», le dijo. «Las chicas siempre estuvieron a tu alcance, incluso las que a mí me gustaban. No te lo digo con resentimiento, solo como una realidad. Esta es tu nueva conquista, aunque me da la impresión de que puede ser la más importante. La definitiva. Clara Spencer nunca me gustó para ti. Todo pasa por algo, ¿sabes? Estabas en la cima y esa Clara lo sabía. Comenzaba a ser manipuladora contigo. No te enojes, sabemos que lo era, sabemos que a pesar de que siempre fuiste un líder nato ella ejercía sus influjos en ti. Oye, Tim...».

Julian dejó de hablar al descubrir sobre la cama un paquete con calzones, calcetines y una camisa de la que aún colgaba la etiqueta de Macy's.

—¿Quién te trajo esto?

Tim no podía darle una respuesta, pero Julian la sabía.

Fue a buscar a Thara.

—No lo sé, Julian, la mujer solo dejó las cosas en la recepción.

—¿Y ella te dijo que cambiaras a Tim al pasillo catorce?

—¿Ella? ¿Por qué habría de hacerlo?

La sospecha era absurda, Kathy Perris no podía haber pedido tal cosa; los únicos que sabían que Julian quería cambiar a Tim de cuarto eran él mismo y Thara. En fin, qué más daba, su hermano ya estaba al lado de su amorcito, y si Kathy había decidido traerle ropa era cosa suya, quizá era su forma de disculparse por lo del hotel. Kathy Perris podía ser una libertina, pero también era fuerte y autosuficiente. Julian nunca olvidaría la primera vez que la vio en el estacionamiento del *call center*, cuando el acomodador de coches se quiso burlar de ella por no estacionar el auto como según él era lo correcto, y Kathy, elegantemente, le hizo ver al tipo que saber mover un coche no hacía sino confirmar que su cerebro solo tenía cuatro velocidades.

Esa ocasión Kathy le invitó un café en la oficina. La charla fue amable, intercambiaron el tipo de preguntas de cuando se intenta conocer a alguien

sin más propósito que ese. Ella como él había vivido toda su vida en Nueva York. Era autosuficiente desde los dieciséis, tenía una gata con síndrome de Down y estaba segura de que jamás le iría mal en la vida.

Capítulo 17

«Puedes estar tranquila, las cámaras de seguridad no te captaron». Ese fue el mensaje que Julian le envió a Diana, pero ella siguió sin dar su brazo a torcer. Lo dejó en visto.

Stewart lo invitó a cenar en su casa. Gladys prepararía su estupenda lasaña; beberían una botella de vino, habría pastel de cerezas y podrían hablar de escritores y poetas. Ese tema no le aburría a Gladys, aunque no supiera un pepino de literatura.

La cena transcurrió en ese tenor: Stewart hablaba hasta por los codos sobre la rivalidad —imaginaria o no— entre Góngora y Quevedo; Camus y Sartre; Hemingway y Faulkner. Se ponía de parte de alguno por razones literarias más que anecdóticas para luego comenzar a recitar de memoria la *Elegía* de Miguel Hernández. De memoria, eso era lo más importante. Clavaba la mirada en Julian, como si este pudiera representar de alguna forma a todos los que dudaron de que Oliver Stewart estuviera en pleno uso de sus facultades mentales. Gladys sonreía a todo, condescendiente, pero un par de veces intentó cambiar la conversación preguntándole a Julian cómo le iba. Fue inútil, de alguna forma Stewart recuperaba el micrófono.

—¿Qué opinan de la epidemia de escupitajos? —espetó Gladys.

—Oh, por Dios santo —se quejó Stewart, yendo a la cocina a abrir otra botella de vino—. Ese no es un buen tema. Acabamos de cenar y le haces pasar un mal rato a nuestro invitado.

Al ver el gesto herido de Gladys, Julian intentó compensarla.

—No me parece un tema menor. Gladys, ¿cuál es tu opinión al respecto?

—Que la gente está sacando una rabia producto de muchas frustraciones.

—Pues vaya manera —opinó Stewart.

—Reconócelo, Oliver —le refutó Gladys—, tú alguna vez has sentido ese mismo impulso.

—¿De escupir a alguien? —ironizó él—. Sí, a la gente que hizo la nota anónima en mi contra.

—Ahí lo tienes.

—Estaba jugando, tontuela.

—Pues yo sí quisiera escupirle a más de cuatro.

—Ni una más —bromeó Stewart, apartándole simultáneamente la copa a Gladys.

Julian pudo notar en ella una chispa de rabia y las ganas de escupirle.

—Bueno, no hemos escuchado la opinión de Julian al respecto. —La mujer le sonrió dulcemente.

Este respondió con evasivas. Gladys subrayó que para nada le asustaba si la gente quería hacerlo mientras no fuera solo porque sí. El sinsentido es lo que resultaba triste. Por otra parte, no cualquiera merece ser escupido; desde luego no Lee Mayors, había sido un hombre guapísimo, lo recordaba muy bien de la serie de televisión.

Stewart elevó los ojos, harto de Gladys, y le pidió a Julian acompañarlo a su estudio, pues quería mostrarle un libro de los enciclopedistas franceses hecho en papel arroz y escrito en tipografía *copperplate*. Ya en el estudio, comentó que Gladys no era una mala mujer, pero sí muy elemental. Había que disculparla si abría la boca para citar chismes.

—Bueno, Julian, ya dímelo. ¿Qué pasa contigo? Te noto distraído. —Stewart cambio de tema mientras sostenía aquel grueso libro—. Somos amigos, me dolería si no confías en mí. Fuiste el único que no me lanzaba miradas extrañas en la universidad cuando todos creían que estaba perdiendo la cordura. Así que, por favor, te lo suplico: habla. Leo en tus ojos que algo anda mal.

—Cosas de la vida, Stewart.

—Cosas de la vida que puedo escuchar. Soy mayor que tú, ya recorrí un camino, así que muy bien puedo darte un consejo, hijo.

—Está bien, Stewart, esto no te va a gustar, pero estoy esperando que te jubiles. Necesito ocupar tu sitio, necesito un trabajo estable. No puedo seguir ganando una tercera parte de lo que ustedes ganan.

No había vuelta atrás, las palabras habían quedado plasmadas con claridad. Stewart dejó de mover el libro entre sus manos y le sostuvo la mirada a Julian.

—Lo siento, Stewart. No es que quiera que te vayas, es que lo necesito. Lo siento de verdad. Entiendo que después de esto ya no seamos amigos.

—¿Sabes algo, Julian Langford? —dejó el libro a un lado—. Ya lo sospechaba. ¿Y sabes qué haré? Irme de la universidad.

Julian pasó del recelo al asombro.

—Sí, chico, me iré. He sido egoísta, pero también estoy cansado, realmente cansado. Y para que no te sientas mal: si estuviera en tus zapatos pensaría exactamente lo mismo.

—¿Es en serio, Stewart?

—¡Absolutamente! ¡Ven aquí, mi muchacho!

Stewart alargó los brazos y Julian fue al encuentro de ellos. Stewart lo miró con dulzura y le sonrió, luego le puso una mano en la mejilla.

—Tienes una mirada tan dulce, chico...

—Gracias, Stewart.

—Vaya que sí... vaya que la tienes, mi muchacho...

Stewart se acercó a escasos centímetros de Julian y entreabrió los labios, buscando los suyos. Este se apartó bruscamente, balbuceó algunas palabras y rápidamente dijo que iría a despedirse de Gladys.

Capítulo 18

Ya eran dos personas las que lo evitaban: Diana y Stewart. Aunque él le había dicho —esa noche antes de salir de su casa— que no iba a dejar de cumplir su promesa y renunciaría al empleo. No renunció y Julian no se atrevía a insistir. En cuanto a Diana, terminó por llevarse un balde de agua fría cuando la encontró en el estacionamiento yéndose en el coche deportivo de Joel Botella, especialista en el Siglo de Oro español. Diana puso cara de estar sorprendida, pero no avergonzada.

Fue la devastación, pero con rebote. Esa quemadura en el pecho le hizo dejarse de vergüenzas y abordar a Stewart en un pasillo y preguntarle si iba a seguir evitándolo.

—No te evito —dijo aquel, casi intimidado.

—Claro que lo haces, Stewart.

—Es que no sé cómo darte la mala noticia. Esa noche hablé con Gladys y me prohibió dejar mi trabajo. Tuvo su punto, ¿sabes? Está de acuerdo con mi hija sobre las estadísticas de los jubilados que mueren. Por favor, te suplico que no vayas a pensar que mi negativa a ponerme de tu parte es por lo que pasó entre nosotros.

—No pasó nada.

—Me refiero a lo que hay entre nosotros.

—Stewart, entre nosotros no hay nada.

—¡Amistad, Julian! Hablo de eso. No tienes que remarcar *lo otro*. Tienes una idea equivocada de mí. Llevo treinta y seis años casado con mi amada Gladys; estoy claro en eso: la amo en todos los sentidos, físico y emocional. A nadie más.

—Stewart, conmigo no tienes que justificarte.

—¡No lo estoy haciendo! No te debo nada, Julian Langford. Lamento que pensaras algo distinto de nosotros. No puedo hacer nada por ti, no soy tu padre. Gánate la vida.

Stewart endureció el semblante y se alejó. Julian se sintió observado. No era una mera ilusión, lo observaban Wood y Yamada, quienes al verse descubiertos no evadieron seguirlo mirando con cierto desprecio.

—Al diablo Oscar Wilde. —Fue lo primero que Julian espetó en clase—. No dejen que nadie, ningún maestro, les imponga lo que es literatura y lo que no. Ustedes tienen que descubrirla por sí mismos tanto como los escritores han encontrado su forma de narrar a pesar de que les pesaran Cervantes y Shakespeare...

El ruido del teléfono lo interrumpió. Era un mensaje del Memorial, le preguntaban cuándo podría llevarse a Jim o pagar la mensualidad pendiente. El mensaje era directo, sin amabilidad.

Más tarde se paró en la oficina de Kathy para darle las gracias por la ropa que le llevó a Tim y de paso decirle que lamentaba no poder seguir siendo *su juguete*. Venía por su liquidación. La necesitaría. Ella le recordó que esa solo se daba cuando los empleados eran despedidos, no cuando renunciaban. Allá, fuera, la silla esperaba su trasero y, los clientes, ser atendidos. ¿Algo más?

—Kathy —dijo afilando una sonrisa—, ¿todo esto es porque no dejé que me metas cosas en el trasero?

—No voy a despedirte, Julian. Necesitas el empleo, están por echar a tu hermano del hospital.

—¿Cómo lo sabes? ¿Qué tienes que ver en eso?

—Tranquilo, ¿qué podría yo tener que ver? Me hicieron una llamada porque le llevé ropa y, pues, me enteré de la situación. En serio lo siento. ¿Quieres que te haga una transferencia para que salgas del apuro?

Julian la miró con un nudo en la garganta, sintiendo un gong que le golpeaba la cabeza. La imagen de Diana en el coche deportivo de Joel Botella, la negativa de Stewart... todo le provocó malestar.

Esa noche solo quiso alcanzar la cama y quedarse dormido. Golpearon la puerta. Fue a asomarse por la mirilla: era Keys, sudoroso y pálido.

—¡Abre ya, Julian, me persiguen!

Capítulo 19

Cuando Simon y Garfunkel dieron su gran concierto en Central Park en 1981, ya eran dos tipos maduros y enemistados. Simon, el creativo, hacía esas bellas canciones, pero resultaba un tanto sombrío y melancólico. Garfunkel tenía una bella voz, solo que de esas existían a puños. La envidia llevó a Art a chismear que Simon no conquistaba chicas por su uno sesenta de estatura. Simon creyó —en una primera etapa—que sin Garfunkel no triunfaría.

Esta anécdota era de las pocas que, vivamente, Julian le recordaba decir a papá. Lo consideraba digno de compartir con él la música, único tema donde el viejo no prefería a Tim. Cada vez que echaba de menos esa conexión, Julian ponía el disco en el que quinientas mil almas coreaban aquellas viejas canciones en Central Park. Eso mismo hizo y subió un poco el volumen para ver si Keys se largaba con sus problemas a otra parte, pero aquel comenzó a patear la puerta.

—¡Abre, carajo! ¡Tengo un tiro en el estómago!

Abrió, lo llevó al sofá y le apretó un trapo en la herida.

—¡Qué carajos hiciste esta vez, Allan!

Keys metió una mano en el bolsillo y sacó un buen fajo de dólares ensangrentados.

—Quédatelos...

—¡No quiero tu dinero! ¿Quién te disparo?

—Oh, amigo, debiste estar conmigo. Voy a irme con una sonrisa, que no te extrañe que la siga teniendo cuando esté muerto.

—¡Abre, hijo de perra! —aulló aquella voz detrás de la puerta—. ¡Te tiraste a mi esposa, maldito cabrón!

—Es verdad —balbuceó Keys, escupiendo una débil sonrisa—, eso hice.

—¡Y encima me enviaste el video!

—Sí, de hecho —replicó Allan entre risas

—¡Baja la voz, Allan! No te rías... quizá se vaya.

—Me la tiré, amigo, y gané el reto; tampoco pienses que fue la gran cosa.

—¡Cállate, Allan! ¡Cállate ya, maldita sea!

—Tengo que ser franco, amigo: no se me acabó de parar. Pensaba en Helen, mi Helen. Oh, Dios, mi Helen...

—¿Por qué te la tiraste? —chilló la voz del tipo—. ¿Desde cuándo están juntos?

Al oír eso, Keys rompió a reír con más fuerza. Julian le tapó la cara con un cojín para ahogarle las carcajadas. Un carraspeo se escuchó detrás de la puerta, después un tarareo. Sí, el tipo tarareaba una canción y eso resultó escalofriante.

—¡Maldito desgraciado! —aulló a todo pulmón y le pegó tres disparos a la tabla.

Las balas traspasaron y brincaron en los rincones. Julian se engarrotó fuertemente, respiraba entrecortado, sentía las gotas instantáneas de sudor resbalándole por el cuello. Castañeó los dientes y aún siguió haciéndolo cuando escuchó al tipo alejarse tarareando hasta salir por la puerta principal del edificio.

Julian retiró el cojín de la cara de Keys justo cuando comenzó la canción «Wednesday Morning, 3 A.M.».

Los ojos fijos y la boca entreabierta de Allan Keys tenían ese misterio que da el vacío de la muerte.

Oh, what have I done, why have I done it?
I've committed a crime, I've broken the law
For 25 dollars and pieces of silver
I held up and robbed a hard liquor store...

Capítulo 20

«Un Mustang 68, Allan... o, espera, ¿recuerdas el Barracuda? Era extraño, la ventana trasera larga y acostada. ¡Ya sé! Mejor un Camaro o un Maverick; tenían clase. ¿Pero una Guayin? ¿En serio una Guayin? ¡Cristo, Allan! ¿Sabes para quién es una Guayin?: marido, mujer, tres niños, el perro y la abuela. ¿Qué hacías tú con una jodida Guayin? Estoy seguro de que a Butter le habría gustado un Camaro. Mi padre no sabía conducir. ¿Sabes que a los hombres de su generación les avergonzaba no saber conducir? Un hombre debe saber, decían, y si quiere serlo un poco más, entonces habrá recorrido Los Ángeles en una Harley Davison. Voy a confesarte algo, Allan. Queda entre nosotros, ¿sí? Yo tampoco sé conducir...».

Así estuvo, hablándole una hora entera al cadáver de Keys hasta que dieron golpecitos en la puerta. Se levantó del suelo y abrió con cautela. Ahí estaba el tipo con el portafolio rectangular color vino. Pasó de largo y fue a revisar a Keys mientras Julian se cercioraba de que no hubiese nadie en el pasillo. Luego le dio al hombre explicaciones no solicitadas.

—Quizá lo mató una bala perdida o un infarto; le costaba respirar, le costaba...

—Sal de aquí, yo me encargo.

Obedeció. Buscó la primera banca en el parque y ahí se estuvo con los ojos cerrados, oyendo chillar a los pájaros hasta que el aire frío de la madrugada le caló en los huesos. «Nadie tiene por qué saberlo», se dijo. «Nadie». Ese hombre del portafolio sí lo sabe, pero no te conoce. Te ordenó «vete de aquí», lo cual significa que le pareció que lo de Allan no era cosa tuya, sino de él.

Volvió cautamente frente al edificio. No había patrullas ni nadie sospechoso. Abrió la puerta principal y se cruzó con la señora Featherstonehaugh en la escalera.

—Revisé mi cuenta —espetó sin preámbulos— y no hiciste el pago completo.

—Señora Featherstonehaugh...

—Puedes decirme Thelma, si tanto te cuesta decir mi apellido. ¿Cuándo puedo contar con los doscientos ciencuenta dólares faltantes?

—Hoy mismo.

—¿Por qué no te mudas a Flatlands y compartes con un roomie? Alquilen algo de mil novecientos dólares; vayan a mitades.

—Tiene razón, lo buscaré.

—No harás nada y lo sabemos, no hasta que te veas obligado a irte de aquí. Me das tanta pena, hijo...

—Señora Featherstonehaugh, es muy temprano para discutir. —Julian lanzó una mirada a la escalera.

La mujer puso cara de palo y siguió su camino.

Julian tocó la puerta como si no fuera la de su propio departamento. Nadie vino a abrir. Giró muy despacio la llave en la cerradura. Se asomó. Todo estaba en orden. No había nadie en el sofá. Ni siquiera un jarrón roto, y aquel agujero en la pared ahora estaba cubierto con un cuadro. El tipo había hecho un buen trabajo. Julian fue a sentarse donde estuvo Keys, prometiéndose que ese sería el final de la historia.

De pronto, su mirada se dirigió a la mesa, ahí estaba el muñequito del pene de hule, el que siempre colgó del espejo de la Guayin. Parecía la última broma de Allan Keys.

Capítulo 21

Aguardaba a la directora Harper mientras hacía el recuento: la muerte de Keys, la rutina de siempre, clases, exámenes, juntas para definir los horarios, Stewart —que se hacía el indignado y no le dirigía la palabra—, Diana y su nuevo romance con Botella. Si ella supiera por lo que había pasado... Qué idiota, no lo consolaría en lo absoluto. Pensándolo bien, la ruptura implicaba ganancia: no tener problemas en la universidad, seguir libre y, la mejor de todas, no volver a saber del jodido tío Tom.

También fueron días de paranoia al ver patrullas en la calle. ¿Por qué no aceptar que si alguien desaparece no pasa como en las películas, que lo buscan hasta debajo de las piedras? Solo se busca a la gente famosa, a los importantes, a Lee Majors.

Lo mejor de todo era que le había puesto fin al *call center*. Aún saboreaba la llamada con Kathy Perris; ella le dijo que si creía que iba a justificarle esos ocho días de ausencia, había perdido la razón. Le respondió que se metiera en el trasero el dildo con todo y arnés, además del empleo de porquería, a los empleados y, de paso, a los clientes.

—Perdón por la espera, señor Langford —dijo inesperadamente amable la directora Harper, entrando con Thara a la oficina—. Thara me acaba de explicar el motivo de su vista...

—¿Y bien? ¿Cuento con que mi hermano se quede aquí?

—Señor Langford...

—Llámeme Julian, como lo hace Thara.

La chica lo miró incómoda, tal vez porque el personal no debía mostrarse cercano a los familiares de los pacientes.

—Es muy generoso al ofrecer cuatro mil dólares de donativo, pero nuestra institución no funciona de esa manera.

«Con qué orgullo decía "nuestra institución" esa cabrona», pensó Julian. Hasta ese momento siempre lo había mirado como si el estado vegetativo de

Tim fuera hereditario.

—Directora Harper, seamos honestos. Entiendo que reciben financiamiento privado: el mío sería uno más. Me llevaría a Tim de aquí si pudiera. —Julian lanzó una mirada despectiva a la oficina con muebles baratos—. Pero mi hermano ya se encariñó con este lugar.

—Voy a consultarlo con el patronato y le haré saber la respuesta lo más pronto posible.

—Estoy seguro de que será favorable. ¿Le parece si espero la respuesta en el jardín?

—Thara, acompaña al señor Langford...

Salieron de la oficina y compartieron una sonrisilla traviesa; Thara le guiñó un ojo y lo dejó seguir su camino. Julian fue a sentarse en una banca de piedra, al lado de Tim y su silla de ruedas.

—Allan ha muerto, Tim... Nunca se tomaba nada en serio. Te daba gracia, pero después de un rato, carajo, cómo jodía su cinismo. No estoy diciendo que por eso merecía morir, pero, Tim, te juro que fue un accidente, igual que...

Contempló aquella mueca rara y ausente, la mirada que por primera vez le pareció la de alguien a quien le dicen: ve por ahí, sigue la luz al final del túnel, todo allá es fabuloso; pero que, por más que lo intenta, se queda a medias en su escapatoria.

Los parientes de Anita Domínguez llegaron al encuentro de la chica; Julian no lo pensó dos veces y se acercó con Tim en la silla.

—¿Les robo unos minutos? Él es Tim, mi hermano.

Los padres de Anita se portaban afables, relajados. Eran salvadoreños. La señora hablaba poco inglés; el hombre lo hacía fluido pero con acento marcado. No tocaron el tema de por qué Tim y Anita estaban en esa situación. Era una escena algo triste, pues era como tener dos mascotas que congeniaban en el parque, pero también había un tinte de feliz armonía y comprensión. Anita sonreía cuando se referían a ella y tornaba sus ojos bonitos y candorosos hacia Tim. De pronto, Anita le tomó la mano. Nadie lo vio mal.

Más tarde comió una hamburguesa en Wendy's. Se sintió el hombre más rico del mundo aunque de los siete mil dólares de Keys solo le quedaran tres

mil. Esos del patronato no habían tardado más de quince minutos en decidir que no había problema en mantener a Tim Langford entre sus pacientes un año más. Qué belleza recordar a su hermano al lado de Anita. Todo el mundo busca milagros, todos tratan de descubrir fórmulas químicas o magia para encontrar el amor, y resulta que surge de manera sencilla e irreverente, como los niños que solo expresan lo que sienten mientras los adultos se escandalizan.

Capítulo 22

«Sé que estás aquí», dijo en voz alta al entrar, «lo sé porque estuve en Harlem y me crucé con una mujer que me miró preocupada, como si te trajera en mi espalda. La vi entrar a una de esas tiendas donde atienden a los desesperados por falta de amor o trabajo y les hacen amuletos. ¿Sabes algo, Allan? Ya no tengo miedo. De tus siete mil me quedan doscientos cincuenta y siete dólares; hice otra donación al Memorial hace tres días... Al diablo con Diana, dicho sea de paso».

Abrió la botella de ron, de la cual ya había bebido una tercera parte, llenó dos vasitos y los puso en la mesa, donde giró en sus manos el muñeco del pene de hule. El celular dio su campanada. Leyó el mensaje: «¿Listos para la segunda parte de juego?».

Se trataba del grupo de Allan, lo habían incluido. Él jamás había hecho una sola broma por su cuenta. Tuvo el impulso de poner una carita amistosa y decir que lo eliminaran. No formaba parte. Los mensajes cesaron misteriosamente. Poco después comenzaron a llamarle de un número desconocido.

—¿Quién habla?

—Ördög —dijo la suave voz masculina.

Julian guardó un breve pero incómodo silencio. Hasta cierto punto ese tipo era el causante de la muerte de Allan, él y, por supuesto, la falta de dinero y las carencias emocionales de los idiotas que se sumaban al grupo.

—No sé quién eres.

Una risa cristalina precedió a la explicación.

—Claro que lo sabes, el buen Allan debió hablarte de mí.

—Allan está muerto.

—Por Cristo, Julian, te gastaste esos siete mil dólares y ahora me tratas como a un desconocido. Bien empleados, por cierto. Nada como ayudar a tu hermano en desgracia, ¿no es así? Lo de Wendy's me decepcionó un poco.

¿Sabes el veneno que fuiste a comer? Yo también he ido en casos extremos. Todos esos lugares son un mal americano. Tienes que ir a DeStefano's, el filete a la pimienta es increíble. Tengo entendido que matan a las reses con absoluta piedad. ¿Has pensado volverte vegano? Yo tampoco, pero, aun así, los veganos están filosóficamente en lo cierto. Aunque esto no los hace personas sensibles; de hecho, suelen ser todo lo contrario.

¿A dónde pretendía ir con esa perorata?

—Allan merece un epitafio. Tú estudiaste literatura, ¿cuál te parece mejor? ¿Qué tal el de John Keats? «Aquí yace alguien cuyo nombre se escribió en el agua».

—Escuche, de verdad no sé quién sea ni por qué hace todo esto, y no me interesa saberlo.

—No seas descortés, los siete mil salieron de mi bolsillo.

—¿Qué quiere de mí?

—La broma era en dos partes y Allan cumplió la primera, pero falta la segunda. Lo justo es que, si te gastaste el dinero del premio, cumplas con lo que falta. ¿Por qué te afliges tanto? Solo se trata de hacer bromas.

—No sé hacerlo. Puedo devolverle su dinero.

—Acabas de hacer una.

Capítulo 23

«¡Bienvenido, Julian!».

«¡Oh, Dios! ¿Ördög te escribió personalmente?».

«¿Le pediste su autógrafo?».

«¡Estoy dispuesto a ser su perra!».

«¡Qué a mí me ponga en cuatro!».

«¡Que me dé duro!».

«¿Cómo es su voz?».

«¿Es inglés? Sospecho que nació en Gales».

«Kerry, tuviste un merecido segundo lugar al grabar a Don (¿ese era su nombre?) cogiendo no solo contigo, sino con tu primo Albert. ¡Qué ingenio que consiguieras que los atrapara la esposa justo cuando Don usaba lencería! Pero ya saben que mi voto no cuenta. Dieron por ganador a Allan... Un video muy simple: Allan en la cama con la mujer del pastor Vernon Preston. Logró ponerme sentimental. No se llevó a la cama a esa mujer con burla, sino con amor».

«*In memoriam* de nuestro Allan Keys. Ahora toca la segunda parte, ya saben de qué se trata. Secuestrar al cornudo del video y enterrarlo vivo cuatro horas. Veinte mil dólares. ¡Suerte, jugadores, el mundo es suyo!».

Metió tres camisas en la mochila y compró un boleto a Pittsburgh. De ahí a Toronto serían seis horas de viaje en autobús sin escalas. Había escuchado que los padres de los estudiantes de una preparatoria pedían a gritos profesores expertos en Poe, así que decidió probar suerte, rehacer su vida en otra ciudad. Él lo era, sabía hasta cómo murió. «Hay un caballero, mal vestido, en el cuarto distrito de Ryan que se hace llamar Edgar Allan Poe. Aparenta estar angustiado. Dice conocerle y necesita ayuda inmediata...». Comenzaría con ese testimonio.

Volvió a mirar el celular: el grupo de locos no dejaba de enviarse mensajes. Evitó abrirlos. Le escribió a Diana explicándole que iba a

comenzar de cero y quería despedirse bien. Lo había flechado desde el primer instante. Le dolía hasta la médula no haber sido un buen partido, pero ella debía reconsiderar, pues Botella era una pésima elección: además de insoportable era pelirrojo. Tom solía decir que los pelirrojos eran malévolos. Les haría la vida imposible. «Diana, te amo sinceramente», fue el último mensaje que Julian envió.

De pronto, se escucharon las notificaciones casi simultáneas en los teléfonos de los demás pasajeros; las pantallas de los celulares brillaban en la oscuridad. ¿Sería esto una coincidencia? Debía serlo. De lo contrario, la respuesta sería una locura: que todos esos desconocidos fueran parte del grupo. No se atrevió comprobarlo; mantuvo la cabeza pegada al paisaje oscuro y marañoso más allá de la ventanilla.

Lo de Toronto tal vez no era la mejor idea. Nunca había puesto un pie fuera de los Estados Unidos. Papá decía que eso era estúpido, prácticamente traición a la patria; son ellos los que tenían que venir aquí, no nosotros a sus países.

El camión paró en Trenton, poco antes de llegar a Filadelfia. Algunos pasajeros se quejaron, pues esa parada no estaba en el itinerario. Descendieron ocho personas. Lo mismo pasó en Hershey, en Bedford, en Somerset y en Monroeville. El camión terminó vacío, con Julian en un asiento del fondo. No faltaba demasiado para llegar a Pittsburgh: unas cinco millas de paisaje y ausencia, de ese aire en ráfagas que entraba por las ventanillas. De pronto, el autobús bajó la velocidad hasta que se detuvo por completo. Los faros encendían un trozo de carretera, pero más allá todo seguía envuelto en oscuridad. El silencio era casi absoluto de no ser por el ruido del motor del autobús, sedoso y constante.

—¿Qué sucede? —le preguntó Julian al chofer.

Este movió una mano en el tablero. De pronto volvió a escucharse aquella canción: «Wednesday Morning, 3 A.M.». El ruido de la despresurización al abrir las puertas se dejó escuchar. Julian miraba la espalda del chofer, rígida y quieta; luego miró las hileras de luces largas de neón en el suelo del autobús encenderse. Estaban solos en medio de la nada, escuchando las voces corales de Simon y Garfunkel. No tenía sentido, como no lo tenía nada en la vida.

Sin cruzar palabra, Julian comprendió lo que esperaba el chofer. No se atrevió a cuestionarlo. Bajó del camión, cuyo compartimento para equipaje ya estaba abierto. Arrastró su mochila fuera del contenedor. El autobús cerró las compuertas y desapareció en la oscuridad, siguiendo su camino a Pittsburgh.

Los faros de un auto se aproximaron; se detuvo al lado de Julian. Era el tipo del portafolios. Abrió la puerta del coche. Julian entró, quiso decirle algo, pero el tipo se puso un dedo vertical en la boca.

Cinco horas después, con la mochila al hombro, luego del largo viaje donde se limitó a observar de reojo al tipo manejar, impenetrable y maquinal, sacó la llave para abrir su departamento. Escuchó que rascaban la puerta. Abrió. Era Butter, que lo empujó con los pies en el pecho y lo recibió a lengüetazos.

Capítulo 24

Los demás realmente parecían fanatizados con la idea de enterrar viva a una persona y embolsarse veinte mil dólares. Al final, alguno lo iba conseguir. Él no. Julian Langford, no. Julian Langford solo era un maestro de literatura a medio tiempo y nada más. Julian Langford, mirándose al espejo, medía un metro con setenta. Era delgaducho, tenía cabello negro. Cada vez que algo le intimidaba encogía los hombros. Julian Langford ni siquiera hizo algo para conquistar a Diana Travis, fue ella quien —de la nada— lo escogió.

—Alguien pregunta por ti —espetó Brucks, asomándose a la puerta de la oficina—. Habla con él antes de que se haga un escándalo...

—¿Quién es?

—Lo encerré en la sala de juntas. ¡El tipo es odioso! Esa es la palabra.

—De acuerdo...

—Espera, todavía no te vayas. Tengo que decírtelo, Julian Langford, eres una mierda.

—¿Perdón?

—Le prometí a Stewart no confrontarte, pero también tengo una esposa, ¿sabes?

—No entiendo a qué te refieres.

—Stewart te invitó a cenar en su casa. ¿Es eso mentira?

—No, no lo es.

—Como tampoco es mentira que cuando la señora te llevó al estudio para mostrarte los libros de su marido, de los cuales está orgullosa, te le fuiste encima. ¿Estás loco, Julian? ¡La dama tiene sesenta y seis años!

—Eso no fue exactamente lo que pasó.

—¡Vete ya y resuelve tu nueva estupidez! ¿Qué pasa contigo? ¿Tienes una fijación con las mujeres mayores? ¡Consulta un psiquiatra, carajo!

Entró a la sala de juntas. Ahí estaba ese sujeto excesivamente pálido y de gesto furibundo.

—Siete mil dólares —espetó.

Julian lo miró sin entender.

El tipo deslizó su teléfono en el escritorio. Había un mensaje en el que se le decía que en el engaño había participado Julian, y que la broma les generaría a él y a Keys esa cantidad. Julian tragó saliva. El hombre debía ser el que le disparó a Keys, luego baleó la puerta y se fue tarareando una canción.

—Ya no estoy buscando explicaciones, quiero los siete mil o tendré que volver a la oficina de ese Brucks. De momento solo le mencioné que mi mujer me engañó con tu amigo y que tú eres cómplice.

—¿Quién le dijo eso? Yo...

—¿Lo aclaramos con Brucks?

—De verdad, yo...

—No sé si a los padres de los estudiantes les guste que seas su maestro.

—¿Se da cuenta de que yo podría ser inocente?

—¿Qué te digo? El mundo no es justo con nadie.

—Tengo entendido que usted es pastor.

—No lo intentes por ese lado —desestimó el sujeto.

Se abrochó el sacó, que le quedaba algo guango, fue a la puerta y remató diciendo que quería el dinero en tres días. Casi enseguida se asomó de nuevo y agregó con dignidad:

—¡Mi nombre es Vernon Preston! ¡Que no se te olvide!

En cuanto el tipo se largó, sonó el celular.

—Julian —dijo Ördög—, ¿no es sorprendente la mezquindad humana? Pero si lo ves por el lado bueno, saber de lo que es capaz la gente por dinero hace que dejes de sentirte culpable cuando está en tus manos hacerles cierto daño. Estoy seguro de que no vas a permitir que ese tipo te robe siete mil dólares.

—No pienso enterrarlo vivo.

—¿Matarlo tal vez? ¿Quieres que se lo sugiera al grupo?

Barajó soluciones, todas diametralmente opuestas a cometer un segundo delito. Keys fue el primero, aunque no tuviese claro si lo asfixió con el cojín o si su muerte fue por la herida de bala. La posible solución sería argumentar homicidio imprudencial; existía ese término, ¿no es cierto? Escarbó en internet. Ejemplos de homicidio imprudencial: 1. Un médico

administra una dosis incorrecta de medicamento a un paciente, provocando su muerte. 2. Un conductor atropella y mata a un peatón. 3. Un ingeniero diseña mal un puente, se viene abajo y los peatones mueren. Dos a cuatro años de prisión. No eran muchos, pero saldría con la vida rota; es decir, un poco más rota. Olvidó el asunto, dio la clase y luego fue a Walmart. Llegó a casa con una bolsa de croquetas para Butter y pastrami para él.

Capítulo 25

Al día siguiente supo lo que tenía que hacer: nada, absoluta y decididamente nada. El dinero ya lo había dado al Memorial, estaba en ceros. Además, aunque pudiera pagarle a Vernon, el chantaje no tendría fin. Dejaría que el tipo armara un escándalo a la universidad, sería decisión de Brucks lo siguiente.

—Sube —ordenó la voz al mismo tiempo que la portezuela abierta de un coche se le atravesaba en el camino.

Uno de los dos tipos levantó una placa de policía. Julian obedeció. Avanzaron varias calles y el coche se detuvo en Times Square.

—Agentes Maxwell y Lenox —dijo el tipo, esta vez volteando a mirar a Julian—. Investigamos la desaparición de Allan Keys, tu amigo Allan Keys. ¿Cuándo lo viste por última vez?

—¿Allan desapareció?

—Vuelvo a preguntarte: ¿cuándo lo viste por última vez?

—No estoy seguro, quizá hace dos semanas.

—¿Dónde fue eso?

—En un puesto de hotdogs. Me llevó en su auto a la universidad; soy profesor de literatura.

—¿Lo notaste raro?

Julian negó con la cabeza.

—¿Sabes si estaba en algún grupo?

—¿Grupo?

—Redes sociales.

—No sé, quizá sí. Allan era... siempre ha sido muy sociable.

El rostro se le incendió al haber soltado ese tiempo verbal en pasado.

—Entonces te contaría en qué andaba.

—Sociable, pero reservado. Ya me siento preocupado por él. ¿Lo buscaron en el trabajo? Entiendo que a menudo lo mandan de viaje; una vez se fue a Perú. Llegó a decirme, de buena gana, no volvería de sus viajes...

—¿Vivía con alguien? ¿Alguna relación tormentosa?

—Me parece que era divorciado. Ya recuerdo: tenía un perro, Butter o Ruter, algo por el estilo.

—¿Te suena el nombre Ördög?

—¿Orco?, ¿como los duendes?

Los tipos lo miraron secamente.

—¿Te estás haciendo el chistoso con nosotros?

«Lo saben, se infiltraron en los mensajes. Tranquilo, tú no has escrito barbaridades; les dijiste que no querías participar. Confiésalo todo y líbrate de una vez. Al carajo esa gente, al carajo Ördög y al carajo enterrar vivo a Vernon. Homicidio por imprudencia: dos a cuatro años, y eso en caso de que pierdas el juicio. Pídeles auxilio, no te quepa duda de que esos locos del chat te vigilan, como en el autobús a Pittsburgh», pensó Julian.

Lo dejaron en la siguiente calle y le dijeron que volverían por él.

Volvió al departamento. Fue a sentarse en una esquina del suelo. Tenía pocos muebles, así que estaba despejado. Comenzó a arrojarle una pelota de goma a Butter. ¿Sería enfermo confesarse con Butter? «Lo maté, Butter, maté a tu dueño, ¿dejarás de ir por la pelota si te lo confieso? ¿No? Buen chico. Me quieren crucificar, Butter. No me abandones, tú no me abandones. No soy un mal ser humano, maté a Allan Keys, sí, pero por Dios que soy una buena persona».

Salió a pasearlo y contempló que las luces de los establecimientos comenzaban a brillar, mientras que el cielo adquiría una tonalidad refulgente y azulada. De alguna forma le pareció que, si todo se llegaba a componer, su vida marcharía de otra manera. Él y Butter llegarían a ser buenos amigos y a vivir sin sobresaltos. ¿No es, después de todo, el perro el mejor amigo del hombre?

Regresó a casa. Los mensajes comenzaron a llegar en el teléfono: uno y otro, uno y otro, taladrándole la cabeza, haciéndole querer ser una de esas palomas que se acercaban a revolotear en la ventana. Quería intercambiarse con ellas: «Anda, entra, quédate aquí con toda esta mierda». Quería salir y

volar por encima de Queens, huir más allá de la bahía y de la estatua de la libertad. Huir, carajo, huir...

La indicaciones de Ördög habían llegado: «Veo poco entusiasmo. Es hora de mejorar el premio. ¿cuarenta mil dólares les parecen bien? Por Dios, echemos la casa por la ventana: ochenta y cinco mil dólares. Óscar 57, tengo fe en ti. Seguro que puedes ser como esos caballos que en la recta final rebasan por una cabeza, ¿no es así? Claro, tenemos a Julian que dará la batalla en memoria de nuestro Allan Keys. Aunque Flor Bonita es una guerrera incansable y no va a dejar que le arrebaten esos ochenta y cinco mil así como así... Por último, me disculpo por mi falta de tacto; los mandé a la guerra sin fusil. Añado PDF de cómo enterrar viva a una persona de forma correcta. No lo tomen al pie de la letra: sean creativos...».

Capítulo 26

Dio la primera la clase con los nervios a flor de piel. Nadie se detenía en la puerta, ningún pastor Vernon, pero los pasos acercándose le sacaban latidos y trepidaciones. Al mismo tiempo, Diana le aseguraba en medio de la clase que el cuento de Tolstói *¿Cuánta tierra necesita un hombre?* era moralista y no filosófico, como Julian se había esmerado en plantear con todo un esquema en la pizarra. Él sabía que a ella le daban igual Tolstói, el cuento y tal vez hasta la maldita literatura; solo quería ridiculizarlo frente a todos y que, de paso, se dieran cuenta de que no le tenía respeto. A juzgar por las risillas, lograba su cometido.

Dio la segunda clase, fue a la cafetería y no le entró bocado. Volvió a las aulas: dio la tercera, la cuarta, la quinta clase... Se pasó al cubículo a recoger los trabajos de los alumnos. Llegó la hora de irse; no cantaba del todo victoria, pero casi. Unos cuantos pasos más y estaría fuera del edificio. Entonces lo escuchó: sí, era él, Vernon Preston a gritos con Brucks.

—¿Cómo diablos que no está?

—Baje la voz, esto es una universidad.

—¿En serio? Por las fachas de los alumnos parece un picadero... ¡Ah, aquí viene ese flacucho sinvergüenza! ¿Dónde está mi dinero, cabrón?

Brucks se puso rojo, pues comenzaban a atraer las miradas. Abrió la puerta de su oficina y les pidió que entraran a hablar tranquilamente. Una vez ahí le dijo a Julian que resolviera lo que tuviera que resolver; a Vernon, que cuidara las formas o haría que los guardias lo echaran.

Cuando se quedaron solos, Vernon tuvo la desfachatez de sentarse en la silla de Brucks y comenzar a girarse en ella antes de exigir una respuesta.

—¿Y bien, maldito cabrón?

—Y bien nada, yo no me cogí a su esposa.

—¡¿Cómo te atreves, bastardo infeliz?! ¡No sabes de lo que soy capaz!

—¿Qué hará? ¿Venir a gritar? Ya lo hizo. Salga y grite más fuerte para que lo echen los guardias. Ya escuchó al decano.

—Decano, mis huevos... Te crees muy listo, ¿cierto? —Vernon se puso de pie—. No me conoces, Julian Langford. Todavía no me conoces. Te vas a arrepentir. El que va a terminar cogido eres tú. ¡Donnadie!

El tipo salió de la oficina. Julian estaba a punto de irse cuando Brucks entró y le dijo que turnaría lo sucedido a la comisión de transparencia. Remató advirtiendo que cabía la posibilidad de un despido. Después de todo, lo tenían contratado por asignatura, no había demasiados compromisos con él. Esa era una segunda forma de llamarlo donnadie.

Le pasó por la cabeza ir al bar donde estuvo con Allan, pero consideró que los agentes podían estarlo vigilando. Caminó frente a los escaparates de ropa en Soho hasta que se metió en un restaurante chino y le echó un vistazo al manual para enterrar vivo a un hombre que les había enviado Ördög. Era curiosa la sincronía: *¿Cuánta tierra necesita un hombre?*

Manual para enterrar a un hombre (vivo)
Por Ö.

Materiales: pico, pala, overol. Ataúd (o similar). Tanque de oxígeno de tres libras. Mangueras de 0.3 pulgadas. No sondas, o no entrará el oxígeno requerido. Atención: el tanque no puede ser de más de tres libras, el oxígeno podría durar tiempo indefinido, y eso sería trampa.

Escenario situacional: La persona debería estar inconsciente, de otra forma no cooperará con el fin deseado. Se recomienda que la inconsciencia sea inducida por métodos químicos y no violentos. La violencia puede generar traumatismos que podrían causar la muerte.

Se recomienda un cementerio no muy vigilado o un lugar distante de la civilización. Siempre es preferible la tierra blanda para cavar con rapidez.

Método de trabajo: puntualidad ante todo. Actitud comprometida. Afloje la tierra con el pico. Cave como mínimo una profundidad de dos metros y medio. Coloque el ataúd en el hoyo, introduzca las mangueras en los orificios del ataúd y aplique silicón de tal forma que las mangueras no se salgan. De lo contrario, el pobre desesperado escucharía el airecillo sin poder hacerse de él. Cubra por completo con la tierra. Coloque el tanque de oxígeno y abra la llave a la presión correcta. (Añado gráfico).

Estos pasos son producto de la propia experiencia, de aciertos y errores. Un ayudante haría más viable la operación, pero puede convertirse en un cabo suelto.

Eso es todo. ¡Suerte y éxito!

Capítulo 27

Escuchó voces provenientes de su departamento desde el largo pasillo, mientras las luces automáticas se iban encendiendo con su clic clic e iluminaban trechos del lugar. Sus pisadas se oían huecas.

—Buen chico, ¿cómo te llamas? —dijo una de las voces.

—Qué listo eres —dijo la otra.

—Dame la pata.

—¡Hijo de perra!

—No lo llames así.

—¿Por qué no? ¿Acaso no lo es?

—Sí, lo es —respondió con ironía una de las voces.

—Julian —dijo uno de los agentes mientras rascaba el pescuezo de Butter; el otro comía pan tostado con crema de cacahuate y cerraba el refrigerador—, no te asustes, somos nosotros, pero ten cuidado y no vuelvas a dejar la puerta abierta.

—¿Cómo se llama tu perro? —El otro tipo le rascó el hocico a Butter.

—Fulter. —Julian escupió lo que le vino a la cabeza.

—¿Fulter? ¿Qué significa? ¡Fulter, ven aquí! Carajo, no responde.

—Es porque lo llamas tú. Llámalo tú, Julian, a ti te hará caso.

—¿Qué hacen aquí?

—De nuevo, perdón. Dejaste la puerta abierta, pero ya sabes qué hacemos aquí: Allan Keys.

—Ya les dije lo que sé.

—Encontramos algo: afirmaste que la última vez que se vieron fue en un puesto de hotdogs y, siguiendo los rastros, llegamos a Rancho Grande, donde hay cámaras de vigilancia. Apareces tú con Keys, justo unas horas antes de que desapareciera.

—Ya recuerdo, fuimos a beber unos mezcales.

—*Allá en el Rancho Grande* —dijo uno en un mal español—. Es una película. ¿Cómo se llamaba el actor?

—Jorge Negrete —respondió el otro.

—Tito Guízar —escupió el primero, como si fuera un triunfo—. Mis abuelos me contaban de esa película. Oye, Julian, siéntate; no sigas de pie, amigo, parece que vas a salir huyendo de tu propia casa. En serio discúlpanos, pero la puerta estaba abierta.

Aceptaron que un par de amigos podían tomar unos mezcales allá en Rancho Grande, o donde se les diera la gana, y que Julian no tenía por qué recordar con exactitud dónde y cuándo fue la última vez que vio a Allan Keys.

—Escucha, Julian, no queremos hacerte sentir mal. Es nuestro trabajo que aparezca tu amigo. Tú también quieres que aparezca; todos lo queremos. Y la única forma de dar con él es saber los detalles. ¿Qué tipo de amistad llevaban ustedes dos?

—No entiendo la pregunta.

—Sí, sí, qué tipo. Fuimos al periódico, nos dijeron que desde que se divorció el único amigo que tenía eres tú.

—¿Y eso significa algo?

—No lo sabemos, ¿para ti sí?

Julian se encogió de hombros.

—Puedes decirlo abiertamente, tú también vives solo.

—Sigo sin entender.

—¿Lo digo de la manera cruda o la respetuosa? —le preguntó uno al otro.

—Cruda.

—¿Keys te ponía en cuatro patas o tú a él?

Lo habían dicho en serio, no reían. Esperaban una respuesta.

—Eso no pasaba, pero, de cualquier forma, ¿qué tendría que ver con su desaparición?

—Buena respuesta, chico. Vámonos ya, Lenox, el chico no tiene nada que decirnos...

Uno de los tipos —a saber cuál, Julian no lograba diferenciarlos— lavó el plato donde comió el pan con crema de cacahuate y luego se marcharon.

Estaba seguro de que no había dejado la puerta abierta; esos cabrones habían entrado a su modo para intimidarlo. Le echó la correa a Butter para sacarlo a pasear, pero Butter bajó las patas traseras.

—¡Mueve el trasero!

Butter lanzó un quejido molesto, Julian tuvo que salir solo. Acababa de dejar pasar de nuevo la oportunidad de decirle a los agentes que lo estaban obligando a enterrar vivo a un hombre. ¿Cómo confiar en dos tipos que entran a tu casa, juegan con tu perro, escarban tu refrigerador; en uno que se queda con tu crema de cacahuate embarrada en el bigote y en otro que no tiene la decencia de no seguir mal sentado en tu sofá, diciéndote, falsamente, que lamenta haber entrado sin avisar?

«Nueva York es una mierda. No tanto porque el invierno y el verano sean horrendos, o porque el metro sea como la gran defecación de la humanidad, o porque la gente no te socorra en caso de que estés muriendo a media calle: es horrendo porque tienes miedo de irte de ahí, de vivir en otro lugar», pensó Julian Langford mientras estaba parado en la esquina de la 82, cerca del centro de detención de criminales. «Me iría de Nueva York», se dijo, «pero sería como irme sin piernas, ¿estoy dispuesto a eso?».

Volvió al edificio. Saludó en las escaleras al señor Clark, que nunca respondía el saludo, e incluso hacía muecas de disgusto, pero Julian se sentía obligado consigo mismo a los buenos modales. Entró temiendo volver a encontrar a Maxwell y a Lenox, pero había silencio, oscuridad. Algo resollaba tirado en el suelo.

Encendió la luz y ahí estaba Butter, sangrando, agonizando. Julian corrió a levantarlo y soltó un llanto intermitente cuando el perro murió en sus brazos.

Capítulo 28

Llevaba horas rebotando la pelota contra la pared, atrapándola sin pararse del piso, con el cadáver de Butter cerca y el papel que había encontrado en la mesa.

Te advertí que no me conocías, quiero mis siete mil antes de que esto empeore. Te doy un día más, cabrón donnadie... Espera, ¿dije siete mil? Debí decir diez mil.
V. CH.

El maldito infeliz había tenido el cuidado de no poner su nombre completo: Vernon Preston. Aunque un calígrafo profesional podría determinar su letra. ¿Calígrafo? Qué carajos. Si la gente anónima importaba un bledo, si Lee Mayors otro tanto, ¿les importaría un perro? Maxwell y Lenox no buscaban a Keys por una real preocupación, sino por mero trabajo. Un caso más del cual se desharían lo más pronto posible.

—Esperaba su llamada, Ördög —dijo Julian al teléfono.

—Amigo, me confieso culpable de darle tu dirección a Vernon, pero a mí favor diré que jamás pensé que mataría al perro. Me gustan los perros, ¿sabes? Tengo tres husky siberianos: Queta, Rick y Cinamomo. Ya los conocerás. También patrocino un refugio de esas adorables criaturas en Guatemala y en El Salvador un albergue para niños con cáncer... La pregunta es, Julian, ¿vamos a permitir que el crimen de Vernon quede impune? ¿No merece que lo enterremos vivo, aunque sea por tres horas, y que sienta la agonía que debió sentir el pobre Butter? ¿Sabes algo? Estoy seguro de que Butter esperó a que llegaras para morir. Así de fieles son...

Releyó el manual. La idea comenzó a no parecerle tan descabellada. Seamos sinceros, ¿a Vernon realmente le importó el amorío de Allan con su mujer o más bien lo vio como una oportunidad de embolsarse una buena

suma? Lo maldijo mientras le daba cincuenta dólares al velador del cementerio para que le ayudará a enterrar a Butter.

Ochenta y cinco mil dólares pueden ser poco para un millonario, pero a alguien que rasca la quincena le pueden cambiar la vida. Compró lo necesario en Home Depot: botas de hule, pico, pala, casco con luz, guantes, mangueras, un overol del cual se desharía después. El tanque de oxígeno lo compró en una tienda médica.

El problema sería hacerse del ataúd y el vehículo para llevar a Vernon al cementerio.

Tres días después recuperó la cordura. Maldición, no podía hacer tal cosa, pero entonces Vernon apareció de nuevo, con el ego más grande que su estatura, y abordó a Julian afuera del edificio, desde el asiento de una camioneta.

—Sube, donnadie...

Julian lo ignoró y siguió caminando. Vernon manejó a su lado a vuelta de rueda.

—Sé que mataste a Allan. Sube ya.

Vernon vivía en la intersección de Crafton y Dawson del Mid Island, a una hora de Queens. Ahí detuvo la camioneta, abrió la puerta de su casa e hizo pasar a Julian por delante.

—La eché luego de lo que me hizo —declaró Vernon—, pero, como puedes ver, todo indica que aquí vivió una mujer.

Julian lanzó una mirada. Aquella estancia parecía haber sido decorada primorosamente por una dama sureña conservadora: muebles de madera oscura, cortinas pesadas, ancianitos y perritos de porcelana, colores suaves en los muebles y un maldito reloj que balanceaba el péndulo como si quisiera degollar a alguien.

—¿Qué hago aquí?

—Quiero que veas el hogar que tú y ese bastardo destruyeron. Judy y yo teníamos problemas como todo matrimonio, pero nada que no resolviéramos. Ven a ver dónde dormíamos...

Lo hizo subir la escalera, abrió una puerta y le mostró la habitación; la cabecera de la cama era de madera robusta con flores en relieve.

—Lo sé, a todos le llama la atención esa cabecera; seguro que a Allan también le gustó, o tal vez no se fijaba demasiado mientras se montaba a mi

mujer. Sí, sale en el video. ¿Tú también lo viste? Lleva noventa mil visitas.

—Mire, Vernon, lamento lo que le paso, pero...

—No lo lamentas. Volvamos abajo, te invito un trago. Yo no bebo, pero tú puedes hacerlo.

Vernon fue por delante. A Julian le pasó por la cabeza arrojarlo de la escalera; eso lo pondría inconsciente como decía el manual. Pero ¿después qué? El vehículo podría ser el de Vernon. Sin embargo, habría que volver hasta Queens por el equipo y, de cualquier forma, seguía faltando el ataúd.

Vernon sacó una botella y un vaso de la alacena. Sirvió la bebida color café oscuro, abrió un cajón, se hizo de una pistola y le apuntó a Julian.

—Bebe ya.

Julian miró el vaso.

—¿Prefieres un tiro? Bébelo ya. No va a matarte, lo prometo.

—¿Qué es?

—Bébelo antes que reconsidere lo del tiro.

Julian acercó el vaso a su boca: no tenía olor; le dio un trago: sabía amargo.

—Bébelo todo, cabrón —ordenó sin gritar.

Voltearon hacia la ventila. Un gato color naranja se atoró tratando de entrar. Ese segundo fue crucial, Julian no lo desaprovechó. Le lanzó el vaso a Vernon; hubiera sido perfecto asestarle en la cabeza, no fue el caso, pero al menos hizo que Vernon se moviera para esquivar el golpe y que dejara de apuntarle durante otro segundo, el necesario para que Julian se le fuera encima. Un disparo errático salió del arma. Julian azotó a Vernon contra las alacenas. Logró atarantarlo, pero no lo suficiente. Algo cayó de lo alto y le dio al pastor en la coronilla, dejándolo quieto un segundo más, luego lo hizo desplomarse.

Julian miró el objeto, el gato también. Era uno de esos molcajetes mexicanos de piedra volcánica. Entonces se inclinó a examinar a Vernon Preston. No estaba muerto, pero sí bien descalabrado. Instintivamente miró la puerta considerando huir ¿acaso no era esta la gran oportunidad? Vernon no pararía de joder a menos que tuviera un buen escarmiento al estilo Ördög. Consideró que, a falta del ataúd, podría servir fabricarle una caja para la cabeza de tal forma que la tierra no le cubriera directamente la cara.

Fue al cobertizo a buscar herramientas. El coche ya no sería un problema. Le surgió una nueva pregunta: ¿dónde enterrarlo? No podía simplemente enterrarlo donde Butter y ofrecerle otros cincuenta dólares al encargado del cementerio.

En su camino al cobertizo se sujetó del pasamanos, mareado súbitamente: la bebida amarga surtía su efecto. Hizo una pausa y siguió adelante. Algo obstaculizaba la puerta del cobertizo; tuvo que empujar fuerte y conformarse por entrar por el hueco. Lo que le impedía abrir bien la puerta lo sorprendió: era un ataúd. Sobre la mesa estaba todo el material que necesitaba: tanque de oxígeno, mangueras, guantes, overol... La explicación resultaba descabellada, pero tenía sentido. Vernon le había dado esa bebida para dejarlo inconsciente y luego enterrarlo vivo.

Encontró un papel con un mapa dibujado que marcaba la trayectoria en auto hasta cierto punto en el cementerio de Graniteville, donde seguramente le esperaba un agujero a Julian Langford. Sin saberlo, Vernon le había puesto todo en bandeja de plata.

Otro golpe de mareo le distorsionó la visión del mapa. Debía darse prisa. Tendría que bajar de algún modo el ataúd por la escalera y después subirlo a la parte posterior de la camioneta. Se inclinó para empujarlo y descubrió con beneplácito que no estaba hecho de madera maciza, sino de un aglomerado ligero. Aun así lo deslizó y lo dejó resbalar lo largo de los escalones, hasta que se detuvo en la planta baja. A su mente volvió la idea de que todo era una locura, pero también la de que ochenta y cinco mil dólares podían cambiar la vida de un pobre diablo como él.

Capítulo 29

Le costaba recordar si había subido a Vernon y al ataúd por separado a la camioneta y ya arriba se las había arreglado para empacarlo, o si había juntado una cosa con otra desde abajo. Vagamente recordaba que la camioneta no tenía espacio suficiente para maniobrar. Tampoco tenía claro si había virado en Westwood y vuelto a la casa de Vernon, pues había olvidado el maldito tanque de oxígeno.

De lo que sí tuvo completa certeza es que se le escapó una sonrisa al hundir la pala en la tierra y comprobar lo hermosamente blanda y fresca que resultaba. No tendría que partirse la espalda cavando. Vernon le había facilitado las cosas al escoger este sitio. Ni mandado a hacer. Incluso los agujeros en los costados del ataúd y en la tapa ya estaban hechos. Estupendamente redonditos, como a taladro. Si había que reprocharle algo era no haber comprado un casco con lámpara, la suya había que ponerla en el suelo y no iluminaba bien el terreno.

Otro atino de Vernon, en el mapa venía la indicación de cuánto abrir la llave de oxígeno: ni mucho como para hacerlo sentir cómodo ni poco para asfixiarlo. El tiempo que podía durar el oxígeno era más que suficiente. Julian no tenía planeado mantener a Vernon bajo tierra más de tres horas, solo las suficientes para provocarle angustia, desenterrarlo y advertirle que si volvía a joder no la contaría dos veces. Claro, además de ganarse el premio mayor.

Lo más molesto fue tener que dejar de cavar para grabar el video, que después tendría que enviar al grupo de desquiciados. Aún no se consideraba uno de ellos. Cuando la duda le pasaba por la cabeza, se decía: «Mató a Butter, el infeliz mató a Butter. Esa es razón suficiente para que lo entierre vivo».

No solo tuvo que hacer pausas para ese efecto, sino porque lo atacaban vértigos acompañados de náuseas y escalofríos, obligándolo a soltar la pala,

doblarse y vomitar un líquido verduzco y amargo. Para colmo, turbas de mosquitos le mordían la piel.

Antes de empezar a enterrarlo revisó que las mangueras estuvieran bien sujetadas en los agujeros del ataúd y que el cuerpo de Vernon estuviera lo más holgado posible, si es que podía decirse de esa manera. Vernon, sorpresivamente, abrió los ojos. Julian, asustado, dio dos pasos hacia atrás y cayó de espaldas, pero se levantó lo más aprisa que pudo, temiendo que las cosas empeoraran y el tipo se pusiera de pie y se defendiera. Cuando regresó ya había vuelto a cerrar los ojos. Cerró rápido la tapa del ataúd y echó la tierra a toda prisa.

Se sentó bajó los cipreses y contempló el sitio en el que yacía el pastor, a unos quince metros de distancia, con el tanque de oxígeno encima de la tierra. El viento le resultaba una caricia y la oscuridad una manta afelpada que hizo que se relajara por completo. «Duerme», se dijo, «no habrá problema. El tanque durará tres horas; no te quedarías tanto tiempo dormido aquí». O tal vez sí, pero definitivamente, porque el veneno ya estaba en su sangre. Qué irónico sería un desenlace así: ambos muertos, asesinados el uno por el otro de una forma tan extraña.

Tim y su padre eran los mejores amigos: mismo equipo de beisbol, misma visión de la vida, mismo sentido del humor. Pero al menos Julian tenía ese espacio con su padre, la música vieja. Tim prefería las canciones desechables. Así las llamaba su padre. Papá ponía sus discos, soltaba la aguja en el surco correcto y se ponía a explicar por qué el solo de Black Sabbath era perfecto o qué era lo que sentía Lennon cuando escribió cierta canción. Julian le sonreía con un gesto hambriento: «¡Te entiendo, papá!».

Abrió los ojos al sentir ese mismo frío de cuando Keys estaba muerto. Fue a dormitar en una banca del parque. La madrugada estaba ahí con su naciente claridad. Se irguió dando un traspié hacia atrás, chocando con el tronco de un árbol. Corrió hacia el terreno y comenzó a mirar docenas de agujeros hechos como por topos. ¿Quién? ¿Cuándo los hicieron? Durante la noche, no había otra explicación. Al lado de los agujeros había tanques de oxígeno volcados, palas, picos, huellas de pisadas. La única explicación posible era que él no había sido el único que llevó ahí a su víctima para enterrarla viva. Ya los habían desenterrado, prueba de ello era que dentro de los agujeros había ataúdes abiertos y vacíos.

Agarró cualquier pala y la hundió aquí y allá. «¡Vernon! ¡Vernon! ¡Da un golpe si estás ahí!». Siguió cavando hasta que tuvo que detenerse; un panal de patrullas se aproximaba a toda velocidad. Miró la camioneta de Vernon.

—Lo siento, tengo que irme —balbuceó.

Capítulo 30

Esta vez no le sorprendió verlos en su departamento, sino las cosas en la mesa: el overol, el tanque de oxígeno, las botas de hule, la lámpara y la pala. Julian las miró unos segundos, pero ellos se comportaban con normalidad.

—¿Dónde está Fluter? Le aposté a Lenox que habías salido a pasearlo. Lo que no entiendo es para qué tienes todas estas cosas. El tanque de oxígeno me suena a pariente enfermo. ¿Y esas botas? ¿Y el overol? ¿Y las mangueras?

—No pueden entrar así como así.

—Amigo, no te enojes; dejaste la puerta abierta otra vez. ¿Dónde está Fluter?

—Salgan de aquí.

—No seas descortés.

—Salgan ya.

—Muéstrale, Lenox.

El tal Lenox le mostró a Julian la pantalla del teléfono a la vez que echaba un vistazo a sus pies manchados de tierra. Se trataba de una foto en la que aparecía Allan en cuclillas, orgulloso por el buen aspecto de Butter.

—No sé por qué, amigo, pero me parece que ese perro Butter se parece a Fluter.

—Como dos gotas de agua, diría yo —agregó Maxwell.

—¿Nos quieres decir por qué Allan está desaparecido y tú tienes a su perro? Por cierto, ¿dónde dejaste a Fluter?

—No es el mismo, y lo dejé en casa de un amigo.

—¿Qué amigo?

—¿Es necesario decirlo?

—Sí, Julian, es necesario. Maxwell y yo te vamos a pedir que nos lleves con él a recoger al perro, pues es, digamos, una especie de evidencia. Vamos a ver si Fluter en realidad es Butter y si tú estás ocultando algo.

—Esas cosas, el tanque de oxígeno y demás nos hacen pensar que eres un chico un tanto extraño, ¿sabes?

El teléfono de Lenox sonó y el tipo se apartó a responder. Julian evitó poner los ojos en Maxwell. Casi enseguida Lenox volvió.

—Tenemos que irnos —le dijo a su compañero—, hay movimiento en Graniteville.

—¿Movimiento?

—Una locura en el cementerio, vámonos ya.

Antes de irse le advirtieron a Julian que ocupara ese tiempo en buscar un abogado.

Un abogado no resolvería las cosas, como no resolvió lo de Paintball Second World War. Un abogado sería un tipo que al final del juicio le daría una palmada en un hombro, y que esta vez ni siquiera podría invitarle un café, pues se lo llevarían esposado hasta una furgoneta y de ahí a la cárcel del condado de Clinton. A veces la vida tenía extrañas conexiones; su padre le solía decir: terminaras en Clinton, Julian Langford, si no te comportas como Timmy, terminarás en Clinton.

Cuando Lenox y Maxwell llegaran a Graniteville y vieran el aquelarre de ataúdes abiertos y tanques de oxígenos regados, les vendría a la mente el tanque, el overol y todo lo demás en la mesa de su casa, y que Fluter no era Fluter sino Butter. Y la madre que lo parió.

—Necesito ayuda —dijo al teléfono.

—¿Cuál es su nombre?

—Julian.

—¿Julian qué?

—Por favor escúcheme antes de llenar una hoja con mis datos. Unos locos me involucraron en un grupo que hace bromas pesadas, pero llegaron demasiado lejos. —Se rascó con fuerza una ceja—. Me hicieron enterrar viva a una persona.

—¿Cómo dice?

Julian colgó rápido. ¿Qué demonios estaba haciendo? ¿Tratar de intercambiar la cárcel por el manicomio?

Dieron unos golpes rotundos a la puerta. Era demasiado pronto para que se tratara de Maxwell y Lenox, pero algo le decía que no se trataba de buenas noticias. Quizá los agentes habían pedido refuerzos para que lo detuvieran.

Volvieron a golpear con más decisión. Maldita sea, ¡qué pedazo de idiota se atreve a enterrar vivo a alguien!

La ventana del baño estaba a catorce pisos de la calle. Fue y quitó el cerrojo. Por tercera ocasión tuvo enfrente a ese sujeto, el del portafolio rectangular. Le tendió un sobre. Julian lo abrió: era un boleto a Alaska. Cuando levantó la mirada interrogante, el sujeto hizo lo de costumbre: ponerse un dedo en la boca pidiéndole silencio. Dio la vuelta y se largó.

SEGUNDA PARTE

Capítulo 31

Una mujer en sus cuarentas, regordeta, bajita, de pelo corto y crespo aparecía en el video junto a otra mujer que parecía su gemela. Mira a la cámara mientras le clava en el cuello un jeringazo. La segunda se sorprende antes de aflojar y caer no en los brazos de su agresora, pues esta se aparta, sino en el suelo, contra el que se da un buen golpe. Siguiente imagen: la mujer hace rodar en una rampa a su víctima hasta el ataúd abierto, luego se ocupa de acomodarla y cerrar la tapa. Otra imagen: cava el agujero en Graniteville, conecta mangueras, regula el oxígeno. Hace algo que a Julian no se le hubiera ocurrido nunca: coloca una cámara en el interior del ataúd. La mujer vuelve en sí y comienza a rascar hasta terminar soltando alaridos. Afuera su melliza baila y mueve su trasero ancho. De nuevo las dos están en la sala de su casa. La víctima solloza quedito y bebe algo caliente con una frazada en la espalda. Su hermana le acaricia el pelo, le dice que el escarmiento fue por las ofensas del pasado y que ahora están en paz. Le besa la frente.

Era el video de Flor Bonita, la ganadora de los 85 mil. Julian lo miró en el avión que lo llevó a Anchorage, donde ya lo aguardaba un sujeto con un cartel que decía su nombre. El tipo lo trasladó en una camioneta hasta una villa en Downtown sin decir una palabra. El sujeto de la recepción lo miró y comparó con la foto que de él tenía en una computadora de escritorio. Le entregó la llave de habitación 215.

—Mi nombre es Aquiles, no dude en consultarme si algo se le ofrece. —Su boca dibujó una sonrisa pero en sus ojos había un vacío tenebroso. El hombre le señaló la escalera.

Julian subió con su mochila al segundo piso, abrió la puerta y encontró un dormitorio de paredes de madera color miel, alfombra de felpa y

chimenea eléctrica que simulaba troncos ardientes. Sobre la cama había un sobre con dos mil dólares y una nota escrita a mano:

Disfruta la ciudad, querido, y no comas en Wendy's. Sugiero los hotdogs de carne de reno.
Ördög

Consiguió dormir hasta muy entrada la tarde, apartando de su cabeza los disparatados acontecimientos, pero al despertar le regresaron juntos con más fuerza. Comprendió que si bien todo lo de Keys, Vernon, el cementerio, los escupitajos y enterrar gente viva no parecían tener ilación, el causante de todo era Ördög. Un loco con dinero, aficionado a convertir en títeres a los mortales. No había forma de romper los hilos que articulaban sus brazos y piernas, no de momento. Lo mejor sería dejarse llevar hasta encontrar el momento para saltar de ese tren sin freno y poder recuperar su vida mediocre sin otro sobresalto que estirar el dinero para llegar a fin de mes.

Dio con un bar no lejos de la villa, el Old Blue Hunter. Estaba lo suficientemente oscuro y solitario para estar a solas con sus pensamientos. Sentado a la barra, se puso a girar un vaso de bourbon. De nuevo hizo el recuento de los hechos: había matado a dos hombres —al menos de forma imprudencial—, había perdido a su chica, abandonado sin avisar el trabajo y, posiblemente, la policía de Nueva York lo buscaba hasta debajo de las piedras. Nada le impedía salir de ahí y tomar un autobús para largarse aún más lejos. ¿Por qué diablos no lo hacía? El dinero no era mucho, pero sí lo suficiente para alcanzar la frontera con México. Incluso podía ir un poco más al sur y empezar como cualquier fugitivo que se respete. ¿No había hecho eso el tío Hugh luego de apuñalar a un hombre en Kansas? Papá lo contaba con una mezcla de desaprobación y respeto. Nunca se volvió a saber más de él.

—La casa invita —dijo el joven rubio y alto detrás de la barra, llenándole de nuevo el vaso—. Soy Jack.

Julian le dio las gracias y probó su trago.

—¿Primera vez en Anchorage? ¿Quieres recomendaciones? ¿Lugares de interés?

—No realmente.

—Lo siento, el dueño me pide que siempre diga ese tipo de cosas.

Intercambiaron una sonrisa.

—Parece que te buscan —dijo Jack.

Julian giró la cabeza y se le heló la sangre. Ahí estaban esos sujetos, Lenox y Maxwell, en la puerta, clavándole las miradas. Pagó el trago y fue hacia ellos, derrotado.

—Julian Langford, quedas detenido por los asesinatos de Allan Keys y Vernon Preston.

Capítulo 32

Lo llevaron a un edifico monolítico y, en un ascensor, bajaron veinte metros bajo tierra. Entraron a un cuartucho mal iluminado. Julian supuso que se trataba de las oficinas de la policía de Alaska. No les mostró otra actitud que no fuera resignación, casi agradecimiento de que terminara la pesadilla. Todo volvería a la normalidad. O no, más bien habría una nueva normalidad, pero al menos sin sorpresas desquiciantes.

—No te lo creo —dijo Lenox—. Dos tipos asfixiados por accidente. Hicimos nuestro trabajo, nos enteramos de que se te pasó la mano en el gotcha: le perforaste el cerebro a tu hermano. Le disparaste a rabiar.

—Ira contenida —apostilló Maxwell.

—Ni tan contenida, le puso un cojín en la cara a su amigo Allan Keys hasta que dejó de patalear. No creo que no se diera cuenta de que lo asfixiaba.

—Y por último, Vernon. Podríamos darte el beneficio de la duda de que solo quisieras pegarle un susto, pues encontramos un tanque de oxígeno que le daban cierto respiro. El problema es que antes de enterrarlo vivo le partiste la cabeza con un molcajete mexicano. Lo encontramos en su casa. Debió ser doloroso. Creemos que en realidad lo del oxígeno fue parte de la tortura: le hacías creer que tenía alguna oportunidad.

—Pero sabías que no. Estabas parado sobre su tumba, tal vez jalándotela. Lo que pasa contigo, Julian Langford, es que, si no te hubiéramos atrapado, habrías seguido el camino de tus héroes: el hijo de Sam, Ted Bundy, Ramírez y otros desquiciados como tú.

—Es posible que libres la cárcel y te envíen a un manicomio, lo cual nos indigna. Mi compañero y yo pensamos que no sería justo llevarte sin un rasguño de vuelta a Nueva York.

—Oh, sí, te vamos a romper el trasero, pequeño bastardo.

—¡Párate ya, carajo! —Lenox lo tomó de un brazo.

Maxwell se le fue con las manos al cuello.

—¡Diremos que se asfixió!

—No, Maxwell, no llegues tan lejos, solo sacúdelo un poco, solo... ¡Está bien, pártele el cuello al hijo de perra! ¡Aquí nadie escuchará sus gritos!

Julian hizo lo posible por defenderse. Los sujetos eran fuertes y la poca energía que salía de sus puños era para temblar.

—Basta ya, asustan a mi invitado. –Por la puerta apareció un sujeto sesentón, impecablemente vestido con un traje tweed, corbata de seda y zapatos mocasines.

Maxwell soltó a Julian y le acomodó la camisa. Luego él y Lenox se echaron a reír al ver que el pobre diablo seguía pálido y tembloroso.

—Cuídate, Julian. No fue algo personal —dijo uno de ellos.

Le hicieron una caravana al hombre y salieron de ahí.

—¿Te gusta la comedia musical? —interrogó el tipo mientras sacaba de un mueble una botella de whisky, un vaso, y se lo daba a Julian, quien lo agarró y derramó casi todo a causa de la tembladera mientras lo llevaba a sus labios—. Les patrocino una: It Happened in Brooklyn. ¿La conoces? Claro que no, eres joven y no pareces aficionado. Maxwell y Lenox son estupendos actores, y cantan como los ángeles; uno es barítono y el otro tenor... ¡Cristo, Julian! Quita ya esa cara, no es culpa mía que les creyeras. Pero lo entiendo, estabas tan asustado, tan preocupado que no reparaste en que sus credenciales de policía eran tan falsas como un billete de tres dólares.

—¿Todo fue por diversión?

—No, Julian, la diversión fue la de esos desquiciados del grupo. Me complace que tú no te conformes con eso. ¿Qué le vamos a hacer? La decadencia siempre ha existido; podemos remontarnos a los griegos, a la Francia de María Antonieta, a lo que gustes y mandes, pero se ha perdido el glamur, ¿sabes? Escupir gente, por vida de Dios, qué repugnante, qué vacío de contenido. La gente ha perdido el valor de no tener valores; les importa poco la ofensa real, la humillación al otro que deviene en un duelo de armas o en una conflagración mundial. Lo único que les interesa es ganar unos cuantos dólares que luego gastaran en tecnología barata, en comida que los carcomerá por dentro. Los baños públicos, Julian, apestan peor que hace

cincuenta años. ¿Qué rayos está comiendo esta gente de hoy en día? ¿Plástico con excremento de cadáver? Pero bien, no has venido hasta aquí para que filosofemos, aunque me da gusto poder hacerlo contigo. Leí tu expediente académico, sobresaliente en Literatura. Ya tendremos ocasión de hablar de ese tema. Ahora apura ese trago y sírvete otro, pues necesito darte más sorpresas. Y no quiero más caras pálidas, ¿de acuerdo?

—Supongo que estoy hablando con Ördög.

—Supones bien. ¿Probaste los hotdogs de carne de reno?

Dieron unos golpecitos a la puerta. Un sujeto asomó la cara.

—Llegó la señora Núñez.

—Hazla pasar.

La mujer entró y se fue directo a los brazos de Ördög, llenándolo de halagos; él la recibió con un beso en cada mejilla. Era Flor Bonita. Julian la reconoció del video: regordeta, de baja estatura, pelo corto y crespo.

—Sarita, te presento a Julian Langford. Julian, ella es la doctora Sara Núñez.

—¡El chico que ganó el premio de consolación! —La mujer escupió una risa chillona y desagradable—. No te molestes, Julian, soy muy bromista. Ya me irás conociendo.

—Sarita —Ördög señaló una silla—, los demás ya no tardan. Ah, mira, ahí están... —dijo al escuchar golpecitos en la puerta.

El tipo volvió a asomar la cara, Ördög le hizo una seña para que se dejara de presentaciones e hiciera entrar a quien fuera. Julian no lo creía, se quedó boquiabierto: el siguiente fue Oliver Stewart, pero aún tuvo que duplicar su asombro cuando quien cruzó la puerta fue Diana Travis.

Capítulo 33

Tres sujetos con delantales de cocina les servían gumbo de carne, canapés de salmón, bacalao negro, arenques, ensaladas, vino y agua con hojas de menta. Pero Julian no reparaba en eso ni en la fina mantelería y cubiertos. Se preguntaba qué demonios hacían ahí Stewart y Diana, qué papel tenían y seguían teniendo en el juego de Ördög. A Stewart lo miraba con un recelo recíproco y, a Diana, con resentimiento también compartido. Después se concentró en el singular anillo en el dedo anular izquierdo de Ördög, que tenía la imagen de un zorro atravesado por una daga en el hocico.

El sujeto hablaba elocuentemente de la pesca de salmón; estaban en la temporada ideal para pescar chinook, chum, sockeye y jorobado, cosa que a Julian le importó un bledo. Tampoco pareció interesar a Stewart y a Diana, quienes parecían prestar atención, pero no opinaban. La única esmerada en escuchar con exagerado interés a Ördög era Sara Núñez, quien curiosamente tenía rostro como de atún: ojos saltones, cara pequeña y boca grande. Se permitía dar su opinión y a cada paso decir «qué rico, qué delicia, qué maravilla» cuando probaba algo; lo decía con un acento que a Julian le sonaba cubano.

Hubo un silencio cuando los sujetos con delantales recogieron la mesa y sirvieron copas de jerez y coñac, y charolas con frutos rojos, dátiles, quesos dulces, café y té. Ördög cambió de tono y habló con seriedad, pero sin rudeza.

—Abran sus mentes para no estancarnos en sorpresas innecesarias. Ya están aquí y no se irán en algún tiempo; todos tienen un trabajo que cumplir. Cada uno pasó, a su manera, digámoslo así, por un control de calidad. Entiendo que vieron sus vidas cambiar por completo. Pero, vamos, ¿no suele pasar esto sin ninguna recompensa? Conocí a un sujeto que tropezó en la calle y se sacó un ojo con una varilla. Nadie lo recompensó por eso, nadie le regaló al menos un instructivo para su nueva vida de tuerto.

Exactamente lo mismo sucede con el hijo que resulta esquizofrénico o el marido al que su esposa encuentra vestido con faldas y tacones. Yo qué sé, podría pasarme la tarde dando ejemplos de personas que vieron transformadas sus vidas de forma sorpresiva y solo les quedó tragárselo. Pero lo importante es que esta vez sí, esta vez ustedes cuatro tendrán una recompensa por el cambio. El trabajo que harán es algo para lo que están absolutamente capacitados, pues tiene que ver con sus profesiones. Cuando terminen la encomienda, cada uno recibirá un millón de dólares. Ya me imaginaba esas caras de asombro. ¿Estaré mintiendo? ¿Será una broma? Ya verán que no, que valió la pena llegar hasta aquí. Salud... —Hizo una pausa y bebió; los demás lo imitaron anonadados.

—Desgraciadamente no tengo tiempo en este momento para entrar en detalles; debo hacer un viaje relámpago a Marruecos, pero prometo traerles baklavas y, por supuesto, hablarles de los pormenores del trabajo. ¿Alguna pregunta? Pero que sea breve, si son tan gentiles. —Miró su reloj de pulsera.

— Ördög, yo... —dijo Stewart, atormentado y apocado.

—Cierto, Oliver, cierto, no te preocupes. Tu esposa ya recibió tu video testimonial y la terapeuta hizo contacto con ella. De una vez lo demás: Julian, no hay de qué preocuparse, Allan Keys sigue en el refrigerador y ahí seguirá si todo marcha bien; Diana, bendita sea la juventud, qué belleza ser libre; no tienes que dar demasiadas explicaciones al tío Tom, ¿cierto? Flor Bonita, tú...

—Yo estoy bien, Ördög. —La mujer le guiñó un ojo.

—Bueno, queridos míos, espero que la comida haya sido de su agrado. Socialicen, disfruten Anchorage: tiene grandes bellezas naturales. Tal vez quieran contarse cosas privadas o ser reservados, es su decisión. Los veré pronto, equipo. Me retiro.

—¡Te ves tan guapo! —le exclamó Sara y él se echó a reír antes de irse.

Capítulo 34

Sara Núñez propuso socializar y conocerse mejor en algún bar. Todos dieron pretextos. Si en algo parecían estar de acuerdo, es que esa mujer no les agradaba.

Julian merodeó la villa con la esperanza de encontrarse a Diana para aclarar las cosas. No esperaba una reconciliación, pero al menos necesitaba saber hasta qué punto había sido un incauto o de qué forma Ördög la tenía atrapada. A quien encontró fue a Stewart en el jardín, contemplaba los rosales con una sonrisa enternecida.

—¿Qué haces aquí, Stewart?

Este elevó los ojos.

—Por Dios, Julian Langford, no esperarás que me justifique contigo. Yo también estoy sorprendido de verte, pero tus causas me importan un carajo, tanto como las de tu chica o las de esa desagradable mujer caribeña.

Diana apareció a unos metros; hizo una mueca defensiva y se acercó.

—Solo quiero decirte —se dirigió a Julian— que, ya que vamos a estar juntos por un tiempo indeterminado, tratemos de ser cordiales el uno con el otro.

—¿Yo no cuento, hermosa? —le sonrió Stewart.

—Púdrase.

A Stewart se le desfiguró la sonrisa.

—Uh, ¿y esa agresión? ¿Fue porque te reprobé en Literatura del Siglo de Oro? Iba a pasar por alto que confundieras quién inventó a quién, si Cervantes a don Quijote o don Quijote a Cervantes, pero con lo que sí no pude, cariño, fue con tu horrenda ortografía.

—El problema no es que me reprobara, el problema es que si se hubiera ido al infierno como le corresponde a un jubilado, Julian habría tenido lo que por juventud y currículum le corresponde.

—Y se habría casado contigo. ¿Cierto, hermosa? Deberías haber leído completo *Romeo y Julieta* para ver cómo termina, pero ¿te ha pasado por esa cabecita de pelo ensortijado y cerebro hueco que no era mi obligación renunciar?

—Basta —intervino Julian—. Nuestro problema no somos nosotros, es Ördög.

—El mío no —espetó Diana—, la comida es buena y un millón aún mejor.

—La chica es ambiciosa. —Stewart le guiñó un ojo a Julian.

—¿De verdad no tienen problema con estar aquí contra su voluntad? —inquirió Julian.

Entonces Stewart dibujó un gesto de preocupación.

—Stewart —dijo Julian, aprovechando ese gesto—, sé sincero. Sospecho que darme alas con lo de tu renuncia fue parte del juego.

Como no cedió, Julian avanzó otro paso.

—¿Qué fue eso del video a tu esposa?

—Lo grabé para tranquilizarla con mi ausencia.

—¿Diciéndole qué?

—Que tengo cáncer y me ofrecieron un tratamiento novedoso en Alemania.

—Tranquilizarla, dice el muy idiota. —Diana se echó a reír.

Stewart le otorgó una mirada fulminante.

—¿Por qué no nos mantenemos unidos y salimos juntos de esto? —insistió Julian.

El semblante de Stewart pareció ceder, pero de pronto escupió una sonrisa nerviosa.

—Casi caigo en tu juego, Langford. En el de los dos. Ustedes, parejita, se pusieron de acuerdo antes. Eso es. Piensan que porque Stewart ya casi llega a los setenta no sabe defenderse, pero, por si no lo sabían, estoy aquí igual que ustedes: ocupando mi lugar en la misma mesa que Ördög. Merezco ese millón tanto como ustedes. Diablos, la verdad es que les tengo compasión. El fuerte soy yo. Tú, Julian, eres buen maestro, pero te falta experiencia. No te han roto el trasero tantas veces como a mí en la vida.

—Sospecho que eso es literal y que no solo habla de la vida...

—¡Cállate, cabrona! —le gritó Stewart a Diana con ojos violentos—. ¿Oyeron a Ördög? Vamos a trabajar en algo que sabemos hacer, y ese algo es necesariamente la literatura, con lo cual yo por edad y experiencia seré la cabeza del equipo. Tú, Julian, chico talentoso serás mi subalterno; tú, Diana, bonita descerebrada, irás a la fotocopiadora, ¿estamos?

Stewart no esperó respuesta, dio la vuelta y se marchó indignado.

Capítulo 35

Fueron al Old Blue Hunter. Jack les llevó bebidas a la mesa diciendo que eran cortesías: whisky para Julian, coctel con una sombrilla de papel para Diana. Ella cambió las bebidas y se ocupó del whisky.

—Diana, te sigo amando —dijo Julian en cuanto Jack se fue.

—Eso no cambia nada.

—Al menos quiero saber si el juego de Ördög empezó con hacerme creer que sentías lo mismo por mí.

—Eres un imbécil, Julian Langford.

—¿Eso significa que tengo razón?

—¿No te cansas de ser un imbécil? Te amé a pesar de que el tío Tom trató de convencerme de que eras un perdedor. Después yo misma me di cuenta de que lo eres, pero terminé por aceptarlo y pensar que podía ayudarte. Te di miles de ideas, te dije que convencieras a Stewart de que se fuera de la universidad. Nada funcionó.

—Y entonces preferiste a Joel Botella y su coche deportivo.

—¿No te digo que eres idiota? Botella es impotente.

—¿Cómo lo sabes?

—No por lo que tú piensas.

—No hay otra forma de saberlo.

—La hay si te tomas unos tragos con él y te lo confiesa.

—¿Para qué te tomarías unos tragos con él?

—¡Cierra ya la boca! ¡Nadie que tenga un coche tan llamativo y lo haga rugir de esa manera tiene un buen pito!

—No hables de ese modo.

—Es la verdad, tiene problemas, pero es una gran persona; sabe escuchar a una mujer, eso vale más que una cosa que se pone dura.

—Creo que yo tengo las dos cosas juntas...

—Ay, Julian —dijo ella conteniendo la risa.

—¿Ay qué? —respondió él y se echaron a reír.

La sonrisa de Diana era refrescante; Julian la atesoró como agua en el desierto. En Alaska lo que sobraba era agua, pero se dio cuenta que no era para nada suficiente hasta que miró el rostro de Diana Travis: su nariz pequeña pero un poquito redonda en la punta, su piel negra que le hacía más blancos los dientes, la boca delineada y carnosa. La quiso besar, pero no se atrevió. Lo intentó cuando, como si percibiera romance, Jack puso en la rocola una vieja canción de The Everly Brothers, pero ella apartó la boca antes de ser alcanzada y miró a Julian con tristeza, esa que encierra conocimiento, el de quien ya no solo sabe que está frente a un perdedor, sino que este no tiene remedio, el de quien ya no quiere ser parte de sus derrotas.

—Una chica tiene sueños, ¿sabes? —dijo antes de marcharse.

Tanto Jack como Julian la vieron salir del bar casi vacío. En Alaska, al menos así lo terminó por percibir Julian, todo estaba vacío. Quizá las autoridades locales enviaban personas, actores como Maxwell y Lenox, para aparentar que había gente en las tiendas y museos, en los parques y calles. Gente fingiendo prestar atención a la ropa que usaban los yupik, gente como los niños, quizá también actores, fingiendo divertirse en los parques, tipos a mitad del río fingiendo pescar salmón.

Terminó bebiéndose el resto del coctel y el whisky que Diana había dejado a medias, luego cinco más. A cada rato dirigía la mirada a la ventana, esperando que cayera la maldita noche para tener al menos esa convicción en la vida: el eterno anochecer. Pero el sol seguía ahí enseñoreado y soberbio a las diez, once, doce de la noche. Noche de sol. Se puso ebrio. Cuando alzó la cara sobre su propio brazo extendido, miró a Jack sentado frente a él. Ya había cerrado el local. Jack era un tipo grandote, bien proporcionado, pálido e inexpresivo como una hoja en blanco. Mejor dicho, como una carta en blanco, porque parecía uno de esos tipos que no cuentan nada de sus vidas. Y a la vez ajeno a toda impostura, a toda percepción de ser alguien atractivo y en ese sentido realmente sí lo era.

—¿Quieres saber por qué el lugar se llama Old Blue Hunter?

Julian lo miró torpemente.

—Todos creen que se trata de la historia de un cazador que se hizo viejo y, como ya estaba medio ciego, no lograba cazar, lo que lo ponía triste.

—Las historias que se inventa la gente. —Sonrió Julian—. Cuéntame la real, Jack.

—«Old Blue Hunter» es una canción vieja, la cantaba un tipo por todos los bares. Él la compuso. No tuvo éxito. Era buena, pero no fue popular porque estamos hablando de una época donde había demasiada competencia y muchas cosas ya eran buenas. Tú sabes, la invasión inglesa. En fin, no le resultó fácil. Pasaron años, décadas, y ese hombre decidió cantar su vieja canción, «Old Blue Hunter», aquí. Pensó que como había bastante porquería en la actualidad y nula competencia, entonces sí que tendría éxito, al menos con los parroquianos, pero tampoco lo tuvo. Un chico se paró y fue directo a esa rocola a poner reguetón, cuando el hombre ni siquiera había terminado de cantar su canción.

Julian dejó correr unos segundos de silencio.

—¿Qué fue de ese hombre?

—Nada especial, murió como cualquiera. Era mi padre.

Capítulo 36

Sara Núñez los mantuvo unidos porque los tres la detestaban. Stewart la consideraba el ejemplo más acabado de la vulgaridad. Le daban ataques de risa incontrolables; hacía preguntas impertinentes, íntimas, sexuales, escatológicas, y no se frenaba al no obtener respuestas. Al contrario, insistía y, si seguía sin obtenerlas, se burlaba del pudor del otro, siempre con un supuesto cariz amistoso que perforaba el hígado.

Aquello no era tan inquietante como la truculencia con la que contaba cómo se había organizado para enterrar viva a su melliza, lo orgullosa que estaba de su habilidad y la burla con la que gozosamente describía lo incauta que había sido la otra. «Es tan ingenua», dijo. «Si le hubiera dicho métete un ratito en ese ataúd, luego te explico para qué, lo habría hecho sin chistar la muy estúpida». Se remontaba al pasado y narraba las ocasiones en las que su tonta hermana había hecho el ridículo. «Cero talento, cero simpatía», dijo. ¿Podía entonces alguien explicarle cómo es que le había quitado tres novios en la secundaria la muy buscona? Pero claro, como era imbécil no se daba cuenta de que esos chicos solo la querían para tener experiencia y después emplearla en mujeres que sí valieran la pena. La llamó carachango, mandril sin cuello, jeta de róbalo y trasero plano, sin darse cuenta de que eran como dos gotas de agua.

Sí o sí tuvieron que convivir con Sara Núñez, sobre todo en el restaurante de la villa. La comida era muy buena y no siempre se les antojaba salir. En cuanto la mujer se largaba, volvían a distanciarse entre ellos, no sin que antes Stewart lanzara un par de ironías, como que Darwin no había tenido razón al decir que todas las especies evolucionaban, Sara era prueba viviente de lo contrario. Si a Diana la iba a poner a sacar fotocopias, Sarita serviría los cafés —obvio después de hacer la limpieza de las habitaciones—, pues seguro para eso la había traído Ördög a Alaska. Le horrorizaban los colores

chillones de su ropa y uñas. Ah, esas uñas largas y curvadas, color verde perico, le causaban desasosiego.

Julian siguió en la labor de que se mantuvieran unidos; si ellos creían que obtendrían fácilmente ese millón de dólares, eran tan ingenuos como la hermana de Sara. ¿Les había sido fácil llegar hasta ahí? ¿El tal Ördög simplemente les extendió una invitación? Sabían que Julian tuvo que enterrar vivo a un tipo; le caían encima llamándole hipócrita. No podía contratacar, pues no tenía la más mínima idea de lo que ellos habían hecho para estar ahí. Solo le quedaba claro que confirmaban la hipótesis que él se planteó en Nueva York, la de que unos dólares no significaban nada para un millonario, pero a un pobre diablo le podían cambiar la existencia.

Una tarde Sara apareció en la puerta del Old Blue Hunter, dando al trasto con el único espacio donde Julian se sentía libre y seguro. Fue directo y lo saludó efusivamente. Le dijo a Jack: «Chico guapo, sírveme lo mismo que al chico guapo», explotando en risotadas de adolescente que se engancha con el guapo, aunque sea insulso. Julian dio cualquier pretexto a la mujer y se fue pronto. Que Jack se las arregle solo.

Al día siguiente, antes de entrar al bar se asomó a la ventana. Al verla sentada en la barra, se fue en busca de otro lugar. Tuvieron que pasar tres días para que Julian decidiera regresar al Old Blue Hunter, como un topo que solo está a gusto en su madriguera. Decidió comportarse cortante con Sara y dedicarse a lo de costumbre: ponerse medio inconsciente a punta de whisky, intercambiar dos o tres palabras con Jack, meditar en las cosas que no tienen sentido, imaginar cómo sería esa canción, «Old Blue Hunter», y cómo sería el aspecto del padre de Jack. Esa tarde, cosa rara, anocheció temprano, a las diez. Julian cruzó la puerta y encontró a Sara dormida, con la cabeza y las manos puestas en la barra, y a Jack limpiando vasos.

—¿Está ebria?

Jack asintió.

Sara se espabiló al oír la voz de Julian. Le pidió que la llevara a la villa, pues se sentía pésimamente. Sonaba sincera. Julian pagó la cuenta y cargó con ella. Apenas pisaron la calle, Sara le vomitó los zapatos. La llevó al poste para que terminara de sacar lo que fuera necesario. Así lo hizo tres, cuatro veces, intercalando exclamaciones de martirio, hasta que consiguió sentarse, exhausta, en la banqueta.

—¿Por qué no le gusto? —se quejó amargamente—. ¿Por qué Jack es indiferente conmigo? ¿Por qué todos lo son? ¿Qué hay de malo en mí?

Capítulo 37

Ördög volvió a reunirlos. Vestía tan impecable como la última vez, luciendo un gazné color violeta, en concordancia con los cordones de sus zapatos y los pantalones de pinzas gris claro.

—Se acabaron las vacaciones... —Prendió una pantalla en la pared donde se proyectó un complejo organigrama tridimensional con diferentes nombres de empresas—. En Laboratorios Jünger llevamos tiempo trabajando en el diseño de una vacuna para varios tipos de cáncer: carcinoma de células de Merkel, cordoma infantil. Y otro, complicado de pronunciar: rabdoide teratoide atípico del sistema nervioso central infantil. De manera simple: tumor de cerebro. Como pueden darse cuenta, nos hemos enfocado en nuestros niños. Cuando hablo en plural me refiero a un amplio talento médico y a mis socios principales: Danny Blasco y Dione Wolfe, a quienes en su momento tendré el honor de presentarles en persona. Mientras tanto, aquí los tienen.

Los rostros de un hombre y una mujer de mediana edad, sonrientes y elegantes, aparecieron en pantalla.

—Dione es un amor; Danny, un hijo de perra.

Stewart escupió una risilla tonta.

—Cada cosa que hemos hecho, Danny la ha revisado más de un millón de veces, lo cual tiene su razón de ser. El proyecto está más que blindado. Lo malo es que, ahora que nos acercamos a la meta final, Danny redobló sus exigencias a grados descabellados y hasta supersticiosos.

Stewart alzó la mano para sorpresa de Julian, Diana y Sara.

—¿Si, Oliver?

—Son tres socios. Si dos votan a favor, el señor Danny no cuenta, ¿me equivoco?

—Buen punto, Oliver, pero así no funcionamos en Jünger. Los tres socios tenemos que estar de acuerdo en la toma de decisiones de manera unánime.

Prosigo...

—¿Y no pueden cambiar esa regla?

—No, Oliver, no podemos. Prosigo. Estamos en la fase de publicación de resultados y queremos darlos a conocer con bombo y platillo.

—Una gran fiesta. Por si les interesa, además de otras cosas, sé bailar tap. Hablo en serio —aventuró Stewart, estirando una sonrisa de liga y tamborileando los dedos en la mesa.

Ördög se quedó con la palabra en la boca, dejó correr unos segundos y continuó:

—Oliver, Sara, Diana, Julian, están aquí para la redacción de un informe... ¡Qué digo informe! ¡Un hermoso libro que patentice la nueva maravilla del mundo: la cura de varios tipos de cáncer infantil! Y, como corolario, algo estilo: «Un pequeño paso para el hombre, un gran paso para la humanidad». ¿Me siguen?

—Perfectamente —dijo Stewart mirando a los demás con ojitos encendidos de entusiasmo.

—Sé un carajo de ciencia —Julian se permitió escupir esas palabras.

—*Peccata minuta*. Sabes de literatura, eso es lo importante. Oliver también y Diana... bueno, ella es una estudiante muy destacada.

Stewart dejó escapar una sonrisa mordaz, como si estuviera a punto de revelar que la había reprobado por enrevesar al Quijote y a su autor.

—La idea es que escriban ese libro con espíritu humanista y que haga de la ciencia algo comprensible, entrañable.

Julian alzó la mano:

—¿Por qué no contrataste a intelectuales destacados?

—Por eso mismo, Julian. Prosigo. Quiero que el libro dé cuenta de los resultados de tal forma que el erudito y el científico no tengan dudas, pero que además el padre con un hijo enfermo visualice una esperanza.

—¿Tendremos, entonces, escritos científicos para esto? —interrogó Stewart.

—Mucho más que eso, Oliver, tendrán trabajando con ustedes a una de las mentes brillantes que diseñaron la vacuna, la científica Sara Núñez. —Estiró las dos manos, señalando a la mujer.

Diana, Julian y Stewart se quedaron boquiabiertos.

—Regresemos a Danny Blasco. No sé si les dije que es supersticioso: quiere que el equipo sea de siete integrantes. Ya saben lo del siete, número cabalístico. A Dione le da igual. Es una mujer de cincuenta que ha encontrado un amante de veinticinco; es comprensible que no tenga tiempo de una vacuna que no sea contra el envejecimiento... Volviendo a Danny, no me pareció su selección de candidatos, así que llegamos al acuerdo de que ambos equipos, el mío y el suyo, trabajen a la par en el libro. Sana competencia. Ya ustedes saben lo que es competir. Los probé en terreno duro. Al final primará la sensatez, escogeremos el libro que represente con fidelidad a Jünger y le enviaremos el aviso a Dione, quien seguramente estará con su efebo en el mediterráneo y le dará el visto bueno a lo que sea.

—A ver si estoy claro —dijo Stewart—. ¿Dos libros iguales?

—No, Stewart. Con los primeros avances un equipo quedará descartado.

—¿No es eso una locura? —siguió Stewart.

«¿Locura? Locura haber enterrado viva a una persona», pensó Julian.

—¿Eso significa que si perdemos no habrá dinero? —preguntó Diana, fríamente.

—Así es, querida. No habrá dinero. Y no solo eso, tendrán que volver a sus vidas y enfrentar las cuentas que dejaron pendientes...

Capítulo 38

—¡Maldición! ¡Al carajo! —vociferó Stewart en la sala contigua a la recepción, donde suplicó a Diana y Julian que se encontraran luego de la junta, obvio sin Sara Núñez—. ¿Científica? ¿En serio creen que es una científica? ¡Las mujeres son una mierda...! Perdón, Diana, no es en tu contra. Lo que trato de decir es que son expertas en manipular. Eva a Adán, Sansón a Dalila, Cleopatra a Marco Antonio, Yoko a John, sobran ejemplos. No me extrañaría que eso esté pasando con Ördög. Esa mujer lo tiene dominado.

Stewart hizo una pausa para escarbar con sus ojillos nerviosos la aceptación de su mensaje, después prosiguió. No la había.

—Tienen que respaldarme en esto. Voy a hablar con Ördög, le diré que no podemos escribir un libro con esa mujer. ¡Cristo! —Escupió una sonrisa venenosa—. ¡Shakespeare, revuélcate en tu tumba! —Manoteó—. ¡Oliver Stewart escribiendo un libro con una mujer con uñas de perico! ¡No lo haremos! ¿Verdad que no lo haremos? ¿Julian? ¿Diana?

—Solo es un libro, Stewart —despreció Julian.

—Un millón de dólares —apostilló Diana.

Stewart bajó las comisuras de la boca.

—Julian, Diana, ni solo es un libro ni todo se trata de dinero. Estamos aquí por nuestros conocimientos. Ya escucharon a Ördög.

—Estamos aquí porque hicimos cosas que hacen que Ördög nos pueda chantajear —dijo Julian.

—¿Cómo puedes hablar así, amigo? Por lo que a mí respecta, un libro es sagrado.

—¿Y qué pretendes? —le dijo Diana—, ¿qué el hombre te diga sí, claro, me importa más tu corrección de estilo que las conclusiones de una científica que inventó una vacuna contra el cáncer? No jodas, cabrón.

—¡No me hables con groserías, niñita estúpida! ¿Corrección de estilo? No tienes ni remota idea, chiquilla estúpida, de lo que es la literatura, y de

mi experiencia en ese campo. Ahora que lo pienso, ¿por qué decidiste estudiar esa carrera y no decoración de interiores?

—Ella tiene razón, Stewart, Ördög no te dará la razón.

—Le explicaré que no congeniamos con Sara, lo cual puede comprometer el proyecto.

—A mí no me incluyas cuando hables con él —sentenció de manera tajante Diana.

—A mí tampoco —respaldó Julian.

Stewart los miró furioso, decepcionado. Dio la vuelta y se fue.

—No sé quién es más insoportable —reprocho Diana—, si él o Sara.

Julian se encogió de hombros, ella lo observó detenidamente.

—¿Me lo vas a contar, Julian?

—¿Qué?

—¿Qué te pasó por la cabeza para enterrar vivo a un hombre?

—¿Me vas a contar tú qué te hizo hacer Ördög para tenerte aquí?

—Me ofreció dinero. Eso es todo.

—Claro —concluyó él, incrédulo, y fue hacia la puerta.

Diana lo alcanzó.

—Que ni te pase por la cabeza que soy capaz de enterrar vivo a nadie. De hecho, me das miedo, Julian Langford; me doy cuenta de que nunca te conocí realmente, que...

Julian la sujetó con fuerza y la calló con un beso.

—¿Tu habitación o la mía? —le preguntó después.

—No seas tonto, no vine a Alaska para coger con nadie. —Diana salió de ahí.

Capítulo 39

Stewart no encontró la forma de hablar con Ördög. Ni siquiera había un enlace. El tipo de la recepción, Aquiles, no parecía serlo, tampoco los falsos agentes, Maxwell y Lenox, a los que algunas veces Julian llegaba a encontrar tomándose unos tragos en el Old Blue Hunter o en las calles de Anchorage.

Sara Núñez los citó una mañana en el jardín de la villa para tomar las riendas del proyecto. Seguía siendo la misma Sara de poco tacto, pero ahora no dejaba pasar la oportunidad para imprimir un tono de liderazgo a sus palabras, dando órdenes directas: «Pueden organizarse como se les dé la gana, decidir quién hace qué, pero cuando me entreguen los avances no quiero devolvérselos con miles de correcciones, ¿está claro?».

Dedicó dos sesiones largas a explicarles en qué consistía esa enfermedad de la que todo mundo hablaba y de la que en realidad no sabían un carajo: el cáncer. Habló de sus causas multifactoriales, la historia de los tratamientos y los detalles de la vacuna, la cual altera el sistema inmune creando fragmentos de ARNm capaces de identificar al enemigo potencial. Y entonces ¿qué era el ARNm? Sara procedió a explicarlo rápidamente: «Un mensajero del tipo ARN, de cadena única, que participa en la síntesis proteica». La explicación no tuvo sentido para nadie. Stewart cada vez estaba más desesperado y furioso.

De nuevo tuvieron un encuentro privado; es decir, a espaldas de Sara, en el Old Blue Hunter. Stewart insistió en que compartieran una botella de tequila, nada de tragos por separado. Llamó a Jack y le pidió la botella haciéndole una broma que nadie entendió, menos Jack, quien fue hacia otros tres clientes que aparecieron por la puerta: tres tipos enfundados en ropas peludas, como cazadores de osos. Julian los observó, le pareció que dos eran hombres y la tercera una mujer, aunque más bien parecía el oso que aquellos dos habían cazado, de gesto violento, pero ojos dulces.

—No sabía que en Anchorage había circo —Stewart sacó su veneno con una sonrisa al observarlos—. Relájense, es una broma. ¿No vieron qué trío? Los locos Adams.

—¿Qué es eso? —preguntó Diana.

—Claro, chica, no lo sabes. Una serie de televisión.

—Stewart —dijo Julian—, no te emborraches, ¿quieres?

—¿Quién te dijo que pienso hacerlo? No quise que viniéramos aquí para eso. Chicos, sé que empezamos con el pie izquierdo, lo confieso. —Se puso una mano en el pecho—. Debí renunciar a las clases y darte mi lugar, Julian Langford, y no solo porque soy viejo, sino porque eres tremendamente talentoso. Y tú, Diana, Diana querida, perdón por las ofensas. Realmente estoy celoso de ti, ¿sabes? Eres tan joven, tan llamativa, tan...

—Al grano, Stewart —le pidió Diana—, no voy a decirle a Ördög que no queremos a Sara.

—¿Lo ves? Lo que más envidio de ti es tu franqueza, pero no, no quiero que me ayuden a echar a Sara, quiero que seamos amigos. En realidad ustedes hacen una hermosa pareja, ¿saben? Del estilo del amor cortés medieval. Tú sabes a lo que me refiero, Julian. Lo único que les pido es un detalle. —Apretó con esmero el dedo índice contra el anular—. Un pequeño, pequeño, pequeñísimo detalle: que cuando choquemos con esa Sara, porque va a pasar, oh, Dios, lo veo venir, y Ördög nos pregunte qué está pasando, estemos del mismo lado para decirle que la mujer es lo que es: una perra insoportable.

—No tengo problema con eso —dijo Julian.

—Yo tampoco —secundó Diana.

—¡Bravo, torero! —aplaudió Stewart, dirigiendo una mirada a Jack, que estaba en la barra, como si también estuviera en la conversación.

Una hora más tarde, Diana había bebido dos tragos, Julian tres y Stewart nueve. Sus ojos torpes miraban a ratos al trío que seguía instalado en la mesa del fondo, y que no parecía convivir mucho entre sí.

A Jack se le ocurrió que era necesario poner algo de música y fue a la rocola.

—¿Dolly Parton? ¿En serio es Dolly Parton? —Stewart comenzó a cantar —. *My mistakes are no worse than yours, just because I'm a woman...*

No lo hacía mal, alcanzaba bien los tonos, aunque con voz apagada. Stewart mecía el vasito de tequila de un lado a otro y miraba a Diana y Julian con el gesto de un Dean Martin que cantaba el último de sus éxitos en una de esas películas de los cincuenta. Era coqueto a más no poder, lanzaba miradas de añoranza a Jack, quien no se daba por enterado.

A Diana y Julian les causó gracia y se relajaron. Julian aprovechó para enlazar su mano con la de ella bajo la mesa.

—¡Amigo! —Stewart se puso de pie y llamó a Jack—. ¿Vienes un momento?

Jack se acercó.

—Otra botella de tequila, si eres tan gentil.

Diana y Julian protestaron.

—Ustedes cierren la boca. ¿Verdad que no hay problema, Jack? ¿Verdad que la podemos beber? Claro, si tú la autorizas... eres el sheriff del lugar. Te quedaría bien vestirte así...

—Mientras la paguen, claro —respondió Jack con sinceridad.

Stewart escupió tremenda risotada, como si Jack hubiera hecho un chiste ingenuo, pero simpático.

—Gracias, Jack —dijo Julian.

Este regresó detrás de la barra. Stewart volteó a ver a Julian, sorprendido.

—¿Jack? ¿Lo llamas Jack? ¡Uh, se conocen! ¡Mi amigo Julian Langford y Jack se conocen!

—Baja la voz, ¿quieres? —le pidió Diana.

—¿Cómo que baje la voz? ¿No estás celosa? ¡Julian y Jack se conocen!

—¿Y eso qué carajos?

—¿Cómo que «qué carajos»? Míralo —señaló a Jack—, es un adonis perdido en Alaska.

—Tú eres él único que lo ve así. Yo solo veo a un tipo alto, corpulento y un poco torpe.

—¡Sacrilegio! ¡Sacrilegio! ¡Quemen a la bruja! —empezó a gritar Stewart mientras señalaba a Diana y reía, escupiendo salivitas que salían como balas de su boca.

Esta vez Stewart consiguió llamar la atención con sus gritos; los tres de aquella mesa del fondo voltearon a verlo. Stewart se dio cuenta y fue a encararlos.

—¿Cuál es el problema con ustedes? ¿Por qué me miran tanto?

—No te miramos —dijo uno—. Vuelve a tu mesa, anciano.

—¿Anciano? Levántate ya, pedazo de músculos sin sentido, te voy a romper el cráneo de gorila que tienes.

Al oír eso, Julian se apresuró a ir al rescate de Stewart.

—Lo siento, bebió demasiado —lo disculpó con el trío.

—¡Suéltame Julian! ¡No tengo empacho en partirle la cara a un orangután! ¡T. S. Eliot podía parecer un debilucho, pero su poesía era poderosa!

Julian tiró bruscamente de Stewart, llevándolo hacia la puerta. Diana entendió la situación, se puso de pie y se apresuró a irse con ellos.

—¡Adiós, Jack! —gritó Stewart—. ¡Eres un adonis! ¡Qué nadie te diga que no! ¡Un adonis perdido en Alaska! ¡El hombre más bello del mundo! *¡Amor caecus est!* ¡El amor es ciego!

Capítulo 40

Al día siguiente, Stewart entró a la sala de juntas tratando de disimular la resaca con unos lentes de sol no muy oscuros. No solo estaban él, Julian, Diana, Sara y Ördög, sino también el trío a los que había molestado en Old Blue Hunter.

—Stewart —lo saludó Ördög—, un poco tarde, pero ya estás aquí. Te presento al equipo de mi socio Danny Blasco, de quien les hablé antes. La doctora Ukara Lynn, el fotógrafo Arnold Torton y la artista gráfica Marbel. —Señaló al tercio.

Stewart, como ya lo habían hecho Julian y los demás, examinó las caras de aquellos: serias, inexpresivas, tanto como cuando estaban en el bar.

—Estamos jugando póquer abierto. No es un secreto que haremos dos libros, más bien los primeros capítulos de dos libros, antes de que Danny y yo decidamos qué equipo terminará con el proyecto. Por favor, tómenlo como una sana competencia de talento. También les pido que se permitan convivir, desde luego con la discreción que conlleva trabajar por separado. No hay motivo para que no se conozcan y, quién sabe, hasta lleguen a ser buenos amigos. Quizá un día se encuentren por ahí y recuerden con nostalgia la bonita experiencia en Anchorage.

Luego del parloteo de Ördög, sobre el que nadie opinó, salieron de ahí. El encargado del hotel les destinó salas de juntas separadas y les entregó las llaves. Sara renió a su equipo y les habló claramente. No pretendía irse con las manos vacías de Anchorage; les ordenó que en cinco horas le entregaran el primer capítulo del libro. A su parecer ya había sido bastante clara al explicarles lo que significa el jodido cáncer y la esperanza que les daba la maldita vacuna a los mocosos.

—Yo tampoco confío en ellos —escupió Stewart.

—Voy a ser clara contigo, Oliver —le dijo Sara—. Confío tanto ellos como en ti. Un carajo. Sé que intentaste hablar con Ördög a mis espaldas.

No me voy a detener en eso. Es mejor que lo sepan: Ördög me permite reemplazar al que no funcione. Sin embargo, no quiero perder mi tiempo. No tenemos por qué agradarnos, pero cualquiera que lleve lo personal al terreno de trabajo se va a la maldita calle. ¿He sido clara, Oliver, Diana, Julian?

Dicho esto, Sara se marchó. Stewart estaba por comenzar su retahíla de indignaciones, pero Julian y Diana no se lo toleraron, había que ponerse manos a la obra.

—¿Por qué no comenzamos por un índice? —propuso Julian.

Cada uno fue a una computadora y se puso a redactar su parte de la introducción. Dos horas más tarde las leyeron. Primero fue el turno de Stewart, nadie le discutió su concreción y fino uso del lenguaje; después Julian, al que Stewart le corrigió un par de párrafos. Y, por último, Diana, a quien Stewart comenzó a desaprobar con la cabeza.

—No, no, no, querida. Simplemente no.

—¿No qué?

—Escribiste un desastre incomprensible. Si lo lee alguien que no tenga cáncer, desde luego que le va a salir un tumor en la cabeza.

—Stewart, no exageres —le dijo Julian.

—¿Crees que exagero? —Stewart movió la pantalla de la computadora de Diana hacia él y leyó—. «El cáncer nos sensibiliza a la urgencia de una vacuna...». ¿Es en serio esto? ¿El cáncer puede sensibilizar? Hasta donde sé, querida, el cáncer te pudre malditamente por dentro. ¡Cristo! Sensibilizar... las bellas artes, pero ¿el cáncer?

—¿Por qué tienes que ser tan teatral, Stewart? —cuestionó Diana—. ¡Solo es un maldito adjetivo!

—¿Adjetivo? ¿La oyes? —interrogó a Julian con escarnio—. ¡Confunde un adjetivo con un verbo! A ver, Diana, repite conmigo: yo sensibilizo, tú sensibilizas, él sensibiliza.

—¡Al carajo, Stewart! —exclamó Diana—. ¡El cáncer nos obliga a pensar en una vacuna! ¿Así te parece mejor?

—Obliga a pensar, obliga a pensar —comenzó a repetir Stewart, tamborileando los dedos en su boca—. ¿El cáncer es un ser pensante que se dice: voy a obligar a esto o a lo otro? Vamos a pensar que sí, de acuerdo, es

una figura literaria, pero ¿sería posible que uses una palabra en lugar de tres? Me parece que Sara no va a ser muy paciente para leer.

—De acuerdo, se acabó —dijo Julian—. Yo lo escribo. ¿Así mejor, Stewart?

Julian intentó sentarse frente a la computadora de Diana y ella lo apartó con brusquedad.

—No quiero que te hagas conmigo el caballero andante. Haré mi propia parte y se joden los dos.

—Mírala —Stewart escupió su sonrisilla cáustica—, ahora se empodera.

—¡Bastardo! —Diana se le echó encima, prensándolo de los cabellos canos.

Julian corrió a separarlos, pero mientras más jalaba a Diana, más cabellos le arrancaba a Stewart. Se enfrascaron como un torbellino, de aquí para allá, hasta que consiguieron derribar una de las computadoras.

Diana se sentó frente a otra y se puso a escribir como si nada hubiera pasado. Julian y Stewart se miraron unos momentos.

—Lo siento, Diana —dijo Stewart—. Quizá estoy siendo un poco aprensivo. No es personal, tengo miedo, ¿sabes? ¿Lo sabes tú, Julian? Dejé a Gladys con una mentira. Ella piensa que estoy en un tratamiento, precisamente contra el cáncer. Ördög prometió hacer todo para que ella piense que es así y hasta consiguió un falso psicólogo para que le dé contención... Esto no estaba planeado en mi vida, compréndanme un poco. Me tocó ver por televisión la llegada del hombre a la luna. Era yo un niño. Entenderán que no me ha sido fácil: internet, redes sociales, inteligencia artificial, celulares con cámara. Repito: tengo miedo, miedo y desconcierto. Ya no solo se trata de Sara, sino que ahora también están esos tres recién llegados.

—¿Te quieres callar, Stewart? Me desconcentras —dijo Diana.

Stewart bajó la comisura de la boca, como acostumbraba cuando se sentía lastimado. Dijo que iría a dar una vuelta y se marchó.

—¿No fuiste demasiado dura con él?

—Julian, por favor, ¿tú le creíste una sola palabra?

—Lo de que vio al hombre llegar a la luna, sí. —Julian consiguió sacarle una sonrisa.

La dejó trabajar. Fue junto a la cafetera, se sirvió una taza y tomó un puñado de galletas.

—¿Quién habrá sido? El que le dijo a Sara que Stewart quiso hablar con Ördög.

—No lo sé, Julian, quizá hay micrófonos.

Julian se puso a mirar debajo de los muebles.

—¿Cómo crees que termine esto, Diana?

—Si hacemos bien las cosas, con un millón para cada uno.

Julian la miró concentrada, con el gesto de querer hacer bien las cosas. Le pareció que su ambición no dejaba de ser un tanto ingenua al creer que las cosas terminarían bien. Él había dejado dos muertos atrás de la forma más estrambótica posible. No, señor, las cosas no terminarían como en esos programas de concursos, donde el perdedor aplaude al ganador y luego le dan una bolsa de caramelos. No, señor, esto tampoco era como aquellos programas a lo The Dick Cavett Show, en los que los famosos se vuelven un poco terrenales.

—¿Qué harás con tu parte del dinero? —aventuró Julian.

—Poner un negocio de artículos *vintage*.

—¿Es en serio?

—Dilo ya, te decepciono, lo sé. Al diablo la literatura. Escogí eso como pude escoger odontología, ¿y qué?

—¿Qué venderías?

—Muchas cosas, hoy todo es *vintage*. ¿Y tú? ¿Qué harás con tu dinero, Julian Langford?

—Casarme contigo.

Diana dejó de escribir y lo miró, bajando la guardia por completo. Al parecer esas palabras le habían calado tanto como cuando, de niña, el tío Tom la llevaba a ver Barbies a las tiendas —verlas, solo verlas—. Uno de esos días, haciendo de tripas corazón de lo que podía gastar innecesariamente, le dijo: «Cariño, escoge la que quieras», pero luego no dejaba de ver a la muñeca en casa como a una intrusa cara.

—Diablos, Julian, lárgate un rato con Stewart. Necesito concentrarme en esto.

Capítulo 41

Stewart puso en manos de Sara la introducción. Ella se colgó unos anteojos de lectura sobre la nariz, sacó un grueso plumón rojo y fue tachando casi todo. Al final los miró por encima de las gafas.

—¿Cómo escribieron esto? ¿Drogados?

—Jesús Cristo —masculló Stewart con sus dientes pequeños, parejitos y filosos.

—Okey, vamos a hacer lo siguiente: les voy a dar una hora más, y cuando vuelva a leer quiero que las palabras tengan alma. Ya oyeron a Ördög: lo debe poder entender lo mismo un científico que un neófito o un padre de familia. Carajo, sean profesionales, no les van a pagar cuatro centavos. ¡Un millón! ¿Saben lo que es eso o quieren seguir usando del papel de baño que se rompe entre los dedos?

—¿Eso te sucede a ti? —espetó Diana.

Stewart y Julian se quedaron fríos. Julian imaginó que esa tipa era capaz de repetir con Diana su hazaña de la melliza. No lo hizo. Guardó silencio y se marchó.

Stewart abrió la boca para quejarse, pero no emitió ni un sonido ante las miradas taladrantes de Julian y Diana. Calladamente, se pusieron manos a la obra. Stewart, vulnerado por el veredicto de Sara, cedió la batuta a Julian y fue menos crítico de las opiniones de Diana.

Cuando Sara leyó la nueva versión, los acusó de haber omitido por completo lo científico. La tercera vez concluyó que le tenían miedo al éxito, pero había puesto el dedo en la llaga de Diana Travis, quien le reviró:

—¿No será que quien le tiene miedo al éxito eres tú, Sara? No es posible que lo hayamos escrito tres veces y no encuentres nada bien. Este señor —señaló a Stewart— tiene un doctorado.

—Gracias, hija.

—Cállate, Stewart. Y Julian Langford es un profesor brillante de la universidad.

—No es la más prestigiada del país, pero...

—Tú también cállate, Julian. Mira, quizá de mí no puedo hablar del todo bien, pero te aseguro que dejé el trasero en esa silla, así que de esto se desprende que estás tan cagada de miedo que nos quieres exprimir hasta la náusea.

Julian volteó hacia Stewart, pudo leer en los ojos de este que la chica había cavado su propia tumba; sin embargo la respuesta de Sara los sorprendió:

—Hasta que alguien de los tres tiene la valentía suficiente. Claro, lo esperaba de los caballeros. Sí, tengo mis inseguridades. ¿Qué edad tienes?

—Veintitrés.

—Yo cincuenta y seis.

—¿Cuál es el punto?

—Hace un rato, al pasar junto a la puerta de la otra sala, alcancé a ver que esos tres proyectaban imágenes...

—¿Imágenes?

—Niños con cáncer.

—Supongo que piensan incluir fotos e imágenes en el libro —opinó Stewart.

—Pues sí, y como se dice por ahí, una imagen dice más que mil palabras —confesó Sara con preocupación.

—No siempre —opinó Stewart—. Unos párrafos bien escritos tiran ese argumento. Escribiremos que el uso de imágenes es una forma barata de plasmar la realidad. Claro, todo esto de forma indirecta.

—¿Indirecta? —interrogó Sara.

—Metáforas, hipérboles, sinécdoques, sinestesias, símiles —numeró Julian.

—Bien, no sé qué signifique eso, pero háganlo. Necesitamos ir un paso adelante. Para esto es preciso conocer al enemigo.

—¡Claro! ¡Jugaremos a los espías! —Stewart se echó a reír, restándole fuerza a lo dicho.

Sara lo miró taladrante y lo hizo callar.

—Al final de la jornada debemos devolver las llaves de las salas de junta al encargado —dijo Sara—. He visto que las coloca en unos ganchillos detrás de la recepción. Hay que conseguir la llave del otro equipo, entrar y ver qué están haciendo.

—Habrá cámaras de seguridad —opinó Stewart.

—No las hay, me he fijado que no —aseguró Sara—. Ahora decidan a la suerte quién de ustedes tres va a entrar a esa sala.

—Pero somos cuatro, ¿por qué no te cuentas? No es justo.

—La vida no siempre es justa, Stewart. Decídanlo ya o tendré que hablar con Ördög y hacer uso de mi prerrogativa de cambiar a los integrantes del equipo y mandarlos al carajo.

Sacaron una moneda enseguida y la tiraron al aire.

Después de algunas rondas Julian maldijo su suerte.

Capítulo 42

Le había dado menos miedo enterrar vivo a Vernon Preston que ir a la recepción a robar la llave para introducirse en la sala de juntas del equipo contrario. Ya con el whisky en la barra pensó que ese no era su miedo profundo, sino la inquietud de que sucediera otra tragedia.

—Ya no la soporto —se quejó Jack—. Viene todos los días.

—¿Sara?

—Sí, esa mujer...

—Supongo que no es tu tipo, Jack.

—¿Lo es de alguien? —Jack esbozó una sonrisilla de niño travieso, que por primera vez Julian le conoció—. El problema no es que no sea agraciada, ¿sabes?

—No la compongas, Jack.

—El problema es que solo he tenido una novia en mi vida.

—Entonces te has ahorrado muchos problemas, Jack.

—Se llama Apaay.

—¿Esquimal?

—No es muy correcto llamarlos así, ¿sabes?

Julian imaginó una de esas historias de amor entre culturas. Buscaba la manera de preguntarle a Jack si ese era el caso, aunque sin meterse en lo que no le importa, cuando a la puerta llegó Marbel, a quien Ördög había descrito como artista gráfica. Vestía de negro. Ya sin aquel abrigo de cuando la vio por primera vez, no parecía tan robusta en realidad; eso sí, era alta, tal vez llegaba al metro con ochenta y dos. Jack fue a atenderla y le dejó servido un gin-tonic. Julian estaba por beber su trago e ir a saludarla, pero Marbel bebió el suyo como si fuera limonada, puso unos dólares bajo el vaso y se marchó. Entonces él se despidió de Jack y salió a la calle a mirar aparadores, esperando que el sol acabara de esfumarse en el horizonte. Volvió a encontrar a Marbel, que contemplaba un escaparate donde solo había

maniquís de plástico, sin ropa. La chica comenzó a fotografiarlos con el teléfono.

—La luz blanca y el fondo negro les dan un tono misterioso a los maniquís —opinó Julian—. Algunos parecen tristes; otros, extraviados; ese que está sentado da la idea de ser un existencialista y aquella otra de espaldas, parece vivir su vida sin que los demás le importen.

—Solo son maniquís —espetó Marbel y se marchó.

Julian los contempló un momento más, hasta que se sintió menos idiota, y también se marchó. Volvió a la villa y fue directo a la recepción; lo haría rápido: le preguntaría cualquier tontería al encargado, distrayéndolo para robar la llave. Pero Aquiles no estaba en su sitio. Pasó del otro lado del mostrador y ojeó el portallaves; las de las salas de juntas eran más grandes que el resto, así que las distinguió enseguida. La tomó de su sitio y dio vuelta para irse. Entonces se topó con Aquiles, cuya mirada fue interrogante; pasó de mirarlo a él a la llave, que delicada pero decididamente le retiró de la mano.

—Esta no es la suya —dijo con un tono de voz cortés.

—Perdóneme que no le avisara, necesitaba entrar a la sala.

—No se disculpe, solo fue una distracción.

Julian observó cómo el tipo regresaba la llave a su lugar. Reparó en que la de la sala de su equipo no estaba ahí, con lo cual supuso que Stewart, Sara y Diana estarían trabajando. Habría que ir a confesarles su intento fallido. Le dio las gracias al encargado; este no respondió. Se desplazó por el ancho pasillo de mullida y limpia alfombra color bermellón, llegó a la puerta de la sala de juntas y giró la perilla, pero ni Stewart ni los demás estaban ahí, solo las computadoras, los documentos en la mesa, las tazas de café vacías.

—¡Abre bien ese trasero, perra!

Se replegó en un ángulo del muro al oír que la puerta del baño se tambaleaba, pero nadie salió de ahí, al menos no enseguida. Las sacudidas siguieron un par de minutos, acompañadas de bufidos feroces, hasta que cesaron por completo.

Marbel y el tal Arnold Torton salieron del baño.

—Revisa bien, perra... Diablos, mejor solo toma fotos y larguémonos ya.

Marbel, con el rostro descompuesto, comenzó a fotografiar los papeles en el escritorio y las pantallas de la computadora.

—Oye esta mierda —dijo Torton mientras alzaba una hoja y leía parte del índice que Stewart y los otros habían escrito—. ¡Basura! ¿Cómo vas con eso? ¿Terminaste ya, perra?

—No me llames así, cerdo.

—Te llamo como quiera... Por cierto, ¿cómo conseguiste la llave? No me digas: le diste una mamada a ese sujeto de la recepción.

—Eres despreciable, maldito bastardo.

—Pero no puedes renunciar a mí...

—¡Uno de estos días te voy a matar, cabrón marica!

—¡La marica eres tú! —El tipo se le fue encima y la zarandeó hasta inutilizarla.

De nuevo los oyó bufar, pero no llegaron a más. Cuando los escuchó salir, Julian salió de su escondite para irse también. Entonces entró Marbel y se congeló al verlo. Tomó su teléfono, que había olvidado en la mesa, y se fue rápidamente.

Capítulo 43

Procesaba lo recién visto. ¿Cómo reaccionaría Sara? ¿Le diría a Ördög que el equipo contrario los espiaba? A lo mejor los echarían de la competencia, pero llegarían otros. Ni remotamente sería gente normal. Nadie normal, eso era seguro.

La guerra fría, se trataba de la maldita guerra fría entre los dos bandos. El enemigo se acababa de anotar un punto, pero el enemigo no sabía que su enemigo se había dado cuenta, a excepción de Marbel, de quien Julian no tenía una opinión clara. Tres golpecillos en la puerta lo hicieron mirar en esa dirección. Un papel se deslizó por el filo. Fue y lo tomó.

A la chica no se le había ocurrido un lugar más apartado para ver a alguien que Goose Lake Park. Julian la descubrió en una banca de cara al lago, se sentó a su lado y le devolvió el papelito.

—Los maniquís existencialistas —dijo Marbel—. ¿Quisiste impresionarme con esa tontería?

—¿Para qué me citaste aquí?

—¿Nos escuchaste? ¿A Torton y a mí?

—No es asunto mío.

—¿Cuánto les ofreció Ördög a ustedes si ganan?

—Un millón para cada uno.

—Blasco resultó más generoso —dijo Marbel.

—¿Cuánto?

—Dos millones.

—Cielos.

—Los ayudaré a ganar si me libras de Torton. No quiero el dinero, quiero librarme de él.

—¿Por qué lo soportas?

—No es asunto tuyo.

—Tienes razón. —Julian se puso de pie y ella lo detuvo.

—Te estoy proponiendo un buen trato.

—¿Cómo podrías ayudarnos?

—Sé cosas de mi equipo.

—¿Cuáles?

—¿Me ayudaras a librarme de Torton?

—Tendrás que decirme alguna debilidad suya para poder tramar algo.

—¿Debilidad suya? Quiero que lo mates, no que juegues ajedrez con el bastardo. Mátalo y les despejo el camino.

—¿Por qué no lo matas tú misma?

—No puedo.

—¿Qué te hace pensar que yo sí?

—Carajo, Julian, no lo hagas complicado. Rómpele el cuello y se acabó.

—Es un tipo corpulento.

—Pégale con algo en la cabeza, yo qué sé. ¡Pero líbrame de él! ¡Te lo estoy suplicando! —Las lágrimas espontáneas se le mezclaron con el rímel.

—¿Por qué no te marchas si es que no te importa el dinero?

—¡No puedo! ¡Él me retiene!

—¿De qué forma?

—¡Deja de interrogarme!

—Necesito detalles.

—¡Maldita sea! ¿Nunca has estado ligado a alguien que te maltrata? ¡Te estoy ofreciendo un trato justo! ¿No están todos aquí por dinero? ¿No es lo que malditamente le importa a todo el mundo? ¡El dinero, no los sentimientos de nadie! —Lanzó la mirada al confín apacible del lago, mientras Julian la observaba esperando, inútilmente, que le contara más cosas. Aquel rostro se había vuelto de nuevo inmutable.

—Maniquís existencialistas... vaya contigo, sabes cómo agradar a una chica. Vete y piénsalo, al menos.

Cuarenta minutos después se reunió con Diana, Sara y Stewart en el jardín de la villa.

—¿Cómo podría despejarnos el camino? —preguntó Sara.

—¿No lo escuchaste? —dijo Stewart escandalizado—. La transexual quiere que Julian mate a un hombre.

Julian y Diana lo taladraron con la mirada.

—¿Qué he dicho? ¿No es eso? ¿Una transexual?

—Eso no importa, Stewart —reprochó Diana—. Si lo que dice Marbel es verdad, tendríamos libre el terreno.

Julian y Stewart voltearon a verla.

—¿Por qué tanto escándalo? Ese Torton es un animal.

—Cierto —apostilló Sara—, le haríamos un favor a esa pobre chica.

—No pienso matar a nadie —refutó Julian.

—Ya lo hiciste —dijo Diana—, lo enterraste vivo.

—Lo haremos entre todos —retomó Sara—. Eso siempre hace menos pesada la carga.

—No me incluyas. —Retrocedió Stewart—. Soy completamente pacifista.

—Tampoco a mí —insistió Julian.

—De acuerdo, pero si mi dinero se ve en riesgo, créanme que no me voy a detener para acabar con ustedes. Y no voy a necesitar matar a nadie, haré que Ördög los regrese a sus jodidas vidas para que paguen las cuentas que tengan pendientes. La tuya la sé, Julian. Las de ustedes dos no, pero con que lo sepa Ördög basta. Debe ser algo inquietante porque no los veo tomando un avión para largarse por su propio pie de Alaska.

—No he hecho nada de lo que me avergüence —aseguró Diana—, solo me detiene el dinero.

—También a mí —secundó Stewart.

—Que se los crea un imbécil —escupió Sara. Y se marchó.

Julian se sintió obligado a aclarar lo de Vernon. Les contó sobre los retos del grupo, los escupitajos y demás. Les relató cómo ocurrió la muerte de Keys y cómo luego Vernon comenzó a chantajearlo. Diana y Stewart lo miraron como si les hubiera contado algo intranscendente y cada uno tomó su rumbo.

Capítulo 44

Se llamaba Dogo. Su padre lo había matado, esa era la única vez que había presenciado un crimen. Él lo pensaba de esa forma, aunque Dogo fuera un perro. Claro que su padre se justificaba: el animal tenía un tumor incurable. Bueno, sí, pensó Julian entonces, pero ¿no habría sido mejor que lo durmiera el veterinario en vez de meterle una bala en la cabeza?

Torton se parecía a Dogo: su sadismo era incurable. Solo así se explicaba su violencia soez. «No, diablos, no», se dijo dando vueltas en la cama. «No trates de justificar las cosas, matar es matar. No es asunto tuyo, es cosa de soldados, de la inyección letal en Texas, de locos a los que les habla el diablo. Carajo, Julian, tú eres neoyorkino, eres gente civilizada».

Sonó la puerta. Le pareció que quien tocaba era de nuevo Marbel. Abrió para decirle que no mandaría al otro mundo a Torton ni por un millón dólares, ni por salvarla. No era Marbel, sino Diana. Pasó de largo y se tendió en la cama. Le dijo que necesitaban hablar. Julian cerró la puerta y fue a tenderse a su lado. Le quería decir que no iba a matar a nadie, pero se quedó con las palabras en la boca. Ella se la tapó con una mano.

—En realidad vengo a coger.

Pasó rápido, no como en los buenos tiempos, cuando lo hacían despacio, degustando cada instante. Esta vez, ella lo asaltó y él no tuvo tiempo de hacer nada. Una vez que terminaron, ella comenzó a estirar las piernas en el aire, como solía hacer.

—Ya lo pensé mejor, Julian, al carajo la tienda *vintage*. ¿A quién se le ocurre volver a trabajar si tienes un millón de dólares en el banco?

No se lo refutó.

—¿Te das cuenta de que si seguimos juntos tendríamos dos millones?

—Seríamos ricos —aceptó él.

—Y viajaríamos, ¿verdad? ¿Verdad que lo haríamos?

Él asintió sonriendo. Aquella volvía a ser su chica, pero tenía que tomarlo con calma. Le preguntó si solo lo decía por jugar con el tema. Ella le tomó una mano.

—La primera vez que tuvimos sexo yo tenía diecisiete, Julian.

—Casi dieciocho —precisó él.

—Faltaban cuatro meses. La ley diría que abusaste de mí. ¿No te parece ridículo que unos estúpidos meses definan cuándo un hombre abusa o no de una chica? Para mí no tiene sentido; es decir, los escrúpulos son relativos, ¿no te parece?

—Tal vez sí —aceptó Julian.

—Lo haremos juntos. Mataremos a ese bastardo. Ya tengo el cómo: veneno. Ni siquiera lo veremos morir.

Julian le soltó la mano.

—¿Eres estúpida? No vamos a matar a nadie.

—¡Abre los ojos! ¡Nadie te volverá a ofrecer tanto dinero!

—No puedo creer lo que me estás diciendo.

La chica giró y se le montó encima.

—¡Dijiste que te casarías conmigo! ¡Lo dijiste! ¡Me tienes para ti! ¡No estoy pidiendo la estúpida boda de blanco que quiere el tío Tom! ¡Te pido que seas un hombre y hagas lo que le corresponde a un maldito hombre!

—¿Matar?

—¡Sí, matar! ¡Matar como lo hacían los hombres de las cavernas cuando era necesario! ¡Matar tal cual lo hacen los que tienen dos de estos! —Le agarró los testículos—. ¡Estoy harta de los medio hombres, de los Oliver Stewart! ¡Quiero que mates como te corresponde, que te tiñas las manos de sangre, llegues conmigo, te prepare la maldita cena y luego nos vayamos a la cama!

Comenzó a besarlo con desesperación. Se revolvieron unos segundos hasta que él la apartó, incrédulo, aunque ella lo parecía más. O tal vez decepcionada.

—No lo puedo creer, Julian, no eres un hombre. Sara tiene razón.

—¿Sara?

La chica recogió su ropa.

—Ya entiendo, no salió de tu cabeza venir aquí.

—Cállate ya, cobarde. Yo no enterré vivo a nadie.

Salió dando un portazo.

Esta vez la reunión fue en Old Blue Hunter. Tenían el lugar entero para ellos solos. Ördög trataba con familiaridad a Jack, quien servía los tragos. Incluso lo ayudó a llevar los platillos a la mesa. No tocó el tema de los negocios sin antes pedirles que se concentraran en los sabores fusión Tailandia y mediterráneo. Habló disparatadamente de un asunto y otro, citando lo mismo la Roma imperial que a una costurera del siglo XIV, que hacía ropa con hierbas entremetidas en las costuras para protegerse de la peste negra.

Julian podía sentir la mirada penetrante de Marbel del otro lado de la mesa. Diana y Sara miraban con repulsión a Torton, que no se daba por enterado. El tipo usaba una polo ajustada y se acariciaba los bíceps con placer onanista. Stewart miraba con disimulo a Sara y a la doctora Ukara Lynn, cuyo temperamento hacía que pasara desapercibida. De pronto, a Stewart le parecieron las hermanas siniestras de alguna película de terror. Solo les faltaba usar vestido infantil color blanco y moños en el pelo. No tenían rasgos en común «una era latina, la otra oriental», pero sí ese mismo rictus de ser un par de malditas desalmadas temperamentales.

—¡Jack! —exclamó Ördög—. ¿Por qué no nos sirves unos tragos de ese vodka de Alaska Distillery? Mis amigos lo tienen que probar. No se intimiden por su sabor a salmón ahumado; enseguida les va a parecer realmente increíble.

Ördög miró con beneplácito los vasos llenos y cómo iban descubriendo el sabor del vodka. Dio un largo suspiro y tocó el tema:

—Lo bueno no puede ser eterno, pero nos consuela saber que lo malo tampoco. Al grano, entonces. Leí sus respectivos avances. Quiero felicitarlos por su esfuerzo, Sara, Oliver, Julian, Diana, pero, desgraciadamente, su introducción carece por completo de sentido del humor. Lo sé, acabo de causarles más asombro que el vodka con sabor salmón. ¿Ha dicho humor este hombre? Sí, lo he dicho. No hablo contar chistes de niños con cáncer. No es que no me guste el humor negro, amo el humor negro. Este lo puedes contar tú, Diana: «Mi novio me dejó, así que le robé la silla de ruedas. ¿Adivinen quién volvió arrastrándose?». Este es para ti, Oliver: «Mi esposa dice que el sexo es aún mejor en vacaciones. Ojalá no me lo dijera por correo electrónico». Lo siento, lo siento de verdad. Mis chistes son tan malos

como lo que escribieron. Necesitamos ese tipo de frases, que nos permitan sentir que el ser humano se sobrepone a cualquier adversidad con una sonrisa ligera y luminosa. Lo sé, es difícil porque hablamos de cáncer. Pero ¿qué esperaban?, ¿ganarse un millón sin ningún esfuerzo?

Sara clavó una mirada de rencor en Diana, Stewart y Julian.

—Por otra parte, los avances del equipo de la doctora Ukara Lynn son un verdadero deleite. ¡Qué ingenio relacionar dos temas aparentemente inconexos: música y enfermedad! Esa apasionante digresión sobre cómo, a través de los siglos, algunos hombres ilustres han intentado que la música cure los males físicos y del alma es sorprendente. No puedo esperar el momento en que esa reflexión se cruce con el cáncer y nuestra vacuna. En fin, que lo dicho aquí no desanime a unos y haga confiarse a otros. Debo retirarme, pero insisto en que ustedes se queden el tiempo que les plazca. Recuerden la sabiduría del Eclesiastés: «Todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora: tiempo de nacer y tiempo de morir; tiempo de plantar y tiempo de arrancar lo plantado; tiempo de matar y tiempo de curar; tiempo de destruir y tiempo de edificar; tiempo de llorar y tiempo de reír; tiempo de lamentar y tiempo de bailar...».

Una vez que Ördög se marchó, Stewart esperó un par de minutos para decir que él también se iba ya, pues no era un hombre al que le cayera bien desvelarse. Apeló a su edad, pero más bien parecía tener prisa de desaparecer antes de que la furia de Sara lo alcanzara.

—Que nadie más se vaya —dijo Torton con su voz medio ronca como de camionero—. Rompamos el hielo. Antes que nada somos personas, no máquinas. Además, esto no es personal, solo trabajo. ¡Oye, amigo! —le gritó a Jack—. Trae acá un par de botellas de vodka, pero no con ese maldito sabor a salmón. Del tradicional. No sirvas vasos, trae la botella; aquí nosotros nos despachamos. Y pon música en esa rocola. Esto está muy muerto. Yo también me sé chistes negros. ¿Se saben este?: «A mí novia se le murió su perro, así que le regalé uno idéntico y me dijo: ¡Maldita sea! ¿Y ahora que hago yo con dos perros muertos?». —Empezó a reír sin control.

Sara y Ukara comenzaron a dialogar sobre la vacuna, cuidándose de no tocar el tema de la competencia. No había rastro de rivalidad, sino auténtico respeto, al menos eso le pareció a Julian. Diana prefirió ir a la barra y beber mientras platicaba con Jack y Marbel.

Julian salió a tomar un poco de aire. Miró al grupo por la ventana del bar, especialmente a Diana. Se dio cuenta de que siempre la había amado y que, mientras más la veía, más crecía ese sentimiento. De pronto ella también lo miró; su semblante se tornó melancólico, como si le pasara por la mente el inicio de todo. Habían construido un círculo donde nadie más podía entrar. Lo que lo fue deteriorando —eran conscientes de ello—, había sido el futuro inalcanzable, determinado en buena medida por algo tan burdo como el dinero.

Volvió al bar y encontró a Torton bailando con las doctoras. Parecían haber olvidado lo despreciable que era el sujeto, quizá porque les gustaba ese ritmo caribeño y su modo de bailar. Julian fue a la barra, Jack le sirvió un whisky, sabiendo de antemano que eso pediría.

—¿Dónde andabas? —preguntó Diana.

—Salí a tomar aire, no quería escuchar más chistes negros.

—Lo malo no son los chistes, sino quién los cuenta. —Marbel miró a Torton.

—¿Hace mucho que lo conoces? —le preguntó Diana.

—Tal vez ese tipo de preguntas no las deberíamos hacer —opinó Julian.

—Relájate —lo corrigió Marbel—, no tengo problema con responder a eso. No demasiado: unos meses atrás en Los Ángeles. Y opino lo mismo que todos los que lo conocen: es un completo imbécil.

—¡Ey! —exclamó Torton—. No quiero aburrir a las damas, seguro aquí hay otro hombre que también sepa bailar. ¿Julian? ¿Marbel? Perdón, tú no cuentas en ese sentido. —Escupió una carcajada.

Torton fue hacia Julian haciendo pasitos de baile; este forzó una sonrisa y se negó. Entonces el tipo fue a la rocola y cambió las canciones caribeñas por pop. De nuevo se acercó a Julian mientras bailaba, intentando motivarlo, pero Julian no cedió. Torton cambió de nuevo la música, esta vez foxtrot, un estilo aún más complicado, y no iba a quedarse sin demostrar que lo dominaba, no señor. Estiró una mano hacía las doctoras, esta vez ellas rehusaron. Entonces Marbel dejó el trago en la barra y fue hacia él.

—¿Por qué no? —dijo Torton.

Comenzaron a bailar magistralmente. El resto los observaba como animalitos hipnotizados por una serpiente. Cada secuencia, cada paso que

daban en conjunto e individualmente era, como quizá diría Ördög, «una delicia».

Nadie escatimó los aplausos. Marbel intentó irse, pero Torton la regresó de un brazo.

—¿Adónde vas? No han dejado de aplaudir.

—Estás ebrio.

—¡Dios, estoy siendo inclusivo contigo! ¡Agradécelo!

Esta vez Marbel no se lo guardó. Midió al sujeto y le soltó un puñetazo inesperado, que lo lanzó contra la rocola, haciendo que sonara otra música. Torton recuperó el aliento y le lanzó un recto a Marbel, pero ella lo esquivó y le soltó otro que lo regresó a la rocola. Esta vez la música no cambió. Jack saltó por encima de la barra y corrió a ponerse entre ellos, estirando los brazos como un réferi de boxeo, pero Torton se le escurrió, llegó a Marbel, la tomó por los cabellos, la dobló y le atizó varios rodillazos en la cara.

—¡Perra! ¡Lo estás gozando! ¡Sé que lo estás gozando!

Diana tomó a Julian de un brazo, incrédula, buscando su protección.

—¡Basta ya! —ordenó Jack, enérgico. Consiguió atrapar a Torton por la cintura y llevarlo lejos de Marbel.

Ella miró a todos con absoluta vergüenza y salió del bar.

Torton midió a Jack y le estampó un cabezazo en la nariz que estalló en sangre. Diana se echó a llorar y Julian la abrazó. Todos clavaron las miradas en Jack, esperando su reacción. Marbel seguía contemplando el espectáculo desde el otro lado de la ventana, enmarcada por una noche que, aun siendo verano, se tornaba extrañamente fría.

Jack se tocó la sangre con un par de dedos, los observó con desconcierto y los lamió, como si quisiera comprobar que le pertenecía. Luego se fue sobre Torton y le dio tantos puñetazos en el rostro que a cualquier otro lo hubieran derribado, pero no a Arnold Torton, quien agachó la cabeza como si tuviera las cornamentas de un toro y se lanzó contra el estómago de Jack. Mala idea. Jack, como un torero, se irguió con elegancia y dejó correr a Torton, que se estampó contra la rocola y, al querer asirse, se la trajo consigo al suelo.

Segundos después, se puso de pie y lanzó una mirada de desconcierto.

—Bebí demasiado, me disculpo —dijo, y salió dando tumbos a la calle.

Jack no reparó en la sangre que brotaba de su nariz en abundancia; toda su atención estaba en la rocola, como si alguien acabara de morir.

Capítulo 45

Contó los whiskies, solo había bebido dos pero se sentía fulminado. Llegó a pensar que lo visto en el Old Blue Hunter había sido producto de la borrachera: Torton y Marbel enfrascados a puñetazo limpio, la rocola volcada en el suelo, Jack lamiendo su propia sangre antes de lanzarse contra Torton. Cerró los ojos y se quedó dormido, pero los golpes en la puerta lo hicieron reaccionar.

—El señor Ördög lo espera en la 507. —Fueron las palabras de Aquiles, el encargado.

Eran las tres de la mañana. Le resultó inquietante, pero decidió afrontar lo que viniera. Subió y descubrió la luz que se tendía de la puerta abierta en la habitación al fondo del pasillo. Al llegar a ese punto, le sorprendió la escena: las doctoras, Marbel, Stewart y Diana estaban ahí con Ördög en torno a la cama donde yacía el cuerpo de Arnold Torton, entre sábanas revueltas. Tenía el cuello roto; su cabeza estaba girada más allá del hombro izquierdo.

Ördög tomó la jarra de agua del buró y se sirvió un vaso.

—¿Alguien tiene una explicación de la súbita partida del señor Torton? —preguntó calmadamente.

—La última vez que lo vimos fue en el bar —aseguró Sara.

—Estoy enterado de la pelea. No es necesario que me digan quién la comenzó. Torton siempre fue violento. No quiero justificarlo, pero tuvo una infancia difícil, según sé. Ya saben, su padre. ¿Por qué siempre el padre? En fin, dejemos a un lado a Freud. El hecho es que solo un santo puede pasar por la vida sin sentir ganas de mandar a un Arnold Torton al infierno. La pregunta es: ¿quién de ustedes lo hizo?

Incrédulos, comenzaron a decir que tal acusación no tenía sentido, pero Ördög no los dejó seguir por esa línea. Alzó una mano y guardaron silencio.

—No tengo la intención de llevar al culpable ante la ley. Primero, porque el verdadero asesino fue el propio padre de Torton, lo cual no creo que las autoridades alcancen a entender; segundo, porque existe una prioridad superior: la humanidad, y en ese sentido, la vacuna para nuestros niños con cáncer. Sin embargo, no puedo pasar por alto la indisciplina. Además, cuando mis socios se enteren de que uno de los elegidos está muerto se van a poner paranoicos, especialmente Danny Blasco. No se lo puedo ocultar. Estamos jugando póquer abierto, ¿recuerdan? Así que repartiremos la culpa. «¿Quién mató al comendador? Fuenteovejuna, señor...». Cada uno de ustedes acaba de perder cien mil dólares; me refiero a los que van a ganar el millón. Los demás no pierden nada porque de cualquier forma se irán con las manos vacías y unas bonitas postales de Alaska. Lo sé, Torton no valía tanto, pero créanme que si cualquiera de ustedes estuviera en esa cama haría lo mismo, *in memoriam*. Ahora, si son tan gentiles, que lo decida la suerte. Se requieren dos personas que se encarguen de desaparecer a Torton. Da muy mal aspecto aquí.

La perorata de Ördög solo recibió silencio.

—Bueno, creo que necesitan unos segundos para recuperar la calma. —Dicho esto, salió de la habitación.

—¡Fuiste tú! —Stewart encaró a Marbel—. ¡Peleaste con él, todos te vimos! ¡Sigues teniendo la jodida fuerza de un hombre! ¡Díganle algo!

Nadie lo respaldó; todos estaban consternados. Sara abrió su bolso y sacó una moneda. Propuso que el perdedor tuviera que jugar con el siguiente, tirando la moneda al aire, hasta tener dos perdedores. Stewart se quedó incrédulo, sus palabras habían caído en el vacío.

—Ustedes están locos, yo me largo —dijo—. No voy a ayudar a desaparecer un cadáver. La policía debe enterarse de lo que está pasando aquí. Yo todavía tengo las manos limpias. —Salió de la habitación.

Poco más tarde, Julian alzó el teléfono: la voz del otro lado le ordenó que envolvieran el cuerpo en una sábana y lo bajaran. Marbel y las doctoras se fueron silenciosamente, pues la suerte había estado de parte de ellas. Julian y Diana comenzaron a envolver el cuerpo de Torton, al principio con tacto, como si este pudiera abrir los ojos y preguntarles qué demonios hacían, pero

interiorizaron la idea de que Torton ya no era aquel sujeto procaz y apasionado, sino un bulto de carne inerte.

El tipo en vida pesaba bastante, muerto pareció adquirir el doble de su peso, lo que les dificultó bajarlo de la cama y encontrar la forma de levantarlo entre los dos. A Diana se le zafaba de los pies, que golpeaban el suelo como parte de una broma negra. Hicieron varias pausas, hasta que entre ambos consiguieron echarlo en los hombros de Julian. De alguna forma llegaron al pie de la escalera. Diana estaba detrás, tocando el cuerpo para que no fuera a caer, lo cual era claro que no lograría impedir. Julian miró la treintena de escalones por bajar y pudo imaginar el viacrucis que le esperaba. No hubo necesidad de padecerlo, solo pudo bajar tres escalones cuando le flaquearon las piernas. Torton salió disparado por encima de su cabeza, dando tumbos, hasta el suelo.

Ahí aguardaba Lenox, quien se limitó a decir que lo sacaran y lo echaran en la caja de la camioneta. Maxwell esperaba con el motor encendido. La villa estaba despejada, eso no representó un problema, como sí lo siguió siendo el peso de Torton. Diana y Julian no lograron ponerlo en la caja al primer intento. Maxwell y Lenox se limitaron a aguardar y escuchar música country en la radio. Una vez que Torton estuvo arriba, lo cubrieron con una lona. Desde la calle Eleonora tomaron la larga carretera Glenn que, kilómetros adelante, se convertía en un puente y desembocaba en Reflections Lake, donde se detuvieron. Entonces Diana y Julian se ocuparon de bajar a Torton; ya con menos miramientos lo pusieron en el borde de la caja y lo empujaron para que se desplomara del otro lado. Una vez ahí buscaron algunas piedras, las metieron entre la sábana y finalmente lo llevaron dentro del lago hasta que les llegó el agua a las rodillas.

—Se sigue viendo —opinó Lenox desde la camioneta—. Háganlo bien, carajo. Húndanlo.

El tipo tenía razón. Lo empujaron más adentro y comenzó a hundirse. Estaban por retroceder, pero una mano de Diana se atoró entre las cuerdas y se fue con todo y Torton. Julian se zambulló a buscarla; la miró precipitarse entre hierbas y lodo. Nadó hasta ella, le zafó la mano y emergieron juntos a la superficie. La arrastró a la orilla y comenzaron a escupir agua. Lenox había regresado a la camioneta a escuchar música con Maxwell.

—Stewart tiene razón. Esto es demasiado, tenemos que irnos —concluyó Julian.

Diana no le respondió, miraba hipnotizada las aguas tranquilas del Reflections Lake.

—¿No me oyes? ¡Esto es demasiado!

—Ahora menos que nunca voy a perder ese dinero —respondió.

Se puso de pie, se sacudió un poco y fue hacia la camioneta.

Capítulo 46

Sara Núñez no se mostró consternada por lo de Torton, mucho menos por la ausencia de Stewart en la reunión. Había que retomar el trabajo; Ukara Lynn les llevaba la delantera. «Así que venga ya, ideas, ideas para el maldito libro». Sara ya había hecho lo importante: la vacuna.

—¿No deberíamos averiguar dónde está Stewart? —respondió Julian en forma de pregunta.

—Al diablo con ese imbécil. No podemos perder más tiempo.

—Puede estar en problemas —insistió Julian.

—Por eso mismo, al diablo con él —dijo Sara.

—Stewart tiene más idea que nosotros de cómo escribir ese libro —opinó Diana.

Sara dibujó una mueca de fastidio, alzó el teléfono y presionó unos números. Nadie respondió en la habitación de Stewart. Salió a hablar con el tipo de la recepción. Diana le dijo a Julian que tal vez él podría escribir el libro sin necesidad de Stewart, a lo que Julian respondió que el libro no era lo importante. Alguien le había roto el cuello a Torton y la desaparición de Stewart no sonaba nada bien.

Para su sorpresa, Sara regresó con Ördög, cuya vestimenta parecía la de alguien que en breve se iría a jugar un partido de golf: shorts claros, tenis, camiseta y gorra deportiva.

—Sara me dice que están preocupados por Stewart. Es comprensible, pero el buen amigo habló conmigo anoche y expuso sus razones para retirarse de la contienda, todo se resume a que es un hombre mayor y, según él, ya no está para estos trotes, además de que echa de menos a Gladys, así que lo envié de regreso a casa. Dejó unas líneas para ustedes. —Sacó un papel del bolsillo, lo desdobló y leyó—: «Queridos míos, lamento causarles el

inconveniente de desaparecer. Sigan sin mí, tienen el talento suficiente, Oliver».

Julian no quiso pensar en el sentido de la carta en ese momento; prefirió hacerlo después, cuando Ördög y Sara se hubieran ido. Esta les dijo que les daría la tarde para organizar sus ideas. Remató que, a final de cuentas, a ambos equipos ya les faltaba un integrante: Stewart y Torton.

Fueron a dar una vuelta por las calles. Tenían la libertad de caminar por la ciudad; nadie los vigilaba, ni Maxwell ni Lenox. La vigilancia provenía de ellos mismos: tomaba la forma de ataduras, la ambición por el dinero, el temor a pagar el precio por lo sucedido en Nueva York y lo que ahora se sumaba a la lista: haber arrojado un cadáver al fondo de uno de esos límpidos lagos de Alaska. Ahora también estaba implicada Diana. Ella ya no podía argumentar que no había hecho nada malo.

—Quizá sí se marchó, como dijo Ördög —opinó Diana.

Ese «quizá» no hizo sino reforzar la idea de lo contrario. Julian dio sus argumentos:

—Stewart nunca firma como Oliver. Tampoco es parco al escribir, escribe como habla, hasta por los codos, y resulta extraño lo de «el inconveniente de desaparecer». ¿Por qué no uso «irme»? Stewart siempre ha sido preciso con el uso del lenguaje.

—Lo único que le concedo es que lo que dijo anoche es cierto: Marbel tiene mucha fuerza física, todos la vimos pelear con Torton en el bar.

—Estamos hablando de Stewart, no de Marbel.

—Marbel lo mató.

—Por Dios santo, Diana.

—No es descabellado: ella mata a Torton, Stewart la echa de cabeza y también lo mata a él. ¿Qué piensas?

—Que no se te dan bien las tramas de novela policiaca.

—En cambio, a ti se te da bien ser un idiota.

Fueron a sentarse en la terraza de un café, a retomar como podían la escritura del libro. Quizá —otra vez quizá—, si lo hacían rápido conseguirían el dinero y podrían largarse pronto.

—Acuéstate con ella —espetó Diana de repente.

—¿Cómo?

—Por algo te buscó para que te encargaras de Torton. Le gustas. Ponla de nuestra parte.

—No digas sandeces.

—¿Por qué sandeces?

—Porque nunca me acostaría con Marbel.

—Eres un prejuicioso, Marbel es tan chica como cualquier mujer.

—No se trata de eso. Me gustas tú, no ella.

Diana insistió un poco más, hasta que Julian le dijo de forma tajante que no. Lo que sí podía hacer era sondearla.

—Pues sondéala a fondo, sácale todo lo que puedas. —Le dijo Diana, con doble sentido.

Y eso hizo él. Esperó la hora de la comida. Marbel y Ukara comían juntas en la cafetería. Julian esperó a que la chica fuera a servirse agua. Discretamente hizo lo propio. Se le acercó y le preguntó en voz baja si podían verse para hablar en privado. Marbel no le respondió, llenó el vaso de agua y regresó a la mesa. Julian fue a la suya, con Diana, quien lo interrogó con los ojos, Julian negó con la cabeza.

—Insiste —ordenó Diana.

—¿Por qué no lo haces tú? —le reprochó Julian.

—Créeme que si ella quisiera acostarse conmigo no le daría tantos rodeos como tú.

—Tienes unos escrúpulos de mierda, ¿lo sabías?

—Tanto como los tuyos, pero no finjo que huelen a rosas.

De nuevo estaban peleando. Julian levantó los ojos; Marbel ya no estaba en la mesa. Miró en otra dirección: la vio observándole con insistencia en el pasillo que conducía a los baños. Las paredes del pasillo la enmarcaban de tal forma que Ukara no podía verla. De cualquiera manera, esta estaba concentrada en sus alimentos; comía con calma y una reverencia oriental.

Julian fue hacia donde estaba Marbel, entraron al baño.

—¿Qué quieres, Julian? ¿Saber si le rompí el cuello a Torton?

—Lo que quiero es que boicotees a Ukara y nos ayudes a ganar; te daré una parte de mi dinero y Diana otra.

—Esa suma posiblemente equivalga a lo que me darán si sigo con Ukara y los vencemos.

—Yo iba a matar a Torton para ayudarte.

—Nunca me dijiste que lo harías.

—Tienes que ayudarnos, Marbel.

—¿Tengo? —Sonrió despectiva—. Dame una buena razón.

Julian la miró con impotencia, la tomó por la nunca y le estampó la boca en los labios.

—¡¿Qué haces?! —Marbel lo repelió con fuerza.

—Pensé que te gustaba. —Intentó volver a besarla.

Esta vez lo estampó secamente en la pared. Lo hizo con tal fuerza que a Julian no le cupo duda de que Marbel podía fracturar el cuello de Torton o el de cualquiera, igual que un tigre troncha el pescuezo de un pato.

—Eres un imbécil, Julian, ¿te lo han dicho? Es evidente que no me besaste porque yo te guste. Además, si yo estuviera buscando a un hombre, no me fijaría en ti. Lo peor es que creas que me puedes utilizar de esa manera. Pero voy a hacer algo por ti, solo porque, al menos, me escuchaste cuando te pedí lo de Torton. Edgar Allan Poe, cedro amarillo muerto.

—¿Qué demonios significa eso?

—Averígualo, tú eres el que sabe de literatura. Por cierto, aprende a besar. Tal vez por eso tu chica parece insatisfecha.

Marbel giró y se largó.

Capítulo 47

Retomaron la idea del libro. Esta vez a Diana se le ocurrió algo que podía marcar la diferencia. Era un hecho que la vacuna se había probado en un grupo controlado de niños. Su idea era que contaran algo de sus vidas, de sus sueños, de lo que harían cuando crecieran. Para esto sería necesario hablar con Ördög y solicitárselo. Desde luego pedirían que, con todo derecho, Ukara y Marbel no se enteraran, pues la idea de incorporar de forma literaria los testimonios de los niños era suya.

Sara aceptó la idea con agrado. Buscaría la manera de hablar con Ördög. Diana y Julian fueron a beber al Old Blue Hunter. Jack estaba muy serio detrás de la barra, los miró sin simpatía. Julian se disculpó: no habían sido ellos los que armaron el alboroto la noche anterior. Pero la rocola había quedado inservible; no había forma de arreglarla, al menos no en Alaska. Esa rocola había sido el símbolo de distinción del Old Blue Hunter. El dueño ordenó que la arrumbaran en una bodega.

—¿Quién es el dueño del lugar? —preguntó Diana.

—Ördög —respondió Jack.

Ella aprovechó la situación para hacer preguntas. Ördög podía ser lo mismo oriundo de Estados Unidos que del Reino Unido. Incluso podía provenir de algún país eslavo, pues en ocasiones soltaba alguna palabreja que le parecía de esos territorios. Ördög le sonaba a apodo, pero tal vez era su apellido real. Los recibos en el bar llegaban a nombre de una empresa. Ördög no vivía en Anchorage; paraba ahí por temporadas, unas largas y otras breves. El personal del que se hacía acompañar nunca era el mismo ni muy numeroso.

—¿Eres casado, Jack? —le preguntó Diana.

Julian no comprendió cómo esa pregunta podía servirles de algo. Jack volvió a contar lo de aquella novia esquimal, Apaay. Su familia no lo aceptó; casaron a la chica con uno de los suyos. Jack dejó su empleo en un

aserradero, se dio al trago y terminó de indigente. Una tarde, cuando estuvo seguro de que no le restaban demasiados días por vivir, alzó la vista y miró el rostro de un hombre que le ofreció un cambio de vida. Así, con esas palabras: «cambio de vida». Por alguna razón resultó cierto. Ese hombre era Ördög.

—¿Por qué no buscas otra mujer? —preguntó Diana—. Cualquiera te haría caso.

Julian giró levemente los ojos para observarla.

Jack se encogió de hombros.

—Nadie más me ha gustado desde Apaay. Quizá me hizo algún hechizo esquimal. —Hizo una sonrisa tiesa.

Diana empezó a reír como si fuera el mejor chiste del mundo y tocó su mano. Julian tomó los dos vasos de la barra, el suyo y el de ella, se los llevó hasta a una mesa del fondo, donde fue a sentarse. Diana frunció el ceño un tanto desconcertada y se sentó junto a él.

—¿Por qué hiciste esa grosería? Estábamos hablando con él.

—Mejor tú dime por qué te le insinuabas.

—¿No lo escuchaste? Conoce mejor a Ördög que nosotros. ¿Para qué entretenernos con los peones cuando podemos descifrar al rey?

—¿Eso significa que sí le estabas coqueteando?

—Julian, ya te lo dije de mil formas: aquí ya no caben los escrúpulos, es ridículo que sigas sosteniendo que tú los tienes.

—Tal vez yo no los tengo, pero tú no puedes dejar de tenerlos. Es así, Diana, el mundo necesita gente como tú, buena y transparente.

Diana lo miró compasiva. Jack los veía de reojo, parecía darse cuenta de los celos de Julian; se puso a limpiar vasos y su gesto volvió a la tristeza del principio, lanzando miradas a su rocola descompuesta.

Diana acompañó a Julian a su habitación. Cuando este creyó que se despedirían al pie de la puerta, ella entró de largo y se despojó de su ropa. Julian se sintió herido por la facilidad con la que ella tomaba ese tipo de decisiones, pero la deseaba demasiado. Cada caricia fue una mezcla de ansiedad y reclamo. Ella quería descifrar a Ördög, pero en ese momento Julian quería descifrarla a ella, convencerse de que ese descaro suyo no era de verdad.

El ruido de la puerta los despertó por la mañana; se revolvieron al ver a Sara acercarse al pie de la cama.

—Ördög enviará los testimonios de los niños vacunados. Vamos viento en popa, equipo... ¿Por qué me miran así? Estoy autorizada a tener la llave de las habitaciones de mi equipo. Me voy. Sigan cogiendo, ustedes que pueden.

—Perra detestable —dijo Diana; saltó de la cama y comenzó a vestirse—. Chao. —Le besó la frente a Julian y se marchó.

Capítulo 48

Fue al parque a dar de comer a las palomas. No era el único que lo hacía, pero sí el más joven; los demás eran tres ancianos. Le produjo cierta envidia que pudieran dedicar su tiempo a alimentar aves gracias al reposo de ya no tener demasiadas obligaciones. Incluso las palomas tenían una buena situación; su único afán era ir por las migajas y picotearlas, acaso pelearlas con las más robustas, pero tampoco parecía que eso las mortificara. Seguro que ninguna había enterrado viva a otra ni sentía celos y desconcierto porque su chica lo invitaba a coger con un tercero, y porque ella también estaba dispuesta a hacer lo mismo con tal de obtener una ganancia.

—¿Qué son? —interrogó al anciano a su lado, al ver una parvada de pájaros negros cruzar el cielo.

—Cuervos.

—No sabía que se movían en parvada.

—Estos sí. —Sonrió el hombre.

—¿Emigran? ¿Inmigran? ¿A dónde van?

—A Resolution Park, como cada tarde.

—¿Qué tiene de bueno ese lugar?

—Nunca se sabe. —Volvió a sonreír el hombre—. Vaya un día, igual y le agrada.

Más tarde paró en uno y otro bar, en todos menos donde estuviera Jack. No podía evitar sentirse celoso, aunque Jack no le hubiera seguido el juego a Diana. Los tragos lo relajaron, le produjeron un estado de indolencia que hacía que la situación le pareciera de poca importancia. ¿Qué más daba? Ninguna vida era perfecta; seguramente esos ancianos en el parque no la tuvieron fácil para llegar a ese momento. Quizá les tocó la guerra. ¿Cuál? La que fuera, hubiera sido con un fusil o con solo vivir el día a día.

Llegó al restaurante de la villa y encontró a Diana concentrada en su computadora. Un latigazo en el corazón lo perturbó de nuevo, pero trató de

recuperar la paz.

—¿Dónde andabas, Julian?

—Qué más da.

—Old Blue Hunter. Hueles a trago.

—No es el único jodido bar en Anchorage ni Jack el único maldito barman que sabe servir un bourbon.

—Te hace mal beber, te pones agresivo.

—¿Qué haces tú? —Julian miró la computadora.

—Dos cosas, la primera esta...

Se trataba de un correo, aún no lo enviaba...

Estimado decano Roland Brooks:

Puedo comprender que le resultará sorpresiva esta carta luego de mi ausencia inexplicable en la universidad. Me sentiría de la misma forma en su lugar. Tuve que salir del país por un grave asunto familiar. Voy a ser directo: mi prima se suicidó. Como podrá imaginarse, estoy devastado, al igual que mi pobre tía. El médico que la atiende me ruega que no la deje ni un momento sola, porque parece capaz de todo...

Por devastadores que parezcan esta clase de problemas, resultan asuntos exclusivamente personales cuando hay un trabajo de por medio. Entiendo que se esté gestionando mi baja. Sin embargo, quisiera pedirle, suplicarle, que la posponga por un tiempo.

Debí solicitar una baja temporal, es verdad. Lo lamento; no tenía cabeza.

Entiendo que dude de mis palabras. Si es necesario le enviaré documentos probatorios de lo aquí planteado.

No quiero dejar pasar por alto que mi trayectoria como profesor ha sido limpia; este ha sido mi único tropiezo.

Quedo en sus manos, apreciable Roland.

Atentamente,

Julian Langford

Ya no le sorprendió la habitual transgresión de Diana; se limitó a preguntarle cómo podría enviar los documentos probatorios. Ella respondió que se los pedirían a Ördög. ¿No era ese tipo un experto en argucias?

—Envíala, entonces. Qué más da —minimizó Julian.

Diana sonrió y dio un teclazo. Luego le mostró los testimonios de los niños; Sara se los acababa de enviar para que se pusieran manos a la obra y les dieran un tono literario. Anexo había un protocolo científico. El estudio comprendía a sesenta infantes entre las edades de cuatro y doce años en

distintas etapas de su padecimiento; a treinta se les administró un placebo y a los otros treinta, la vacuna. De los vacunados fallecieron cuatro en el proceso; todos ellos estaban en la etapa terminal. De los que recibieron el placebo, murieron veinticuatro, y los seis sobrevivientes seguían el curso de su enfermedad.

—¿Quieres ver las fotos?

—¿Qué fotos? —interrogó Julian.

—Las de los niños.

—No, gracias.

—¿Tienes algo más importante de qué hablar que lo que está pasando aquí?

—No creo que nada esté por encima de lo que hemos pasado, al menos en mi caso. No sé en el tuyo. ¿Por qué no me lo dices, Diana? ¿Por qué no confías en mí y me dices qué te tiene aquí? ¿Qué te obligó a hacer Ördög? ¿A coger con alguien?

—¿Por qué todos los hombres piensan que el peor problema de una mujer es si me acuesto con alguien? Claro que puede ser muy desagradable, pero hay cosas peores, ¿sabes? Tener que soportar a inmaduros como tú, por ejemplo. O lidiar con desgaciadas como Sara Núñez, asquerositos como Stewart o musculosos patanes como Torton... Pero dejemos eso a un lado; lo que está por encima de todo es que estamos haciendo algo jodidamente único por niños que tienen cáncer.

—No pensé que los niños te importaran.

—Lo cual quiere decir que estás bien pendejo. —Diana se levantó, guardó la computadora y se marchó.

Fue detrás de ella y se le puso enfrente.

—¿De verdad te importan los niños?

—¡Sí, carajo, sí! ¡Me importan! ¡¿Por qué carajo lo dudas tanto?!

—¡Porque solo te he oído hablar de ganar un millón de dólares!

—¡No entiendes nada! —Esta vez se largó como un bólido y él ya no se atrevió a ir y detenerla.

Capítulo 49

Hasta ese momento Julian reparó en el nombre del lugar: Peaceful Village. Lo descubrió grabado en una esfera de cantera rosa, bañada por el agua al centro de la fuente. Eso mismo había ahora: apacibilidad, concordia entre todos. Probablemente el efecto no solo se debía a la fuente cantarina y el verdor del jardín colmado de lirios, amapolas irlandesas, rododendros y robustos álamos y abedules, sino también por una sutil música de violines que se esparcía en el aire ligero, proveniente de bocinas ocultas.

Ukara y Sara leyeron los escritos de sus respectivos equipos. La oriental, con voz serena y persuasiva; Sara, enérgica y contundente. A juzgar por la sonrisa de Ördög, no habría malas noticias para ningún equipo. Escuchaba con deleite mientras arrancaba con la boca las cerezas de sus tallos. Marbel permanecía sentada en una jardinera. Quién sabe cuándo se había teñido el cabello de un negro tan intenso que le hacía parecer fantasmal. De vez en cuando posaba sus ojos en Julian, con un reclamo doliente, pero él creyó que más bien se trataba de un gesto propio de su fisonomía. Diana estaba atenta a las reacciones de Ördög, sobre todo cuando Sara leyó los conmovedores testimonios de los niños vacunados. Julian y ella habían hecho un buen trabajo. La mente de Julian viajó a la noche en que se reunieron en la habitación para trabajar en el texto. No continuaron la pelea del restaurante; leyeron juntos las vivencias infantiles, conmovidos por el candor espontáneo. Reían cuando encontraban frases irreverentes o algo pícaras. Esa noche no hicieron el amor, pero lo hicieron de otra forma: al conmoverse juntos leyendo esos relatos y, después de dejar todo listo, quedarse dormidos en ese lugar acogedor, extraño y sin futuro.

—¡Bravo para ambos equipos, bravo! —Aplaudió Ördög—. Ukara y Marbel son dignas representantes de mis socios. Me quedé alelado cuando dijeron que la vacuna era en sí misma una nota musical que gestará la

sinfonía de nuestros tiempos. Y ahora ustedes —dijo refiriéndose a Sara, Diana, Julian—: no imagino el libro sin las conmovedoras palabras de nuestros niños. ¿No les parece curioso cómo a veces nos empeñamos en encontrar originalidad en lo complejo, cuando más bien está en lo sencillo?

Dio unos pasos y, contemplando la fuente, continuó:

—Confieso que al escucharlos me sentí en una encrucijada. ¿Cuál de los dos equipos debe permanecer? Pero tengo la solución: hablaré con Danny y Dione para sugerirle que de los dos equipos hagamos uno solo. Demonios, ¿por qué no? Sigamos el ejemplo de la vacuna: salvarnos todos. Así que, queridos, apláudanse los unos a los otros. ¡Bravo y más bravo!

Ördög aplaudió de nuevo. Ellos hicieron lo propio, mirándose las caras recelosas sin sonreír. El tipo de la recepción vino y le dijo algo al oído a Ördög. Este asintió. Aquiles se marchó.

—Por favor, su atención. Les tengo una sorpresa —dijo Ördög.

Segundos después, Aquiles regresó con seis chiquillos sonrientes y algo tímidos.

—Por favor, Aquiles, haz que sirvan los canapés, y no olvides los postres para nuestros pequeños amigos...

Los niños se mezclaron entre los adultos para presentarse y agradecer las vacunas. La más receptiva fue Marbel, a quien se le dulcificó por completo la mirada. Ördög los trataba como el tío consentidor. Los engañaba con los postres hasta que les sacaba una sonrisa. Julian y Diana pudieron ver en algunas de esas caritas los resabios de la enfermedad. En cambio, las doctoras se mantenían distantes; hablaban entre ellas como si confabularan algo. Cuando llegaban a mirar a los chiquillos parecían estar contemplando ratones de laboratorio.

Más tarde, Julian, golpeado por muchas emociones, fue al Old Blue Hunter. Le preguntó abiertamente a Jack si consideraba a Ördög una buena persona. Necesitaba la imagen completa.

—Ya te dije que me sacó de las calles.

—Eso suena a que no es una buena persona con todo el mundo.

—Julian, no voy a morder la mano de quien me da de comer. Lo he visto hacer cosas que tal vez no son nada buenas, pero siempre termino por descubrir que es por una causa, como lo de Apaay... Diablos, ya estoy hablando de más.

—Suéltalo completo, Jack.

—Te conté que la casaron con alguien de los suyos, con alguien que resultó muy parecido a uno de los nuestros. Le daba unas palizas terribles. Todo apuntaba a que cualquier día la iba a matar, se lo dije a Ördög e intervino...

—¿Intervino?

—Fin de la conversación —dijo Jack.

Un camión se detuvo en la entrada del bar. Dos tipos entraron, cargaron con la rocola y la sacaron. La subieron a la parte trasera del camión y se marcharon. A Jack se le mojaron los ojos. A pesar de ser un hombretón, le echó los brazos al cuello a Julian y no paró de llorar como un chiquillo. Era como si con esa rocola hubiera congelado el tiempo y solo Jack lo entendiera.

Julian regresó a la villa. Se acostó en la cama, totalmente confundido. ¿Haber hecho que enterraran gente viva era por una buena causa? ¿Y si lo del tanque de oxígeno fue, precisamente, porque Ördög no quería ver muerto a nadie? ¿Y si detrás de esa fachada de dandi había un buen sujeto, aunque con métodos extravagantes? Vamos, ¿cuántos millonarios no dan un céntimo por nada que no les reditúe? En cambio, Ördög había patrocinado algo realmente único: la vacuna contra ciertos tipos de cáncer. Si no protegía su descubrimiento de la forma que fuera necesaria, no faltaría quien le tomara ventaja; quizá los laboratorios, sí, esa gente poderosa de los laboratorios a los que tal vez no les causaría gracia que el cáncer en los niños fuera curable.

Entonces recordó haber dado de comer a las palomas en el parque, y al viejo que le dijo que los cuervos se daban cita en Resolution Park. Lo conectó con las palabras de Marbel: «Edgar Allan Poe, cedro amarillo muerto».

Saltó de la cama, motivado por un presentimiento.

Veinte minutos más tarde llegó al parque y observó a los cuervos que se reunían ahí: se comportaban como un montón de ricachones que se citan en un club y juegan bridge, beben coñac y hablan de armas, política y finanzas con sus trajes oscuros y brillantes. Graznaban y revoloteaban de aquí para allá. Bebían agua de los charcos, picoteaban, sacaban lombrices de sus escondites y se posaban en las ramas de los árboles. Entonces Julian

descubrió aquel árbol de hojas secas, prácticamente muerto al lado de los árboles frescos: un cedro amarillo muerto.

Capítulo 50

Diana lo miró aturdida, parecía tratar de encontrar sentido a las especulaciones de Julian. Eran eso, especulaciones disparatadas. Y mientras más se esforzaba él en darles sentido, más parecían no tenerlo.

—A ver si estoy entendido —dijo Diana, estirando impacientemente las manos hacia abajo, como si quisiera aplastar algo y desaparecerlo—. No, no te estoy entendiendo, carajo...

—Volvamos a la idea principal —esta vez Julian hablo despacio—: le pedí a Marbel que nos diera cualquier cosa para quitar de en medio a Ukara, y ella me dijo lo de Allan Poe y el cedro amarillo muerto. Luego pasó lo que te acabo de contar. Los cuervos me llevaron al cedro. ¿Dónde está lo complicado?

—¿Te estás oyendo? Cuervos, cedro amarillo, ¿a dónde quieres llegar?

—Quizá hay algo enterrado debajo del árbol.

Diana se echó a reír.

—No le veo la gracia.

—La gracia está en que siempre admiré lo inteligente que eres, pero estos toques de idiotez hacen que no te sobrevalore tanto.

—¿Lo debo tomar por un cumplido?

—Céntrate, Julian. ¿No escuchaste a Ördög? Va a hablar con sus socios para que seamos un solo equipo, ya no es necesario quitar a nadie del camino.

—A ti también te hizo bajar la guardia, ¿verdad? Su supuesta bondad, los niños, la musiquita en el jardín.

—Estás comenzando a sacarme de mis casillas, Julian Langford. Déjalo ya, ¿quieres? No necesito saber más de árboles secos ni de Poe. Es más, te confieso que odio a Poe: no lo entiendo, no me gusta, es anticuado. Si le ponía interés en tus clases es porque quería ligarte. Prefiero la saga de *Crepúsculo.*

—¿Cómo puedes decir semejante tontería?

—¿Lo ves? Ya regresó el Julian sesudo, al que admiro, pero que también puede ser insoportable. Se acabó la discusión, tú mismo lo reconociste: un libro sobre una vacuna que cura el cáncer es grandioso, me aferro a eso. Si Ördög está loco o cuerdo, o si Ukara y Sara esconden cosas, qué más da. El objetivo es bueno y de paso nos haremos jodidamente ricos.

«Tiene razón, al infierno con los escrúpulos», se dijo Julian, «la vacuna misma, antes de dar resultados, seguro dejó varios conejillos de indias muertos en el camino. Seamos sensatos: notables avances en la ciencia acontecieron cuando los nazis experimentaron con la raza humana. "El fin justifica los medios" no solo es una frase cínica de Maquiavelo, sino una realidad cotidiana».

La noticia de que el socio de Ördög, Danny Blasco, aceptaba unificar los equipos, alegró a todos —Dione Wolfe era un cero a la izquierda—. Le habían llegado los avances y, según Ördög, estaba muy emocionado, tanto que quería conocerlos en persona. La reunión se llevaría a cabo en Cancún, donde estaba Dione. Querían, por lo menos, mantenerla al tanto de los avances. El vuelo hizo escala en Nueva York. Esta vez Julian ya no tuvo la tentación de esfumarse en el aeropuerto y volver a «su normalidad». Diana no solo había bajado la guardia con él, sino que se esmeraba en demostrarle que habían vuelto a ser una pareja, una que esta vez tenía por delante un destino promisorio.

Otra de las agradables sorpresas fue que no viajaron en un vuelo comercial, sino en el jet privado de Ördög, quien hizo que la sobrecargo —una chica noruega— los consintiera con el menú tailandés, bebidas al gusto y cualquier cosa que necesitaran, como almohadas de pluma de ganso y música suave.

Durante el vuelo, Julian y Diana hicieron una lista a modo de juego. Cada uno anotaba ideas de qué hacer con el dinero que se echarían al bolsillo al terminar esa aventura. Casas, viajes, iniciar un negocio próspero, vivir en la riviera francesa... fueron algunas de las cosas que Julian anotó, hasta que se atrevió a poner la palabra: bebé. Cada que uno escribía algo, el

otro se tomaba su tiempo para escribir una respuesta. Esta vez Diana no lo hizo; Julian apreció en ella un gesto de malestar.

Una vez en Cancún, abordaron una camioneta todoterreno. El conductor se saludó afablemente con Ördög, llamándolo «señor». El hombre le agradeció algo; Julian alcanzó a escuchar que Ördög le había ayudado a sacar a un pariente de prisión. Mientras iban por la carretera, Ördög empezó a hablar de por qué las cárceles no servían para nada.

—¿Qué pasa con la reinserción social? —preguntó Ukara.

—¿Conoces algún caso exitoso? —cuestionó Ördög.

La doctora mencionó unos cuantos.

—La excepción que confirma la regla —concluyó Ördög, quitándose el sombrero de paja para abanicarse la cabeza con él—. Las cárceles, amigos míos, se inventaron hace demasiado tiempo, y todavía no vemos los buenos resultados. En el año 640 antes de Cristo podemos encontrar la que se construyó en Roma en tiempos del rey Anco Marcio. No tenía como fin la reinserción social, sino para meter ahí a los traidores y enemigos políticos. Cárcel Mamertina era su nombre, si mi memoria no me falla.

—¿Entonces qué hacemos con los delincuentes? —preguntó Julian.

—¿Acaso tenemos que hacer algo con ellos?

—De hecho sí —opinó Diana—, o de otro modo estaríamos en sus manos.

—¿No lo estamos ya? —terció Sara.

Se armó un debate que Ördög parecía disfrutar, hasta que el conductor del todoterreno espetó:

—¡Darles una paliza, matarlos o dejarlos libres, y se acabó!

Ördög lo miró satisfecho.

Capítulo 51

El hotel mexicano no era grande, pero sí exclusivo. Ocho habitaciones temáticas rodeadas de jardines y albercas. Ördög dio a entender que había alquilado el lugar completo para no ser molestados por los turistas. Diana, Ukara, Sara y Marbel corrieron a escoger las habitaciones a su gusto; Julian se lo tomó con calma: fue a examinar las piscinas en forma de ocho, que a pesar de su belleza parecían un insulto al mar del Caribe, que estaba a pocos metros, separado por una barda de cristal. Lo contempló unos instantes. Pensándolo bien, era el momento de que Diana y él dejaran de tener habitaciones separadas. Fue al tercer piso, donde se escuchaban las voces asombradas con el lujo y estética de las habitaciones. De pronto, una mano lo jaló a un recodo del pasillo y una boca le devoró la suya. Era Marbel. Julian la miró con sorpresa. Aquella cara un tanto caballuna, de ojos grandes y verdes, y cabello negro, lo tenía atrapado.

—Ven, está vacía... —Marbel miró la habitación a espaldas de Julian.

Este se ancló en su sitio.

—Tú comenzaste —le reprochó ella, dejando de sonreír.

—Lo siento —dijo él.

—Púdrete —dijo ella, dio la vuelta y se marchó.

Dejó correr unos segundos y luego fue en busca de Diana; la encontró tirada, con los brazos y las piernas abiertas en la cama gigante.

—Todo esto es nuestro, Julian. Dime si alguna vez fuiste así de feliz.

Después de hacer el amor, se bebieron las botellitas de champaña del refigerador, todavía desnudos, mientras en el balcón contemplaban el mar como si les perteneciera. Hablaron de cómo se conocieron; esa siempre había sido una manera efectiva de mostrarse cómplices. Terminaron por aterrizar en la lista de propósitos. Julian intentó evadir su propuesta del bebé. Ella no lo hizo:

—Olvídate de esa mierda.

—Pensé que te gustaban los niños.

—Por eso mismo. El mundo es un asco; si te alejas de ellos les destrozas la existencia.

—¿Eso te pasó con tu madre?

—No me psicoanalices, ¿quieres? ¿Por qué no llevamos la fiesta en paz? ¿Salimos a explorar?

Fueron a caminar a la playa. Él estaba dispuesto a mandar al diablo lo que ella ordenara. ¿No cuestionar a Ördög? Hecho. ¿No pensar en niños? Hecho también. ¿Escribir cartas tramposas a la universidad? ¿Por qué no?

«Es una niña», se dijo Julian al ver a Diana recoger conchitas en la playa. «Una niña malvada, pero buena... aunque eso no tenga sentido».

Diana trató de recordar alguna vez que en su casa se haya mencionado a su madre. Tom lo hacía pocas veces: «Mi difunta hermana», «Mi querida Sonya»... pero no había fotos de ella por ninguna parte, al menos no en las paredes, como sí las había de otros familiares. Diana evadía el tema de cómo y cuándo murió. Julian tampoco tenía un claro recuerdo de su propia madre; nunca le dio demasiada importancia. Pero esta vez, con el tema de los niños, le pareció que a Diana le causaba especial desasosiego.

En la terraza el personal los trató de forma espléndida, como si estuvieran advertidos que esos pocos huéspedes pertenecían a una suerte de casta divina. Comieron platillos mexicanos elaborados de forma sofisticada: pollo con ceniza de hoja santa, sopa de piedra, camarones salteados en pulque y algunas bebidas exóticas como margaritas de tamarindo y mezcal de pechuga. Los camareros les hacían bromas sin perder una cortés distancia. Terminaron medianamente ebrios. La luz de la tarde se tornó apacible, promisoria. Ese era el paraíso, no cabía duda.

—¿Realmente crees que nuestra especie esté esperando a que llegue un hijo de Diana Travis y Julian Langford? —espetó ella de repente.

—Ese no es el sentido de la existencia.

—No te vayas por ahí. Terminarás hablando de Camus y los existencialistas y todo eso que tanto me hacía bostezar en tus clases. El punto es simple para mí: la raza humana debe desaparecer. No me refiero ni a ti ni a mí en particular. Tampoco hablo de una bomba que acabe con todos de golpe, ni absurdos así. Me refiero a la larga. Nuestra especie debe

desaparecer despacio, como ha pasado con otras. Además, no entiendo que quieras tener un hijo.

—¿Quién te dijo que lo quiero? Tal vez un día lo haga. Lo puse en la lista para ver qué opinabas; nunca habíamos hablado de ese tema.

—Pues no digas cosas de ese tipo a la ligera.

—Tienes razón, ¿lo dejamos por la paz?

—Pide otras margaritas. —Sonrió ella.

No hubo tiempo de beberlas. Sonó el teléfono. Los esperaban en un sitio llamado Salón Caracol.

Tenía sentido, los escalones giraban como los aros de un caracol que se curvaban hasta un piso alto, donde había algunos sofás tan blancos como las paredes. Ahí estaban ya Ördög, vestido con ropa de algodón color paja; Ukara, Sara, Marbel y los socios de Ördög: Danny y Dione. Danny Blasco parecía uno de esos sujetos que tienen miedo a las bacterias; se mantenía alejado de todos, sin probar los entremeses de mariscos al centro de la mesa. Miraba con sorpresa y cierta repulsión a quienes sí lo hacían. Dione, elegante y curtida por los años, estaba junto a aquel joven que no podía ser otro más que su efebo. Era moreno, joven y guapo, pero con un gesto de inescrupuloso sinvergüenza.

—Benito —dijo Ördög en español—, ¿por qué no vas a conocer las piscinas? Te prometo que cuidaremos a Dione, solo te la robaremos por un rato.

El muchacho buscó la aprobación de Dione, esta concedió con una sonrisa y él hizo mutis.

—Bien —dijo Ördög—. Aquí estamos los culpables de un crimen: una vacuna que cura varios tipos de cáncer en los niños. Ese es nuestro delito. Es natural que se pregunten por qué nos autonombro culpables. Creo que saben la respuesta. Habrá quienes se pondrán frenéticos cuando sepan de la vacuna. El imperio farmacéutico. Esa gente que se enriquece con la enfermedad, no con la salud. Lo sé, yo tengo acciones en ese imperio, pero quiero ser recordado por este acto de contrición. Dione, te cedo la palabra...

—Oh, querido —dijo ella con una voz grave—, a mí no tienes que cederme nada, ni siquiera consultarme. Hago con los ojos cerrados lo que tú me pidas.

—Yo sí tengo algo que decir —intervino Danny, tartamudeando, mientras echaba el cuerpo hacia adelante y miraba el platillo de camarones como si fuera una plaga de langostas—: me pare... me parece que aún tengo mis reservas de que... de que... de que fusionemos a los dos equipos.

—¿Cuáles son esas reservas? —le preguntó Ördög.

—El nu... número.

—¿Número?

—De integrantes. Eran siete, Ördög, ahora son cinco.

—Oh, Danny querido. Lamentamos la partida de Oliver y Torton, pero no hacen falta para terminar el libro. Y si es así, que lo digan nuestros amigos y traeremos a alguien más. ¿Díganme, tienen algo que objetar?

Danny encontró gestos inmutables, más bien fascinados por los entremeses.

—¿Satisfecho, Danny?

Antes de dar su respuesta, este comenzó a apretar los ojos nerviosamente.

—Antes eran siete, ahora son cinco —insistió.

Diana interrogó a Julian con la mirada, como diciéndole: «¿Qué le pasa a este imbécil?».

—Danny —dijo Ördög con la amabilidad de un padre bueno y paciente —, ¿cuál es el problema con los números?

—Siete es bueno. En todo caso cuatro, pero cinco no.

—¿Por?

Danny Blasco se puso rojo como un tomate, igual que si Ördög le hubiera pedido que desnudara su cuerpo enjuto frente a todos. Se puso de pie, fue junto a Ördög y le explicó sus objeciones al oído. Los ojos de Ördög acusaban respuesta, mirando a unos y otros.

Danny volvió a su lugar.

—Queridos, tienen la noche libre. Tengo que resolver las objeciones de mi socio. Hay un sitio agradable en Cancún: Gringo Wey.

—¿Antes podemos terminar los mariscos? —dijo Ukara, llevándose uno grande a la boca mientras miraba burlonamente a Danny Blasco.

Julian pudo notar cierta sorpresa y decepción en el rostro de Ördög, que observaba a Ukara sonreír y comer.

Capítulo 52

Julian no lograba recordar cómo había sido esa noche en Gringo Wey. Le venían improntas de los shots de tequila que bebió, uno tras otro, como si fuera un fuego líquido que le golpeaba la pared de la garganta; improntas de las carcajadas de Diana, de sus dientes muy blancos, de su pelo ensortijado, de sus brazos envolviéndolo en la pista de baile, de las pastillas que los meseros comenzaron a repartir en charolas doradas, y que tomó sin pensar si eran alguna droga sintética. Estaba tan drogado que las veces que fue al baño lo vivió como un viaje donde faltaban fotogramas. En uno de esos varios viajes encontró al amante de Dione sentado en un retrete y, encima de él, a Marbel, abrazándose a su cuello, subiendo y bajando las caderas encima de él con los pantalones en los tobillos, mirando a Julian con una mezcla de reproche y anhelo.

Las doctoras no habían ido al Gringo Wey, se excusaron apelando a su edad, pero Julian recordó que eso no las había detenido de bailar con Torton en el Old Blue Hunter. Pensó que, más bien, ellas le seguían dando más importancia al trabajo y se habían quedado discutiendo pormenores de la vacuna. Varias veces Julian abrió y cerró los ojos. Cuando los cerraba todo era negro y sin ruido; y cuando los abría miraba estampas como la de Marbel y el chico en el baño, o Diana yendo a la pista a bailar con todo el que se lo pidiera, o de sí mismo de cara a esas piscinas en forma de ocho, o cuando él y Diana estuvieron sentados en el balcón del hotel sintiéndose dueños del mar. Entonces se sonreía, fabricándose mayores fantasías: una casa con alberca y jardín; él podría escribir, tal vez, una novela. ¿Por qué no? Imaginó a Diana a unos metros, haciendo lo que le viniera en gana: leer, escribir, pintar, planear un viaje. Él la contemplaría y se diría: «Todo está en su sitio; se hará de noche, miraremos el cielo negro y estrellado, ella señalará la Osa Mayor y yo le diré: "¿Recuerdas aquel año cuando conocimos a Ördög? Sufrimos un poco sí, pero estamos aquí, somos ricos y la vida es esta

libertad...”». Pero ese sueño se desvanecía cuando regresaba y se veía en el Gringo Wey, y a Diana bailando con desconocidos. A todos les gustaba Diana, era inevitable. Quizá no lo pensaban del modo en que lo hacía Julian, como ser el dueño de una pantera, pero desde luego que la miraban con deseo. La chica había crecido en el Bronx antes de que su tío se la llevara a Queens y le diera una vida algo mejor.

Ördög y sus socios no estaban en el Gringo Wey. Ese tipo parecía conocer todos los rincones del mundo y deslizarse por todas las escalas sociales como en una resbaladilla, pero sabía cuándo desaparecer y dejar que fueran los demás quienes se revolcaran en el fango. A nadie le había agradado ese escrupuloso de Danny Blasco, se preguntaban cómo Ördög podía asociarse con alguien así de insufrible. Tal vez el dinero era la respuesta, aunque Julian lo observó de cabo a rabo y ese dinero no se le notaba por ninguna parte: sus zapatos estaban más desgastados que la piel de un perro que ha vivido años en la calle.

Abrió definitivamente los ojos. Diana no estaba en la cama ni se escuchaba que estuviera tomando un baño. Le pareció —casi estuvo seguro —que habían acordado tener una sola habitación, así que no pudo evitar elucubrar que tal vez ella se había enrollado con alguno de esos desconocidos. Recapituló en la fantasía que había tenido de la casa con jardín, de él y Diana tumbados en la hierba, y se quedó con un sabor amargo.

El teléfono de la habitación timbró:

—La doctora Ukara está enferma —dijo la voz al otro lado de la línea—. El señor Ördög les pide que se alisten y estén en media hora en la recepción.

Ördög no echó mano de su acostumbrada verborrea. Los miró abordar el avión en la pista con un gesto serio pero sin enfado. Usaba lentes de sol, aunque había amanecido nublado. Dos camareros del hotel trajeron en silla de ruedas a una doctora Ukara Lynn irreconocible. Su rostro cetrino y sudoroso causaba una mezcla de lástima y repulsión; tenía los labios y las uñas color vino, el pelo aplastado y dividido en partes tiesas, surcado por líneas calvas. Ya dentro del avión, Julian no quiso sentarse con Diana; seguía celoso. Ella tampoco quiso sentarse a su lado, pero él desconocía la razón. Marbel, al fondo, iba como un papel a punto de desbaratarse por los excesos de la noche; los lentes oscuros disfrazaban la resaca. Sara revisaba notas en

una tablet. Ukara tenía una frazada encima; tiritaba, castañeaba los dientes, emitía suaves quejidos lastimeros. En cuanto el avión levantó el vuelo y se alejó de Cancún, la pobre mujer disparó con fuerza la primera cuota de vomito, cuyo olor agrio se esparció por todo el avión. Esta vez nadie pidió bebidas exóticas ni miró con avidez el menú, clavando con deleite anticipado los ojos en el caviar de beluga o los postres más exquisitos del mundo, presumidos por Ördög.

Una hora después, Ukara no se quejó más; tenía los ojos cerrados y su tez era inquietantemente pálida. Aterrizaron en Anchorage. Ördög les pidió que bajaran a estirar las piernas y fueran a la cafetería. Caminaron por la pista hacia una construcción a unos doscientos metros de distancia; desde ahí pudieron ver acercarse una ambulancia al avión. Lo demás no fue muy nítido. Nadie quería comer ni hablar. Pidieron café, algunas sodas, eso fue todo. Cuarenta minutos más tarde, un coche se estacionó frente a la cafetería y sonó el claxon hasta que ellos comprendieron que debían salir. El chofer era Maxwell, quien los llevó de vuelta a la villa, donde encontraron a Ördög acomodado en un sillón. Tenía un libro gordo de filosofía en la mano y lo que parecía ser una copa de coñac en el brazo del sillón.

—Descansen, el viaje ha sido largo —les dijo y, cuando los vio subir la escalera, añadió escuetamente—: le hicieron daño los mariscos y ahora está muerta.

Capítulo 53

Las dudas y la ansiedad le regresaron de golpe. No hacía sino pensar en que Ukara Lynn se sumaba a la lista de muertos: Allan y Vernon, y a la extraña desaparición de Oliver Stewart. Únicamente tuvo esa noche para darle vueltas al asunto, pues muy temprano fueron citados en una sala donde Ördög los recibió con poco más que galletas, café y jugos. Les comunicó las nuevas reglas del juego:

—Ya conocieron lo especial que es mi socio Danny Blasco. Lo sé, por sus cabezas debe estar pasando la palabra: insufrible. Él tiene cierta superstición con los números. El siete le parece cabalístico, ya saben, siete días de la semana, siete notas musicales y bla, bla, bla. Ahora que solo quedaron cuatro, pensé que se calmaría porque ese número le gusta...

Diana notó la mirada inquisitiva de Julian: ¿la muerte de Ukara tuvo ese sentido, que quedáramos cuatro? Prefirió mirar hacia otra parte.

—Danny puede terminar hospitalizado por cosas así. Una vez en el Congo sucedió que... No, no les contaré esa anécdota; no hay tiempo ni les interesa. Estamos haciendo una ardua selección; pronto llegarán tres integrantes más al equipo para sumar el bendito siete. Ocuparán los sitios de la querida doctora Ukara y los apreciables Torton y Oliver. Espero que los reciban con los brazos abiertos y recuerden que ahora conforman un solo equipo, encabezado por nuestra doctora Sara Núñez, aquí presente.

Volvieron a tener un par de días de asueto, no sin que antes Sara les recalcara quien estaba al mando. El libro seguía flotando en el aire; esperaba de ellos más compromiso. También se lo haría saber a los nuevos. Dejó ver entre líneas que en realidad ella había hecho la mayor parte del trabajo científico de la vacuna, y que Ukara apenas había aportado unas cuantas ideas en la etapa del protocolo. Nadie se lo cuestionó ni tenía elementos para ponerlo en tela de juicio, pero a Julian no dejó de parecerle una mierda que dijera esas cosas de la difunta.

Cuando Diana lo citó en su habitación y abrió la puerta, Julian intentó besarla, pero ella retrocedió.

—Qué básico eres. No te pedí que vinieras para eso. ¿Has revisado tu correo últimamente?

Julian sacó su teléfono y abrió el mensaje del decano Brucks:

> Estimado Julian:
>
> Me conmocionó tu carta. Vacilé en responderla porque no sabía por dónde empezar. Desde luego, por el pésame. Pero ¿de qué forma darlo cuando no se puede tener ni la más vaga idea del sufrimiento por el que están pasando tu tía y tú? Puedo aventurar, además, que la pobre chica era joven, lo cual me llena de congoja. No sé si lo sepas: tengo una hija de veintitrés años.
>
> Querido Julian, no dudes de que aquí en la universidad estamos contigo. Con esto no quiero decir que haya divulgado tu situación; esa solo tú la puedes compartir. Agradezco el privilegio de tu confianza.
>
> Tengo buenas noticias para ti: puedes regresar en cuanto te sea posible, y no solo eso, sino que... ¡hay una vacante a tu medida! Oliver Stewart dejó el trabajo sin decir palabra; por medio de su esposa nos hemos enterado de que no piensa regresar. El único indicado para ocupar su lugar eres tú.
>
> No quiero presionarte, pero en cuanto te sea posible hazme saber de tu regreso. Debo añadir algo que me apena: voy a necesitar que me envíes los documentos probatorios de lo sucedido. ¡Por favor, no pienses que soy yo quien los pide! Solo que estoy obligado a dar explicaciones a la comisión. No te sientas ofendido.
>
> Tuyo,
>
> Brucks

—¿Cómo quieres celebrar? —le preguntó Diana con una sonrisa.

—Cogiendo —dijo Julian.

Lo arrastró a la cama, no lo dejó ni sacarse la ropa. Fue tan intenso como las primeras veces, cuando él solía pensar «hicimos el amor», pero ahora se veía obligado a pensar que solo cogían, porque con ella ya no sabía en qué dirección iban las cosas.

—Espera —dijo él, enredado en su cuerpo—. ¿Cómo sabías que Brucks me mandó un correo? ¿Y cómo es que le escribiste? ¿Y qué voy a hacer ahora que pide pruebas de que una prima que no tengo se suicidó?

—¿En qué orden te doy las respuestas?

—Como sea.

—Julian, puedo entrar a tu correo sin problema.

—¿Me hackeaste?

—¿Esa pregunta también la tengo que contestar?

—Maldita sea, Diana.

—Brucks te respondió favorablemente, ¿no es así?

—Vayamos a las pruebas que pide.

—Se lo encargaremos a Ördög. Una cosa a la vez.

—Oye —caviló Julian—, ¿entonces qué hacemos aquí? Hay que buscar la forma de que Ördög nos deje ir.

—¿Cómo?

—Irnos, irnos de aquí. Ya tengo mi lugar en la universidad.

—Céntrate, Julian Langford, ese es el plan B. ¿Cómo puedes ser tan inteligente y a la vez no tener astucia?

—De la misma forma en que tú eres todo lo contrario.

—¿Me estás llamando estúpida? —Le metió los dedos en la piel, buscando hacerle cosquillas.

Él hizo lo propio, pero se detuvo cuando una nueva pregunta le pasó por la cabeza:

—¿Por qué Brucks es tan comprensivo conmigo?

—Por Laura.

—¿Laura?

—Laura Connor.

—No sé quién sea Laura Connor.

—Claro que lo sabes, fue tu alumna. Laura y yo somos amigas.

—¿Y eso qué tiene que ver con Brucks?

—Que Brucks se la tira. O ella a él. No lo sé. No le queda más remedio que ser amable contigo. No hagas más preguntas y vuélveme a besar.

Capítulo 54

Dos días después, Ördög los citó para decirles que el «proceso de contratación» estaba siendo insufrible por culpa de Danny y sus objeciones, y porque Marion ni siquiera se sumaba a opinar; y cuando lo hacía su tibieza incrementaba el conflicto. En lo único en que los tres socios estaban de acuerdo es en que los problemas ponían en riesgo la salida a la luz de la vacuna. Julian se atrevió a preguntarle por qué no la presentaban de la misma forma que cualquier descubrimiento científico. Fue Sara quien le respondió tajante: «Una cura contra el cáncer no es cualquier descubrimiento científico». Antes de opinar a la ligera, Julian debía zambullirse en la historia: bloqueos y hasta crímenes en contra de hombres de ciencia e inventores. En cuanto la vacuna se diera a conocer, fuerzas oscuras emprenderían una campaña de desinformación. Incluso contratarían gente de ciencia para demostrar que se trataba de un fraude, esparcirían el rumor de que quienes se vacunaran morirían más pronto.

—Tengo un ejemplo —apostilló Ördög—. El experimento Tuskegee, ocurrido entre los años 1932 y 1972 en una clínica de Estados Unidos. En la localidad del mismo nombre se sometió a estudios a un grupo de gente de raza negra para ver el comportamiento de la sífilis y probar distintos químicos en ellos. No usaron lo que los médicos sabían que realmente podía salvarles la vida: la penicilina. Se les engañó diciéndoles que esta no haría sino acelerarles la muerte. Pero volvamos a la actualidad, el libro solo es una parte de un virtuoso plan de lanzamiento; habrá presentaciones en foros de la comunidad científica internacional, y en este preciso momento un equipo de abogados se anticipará al ataque elaborando una serie de prospectivas de carácter legal.

—Ya oíste, Julian —dijo Diana, dejándolo frío—, no preguntes tonterías.

—A mí me parece que toda duda debe ser resuelta; lo único idiota es sentirse un pequeño dios —opinó Marbel.

—El hecho —concluyó Ördög— es que mis socios y yo llegamos a un acuerdo, que sean ustedes quienes seleccionen a los tres mejores candidatos. —Sacó varias carpetas de un portafolio de cuero y las puso sobre la mesa.

Sara, Marbel, Diana y Julian tomaron las carpetas al azar. Había una foto de cada candidato y su perfil biográfico. Eso era todo. Cuatro de ellos eran científicos y cuatro, humanistas. Sara les pidió que cada quien seleccionara a sus tres favoritos; dejarían los nombres en los que coincidieran. Así lo hicieron. Los seleccionados fueron una genetista, un tanatólogo y un historiador de la ciencia.

—¿Así nada más? —objetó Ördög—. ¿Después de todo lo que ustedes pasaron para estar aquí esta gente simplemente va a tener su lugar como si hubieran enviado su currículo a cualquier oficina de recursos humanos? ¿Dónde quedó la diversión?

—¿Diversión? —interrogó Sara.

—No entiendo —dijo Diana.

Julian se encogió de hombros.

—El juego —dijo Marbel—. El juego que jugamos para llegar aquí.

—Marbel —sonrió Ördög—, eres callada, pero cuando hablas resultas exquisitamente certera. Justo de esa diversión hablo.

Aquello le pareció a Julian uno de esos viajes de estudio en el extranjero, donde a los alumnos los mandan a inspirarse a los hermosos jardines del campus. Él fue al botánico a planear qué tipo de retorcido concurso podía proponer para los candidatos. Ahora eran ellos las mentes sádicas que decidirían el destino de los otros. No dejó de causarle repulsión la idea, pero recordó que había tipos como Allan Keys y la propia Sara Núñez, que no solo no se quejaron del concurso, sino que parecían gozarlo. Nunca olvidaría la alegre cara de Keys escupiéndole a la gente en las calles de Nueva York, en especial al juez Patcher.

De pronto le pasó por la cabeza algo desconcertante, un cabo suelto en el entramado de Ördög: Sara Núñez. ¿Tenía sentido que ella hubiera participado en un juego absurdo y peligroso para obtener su lugar en el equipo, cuando se supone que ella había desarrollado la vacuna? ¿Acaso sería para competir no tanto con los demás, sino con su verdadera rival, la doctora Ukara Lynn? Tampoco tenía sentido, pues ambas habían sido elegidas.

Lo único claro es que con Ördög no había nada claro.

Volvieron a reunirse. La primera en proponer algo fue Marbel:

—Que el candidato denuncie a su padre por abuso sexual.

—¿Ya consideraste que el padre podría ser inocente? —cuestionó Julian.

—Todos abusan de una u otra forma.

—¿Tú le inventarías algo así a tu padre? —le preguntó Diana.

—No tendría que inventarlo.

—Triste historia —ironizó Sara—. Descartada. Diana, tu propuesta.

—Hice notas. —La chica sacó un papel del bolsillo, lo desdobló y explicó animadamente—. Escuchen. Que participen en una orgía en la que saben que son monitoreados con cámaras, muchas cámaras, para cohibirlos. Después, cada uno subirá su experiencia a la red, diciendo quién tenía chico el pene, quién no sabía coger, quién era frígida, quién eyaculador precoz, a quién dejaron de lado. En fin, puede ser divertido.

—¿Divertido? —cuestionó Julian.

—¿Ya vas a empezar a hacerte el señor ética? Sí, divertido. ¿No lo es? —Diana miró a los demás.

—Aburrido —calificó Sara—. ¿Por qué todo mundo piensa que la vida se trata de coger? ¿No se te puede ocurrir otro placer más original?

—Está bien —cedió Diana—. Que se droguen en una iglesia y que se cojan a una estatua de yeso.

Todos rieron.

—Julian, tu turno...

—La propuesta del libro.

Lo interrogaron con la mirada.

—Sí, que cada uno proponga cómo haría el libro de la vacuna.

—¿Eso qué tiene de divertido? —cuestionó Diana—. ¿En qué mundo vives?

—¿En el mundo real? —replicó él—. ¿O qué es lo que importa para los fines de escribir el libro sobre la vacuna? ¿Quién tiene el pito más grande? ¿Quién soporta más humillaciones?

—No logro entender por qué Ördög te escogió —reprochó Sara—, eres más aburrido que un viejo de noventa contado cómo llegó con piojos en un barco.

—¿Por qué no intentamos mezclar las ideas? —propuso Marbel—. Que escriban cómo los abusaban sus padres y que lo lean drogados en una iglesia.

—Te faltó la orgía —dijo Diana.

—Ese es el remate: orgía en la iglesia.

Se echaron a reír de nuevo, menos Sara, que los miró realmente furiosa.

—Les recuerdo que esto podría causar que perdamos dinero.

Dejaron de reír.

Se sumieron en sus pensamientos, tratando de elucubrar las cosas más retorcidas y humillantes, hasta que Sara volvió a hablar con tono de satisfacción:

—¿Cómo no se me ocurrió antes? ¡Ya lo tengo!

Capítulo 55

De los aspirantes, tres renunciaron al juego en cuanto supieron de qué se trataba, entre ellos el historiador y la genetista. Vamos, que ganar cien mil dólares como inicio y luego formar parte de un equipo para la concreción de un proyecto ultrasecreto no les pareció que valiera tanto como para arriesgar el pellejo, pues de esto se trataba. Los restantes firmaron cartas de consentimiento, mostrándolas en un video en el que se presentaban brevemente. Ördög decidió que ese primer paso era motivo de celebración. Hizo traer a un chef y tres meseros de Grecia, mientras Sara y su equipo disfrutaban de las viandas: spanakópita, baklava, htipiti, kolokithokeftedes y bebidas de metaxá y raki. En aquella larga mesa puesta en el jardín, el propio Ördög participó gozosamente de ayudante del chef en la elaboración de los platillos para ver en pantalla a los concursantes:

> «Biff Lamar, de Tampa, Florida, 35 años, bioquímico. Siempre he pensado que las oportunidades son como los hongos: se esconden en la humedad y la oscuridad, hay que saberlas buscar. No soy de los que temen ensuciarse las rodillas para mirar hasta debajo de las piedras».
>
> «Susan Lang, de Los Ángeles. Mis amigos me llaman Sue. Soy publicista. Tengo 25 años. Mis padres tienen una farmacia. Es curioso, de niña me gustaba comerme las pastillitas de colores. Lo reconozco, un día me hicieron un lavado de estómago. ¿Será cierto que lo que no te mata te fortalece?».
>
> «Alfred Kessler, tanatólogo, 47 años, de Filadelfia. Mis citas nunca funcionan cuando les digo que mi trabajo se trata de acompañar a los que están por marcharse. ¿Cuál es el asunto? Todos vamos a morir».
>
> «Laura Robbins, 39, de Baltimore, antropóloga. Llamamos conejillos de indias a los animales, a los insectos y a ciertos grupos controlados, pero en realidad todos lo somos para el universo. Gracias a otros conejillos de indias estamos aquí. No seamos egoístas cuando llegue nuestro turno de serlo».

«Tobías Costello, 40, de Chicago, corrector de estilo. Necesito dejar de corregir los escritos de otros para ponerme a trabajar en lo mío, pero no voy a conseguirlo si no me hago de una buena suma de dinero. Carajo, no soy Bukowski para que me importe poco de qué vivir, pero tampoco voy a seguir toda la vida ordenándole la jodida mala redacción a los demás. Soy novelista».

—¿No son adorables? —dijo Ördög mientras servía porciones en cada uno de los platos—. Susan tiene tantas pecas como estrellas la noche, y con qué picardía dice que se comía las pastillitas de colores. A Tobías lo encuentro un tanto resentido. ¿Tú qué dices, Julian? ¿Te gusta Bukowski? ¿También hay un escritor frustrado dentro de ti? No debe ser fácil trabajar con Tobías, pero a cambio tendrían un gran corrector de estilo. ¿Y qué opinan del existencialismo de Laura? Me parece que tiene razón con lo de los conejillos de indias. Lamar y sus hongos no tienen desperdicio. ¿Fue imaginación mía o sus dientes están llenos de sarro? Eso me causó cierta repulsión. Pero por favor, no piensen en todo eso ahora, disfruten los platillos de nuestro chef, Nikos Petras.

Los días se tornaron sombríos a partir de que llegó el invierno. Ördög les pidió mantenerse encerrados, pues una cuadrilla de trabajadores hacía oficios en las áreas comunes de la villa. Durante dos semanas solo se ocuparon de levantar el teléfono y pedir lo que fuera a la habitación, y salir unos veinte minutos para que el personal hiciera la limpieza. La única actividad que debían cumplir a cabalidad era ver los videos de la progresión de los candidatos, calificarlos y enviar los resultados a Sara, que a su vez se los hacía llegar a Ördög.

Día 5, Susan Lang
«Considero que el fármaco va a funcionar. Hoy me aumentaron la dosis y sigo lúcida y de buen ánimo. Lo único que me tiene perturbada es mi cabello: está muy reseco y opaco. Ördög me ha dicho que es temporal y me ha dado una buena dotación de champús y ampolletas de acondicionador. No se preocupen por mí, chicos, sé que voy a ganar. Pronto los conoceré».

Día 8, Tobías Costello
«Me da risa pensar que siempre sentí desprecio por esos artistas que dicen que las drogas les abren no sé qué jodidas puertas de la percepción y los tornan más creativos.

Pero, ¡uhhh!, hermano. Debo confesar que a mí el medicamento me ha abierto esas puertas. Estoy escribiendo una serie de epifanías inenarrables. Hasta ahora las tengo en mi cabeza, pues no me permiten hacer otra cosa que estar aquí. Me los pienso joder a todos. Soy una rata de alcantarilla, ¿saben? Sé sobrevivir a lo que sea. Por cierto, en el cuarto de al lado está esa mujer, Laura no sé qué demonios. Me ha parecido que le dio una convulsión. Vi correr enfermeras y luego escuché voces, aunque tal vez me lo imaginé como parte de una novela que, cuando pueda, escribiré».

Día 11, Laura Robbins
«Seamos sinceros: una cosa es un ser humano y otra un maldito conejillo de laboratorio. No, no estoy enojada, ya les he dicho que no. Carajo, otra vez tengo sangre en los brazos. He perdido las uñas. Hablé con ellos. Hablé, hablé y hablé con ellos. Me han prometido que puedo renunciar pasado mañana. No tengo por qué dudar de su palabra. Odio a los conejos. Antes los amaba, pero ahora los odio. ¿Sabes lo fácil que es matar uno? ¿Cómo diablos pretenden que yo me comporte como un conejo? ¡No soy vegetariana, maldita sea! Aunque confieso que muero por una zanahoria, una que me quepa entera. Nunca desee tanto el sexo. He estado con muchos hombres. ¿Debí decir eso? Pero solo uno me hacía sentir satisfecha. Sí, justo el más basura de todos. ¡Carajo! ¡Sáquenme de aquí!».

Día 12, Alfred Kessler
«El otro día se lo dije a Betty: aquí hay gato encerrado. No veo la razón de que me cambiaran la dosis de 1 gramo a 2, y esta vez vía intravenosa. Betty me dijo que no me quedara callado, que recordara lo valiente que ella fue al reconciliarse con su hijo antes de morir. Cómo lloró el muchacho cuando desconectamos a Betty, pero no eran lágrimas de culpa, sino de felicidad. Oh, Betty, te amo, les reclamaré lo de la dosis y la vía intravenosa».

Día 13, Biff Lamar.
«Hongos, hongos, hongos, hongos...».

Día 15, Susan Lang
«Ördög, sé que me estás viendo. Solo prométeme que no me están inyectando algún tipo de cáncer. He perdido todo el cabello. La peluca que me enviaste en serio es ofensiva. ¡La gran mierda! ¡No importa que sea rubia platino! ¡No soy la maldita Marilyn Monroe! No... no me hagas caso. Sigo de pie, Susan sigue de pie, chicos. Pronto estaré con ustedes, los amo».

Día 15, Tobías Costello
«Ördög está plagiando mis cuentos. El otro día que pasó por aquí, descubrí que su perorata sobre Platón era un distractor para robar por telepatía mis cuentos. ¡Miserable bastardo! Quiero matarme, de verdad quiero matarme. No es para nada justo que luego de tantos años de búsqueda crees la obra que te puede catapultar y venga un hombre

rico y publiquen lo tuyo con su maldito nombre. Pero no solo hablo de él, oh, no; no solo es Ördög. Hemingway, Quiroga y London también son ladrones. ¡Me han plagiado! La culpa los hizo matarse. ¡Hijos de perra! ¡Los maldigo a todos! ¿Cuánta sangre me quedará? La meo a chorros».

Día 18, Alfred Kessler
«Púdrete, Betty, tu consejo casi me cuesta la vida. No dijeron nada cuando les reclamé lo del cambio de dosis y la vía intravenosa. No te rías, estúpida. ¡Desaparece! Me mandaron una advertencia cuando sacaron con los pies por delante a esa mujer, Laura Robbins. Me parecía una buena persona. Han dicho que fue un infarto, pero no me trago ese cuento. ¿Por qué razón detuvieron la camilla frente a la puerta de mi habitación? Para que la viera muerta y advertirme que si vuelvo a quejarme, me pasará como a ella. ¿Sabes algo, Betty? Voy a ser sincero contigo: cuando estabas por morirte y me contabas los pleitos que tuviste con tu hijo y tomabas mi mano, yo en realidad bostezaba con la boca apretada. No, no era una sonrisa. Tu mano vieja era fría y repugnante».

Día 20, Biff Lamar
«Hongos, hongos, hongos, hongos...».

Los veinte minutos que Julian salía para que asearan su habitación, iba a la de Diana, pero ella nunca le abrió la puerta, ya porque no estaba o ya porque no quería hacerlo. Con Marbel se topó un par de veces en el pasillo y lo mandó al diablo cuando él quiso intercambiar opiniones de lo que les sucedía a los aspirantes a formar parte del equipo; no podían limitarse a ver cómo se iban consumiendo y perdiendo la razón. Quizá si hablaban con Ördög... Marbel lo escuchaba seria, inmutable, y luego seguía su camino.

Una noche decidió salir de la villa; no había una fehaciente prohibición de hacerlo. Se escabulló al Old Blue Hunter; necesitaba a toda costa sacarse de la cabeza esos videos. Charlar con Jack o emborracharse podrían ayudar con ese objetivo. No contaba con el frío invernal. No llevaba la ropa adecuada, pero prefirió no regresar. Al cruzar la puerta vio a Jack, que limpiaba la barra. Marbel bebía un trago en una mesa del fondo. Julian pasó a estrecharle la mano a Jack y a pedirle que le acercara un bourbon. Luego fue a sentarse frente a Marbel.

—¿Qué carajos quieres, Julian Langford, y qué haces solo con esa camisa encima? Casi estamos bajo cero. Ponte mi chamarra, soy más resistente que tú. —Se la quitó y se la dio.

—¿Te preocupo tanto? —Julian se la echó encima sin meter los brazos en las mangas.

—Si te mueres va a ser otra odisea buscar un sustituto.

—¿A ti también te tiene mal lo de los videos?

—¿Mal? Hace mucho que esa palabra no significa nada para mí.

—¿Qué hacías antes de Anchorage?

—Ördög ya se los dijo, soy artista gráfica; tú, maestro universitario. Ya pasó la hora de las presentaciones.

—¿Por qué estás tan a la defensiva conmigo?

—¿Ya fuiste a ver qué hay debajo del cedro amarillo muerto?

—¿Por qué no me lo ahorras y me lo dices tú?

—Me das ternura, Julian, y la ternura es tal vez el único sentimiento que echo de menos en mí. Pero ya no me puedo dar el lujo de tenerla.

—A mí me da la impresión de que la sigues teniendo.

—¿Qué sigue? ¿Qué tus palabras me hagan soltar unas lágrimas y luego me uses?

—Ese es el problema contigo, Marbel, que tienes tanto miedo de ser lastimada que das ternura.

—Púdrete.

—Incluso esa palabra resulta tierna en ti.

—¿Me estás tratando de seducir?

—No, en realidad solo quiero hablar, escuchar y beber. No soporto más todo esto. Me da la impresión de que tú lo llevas mejor. Todos menos yo. Diana se la pasa diciéndome que mis escrúpulos son falsos. Tal vez lo sean, pero de alguna forma los tengo.

—Diana es una perra sincera. Está aquí por el dinero, como todos, pero lo que quiere es una vida que seguramente no ha logrado tener. No es una maldita rata como Sara Núñez ni un indeciso como tú.

—¿Qué sabes tú de Diana Travis?

—Es tu chica, tú debes conocerla mejor.

—Cada vez la conozco menos.

—No me cuentes tu vida sentimental, ¿quieres? Odio eso, odio escuchar de las parejas de mierda que alguien tuvo, y que venga conmigo a hacer el recuento de los daños. Soy de la idea de que hay un cincuenta y cincuenta en el reparto de la mierda. La mujer enganchada al sexo del miserable, el

pusilánime que soporta a la zorra, el encabronado al que se le fue su perra sumisa.

—Qué dura eres.

—¿Ya no te parezco tierna? —Marbel pestañeó rápidamente varias veces.

Sonrieron y bebieron.

Capítulo 56

Comenzaron a salir con menos frecuencia de las habitaciones. Aquiles, el de la recepción, les advertía: «Afuera está terrible el clima, las nevadas son intensas y los accidentes, posibles. Aquí lo tienen todo: el confort deseado, servicio las 24 horas». Pero no era así. Con una barba de tres días, y luego de no pararse de la cama más que para comer y ver los videos de los concursantes, Julian recordó esas imágenes que hacen ver de forma infinita un objeto dentro de un espejo, dentro de un espejo, dentro de un espejo... Los candidatos eran objeto de experimentaciones igual que él en esa habitación —claro, el sufrimiento extremo de aquellos era incomparable—. Terminó por no prestar atención al desgaste físico, a la rabia y al temor. No los escuchaba más: ponía los videos y se encogía a dormitar, oyendo lejanamente quejas, gritos y alaridos, para despertar en algún momento en medio de la noche y seleccionar al que fuera y enviar su voto a Sara Núñez.

El insomnio lo cambió todo. Los ojos cuarteados, rojizos, incapaces de parpadear, fijos en el video de Susan Lang. Llevaba tres días sin dar su testimonio; solo movía la boca como si hablara, pero no emitía ninguna palabra. Había perdido la razón, pero esa vez dijo una palabra, una sola: «Adiós». Comenzó a hacer un nudo con la sábana y a enrollarla en su cuello. Julian volvió en sí como de un largo viaje de sopor, se puso de pie, corrió al teléfono y marcó desesperado a la recepción. La voz siempre calma y educada de Aquiles le preguntó en qué podía ayudar al señor.

—¡Se va a matar! —gritó Julian.

Aquiles le preguntó si estaba teniendo una pesadilla, si había algo mal con la calidad de los alimentos y tal vez le dolía el estómago, si requería asistencia médica. Los gritos y exigencias de Julian pidiéndole que llamara a Ördög no cambiaron el tono parsimonioso del hombre.

—¿Sigue ahí? —le preguntó a Julian cuando no lo escuchó más.

Ya incapaz de hablar, bajó el teléfono mientras contemplaba el cuerpo de la mujer colgando de un travesaño de la habitación.

A la mañana siguiente, Ördög los citó para decirles que no habría más videos. Tocaba hacer el recuento de los votos. Habría un bono para cada uno de diez mil dólares por haber participado en la preselección, que ahora estaba en manos de Danny Blasco. Les pidió que se alistaran, pues se irían de viaje. ¿A dónde? Era sorpresa. ¡La pasarían bien! Ördög se puso de pie para salir de la sala de juntas. Se detuvo al oír a Julian.

—¿Nadie va a decir nada de la mujer que se mató?

—Julian, por favor —bufó Sara.

—¿Por favor qué, perra embustera?

—¿Cómo me llamaste? —interrogó la mujer escandalizada, pero con los ojos puestos en Ördög como en un juez.

Julian se puso de pie.

—Lo gozaste, ¿cierto? Ver a esa mujer ahorcándose. Es la clase de cosas que te excitan cuando deseas a alguien como Jack y no consigues ir con él a la cama.

—Ördög —chirrió Sara—, ponle un alto.

Ördög no lo hizo, en cambio miró atento y curioso a Julian.

—Da igual —minimizó este—. Todos la vimos morir y en realidad nunca nos significó maldita la cosa. ¿O sí?

Esta vez ni siquiera Sara dio su parecer.

—La pregunta es válida —declaró Ördög—. Me gustaría escuchar las respuestas de cada uno...

Hubo otro largo silencio en el que las miradas se encontraban como las de soldados en una guerra, una donde nadie quería dar el primer paso en falso, donde se medían las fuerzas.

—¿Y bien? —insistió Ördög—. Quiero saber qué sintieron al ver que Susan Lang se ahorcara.

—Que empiece él —volvió a bufar Sara—, ya que es el que sacó el maldito tema.

—Claro —respondió Julian—, puedo hacerlo. Siento asco de todos nosotros.

Diana elevó los ojos al cielo; ese discurso ya lo había escuchado antes.

—Sí, Diana, me das tanto asco como me lo doy yo mismo...

—No he abierto la boca, no he dicho lo que siento —se defendió ella.

—¿Sientes?

—¡Idiota! ¡¿Cómo te atreves a preguntarme eso?! ¡Parece que no te lo cuestionas mucho cuando cogemos!

—¿Es necesario escuchar la pelea de los enamorados? —cuestionó Sara.

—¡No te metas en esto! —le exigió Diana—. ¡Él tiene razón! ¡Te jode no tener a nadie que te quiera, por eso eres una perra con todo el mundo! ¡¿Pero quién puede querer a alguien como tú?! ¡Y no porque seas fea físicamente sino porque tienes el corazón podrido, maldita!

Sara se levantó decidida a ir a golpearla, pero Marbel, alta como era, se puso de pie y se interpuso en su camino. Sara la miró como una montaña, como un iceberg en su camino, y no dio un paso más.

—¿Por qué no nos calmamos todos y que cada quien se haga cargo de sus propios sentimientos? —propuso Marbel con voz calmada.

—Buen punto —aceptó Ördög—. Los espero en el avión.

Volaron rumbo a Estados Unidos, aterrizando tres horas y media después en Seattle, donde una limosina los trasladó a una edificación de ladrillo rojo en Tacoma, cuyo letrero, difícil de leer, solo decía «CO, Ördög». El chofer los escoltó al edificio, mostró su gafete en la recepción y los acompañó al elevador, que bajó unos treinta metros al subsuelo. Cuando se abrió la puerta de hierro, no tuvieron duda de que aquel espacio blanco y aséptico era un laboratorio. Lo confirmaban sus mesas de trabajo, anaqueles con frascos etiquetados con fórmulas químicas y uno que otro individuo que pasaba por ahí de bata blanca y cubrebocas. La habitual sonrisa y buen humor de Ördög parecían surcados por cierta melancolía.

—Sara, Diana, Marbel, Julian, han hecho un loable esfuerzo en la selección de los candidatos de lo que podemos llamar la segunda fase. Quería que conocieran el lugar donde estuvieron ellos. Sara, tú ya conoces este sitio, pues aquí gestaste, junto con nuestra inolvidable doctora Ukara, la vacuna. ¿Te trae buenos recuerdos?

Sara miró alrededor:

—Muchos —dijo sin que se le notara una emoción verdadera, todavía visiblemente resentida por la discusión en Anchorage.

—¿Quiénes fueron los tres elegidos? —preguntó Diana.

—A su debido tiempo, querida. En realidad los traje para que conozcan Seattle, si es que no la conocen, y también para decirles algo que estoy seguro los va a desconcertar un poco...

«No más sorpresas», pensó Julian, yendo a sentarse en un banco alto y cruzándose de brazos a la defensiva. «¿Qué otra cosa se podía esperar de ese sujeto?».

—La segunda fase va a requerir mayor compromiso, una voluntad inquebrantable, que nadie albergue la más mínima duda de que no hay cosa más importante en sus vidas que este proyecto. Nada: ni familia, ni objetivos personales a corto o mediano plazo. Ni siquiera sus propias concepciones de lo que es correcto o no lo es... El hecho es que no hay nada que yo pueda hacer para obligarlos a entregarme sus voluntades. Lo puedo intentar, sí. Incluso lo he intentado ya, es evidente, pero en el fondo cualquiera de ustedes podría estar aquí fingiendo. No sé si me entienden.

—Yo estoy al cien —dijo Sara.

—No hace falta que me lo digas, pero para que no exista esa duda voy a tener que ofrecerles la libertad. Sí, he dicho esa palabra tan manoseada a lo largo de los siglos. Libertad. Tienen todo el día de hoy mientras pasean por Seattle para decidir si se quedan o se van. No es una trampa. Los que así lo decidan volverán a sus vidas normales; aquellos pendientes que dejaron atrás con la justicia o sus familias serán resueltos por mí. Les daré eso y una compensación de treinta mil dólares.

Guardaron silencio. Julian pensó que tal vez Ördög no mentía y era el momento de escapar.

El chofer los llevó en la limosina hasta el centro de Seattle. Eran las doce y media del día. Les dijo que los recogería en ese mismo punto a las siete de la noche y se fue.

—¿Dónde les gustaría comer? —preguntó Sara.

—Prefiero comer sola —resolvió Marbel y se marchó.

Sara miró a Julian y Diana. Al notarles poco interés, espetó:

—Al carajo, puedo comer sola.

Julian, animado, le propuso a Diana ir a un buen lugar, el mejor de Seattle. Tenían mucho de qué hablar. A unos pasos había un quiosco de mapas y suvenires. La tomó de la mano y la llevó ahí, compró un libro turístico y examinó las opciones; miró los nombres y fotos de cafeterías,

restaurantes y bares de la zona. Escogió el Loupe, en lo alto de la Space Needle. Comerían ahí y contemplarían la ciudad desde lo alto, como una metáfora de que eran dueños de sus propios destinos.

Pidieron un par de cocteles, de cuyas copas se desbordaba el humo frío del hielo seco. Julian abarcó de una mirada la ciudad y retornó los ojos a Diana.

—Somos libres...

—Claro —sonrió ella—, la vista es estupenda.

—No hablo de la vista. Nos llevaremos treinta mil dólares cada uno; el siguiente paso es pedirle a Ördög que me dé un papel que confirme que mi prima se suicidó. Se oye difícil, pero será un juego de niños para alguien que consigue que los desconocidos entierren gente viva.

Diana lo miró como si estuviera escuchando un mal chiste.

—Estoy hablando en serio —tuvo que subrayar él.

—Sí, ya lo veo, y estás mal de la cabeza. ¿Quieres mandar al carajo casi dos millones de dólares a cambio de sesenta mil?

—Lo sabía, el dinero.

—No me lo reproches. ¡Es sentido común!

—Pues mi sentido común me dice que si seguimos aquí puede pasar cualquier cosa. ¿Ya te olvidaste de Torton con el cuello roto, de Stewart esfumado? ¿Te ha parecido gracioso ver gente perder la razón y aniquilarse físicamente, mientras tú la calificabas desde tu lujosa habitación en Anchorage?

—Eres un maldito monaguillo —susurró Diana con una sonrisa furiosa —. No tienes remedio, Julian Langford.

—Diana, quiero que volvamos a Nueva York. La plaza de profesor es mía, el sueldo es bueno. Tendremos más de sesenta mil de ahorros cada uno. ¿Los quieres para ti? Te los doy. Puedes poner la tienda *vintage*, Diana —insistió, sincero y desvalido.

Ella dejó de atacarlo. Pidieron los platillos más exóticos de la carta al centro de la mesa. Recurrieron a temas intrascendentes para desinflar los ánimos, algunos de carácter gracioso, como aquella vez que se les voló el paraguas y se empaparon de lluvia en el jardín de la universidad, o el día que

le pidió que lo acompañara a comprar un coche viejo y se pasaron media tarde mirándolos en un lote, como si fuesen a escoger un último modelo.

Inevitablemente, regresaron al tema.

—Lo siento, Julian, yo me quedo.

—Entiendo...

—Julian. —Diana le sonrió y le tocó la mano—, eres un buen hombre, te quiero en mi vida. Soy yo la que te pide que te quedes; esperemos juntos a que esto termine. ¿Qué dices?

Sonrió derrotado, le dio la carta para que ella pidiera el postre. Bajaron de la Space Needle. Caminaron tres calles. Diana le dijo que, si no le importaba, iría a ver aparadores; quería estar sola por un rato. Se encontrarían más tarde en el punto donde acordaron con el chofer. Julian asintió con aire condescendiente, pero cuando comenzó a caminar por las calles de ese Seattle desconocido, supo que había perdido a su chica de nuevo, y que perder a alguien no es como dejar las llaves en un lugar y no acordarse dónde, sino saber dónde se dejaron, pero no poder regresar por ellas porque ya no te pertenecen.

Capítulo 57

El tictac del reloj de caja larga parecía acentuar lo que acababa de decir Julian, y cronometrar cuánto tardaba Ördög en dar su respuesta. Estaban en una oficina, aún en el laboratorio de Seattle, de muebles sobrios y pesadas cortinas. En las paredes había algunas fotos de Ördög joven mostrando un enorme marlín en la cubierta de un yate. Al notar que Julian las miraba, aclaró:

—Cabo Verde, 1987. No lo pesqué yo, solo me lo dieron para posar en las fotos.

Julian se forzó a sonreír.

—¿Sabías que la hembra de marlín pesa más que el macho? Ellas pueden alcanzar los novecientos kilogramos y, el macho, los doscientos. Puedo deducir de esto que son más poderosas. ¿Habrá matriarcado entre su especie? ¿Alguna vez te haces esta clase de preguntas? Yo me las hacía en la escuela, entenderás por qué me hacían bullying.

«¿A dónde quiere llegar este tipo?», se preguntó Julian.

—Quizá te relaje saber que no me sorprende, sabía que me pedirías regresar a Nueva York. En realidad, de quien tenía dudas no era de ti. Sara seguro se quiere quedar, con Marbel nunca se sabe, pero tu chica... puf, debes sentirte miserable. Detrás de esa facha de sibarita hay un romántico empedernido, me hubiese congratulado saber que se quedarían o se irían juntos. Juntos en la ignominia y en la virtud. ¿O cómo era esa frase de Shakespeare? Tú debes saberla mejor, corrígeme si la arruino: «¡Oh, amor poderoso! Que a veces hace de una bestia un hombre, y otras de un hombre una bestia».

«¿Pero qué hay de largarme ya?», pensó Julian.

—Toquemos el punto de la carta que me pides... —Ördög abrió una botella de coñac y sirvió dos copas, añadiéndoles algunos granos de café—. Una carta que asegure que tienes una prima muerta. ¿Estoy en lo correcto?

Julian asintió, recogiendo la copa de manos de Ördög.

—Entiendo que necesitamos un acta de defunción...

—Yo también lo entiendo así.

—La cual tiene que ser real, por si la investigan. Supongo que lo harán.

—Yo también lo supongo.

—¿Tienes primas, Julian?

—Tres —dijo arrepintiéndose enseguida.

—¿A cuál de ellas estarías dispuesto a matar?

El licor le arañó la garganta, mientras los ojos de Ördög lo miraban, fijos y decididos. Le horrorizó pensar que el tipo no iba a aceptar escucharlo retractarse.

—Tal vez no deba irme —balbuceó Julian.

Ördög le dio un sorbo al coñac y trituró un grano de café entre los dientes.

—Te he metido un buen susto, ¿verdad? Anda ya, ve y prepara tu maleta; mandaré el acta de defunción por correo a las autoridades de tu universidad. Tus primas pueden vivir tranquilas. ¿Cómo se llaman las afortunadas?

—Alison, Rose y Edwina.

—¿Edwina? ¡Dios! ¿Estás seguro de que no quieres su acta de defunción?

Lo acompañó al hangar. No supo la razón, pero Julian le dio las gracias por la «aventura». Fue una mezcla de hipocresía y temor, pero también de sinceridad, y tal vez hasta de cariño, el que puede sentir una víctima que padece síndrome de Estocolmo. Ahí estaba el resto del equipo. Sara negó levemente cuando cruzaron miradas, parecía decirle lo estúpido y perdedor que era. Abrazó a Marbel. Ella se quedó varada y lo miró con absoluta indiferencia. Luego abrazó a Diana. Al principio hizo lo que Marbel, no reaccionar, pero después de unos segundos lo estrechó con fuerza y le dijo al oído que nunca dudara de que lo amaría por siempre. Esas palabras le atizaron duro, le hicieron tambalearse en la indecisión. Justo su punto flaco, que ya Marbel había detectado, pero por mucho que amara a Diana no podía seguir en ese tren que iba a descarrilarse.

Media hora más tarde, desde la cafetería del hangar vio el avión en lo alto y le vino a la cabeza aquella nostálgica y doliente canción: «Early Morning

Rain», que también le gustaba a su padre. Julian prefería la versión de Gordon Lightfoot y papá, la de Elvis.

You can't jump a jet plane
Like you can a freight train
So, I'd best be on the way
In the early morning rain...

Bordeó la frontera con Canadá de camino a Nueva York. Pasó por Seattle, Montana, Dakota del Norte, Minnesota, Wisconsin y Michigan. Paró en hoteles céntricos. En los cafés conversaba de cualquier cosa con las camareras y algunos clientes. Si le preguntaban a qué se dedicaba, siempre inventaba una historia diferente: a veces trabajaba para el *New York Times* e iba recorriendo la nación en busca de reportajes cotidianos pero interesantes; otras, decía que recién había muerto su padre, dejándole una herencia que le permitía vivir sin trabajar; y otras, las menos, era él mismo, Julian Langford, maestro universitario, y no había una buena razón para estar de viaje, solo que tocaba hacer algo con el año sabático. Le asaltó la tentación de marcarle a Diana o escribirle un mensaje, pero se lo prohibió a sí mismo. Sabía que en algún momento lo vencería la tentación, pero al menos la postergaría lo más posible.

TERCERA PARTE

Capítulo 58

A pesar de que la directora Harper recibió de buen agrado la nueva transferencia de quince mil dólares al Memorial, le reprochó a Julian no haber venido a visitar a Tim. A menudo, señaló, los pacientes enferman y mueren al sentirse abandonados, incluso los pacientes en estado vegetativo. Julian se disculpó de mil formas: se había marchado a Alaska para trabajar en algo que le rindió frutos, gracias a eso podía hacer esta aportación. La directora levantó el teléfono y le pidió a Thara que fuera a la oficina. La mujer entró y se sorprendió gratamente cuando vio a Julian.

—Lleva al señor Langford con Tim, por fin regresó el hijo pródigo.

Julian sonrió, incómodo con la ironía de la directora, y salió con Thara. Mientras caminaban por los andadores del Memorial, ella le hizo un resumen de la situación:

—No te preocupes, Tim está bien; casi no notó tu ausencia. Tenías razón cuando me dijiste que el amor hace milagros; desde que lo acerqué a Anita lo veo contentó. Procuro sacarlo al jardín y ponerlo cerca de ella cuando la viene a visitar su familia; les saco plática, todo para que Tim y ella estén juntos. Esto no se lo digo a las otras enfermeras, me tacharían de loca.

—Vaya, Thara, has cambiado mucho en estas semanas. Por fin crees en el amor.

—¿Por qué no te paraste por aquí?

—Se lo acabo de decir a la directora, me contrataron en Anchorage para un trabajo temporal bien remunerado.

—Pensé que eras maestro.

—Aproveché las vacaciones para un segundo empleo.

—¿Qué clase de empleo?

Julian se preguntó qué demonios se podía hacer en Alaska e inventó lo primero que se le vino a la mente:

—En un aserradero.

—Entiendo, ¿y la novia?

—¿Qué novia?

—¿Te dejó ir a Alaska así como así?

Julian se desconcertó.

—Si seré entrometida... olvídalo. Mira, ahí tienes a tu hermano...

Estaba en su silla de ruedas bajo un frondoso ciprés, con la mirada extraviada en el cielo como de costumbre. Usaba un vistoso suéter navideño de color rojo, con trineos y muñequitos de nieve con bufandas verdes.

—¿A quién le debo dar las gracias por el suéter?

—Lo trajo tu tío Albert.

—¿Albert? ¿Qué Albert?

Esta vez la desconcertada fue Thara.

—¿Qué aspecto tiene ese Albert? —insistió Julian.

—Me estás inquietando... mide un metro con setenta y cinco, rubio castaño, rostro afable, se viste elegante. ¿No es familiar de ustedes?

No podía ser otro que Ördög.

—¡Oh, el tío Albert! ¡Claro! —Julian se dio un golpecito en la frente—. Nos vemos tan poco que nunca lo tengo en mente. Estupenda persona, un poco excéntrico.

—Vaya que sí, se la pasó hablando horas con tu hermano, como si lo pudiera entender.

—Ese es Albert —dijo Julian entre dientes—. ¿Crees que yo pueda hacer algo más por Tim? Aún tengo la esperanza de verlo mejor, ¿sabes?

Thara miró suspicaz en todas direcciones.

—Vamos, Thara, ¿qué pasa?

—Una terapia alternativa.

—¿De qué clase?

—Olvídalo, Tim está bien...

—No, por favor. Ya comenzaste, sigue.

—Te busco después y te explico.

Julian asintió, fue junto a su hermano y le tocó la mano. Esperaba ser reconocido, aunque fuera en el fondo de ese abismo nebuloso. Le pidió disculpas por no haber ido antes. No tuvo que mentirle, pero tampoco entró en detalles.

—Viene Navidad, Tim. Tal vez este año puedas pasarla en casa, juntos los dos, ¿qué dices? Anda, por lo menos mueve los ojos si estás de acuerdo.

Lo único que pasó es que dejó escurrir un poco de saliva.

Capítulo 59

Brucks se paralizó al entrar a su oficina y descubrirlo ahí sentado.

—Perdón, la secretaria me dijo que podía entrar —se disculpó Julian.

—Claro, Julian, claro. —Vaciló Brucks, acercándosele con evidente recelo, pero luego bajó la guardia y casi lo puso de pie para darle un abrazo corto.

—Lo siento mucho, pobre Angie, pobre chica. Pero no hacía falta que... Es decir... Las fotos, yo sé que... —Lo miró horrorizado y fue a dejar el portafolio y el saco en la silla. Luego fue a sentarse como si fuera otro aditamento del cual se quisiera despojar.

Julian rodó los ojos, tratando de pensar con rapidez quién diablos podía ser Angie. No le fue difícil llegar a una conclusión: la falsa prima muerta que Ördög le consiguió.

—¿Cómo te sientes ahora?

—Lo sobrellevo —inventó Julian.

—Pero ¿qué haces aquí? Podías haberme escrito si aún no estabas listo. No hay ninguna prisa.

—Ya lo estoy, quiero regresar al trabajo.

—Claro, Julian... Después de ver... de ver los documentos que nos hiciste llegar, te confieso que no supe si enviarlos al consejo o solo mandar el certificado de defunción. Eran demasiado... inquietantes... Al final los mostré en una junta. No hubo ningún comentario, solo la decisión unánime de que aprobemos tu regreso para que ocupes la plaza de Stewart.

—Estoy muy agradecido con todos.

—Nos quedamos con el certificado de defunción para el archivo, el resto lo eliminamos por respeto a ti y a tu... a tu prima.

—También se los agradezco.

—Bueno. —Brucks dio por terminada la conversación poniéndose de pie y abotonándose el blazer—. No te esfuerces demasiado, ¿eh? Puedes retomar

las clases cuando te parezca bien. Las está llevando Rita Wood; organízate con ella cuando estés listo. Paséate por ahí, saluda gente, hazte presente pero sin presiones. ¿De acuerdo, Julian?

Julian le tendió la mano; aquel se la dio con rapidez y prácticamente le señaló la puerta. Entonces siguió su consejo. Fue a pasearse por los jardines sin poder quitarse de la mente el gesto apanicado del decano. Un golpe de intuición le hizo echar un vistazo a su bandeja de correos. Ördög le había enviado los mismos archivos. A Brucks se los hizo llegar desde otra cuenta, que parecía pertenecer a Julian. Dudó en abrirlos, pero no se pudo aguantar la curiosidad. Los petirrojos en los árboles y la fresca y verde hierba extendida a todo lo largo y ancho de la universidad le sirvieron para hacer pausas. Eran las fotos de una chica colgada de un árbol en medio de un callejón solitario; se le apreciaba la lengua gorda y renegrida afuera de la boca.

«Angie Langford, 29 años, suicidio por ahorcamiento», decía el certificado de defunción. Como remate, las líneas crípticas de Ördög:

Créeme que no fue nada fácil dar con una Langford en situación de calle. La encontré en República Checa, ¿has estado ahí? Las mujeres son hermosas. Van por la calle graciosas y despreocupadas, como flores salvajes. Tu «prima» debió ser así alguna vez. Antes de las drogas y la indigencia, quiero decir.

Tuve que hacer ciertas maniobras para que el acta de defunción no fuera reciente.

P.D. No te sientas culpable, de cualquier forma, tu «prima» no hubiera vivido mucho tiempo; era adicta al fentanilo. De alguna manera, la ayudé a trascender. Te dejo con Shakespeare y que tengas una buena vida:
«El infierno está vacío; todos los demonios están aquí».
Ördög.

El desgraciado había cumplido su palabra y ahora Julian tenía un nuevo crimen en su conciencia. Un crimen igual de ambiguo que los de Vernon y Keys. Esta vez la perturbación le duró poco. Fue a la cafetería y se encontró con algunos colegas. Por las miradas y cuchicheos le resultó obvio que

estaban al tanto de «su tragedia personal». Evitaban verlo, pero cuando no les era posible le sonreían con lástima y afecto impostado.

No le vio sentido a seguir en la universidad mientras no fuera para dar clases. Por lo pronto, necesitaba aclarar en lo posible el tema Oliver Stewart. Le envió un mensaje a Gladys preguntándole si podía recibirlo en su casa.

La buena mujer se emocionó al abrir la puerta y verlo. Le extendió una sonrisa que le tembló en la boca, en un esfuerzo por no convertirse en una mueca de llanto.

—Mi muchacho, ven, siéntate. Enseguida vuelvo con té y bombones. Qué emoción verte, no sabes cuánta. Quiero llorar, pero te prometo que no lo haré. Pasa ya.

Julian le sonrió y fue a apoltronarse en el sillón estampado con flores donde se había sentado la última vez que estuvo en esa casa. Gladys puso la bandeja con la tetera y las tazas —también adornadas con flores— al centro de la mesita. Siguieron los preparativos del té, los primeros sorbos y el primer bombón antes de que Julian se atreviera a preguntar por Stewart. Entonces las comisuras de la boca de Gladys se fueron a pique.

—No sé por qué no me lo dijo —se quejó amargamente—. ¿Tú sabes por qué no me lo dijo, Julian?

Nego. No tenía las más mínima idea de lo que hablaba Gladys.

—Hicimos votos, ¿sabes? En la salud y en la enfermedad. Llegó la enfermedad y lo calló, solo me mandó ese extraño video.

—Gladys... —Julian se vio impelido a tocarle una mano cuando la mujer emitió un quejido nacido del alma, pero no consiguió añadir nada más.

—A ti te quería mucho, decía que eras un joven talentoso. Le pesaba que no te hicieras escritor en vez de maestro de literatura.

—¿De verdad?

—Tus cuentos le parecían excelentes. «El Joyce del siglo XXI», así te llamaba mi Oliver Stewart.

—¿Mis cuentos?

—Los tenía en el cajón de su escritorio. Me los llegó a leer; no soy docta en el tema pero me encantaron. Ya sabes lo remilgoso que era Stewart. Insistía en las frases, esperando que yo valorara su profundidad.

—Lamento oír eso, no tenía por qué presionarte. Solo eran unos cuentos. Te confieso que se los di cuando recién entré a trabajar; buscaba ser aceptado por los profesores. No tenían otro objetivo... Mira, Gladys, no quisiera incomodarte, pero ¿me puedes platicar cómo fueron las últimas veces que tuviste comunicación con él?

—Al contrario, que lo preguntes te hace tremendamente humano. Por eso Stewart estaba obsesionado contigo. Le habría gustado que fueras su hijo. Pues mira, ¿qué hay más americano que una tarta de manzana? Stewart. Como buen americano tenía por orgullo haberse enlistado en el ejército, aunque lo rechazaron por lo de sus pies ligeramente encontrados...

«¿A dónde quiere llegar?», se preguntó Julian, mirándola con fingida atención.

—Todo esto es para decirte que su amor por el país quedaba en segundo plano ante dos cosas: los libros y su maldito orgullo. Simplemente se largó sin decirme nada. Al día siguiente vino ese hombre extraño a entregarme el video en el que mi esposo hablaba de su enfermedad y de un novedoso tratamiento en no sé qué parte de Europa. Cuando le pregunté detalles al hombre, solo se puso un dedo en la boca como diciéndome: cállate y no hagas más preguntas. Entonces recibí la visita de un psicólogo. Buen hombre, según mi parecer. Me dijo que Stewart participaba en el estudio de una vacuna experimental que podría curarlo de su avanzado cáncer de hígado. En fin. Eso fue todo el contacto que tuve con él. ¿A ti te buscó?

—No, Gladys.

—¿Lo ves? Fue egoísta. En fin. ¿Quieres verlo ahora?

—¿Ver?

—A Stewart, cariño, a Stewart...

La pequeña placa en la urna no dejaba lugar a dudas. Era Oliver Stewart. Gladys repitió algunas veces que la urna era de maderas preciosas: nogal con costados de palisandro. Así se lo habían dicho. Quizá resultaba atrevido tenerla en la vitrina junto a las fotos de familia, los platitos de colección de una marca de cereales y unos banderines de cuando Stewart estuvo en la logia universitaria en Columbia.

—¿Cómo fue el desenlace?

—Desconozco los detalles. —Gladys sacó de un cajón el certificado firmado por las autoridades sanitarias de un hospital en Berlín. El

documento daba fe de que las cenizas se correspondían con el ADN de Stewart, quien había muerto de cáncer de hígado—. Lo sé, Julian, me vas a preguntar si no investigué más; pero ese tipo, al que no le gusta que uno abra la boca, me trajo la urna, el certificado y un sobre con cien mil dólares. El dinero no me procuró las más mínima alegría, Dios sabe que nunca he sido ambiciosa, pero sí temor. ¿Quién te da tal cantidad si no hay algo turbio detrás?

—¿Y en la universidad no han preguntado por él?

—Oh, muchacho, no tenemos que fingir. A Stewart no lo soportaban demasiado, era un engreído. Sí, Stewart —Gladys le habló a la urna—, lo eras. No me repliques.

—¿Y la hija de Stewart?

—¿Stela? Santo Dios, esa mujer sí que es ambiciosa. Le envié cincuenta de los cien mil y ni siquiera me preguntó si su papá estaba enterrado en algún sitio para llevarle flores.

—Entiendo.

—¿Más té, Julian? ¿Quieres que te devuelva tus cuentos?

—No a los cuentos, sí al té —respondió él, aturdido.

Capítulo 60

Colocó la llave en otra posición, para ver si esta vez conseguía hacerla entrar en la cerradura. Se inclinó para tratar de ver si algo se había atorado en el orificio.

—No lo sigas intentando...

—Señora Featherstonehaugh —saludó Julian al girar y ver a la mujer cruzada de brazos.

—Me sorprende verte.

—Estuve de viaje. ¿Sabe por qué no puedo entrar a mi departamento?

—Pensé que te lo habían notificado. No pagaste el alquiler y no dijiste que te ibas; pasó el tiempo que la ley marca para que con una orden judicial sacaran tus pertenencias.

Julian la miró con sorpresa. Luego volteó hacia la puerta infranqueable.

—Está vacío. Lo dejaste en ruinas y necesita pintura y reparaciones.

—No me parece justo; estuve de viaje.

—Debiste avisarme. Tus muebles los llevaron a una bodega, puedo darte la dirección. No hay más en lo que pueda ayudarte. Lo mejor es que ya no te pares por aquí.

—Lo está disfrutando, ¿verdad?

La mujer agrandó sus ojos interrogantes.

—Sí, claro que sí, lo está gozando como la miserable que siempre ha sido.

—¡Oh, Dios!

Julian dio dos pasos hacia ella y la acorraló en el ángulo de la escalera.

—Señora Featherstonehaugh, no sé ni cómo me aprendí ese trabalenguas que lleva por nombre. Todo este tiempo me ha tratado peor que a la basura. Entiendo su punto: el dinero, el maldito dinero. Que alguien no lo tenga la hace tan feliz, la hace sentir con la autoridad de castrar al otro. ¿No le da miedo ser una abusona? ¿No le pasa por la cabeza que un día se tope con un

loco que le jale esos cabellos mal pintados y la arrastre a la parte trasera de un coche y la lleve a enterrar viva a Graniteville?

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! —exclamó de nuevo la mujer y huyó deprisa por la escalera sin dejar de dar gemidos apanicados.

Julian fue a instalarse en un hotel de medio pelo y se olvidó del asunto, luego se presentó en el cementerio con flores para las tumbas de Keys y Butter:

—Allan, la cagaste, sé que lo sabes. Entiendo la razón de tus juegos y tu cinismo; cuando Helen te abandonó te viniste abajo, pero seamos sinceros, de cualquier forma siempre fuiste un perdedor. No hay tragedia más grande que cuando un perdedor lo da todo a quien ama, porque lo que da siempre es aire. Tampoco estoy diciendo que fueras un vividor. Un perdedor y un vividor son cosas distintas. Tú eras lo primero, alguien incapaz de llenar los deseos de Helen. El vividor la habría convencido de que los llenaba, aunque fuera mentira... En fin, te marchaste haciendo bromas; la última es que estás ahí debajo. En cuanto a ti, Butter... nunca he tenido suerte con los perros. Ya me estaba encariñando contigo, pero pasó lo que pasó. Los amo, amigos.

El tiempo en Nueva York se tornó más lento de lo habitual, los inviernos eran nevosos y pesados. Muchas navidades las había pasado solo. La última estuvo con Diana y el tío Tom; le pareció insoportable, tanto como la que pasó alguna vez con Allan Keys. Tom estuvo contando anécdotas de todo lo que sufrió todos esos años en el trabajo, remarcando que era un privilegio tener una cena de Navidad en la mesa. Un privilegio quizá inmerecido, habiendo tanta hambre en el mundo. Debió mencionar pasajes del Antiguo Testamento unas setecientas veces. Se marchó a dormir temprano, carraspeando a cada rato desde su habitación, como para presionar a Julian para que se largara lo más pronto posible.

La que pasó con Allan fue irremediablemente patético: fumaron hierba, bebieron ron y comieron pavo comprado en una tienda de abarrotes. Allan habló de sus planes de futuro, los cuales, ambos sabían, nunca se llevarían a cabo. «Un golpe de suerte, amigo, solo necesito un golpe de suerte», decía de tanto en tanto. «Cuando lo dé, Helen volverá». Daba un acento de anticipada queja y derrota a las palabras.

Esta Navidad la pasó con Tim. La comida la compró en un buen restaurante, y no paró hasta dar con uno de esos vinos caros que había

probado en Anchorage. Aquella vez no le pareció que fuera la gran cosa. Ahora, al probarlo, le notó un sabor exquisito. Era extraño, pero de pronto la sensación de haber escapado del peligro se disipó. En su lugar fue surgiendo la idea de que se había salido de las ligas mayores. Entonces se recordaba que las cosas estaban en su sitio: la policía no lo buscaba por lo de Vernon y Keys, tenía quince mil de ahorros en el banco, y su posición en el trabajo resultaba inmejorable. La única pérdida en el camino había sido Diana Travis; la echaba de menos. El vino acrecentaba su desconsuelo, lo mismo que los copos de nieve deslizándose por su ventana y las canciones navideñas de Bing Crosby. Tal vez también lo hacían Nueva York entero, y hasta la maldita Estatua de la Libertad congelada en la bahía.

Pensaba todo esto con Tim del otro lado de la mesa, portando un suéter navideño y su mueca retorcida. El pavo al centro era gigante; la ensalada también; la tarta, ni se diga. El trío de velas verdes irradiaba demasiada luz para dos personas. Le había puesto un gorro con dibujitos de bastones de dulce a Tim. Julian lo miró largamente y de pronto estalló en carcajadas irrefrenables. Qué malditamente ridículo se veía. Pobre hermano, era la estampa de la imbecilidad y estaba vestido de esa manera. Ojalá pasara un milagro, ojalá Tim viniera del inframundo y le dijera: «¡Ey, idiota!, ¿te ríes de mí? ¿Te olvidas que el triunfador soy yo?». Pero no, Tim seguía con la boca abierta, babeando, y con la mirada tercamente pasmada en la nada.

Las lágrimas de tanto reír escurrieron ácidas y lacerantes. Pero su risa no nacía de una crueldad al estilo Sara Núñez. Entonces fue del otro lado de la mesa y, cuidadosamente, le limpió las babas con una servilleta. Le sirvió pavo y ensalada y le dio de comer en la boca. Le hizo beber sorbitos de vino. Quitó a Bing Crosby y puso esa música superficial que le gustaba a su hermano. Quiso que existieran los milagros, la magia súbita, como en esos musicales de Broadway. Que Tim, al oír sus canciones, se pusiera de pie y dijera: «¡He vuelto!», e hiciera unos pasos de tap mientras cantaba con voz de barítono: «I'm singing in the rain». A la abuela le gustaba esa música. Su hijo, es decir, papá, la odiaba igual que Tim y Julian. Tim solía decirle a Julian con voz baja: «La abuela ya empezó con eso. ¡Cómo mira a Kelly sujetándose de las farolas, mojándose de lluvia; mira cómo suspira la abuela por Gene Kelly. Creo que no sabe que el tipo era homosexual».

—Tim, escucha, escucha esto. ¿Recuerdas que le gustaba a papá?

Julian puso a Elvis y comenzó a bailar frente a Tim como parapléjico, con lo que Presley lograba hacer que las chicas enloquecieran. Tim volvió a babear. Julian sacó otro disco y le echó la aguja encima. Comenzó la fatídica «Wednesday Morning, 3 A.M.». Revivió el trayecto a Pittsburgh, el ruido de la despresurización cuando el chofer abrió las puertas del autobus. Fin del viaje, Julian nunca llegaría a Pittsburgh. La carretera no tenía fin. En realidad ninguna carretera lo tiene, solo hay una línea continua de asfalto. Las ciudades solo son islas en medio de la nada, con el único propósito de que esa línea siga existiendo, gris e infinita. Julian, ahora lo sabía, al bajar de ese camión en su huida inconclusa a Pittsburgh, abondonó toda posibilidad de una vida común.

Maldita sea, era Navidad. Seguro que Ördög estaría organizando algo delirante para el equipo y él se lo estaba perdido. Pero ¿por qué no hacerles una llamada? ¿Por qué no decirles que los extrañaba?

Le marcó a Diana, su número ya no existía.

But I'll have a blue, blue, blue, blue christmas.

Capítulo 61

Le organizaron un desayuno en Sabarsky en una mesa para once personas. Entre los asistentes estaban Brucks, Rita Wood, Héctor Gómez, Yoko Yamada y Joel Botella, además de un par de secretarias y alguien de recursos humanos. Julian no tuvo más remedio que esforzarse en sortear las preguntas sobre su ausencia. Los demás tampoco la estaban pasando bien; hacían maromas para evitar tocar el tema de la «prima» ahorcada. Por fortuna, Botella era de esos sujetos que a todo le encuentran gracia. De pronto se pasaba de la raya, pero en esta ocasión Julian lo agradeció, pues capturaba la atención con sus «No me lo van a creer...», «¿Les conté que...?», «¿Quieren saber un chisme?».

El tipo debía tener sus cuarenta y tantos y llamaba la atención de las mujeres. Tenía aire de don Juan latino y una buena facha, además de simpático y ocurrente. Pero cierto empeño en negarse a envejecer le jugaba en contra: se pintaba el cabello de un negro absoluto y solía usar camisas tan amarillas como su auto deportivo.

—Aquí hacen unos huevos con tocino formidables —dijo Botella para volver a centrar la atención sobre su persona, cuando notó que se dispersaba —. ¿O alguien hubiera preferido otra cosa?

—Pollo con ceniza de hoja santa, sopa de piedra, camarones salteados en pulque, hotdogs de carne de reno, por ejemplo —enumeró Julian.

El silencio fue absoluto. Julian se arrepintió de haber hablado y procuró, desde ese instante, mirar la mayor parte del tiempo el plato de huevos con tocino.

—Quiero dar un anuncio. —Botella se puso de pie y chocó dos cubiertos —. Voy a casarme.

Una vez que logró la atención de todos, rectificó con una sonrisa:

—A casarme con ustedes; no hay cosa más maravillosa que tenerlos por compañeros de trabajo. Sé que a veces los estudiantes se nos acercan para

hablar mal de tal o cual profesor...

—Dicen que eres un coqueto y algo gruñón —deslizó Yamada.

Dándose cuenta de que había tocado un punto difícil, Botella cambió de tema:

—Propongo que le hagamos una novatada a Julian Langford.

—¡Sí! —celebraron al unísono.

Botella echó una cucharada de huevo revuelto con tocino al jugo de Julian y se lo acercó.

—¡Bebe! ¡Bebe! ¡Bebe! —corearon.

Les siguió la broma, levantó el jugo y lo bebió hasta el fondo entre aplausos y risas. Los odió por estúpidos e infantiles.

Una llamada le sirvió de pretexto para despedirse de todos y agradecer la bienvenida. Salió del lugar y los miró desde el otro lado de la calle. Sabía de sus pequeñas mezquindades e hipocresías: Brucks no le había dado el puesto de Stewart porque se lo mereciera, sino por una mezcla de lástima y horror; siempre que se tomaban fotos grupales, Botella levantaba discretamente los talones para verse más alto que el resto; Rita Wood no parecía contenta con el regreso de Julian: las materias de Stewart eran sus favoritas, y ahora tendría que volver a impartir las introductorias; Gómez y Yamada —según le contó Diana— hacían comentarios a los alumnos sobre la poca capacidad de los otros profesores. Julian imaginó que estallaba una bomba y los hacía pedazos junto con todo y los malditos huevos con tocino.

Se quedó de ver con Thara en Central Park. La encontró de cara al lago. Sin el uniforme habitual del Memorial parecía una mujer de los cincuenta; traía un vestido de lunares ajustado a la cintura y acampanado.

—¿Llevas mucho aquí? —preguntó Julian.

—Oh, no, algunos minutos, pero los estoy disfrutando.

Contemplaron el lago como si fuera un cuadro en un museo.

—No todo es esto, ¿sabes, Julian? Me refiero a la realidad. Hay energías sutiles: el chi, lo llaman en oriente. Cuando el chi se desequilibra, el cuerpo enferma. El chi de tu hermano está desequilibrado; nunca se lo van a reestablecer en el Memorial, pero si quieres puedes llevarlo con la persona adecuada.

—¿Por qué me dices esto, Thara?

—Me estoy arriesgando, ¿sabes? Si le dijeras a Harper que Thara cree en la «brujería», perdería mi empleo.

—Me sorprende que te arriesgues.

—Considero egoísta no compartir el conocimiento.

—Háblame más de ese chi.

—Imagina un río que corre por tu cuerpo. Las cosas malas que hacemos son basura que estanca el fluir de ese río, lo mismo que las enfermedades. Muchas veces estas son generadas por lo que hacemos, nuestros actos, nuestros pensamientos en contra de otros.

—Conozco gente mala que no parece muy estancada.

—A la larga, enfermarán.

—Como todo mundo.

—Créeme que hay ancianos que mueren sin ningún achaque.

Parecía una chica sincera. Se preguntó qué pensaría de él si le dijera lo que vivió esas últimas semanas, si saldría corriendo horrorizada a hacerse una de limpia del chi, o si lo llevaría a que le sacaran el demonio del cuerpo. Francamente quiso reír, no creía en ese tipo de cosas. Nadie en este mundo podía componer el chi de Tim, pues más que basura estancada, lo que tenía era el cerebro aplastado, por ahí ya no podía fluir ningún tipo de río.

—¿No dices nada? ¿No eras tú el que dijo que el amor hace milagros? ¿Puedes tocar el amor? No, ¿verdad? Y, sin embargo, crees en él.

—¿El chi es amor? —interrogó Julian.

Se echaron a reír; había sonado tan cursi. Las risas se tornaron sutiles, la suave luz del sol iluminaba la mirada sincera de Thara. Él decidió aceptar su propuesta por puro agradecimiento. Además de que tal vez ella lo ayudaría a él —más que a Tim— a sacarlo de la rutina que se avecinaba: de la universidad y sus mezquindades, de la soledad en el cuarto del hotel, donde seguramente no haría otra cosa que pensar en Diana.

Caminaron por Central Park y se contaron pasajes de sus vidas —Julian los menos personales—. Thara tenía treinta y seis años, no había tenido relaciones serias ni tiempo para eso; vivía con su abuela, Kim, y llevaba tiempo sin plantearse un cambio de vida. La acompañó a la puerta de su edificio en Harlem y ella le dijo que mantendría su palabra de hacer algo por Tim.

Capítulo 62

En unos cuantos días se vio involucrado con Thara; Kenzo, un oriental de edad indescifrable que resultó filósofo sanador; la abuela Kim, una mujer en sus sesenta, de carácter recio, mordaz y algo impositivo, pero alegre y con un aire juvenil, a quien le gustaba reiterar anécdotas de cuando fue secretaria en la Casa Blanca; y Vinicio, amigo y pretendiente de Thara, resumido a la *friend zone*, que entre otras cosas se encargaba de llevar de compras a Kim y hacerle compañía. Julian notó que la abuela le daba esperanzas a Vinicio con Thara, pero que lo hacía para no perderlo, pues era claro que Thara lo trataba como a un hermano al que se le reprochan sus estupideces, dando por sentado que esa solo era una forma de quererlo. Él siempre lo soportaba, resignado. Vinicio no vio con buenos ojos la llegada de Julian, mostraba sus celos lo más contenidamente posible, pero se le escapaban miradas dolidas que Julian comprendía y le provocaban cierta compasión.

La primera vez que Kenzo vio a Tim, solo le dio unas palmaditas afectuosas. El sanador no le pareció muy espiritual cuando lo vio atascarse de hamburguesas y Coca-Cola.

Harper era muy quisquillosa con las salidas de los pacientes, pues no era extraño que regresaran con retrocesos que luego los médicos tenían que componer. Si hubiera un lema del Memorial sería: «Ni mejor ni peor. Nuestro objetivo es mantenerlos en un estado de ausente equilibro».

Julian le confesó a Thara que el gurú lo había decepcionado. Ella le pidió paciencia. Los efectos de la paciencia no fueron visibles en Tim, pero sí en Julian, que sin saber cuándo ni cómo, comenzó a formar parte de ese núcleo familiar. Los sábados jugaban dominó en parejas, mientras en la otra habitación Kenzo ponía incienso, música anestésica *new age* y le leía a Tim pasajes del Bhagavad Ghita y el Tao Te King. Su voz suave llegaba al comedor. Mientras se hacía la sopa, se ponía la mula de seis y se compartían

risas, y Julian y Thara se descubrían como una pareja nata en el dominó. Mientras tanto, el maestro leí en voz alta: «Antes que el cielo y la tierra, ya existía un ser inexpresable. Un ser vacío y silencioso, libre, inmutable y solitario».

Comenzaron los roces de mano, las sonrisas cómplices, las burlas cariñosas, los abracitos sin motivo, solo faltaba el momento oportuno. Fue una tarde cuando, saliendo del súper, la abuela Kim dio un mal paso y se luxó un tobillo. Vinicio la llevó al hospital. La casa quedó enteramente sola para Julian y Thara. Ninguno guardó ese momento como algo memorable. Julian no pudo evitar la comparación, fue muy distinto a como lo hacía con Diana. Thara se vistió enseguida y se puso a hacer otras cosas, como si lo sucedido no fuera más que otra de las actividades del día. Disfrutable, pero intrascendente.

Thara quiso mantener en secreto su relación, «para no herir a Vinicio» y para que la abuela no hiciera planes que no le correspondían. Aunque Julian dedujo que la que no quería hacer esos planes era la propia Thara. En cuanto a la universidad, Julian aprendió a lidiar con el autoengaño de la mayoría de los estudiantes y el suyo mismo, como lo había hecho Stewart y lo hacían Botello y los demás. Se limitó a concentrarse solo en aquellos a quienes les interesaba la literatura. Por las noches volvía a la habitación del hotel Stonegate, en Brooklyn, donde las vivencias del día entero se desvanecían como un humo que realmente no significaba nada. Estaba de regreso, instalado en la hostilidad de la vida neoyorquina.

«El infierno está vacío; todos los demonios están aquí», recordaba a Shakespeare. Y a Ördög.

Capítulo 63

Era la maldita octava vez que la abuela Kim le marcaba al teléfono. ¿Ignorar sus últimos mensajes no era una forma de decirle que no quería responder? Qué grave error haberle dicho «sí» a Thara, que no había problema si le daba su número a la abuela para cualquier emergencia. No contó con que para la vieja la palabra emergencia comprendía situaciones como «¿Me recomiendas a tu dentista?» hasta «¿Qué haces Julian, qué me cuentas?».

Respondió decidido a terminar con aquello.

—¿Y ahora qué ocurre, Kim?

—Uy, que duro.

—Lo siento, estoy por entrar a clase.

—No te quito tiempo, chico, solo necesito que me recomiendes una buena novela: algo sencillo, fácil de leer, pero a la vez profundo.

—*El viejo y el mar.*

—Oh, Dios, esa es aburrida. El maldito viejo no sale de lo mismo. Además, odio la pesca, y el mar, no se diga.

—*El guardián entre el centeno.*

—¿La que leen los magnicidas? ¿No puede ser algo menos pesimista?

—En realidad no lo es. El personaje produce una catarsis en los lectores que nos abre cierta luz y... —Había caído en la trampa. No paró hasta dar su punto de vista.

—Me has convencido, Julian. ¿Estará en PDF?

—¿Cómo?

—Sí, para descargarla de internet.

—Lo adecuado es que pagues por ella, Kim.

—¿Lo adecuado? —escupió una risilla desagradable—. No siempre tenemos que actuar bien, ¿sabes? ¿Acaso nunca has hecho algo reprochable?

—Kim... debo colgar, mis alumnos me esperan.

—Solo respóndeme eso, ¿has o no hecho algo incorrecto?

—Desde luego que sí, Kim.

—¡Bendito sea Dios! Estaba a punto de pensar que no eras de este mundo. Dicho esto, voy a descargar gratis la novela.

—Está bien, Kim, espero que te guste.

—No es para mí, es para Vinicio. Tuvimos una discusión, ¿sabes? Me hizo sentir una maldita ignorante, quiero demostrarle que el ignorante es él, que yo he leído y sé de lo que hablo.

—Ya que mencionas a Vinicio... él siempre está pendiente de ti. No quiero ocupar su lugar.

—¿Y eso qué significa?

—Que no tengo tiempo para ti —espetó decidido.

De pronto escuchó un lloriqueo. Levantó la mirada. Algunos alumnos y maestros pasaban por ahí. Ya lo saludaban sin la sorpresa ni la sonrisa afable de cuando recién regresó. Las hojas de los árboles parecían entumidas. Reparó en los edificios de tabique rojo, duros, definitivos. No los soportó, ni a estos ni al llanto de la mujer.

—Lo siento, Kim, no quise herirte. De verdad lo siento.

Esta vez escuchó una carcajada aguda y chirriante.

—¡Te la creíste, Julian Langford! ¿De verdad piensas que alguien puede lastimar a Kim Barnes? Déjame decirte algo, muchacho: cuando tu madre te limpiaba el trasero, yo ya había cogido con dos hombres juntos.

—¿Perdón?

—No te asustes. Aprendí muchas cosas en el camino, ¿sabes? Sé lo que es sobrevivir. Regresando a Vinicio, ¿crees que no sé que el idiota se masturba pensando en mi nieta? Pobre diablo, Thara nunca le hará caso. Estuve a punto de decirle que tú te la coges cuando me llamó anciana ignorante. Casi lo jalo de una oreja y lo llevo hasta el sofá donde dejaste cierto rastro de tu ADN... pero déjame decirte algo más, querido: me parece bien que te acuestes con ella. En serio, estupendo, bien por ti, bien por ella. Solo que nada es gratis en este mundo; todo tiene un precio. Tienes que casarte con Thara. Mentira. Es broma, eso no hace falta. Lo que quiero es que me cojas a mí también. Mentira. Es otra broma. Lo que quiero es que tomes el lugar de Vinicio. Ya no lo soporto. Es tan pero tan insulso... su aspecto es gelatinoso; su sonrisa, una puñalada en el hígado. Lo único que hace bien es cargar las

bolsas en el Walmart. Dime algo, ¿has conocido gente que cuando se levanta de un asiento lo deja oliendo de forma desagradable? Ese es Vinicio. Convive más conmigo, Julian, y mi nieta es tuya. ¿Te parece?

Capítulo 64

La voz de Thara no dejó lugar a dudas: tenía el talante de una orden aunque con un dejo de súplica. Julian dejó la clase a medias y corrió al departamento; la puerta estaba abierta y se oían voces al fondo. Sin detenerse demasiado, contempló aquellas escandalosas manchas de sangre en el suelo y, en uno de los sofás, unos platos rotos y una silla volcada. Llegó a la cocina y encontró a Thara y a dos mujeres.

—Marjorie y Rita, mis vecinas...

Julian hizo un ademán de saludo. Enseguida se enteró de la extraña situación. Kim y Vinicio habían tenido otra discusión. En esta ocasión terminó —por increíble que parezca— a golpes. Evidentemente Kim se había llevado las de perder: en ese momento estaba en el hospital. Vinicio se había dado a la fuga. Kim le había pedido a Thara no hacer ninguna denuncia, pues creía que le había sacado un ojo a Vinicio con un tenedor. Incluso puede que el ojo estuviera por ahí tirado; lo mejor era dejar a cada uno con sus heridas.

—¿Cómo? —interrogó Julian luego de escuchar aquello.

Las vecinas ayudaron a limpiar el desastre. Julian acompañó a Thara al hospital; Kim tendría que usar silla de ruedas por un tiempo y usar un collarín cervical. Por lo pronto, permanecería tres días más en el hospital.

La casa quedó enteramente sola para ellos. Julian quiso ir a su departamento por la noche, pero Thara le suplicó quedarse hasta que regresara Kim, pues tenía miedo de que se apareciera Vinicio vuelto loco. ¿Quién se pone a los golpes con una mujer mayor?

Le pareció justo hacer parte de la limpieza, siempre con el temor de que al pasar la escoba debajo de un mueble saldría rodando el ojo de Vinicio. Thara le decía que lo del ojo debió ser fantasía de su abuela, pues se lo dijo con la cabeza bañada en sangre, aturdida por la paliza.

Cuando Kim volvió, Julian no encontró la forma de evadir ayudar a la mujer a desplazarse en la silla de ruedas. ¿Acaso Thara no ayudaba a su hermano con las terapias de Kenzo? Era cierto que no habían servido para nada, pero la intención era lo que contaba. Después de todo, la vieja se había salido con la suya. A veces Julian creía notarle una mirada triunfal y burlona, pero con frecuencia decía «no quiero dar problemas», «puedo sola». Solo lo hacía para guardar las apariencias.

El punto de quiebre sucedió cuando la acompañó de compras. Era la muerte. Pudo entender que Vinicio se hubiera desquiciado. La mujer iba de pasillo en pasillo tomándose largos minutos para escoger entre un cereal y otro; leía cuidadosamente las etiquetas, y terminaba por volver al mismo pasillo para escoger el cereal que ya había descartado. Y qué decir de la carne... no le gustaba comprar de paquete, por lo que se formaba en la larga fila para que el despachador le cortara los trozos. Incluso le repelaba de qué parte debían ser los cortes. Todo el tiempo cambiaba de opinión con artículos de limpieza, conservas, alimentos enlatados. Tortura. Además le ordenaba a Julian de mala manera que le alcanzara tal cosa o la moviera con más prudencia en la silla de ruedas.

Al salir del súper, lo siguiente fue plegar la silla de ruedas, echarla en la cajuela del coche y ayudar a Kim a subir al asiento. Julian tuvo que soportar cuando, de pronto, se echó a reír y le dijo:

—Cariño, ¿y esa cara? Parece que pisaste mierda.

Julian imaginó a Vinicio soltando el primer golpe justo en el entrecejo, a Kim yéndose de espaldas y, siendo como es —aguerrida—, tomar una figura de vidrio pesado para descargársela a Vinicio en la cabeza. Él se le fue encima, clavándole los pulgares en la boca —sí, en la boca— para estirarla y romperle la sonrisa burlona. Imaginó que fue entonces cuando ella alcanzó el tenedor y lo clavó no al azar, sino fríamente, en aquel ojo donde retorció las cuatro puntas hacia un lado y otro.

La risa de Kim estaba muy justificada: Julian se había convertido en otro Vinicio, con la única diferencia de que Vinicio no consiguió a Thara y él sí. Pero... un momento, ¿realmente esa era una ventaja? ¿Thara, con su forma robótica de hacer el amor, valía la pena?

—Escúchame bien, Kim —dijo por lo bajo—, se acabó. No vuelvo a traerte al súper, no vuelvo a moverte en tu silla de ruedas entre los muebles

de tu casa, no vuelvo a jugar al dominó ni a escuchar tus largas y estúpidas anécdotas de cuando fuiste secretaria en la Casa Blanca. No te soporto, simplemente te detesto. Lo sé, no debería hablarle así a nadie, mucho menos a una persona de tu edad, pero resulta que te lo mereces. Cualquiera puede ver que es una injusticia que un tipo le pegue a una abuela, pero cuando se tiene la fotografía más completa, y esa abuela eres tú, Kim Barnes, capaz de desquiciar a Cristo, capaz de sacarle un ojo a cualquiera, uno puede tener sus reservas. Así que púdrete, Kim, púdrete sola. Y si piensas decírselo a Thara, adelante, hazlo, estoy listo para tener esa conversación con tu nieta.

—Oh, querido, tienes tanto que aprender. No creo que a Thara le importe lo que me has dicho; su prioridad no es esa, su prioridad es qué hará ahora que la embarazaste... Oye, no sé si olvidé comprar mi mermelada de arándanos.

Capítulo 65

Kim tuvo razón. Ni siquiera mencionaron el incidente cuando Julian y Thara volvieron a encontrarse en Central Park, de nuevo de cara al lago, contemplándolo ya no como un cuadro de museo sino como una mancha tediosa e inabarcable.

—¿Cuándo pensabas decírmelo?

—Oh, Julian, ahórrate esa frase.

—No estoy listo para algo así...

—Creo que antes de hablar debería hacerte una lista de lugares comunes a evitar. Mira, no me resulta fácil tomar una decisión. El aborto no me detiene por razones morales, pero le temo a las cirugías, y digamos que también tengo razones espirituales: es injusto cortar el chi de alguien que tenía planeado encarnar.

Julian se rascó la nariz para que no le viera del todo la risa nerviosa que estaba a punto de darle. ¿Por qué tenía que mencionar el maldito chi en esa encrucijada?

—Lo podría tener, ¿por qué no? Nos tendría a Kim y a mí. Y a ti, si te haces responsable.

—Es algo que debemos pensar —atinó a decir él.

—No, Julian, no es algo que «debemos pensar». Es mi cuerpo. Soy yo la que debo pensarlo. Te haré saber mi decisión.

Y eso fue todo. Se dio la media vuelta y lo dejó de cara al lago.

Ahora menos que nunca podía evitar pararse por casa de Thara, le importaba demasiado no ser tachado de cobarde. Otros tendrían una actitud más cínica, pero definitivamente no Julian Langford. De nuevo la vieja Kim ganó la partida, igual que ganaba en el dominó. Sus manos arrugadas revolvían las fichas en la mesa, fichas que hacían ese ruido hueco contra la madera. La mujer retomó las anécdotas de la Casa Blanca y púdranse escuchándolas.

—¿Les he dicho que Clinton también me quiso arrinconar en la oficina oval? De no estar en riesgo mi trabajo no habría tenido inconveniente, era tan guapo como Kennedy. Oigan, ¿por qué no sirven unos tragos? ¿Es que los jóvenes ya no saben divertirse? Vamos, rompamos el hielo. Sé que hacen cosas sucias a mis espaldas. No estoy diciendo que las hagan frente a mí, pero relájense. ¿O piensan que esta abuela no ha vivido? Una vez lo hice en un avión rumbo a Palma de Mallorca con un desconocido. ¿Quieren que les cuente?

«Desde luego que no», pensó Julian, viéndole los dientes ocres y ese destello de lujuria envejecida.

Los días se iban y la intranquilidad aumentaba. Thara no acababa de tomar una decisión. Cualquier pregunta al respecto se recibida con una tanda de acusaciones, como si Julian no debiera estar preocupado o feliz o como se le diera la gana. Las pocas horas que podía refugiarse en el cuarto de hotel le parecían oro molido, pero la soledad le jugaba en contra. Empezaba a hacerse toda clase de acusaciones. ¿Cuál era diferencia de haber sido títere de Ördög y ahora de Kim y Thara? Sí, había una: que esto no tenía ni pisca de glamur.

El teléfono sonó esa noche. Era ella, Diana.

Julian refrenó su alegría. Le respondió lacónico, pero amable:

—¿Cómo van las cosas?

—Bien, más que bien. Increíbles. La tensión que nos tocó vivir no existe más; nos enfocamos en el trabajo y nos llevamos bien.

—¿Incluso con Sara Núñez?

Diana comenzó a reír. Julian notó cuánto echaba de menos esa risa refrescante.

—No, con ella no. Sigue siendo una cabrona, pero no le queda más remedio que bajar la guardia al ver lo unidos que estamos. Ya entraron los nuevos.

—¿Quiénes fueron los elegidos?

—Oh, Julian, perdóname que no te lo diga. Debo guardar discreción.

—Entiendo —balbuceó herido; él ya no pertenecía al equipo.

—Pero cuéntame de ti, ¿qué tal tu regreso a la universidad? ¿Todo bien?

—Estupendamente —respondió trinando de rabia—. Me recibieron con mucho cariño, organizaron para mí un desayuno en Sabarsky.

—¿Dónde hacen esos huevos grasosos con tocino? —Volvió a reír—. Es broma... Qué bien, qué lindos todos. Bueno, te dejo. Solo quería decir algo, pero no sé si deba, Julian Langford.

—Si no debes, es porque es importante, así que dilo ya.

—Te extraño... Cristo, no debí decirlo.

Había llegado el momento de la verdad; quería ser sincero y responderle que tal vez ella no la extrañaba ni la mitad de lo que él, pero, al mismo tiempo, ¿dónde quedaba su orgullo?

—Diana, yo también te echo de menos, pero debemos seguir nuestros caminos. —Optó por esa respuesta intermedia.

—Es verdad. Debo colgar, me están esperando en el avión.

—¿El avión?

—El de Ördög.

—¿Puedo preguntar a dónde van?

—No debo decirlo, pero qué diablos, contigo me cuesta tener secretos. A Nueva York, habrá un ciclo de conferencias sobre el cáncer, el socio quisquilloso de Ördög insiste en que debemos estar ahí para sensibilizarnos realmente con la enfermedad y la vacuna.

—¿Podré verte cuando vengas?

—Oh, ya me están llamando. Debo colgar, cuídate, Julian. Siempre te extraño.

Capítulo 66

Un acosador, ¿de qué otra forma podía calificarse a sí mismo? A partir de aquella llamada comenzó a rondar por el edificio de Diana, una vez antes de la universidad y otra al salir. Necesitaba verla, necesitaba decirle lo mucho que deseaba volver a hacer el amor salvajemente con ella. En realidad no le diría nada de eso. La miraría con anhelo, a la espera de que ella comprendiera todo con solo esa mirada.

Al único que solía ver —maldita sea— era al tío Tom, arropado con su habitual, vieja y descolorida chamarra de pana color café y ese insoportable gesto de pétrea dignidad. Había que decir mucho de ese gesto, era como si la dignidad se mezclara con desprecio al mundo y un dejo de soberbia, como si se dijera «nadie es como yo, nadie entiende lo que he sufrido; soy una roca, Tom Jackson es la maldita roca donde Abraham clamó a Dios; nadie me supera en sufrimiento y dignidad».

En una ocasión le pareció que Tom lo había descubierto del otro lado de la calle. Julian se marchó deprisa, sin mirar atrás, pero no pudo quitarse de la mente esos ojos acusadores, inquisitivos. El viejo lo juzgaba y lo reprobaba. Ignoraba hasta dónde el tío sabía de las razones de Diana para irse y si lo culpaba a él.

Shakespeare se quedaba corto cuando dijo que el infierno se había vaciado y que todos los demonios estaban aquí. Era verdad, los demonios se encuentran en las almas rotas de esa gente que Julian miraba en el metro a las diez de la noche con caras de haber sido reventados por lo hostil que puede ser Nueva York, cuando unos y otros se atropellan con su egoísmo e indiferencia.

—Pinkerton —le increpó ese día en clase a uno de los alumnos más aventajados—, ¿qué te hace pensar que tu composición, que imita el estilo de Oscar Wilde, funciona?

El chico echó hacia atrás el cuerpo. No era un alumno que se dejara sorprender; talento le sobraba, pero su soberbia era incluso más grande.

—Apliqué las mismas estrategias narrativas —se defendió decididamente —: paradoja, crítica social, personajes multifacéticos, humor, mucho humor cáustico.

—¿Por qué subrayas el humor, Pinkerton?

—¿No es obvio? —Miró a todos en busca de una complicidad que debía ser evidente; como nadie se sentía a su altura, solo lo miraron intimidados —. El humor cáustico es algo de lo que carecen muchos escritores; eso los vuelve blandengues y aburridos.

—Déjame decirte algo: lo que menos encontré en tu escrito es humor.

Por primera vez los ojos de Pinkerton dejaron escapar un chispazo de furia, pero contratacó enseguida:

—Tal vez porque usted no lo tiene.

—De acuerdo, Pinkerton. —Julian se desplazó hasta la ventana—. Yo no tengo un sentido del humor cáustico, por lo que me cuesta descubrir dónde existe. Pero ¿qué es lo que te hace pensar que por vestirte al estilo de Wilde y pertenecer a la diversidad sexual te convertirás, automáticamente, en un Oscar Wilde, sarcástico y agudo? No, no pongas esa cara de que te estoy discriminando por marica. Sí, dije marica. No murmuren... seguro Wilde lo diría de sí mismo y escribiría algo cáustico al respecto. Pero tú y la gente como tú, Pinkerton, han encontrado la forma de lucrar con las palabras políticamente incorrectas, les sirven de bandera para aparentar ser la vanguardia. Pero, ¿sabes algo? No lo son. Al menos tú no lo eres. Tu escritura es pretenciosa, carece de talento. Quizá te sirva para una reunión en tu casa con otros pseudo escritores. Eso es todo, Pinkerton. No sé si tengas algo que decir...

—Váyase al carajo, maldito homófobo.

—Comprobada mi teoría, Pinkerton.

El siguiente enfrentamiento fue con Brucks, en su oficina.

—¿Qué tenías en la cabeza, Julian Langford? ¿Sabes que están organizando una marcha para exigir tu cabeza? No puedo creer que seas homofóbico.

—Pues no lo crea.

—¿Cuántos años tienes? ¿Veintisiete? ¿No deberías tener una mente abierta? ¡Yo tengo cincuenta y cuatro y, a pesar de eso, puedo entender perfectamente!

—Esa no fue la discusión con Pinkerton; mi punto es que usa sus preferencias como un arma.

—Lo llamaste «marica».

—Como si el me llamara «cabrón».

—No es lo mismo, Langford.

—¿O sea que sí está mal ser marica?

—¡No! —exclamó Brucks, aturdido; abrió un cajón del escritorio, sacó un dulce y se lo echó a la boca—. Tienes que disculparte en público. Si esto crece, el comité tomará cartas en el asunto y es posible tu despido.

—Lo voy a pensar.

Brucks rompió el dulce entre las muelas.

Capítulo 67

La mañana siguiente no se presentó al trabajo, no por miedo a afrontar las protestas, sino por el mensaje de Diana: «Diez minutos, Julian, no puedo más tiempo. Te veo afuera del Astor Plaza. A las once».

Llevaba un vestido verde que destacaba su piel oscura; había adelgazado un par de kilos, pero se seguía viendo tan hermosa como siempre, con esa cabellera ensortijada y abundante, esos labios delineados y la mirada decidida. Le sonrió y le dio un abrazo corto. La chica era un poco más alta que él, un par de centímetros quizá.

—Lo siento, Julian, no me tomes a mal los diez minutos; ya sabes cómo son las cosas con Ördög, firmamos acuerdos de confidencialidad.

—Lo entiendo. ¿Tomamos algo?

—No creo que dé tiempo. Oye, ¿cómo estás? —Volvió a sonreír—. Te ves estupendo. ¿Cómo van las clases?

—Diana, no sigas con eso. Te extraño, me cuesta estar sin ti —confesó.

—Es mejor no decir esas cosas.

—¿Entonces qué se supone que está bien decir? ¿Hablamos del clima? ¿De la maldita universidad? ¿De Brucks? ¿De cómo ves Nueva York ahora que regresaste? ¿De...?

Diana le cerró la boca con un beso. Él no tuvo objeción, lo continuó y, cuando ella quiso separarse, no la dejó; le sacó partida a cada segundo de esos diez minutos. Ella parecía tenerlos bien calculados, porque se apartó a tiempo. Le deseó suerte, pero él la sujetó de una mano y le pidió que volvieran a estar juntos cuando terminara lo de Ördög. ¿O es que ahora que iba a ser rica él ya no estaba en su radar?

—Hagamos algo: dejemos que el tiempo ponga todo en su lugar. Debo irme.

—¿Cuántos días más estarás en la ciudad?

—No se trata de eso. No haremos otra cosa que ir al congreso y permanecer en el hotel.

—¿Dónde es el congreso?

—No es bueno que vayas, puede verte Ördög.

—No le debo nada a Ördög.

—De acuerdo. Si tanto te interesa, averígualo por ti mismo. Chao. —Le dio un beso en la mejilla y huyó deprisa.

Oncolnnovacion: Nuevas Perspectivas Médicas, ese era el complicado nombre del congreso en el Rockefeller Center. El problema eran los horarios. Las sesiones serían durante toda la semana justo en horas de clases. De todos modos no lo pensó demasiado; envió un correo reportándose enfermo y evitó ver cuál era la respuesta.

Ensayó su actitud por si se encontraba con Ördög y los demás: ningún comentario resentido o pusilánime ni rastro de ansiedad o arrepentimiento de su decisión de largarse. Pero cuidado con mostrarse feliz, porque se le notaria la falsedad. Esa parte sería la complicada, pretender estar en paz mientras lo golpeaba el terremoto de estar en la encrucijada entre el aborto y convertirse en padre de un hijo no deseado con una mujer a la que no amaba, emparentado con una abuela insoportable y con la posibilidad de ser despedido en medio del descredito. No, nada de eso debía pasar por su cabeza cuando les sonriera al estilo Kenzo.

No vio a Ördög, pero sí a Marbel, Sara, Diana y a cuatro nuevos: tres hombres y una mujer, ninguno de los que fueron ratones de laboratorio.

Pudo escuchar con dificultad las conferencias sapienciales de quienes, sin duda, a juzgar por los trípticos que les daban al entrar, eran prestigiados médicos y científicos. Apenas se le quedaron dos palabras comprensibles: inmunoterapia y terapia dirigida. Con su mirada buscó la de Diana, que estaba algunos asientos más adelante. Pero ella y el resto del grupo apenas repararon en él. Marbel lo miró, curiosa, pero su rostro inexpresivo tornaba indescifrable lo que estaría pensando de él. En el receso los abordó como a viejos camaradas, pero ellos se limitaron a mantener los buenos modales, lo que le provocó ira, que trató de canalizar emulando el sarcasmo de Wilde. Pero en algo Pinkerton tenía razón: no era lo suyo.

—¿No les han dicho sobre mí, Julian Langford? ¿No? ¿A ustedes qué les tocó hacer? ¿Enterrar vivo a alguien? ¿Escupir gente? ¿Hundir un cadáver en un lago?

Diana forzó una sonrisa, lo tomó del brazo y se lo llevó. Le habló en un pasillo.

—¿¡Te volviste loco!? ¡Ellos no saben nada de eso!

—¿Qué pasó con los seleccionados, los otros?

—No tengo maldita idea. Pero ¿qué te importa? Ya estás fuera de esto, como tanto querías.

—¿Los mataron?

—¿Matar? —Se echó a reír—. El único al que mataron ha sido a Torton, y ya atraparon al asesino.

Julian la miró con desconcierto.

—Torton se involucró con un sujeto, y lo llevó a su habitación en el hotel. El tipo lo mató y le robó. Esa fue toda la historia.

—¿Quién cuenta esa historia?

—La policía. Le encontraron pertenencias al sujeto y confesó. Pero eso qué más da... Julian, escogiste regresar a tu vida, ¿qué pasa contigo?

—Ukara murió de una forma extraña y repentina.

—Santo Dios... ¡se intoxicó! ¡La desgraciada se intoxicó! ¿Okey?

—¿Por qué la llamas así?

—Porque era tan maldita como Sara; siempre nos vieron por debajo del hombro... puf, ya te estoy hablando como si todavía fueras parte de nosotros.

Las palabras le quemaron el pecho, dejaban en claro no solo que él ya no era parte del grupo, sino que ella sí lo era. No le quedaba más remedio que dar la media vuelta y regresar a su maldita vida. Se armó de valor, asintió y dio esa media vuelta.

—Julian, espera... ya lo pensé bien. Cuando todo esto termine, regresare contigo. A Nueva York.

Dibujó una sonrisa. De pronto las cosas empezaban a volver a su lugar.

—¿Todo bien, cariño? —preguntó uno de los nuevos del equipo, un sujeto rubio, acercándose a Diana.

Ella miró rápidamente a Julian y se fue con el tipo.

Capítulo 68

Los siguientes tres días regresó a las conferencias, pero no a la universidad. Se encerró en la habitación. Ocasionalmente iba a la sala de Stonegate a mirar la vieja tele con tres inquilinos tan silenciosos y derrotados como él. Al menos esa pinta tenían el tipo que siempre andaba con una pijama vieja y guanga, el otro que no dejaba de comer frituras y el bajito malencarado de lentes grasosos y empañados.

La palabra «cariño» le rebotaba como el badajo en una campana. ¿Había sido solo una expresión o había algo entre Diana y el rubio? De haberlo, ¿por qué dijo lo de regresar con él cuando volviera a Nueva York?

Thara —y sobre todo Kim— no dejaban de enviarle mensajes. Pensó que serían ellas cuando una tarde alternaron golpes en la puerta. No hizo caso. Entonces escuchó el pequeño desliz rasposo bajo la puerta. Era un sobre. Fue a levantarlo, abrió la carta y leyó que estaba despedido de la universidad por homofobia. La firmaban todos los profesores, incluido Brucks.

Arrugó el papel y trató de echarlo en el bote de basura. No atinó. Timbró el teléfono; respondió sin fijarse quién era, daba igual.

—Hasta que contestas, desgraciado.

—Tu voz me suena familiar.

—No seas cínico. ¡Soy yo, Thara! Ya tomé mi decisión. Tendré al bebé. Ahora te tocará tomar la tuya: afrontarlo o huir como un cobarde. Kim apuesta que harás lo segundo.

Clic.

Hizo lo procedente: ir a emborracharse a Beerkeeper. Luego de girar el vaso unas cuantas veces, ya no tuvo forma de concentrarse en planear su futuro. Tenía ocho mil dólares en el banco; no era la gran suma, pero bien podía no angustiarse tan pronto y barajar algunos sitios donde dar clases. Después de todo, existían más universidades, y si en su situación actual eso

era demasiado ambicioso, no descartaba trabajar en una preparatoria. ¿Le daría Brucks una carta de recomendación? No, el cobarde no lo haría.

—¿Julian? ¿Julian Langford? —interrogó la pelirroja en el otro extremo de la barra.

Julian no la reconocía ni le causaba una grata impresión; tenía facha de haber salido a cazar a cualquier tipo, con el maquillaje excesivo y esa falda entallada. Ella se acercó con su trago. Entonces sí que la reconoció.

—Kathy Perris, vaya sorpresa.

—Yo misma. Mira, ahora soy pelirroja, ¿qué opinas? —Sacudió el cabello.

Julian alzó su vaso y brindó por eso.

—Oye, espero que no haya resentimientos entre nosotros.

—De mi parte, ninguno.

—Es un alivio escucharlo. Tengo un buen recuerdo de ti... y de tu amiguito —dijo bajando la mirada a la entrepierna de Julian.

Le respondió con una sonrisa, evadiendo su insinuación:

—¿Sigues de jefa?

—Ascendí a gerente de relaciones.

—¿Y eso qué significa?

—Crear nexos entre grandes compañías, viajar todo el tiempo... Tengo una oficina en Manhattan, pero casi no me paro por ahí. ¿Qué hay de ti?

Maldita pregunta. ¿Por qué todos hacían esa pregunta?

—Conseguí tiempo completo en la universidad.

—Invítame a tu departamento.

—¿Cómo?

—Invítame a tu departamento; no quiero seguir bebiendo aquí.

La miró desconcertado.

—Oh, no pienses eso. —Kathy se echó a reír—. No quiero eso contigo. Tengo a alguien, uno de veintiuno. Tampoco te lo digo para herirte, ¿eh? Solo quiero que hablemos en privado. ¿Crees en las señales?

—¿Cómo?

—Te lo explico en tu departamento. —Se puso de pie, pagó los tragos y lo tomó del brazo para salir del bar.

Lo siento, diría después él, despejando revistas del sofá para que Kathy se sentara. Se sentía cohibido de que hubiera descubierto que vivía en un hotel

dos estrellas.

—¿Bourbon o ron? Es lo único que tengo, Kathy.

—El ron es peligroso para mí. Me dan unas ganas locas de quitarme la ropa, y esta cita es estrictamente de negocios, querido.

—¿Negocios? —interrogó él, lanzando la mirada a un lugar que parecía más bien la pocilga de un suicida que un sitio en el cual discutir una oportunidad financiera.

Kathy Perris le ofreció un puesto en Manhattan. Lo único glamoroso era eso, Manhattan. Lo demás, asistir al secretario-amante de veintiuno de Kathy Perris.

—Oh, Julian, sé que el puesto de Liam debería ser tuyo. Tuyo o de cualquiera, porque mi niño es un inútil. Un verdadero incompetente. ¿Me sirves otro bourbon, cariño?

Julian tomó el vaso vacío, pintado de labial en el contorno, y le sirvió uno doble.

—No pienses que lo tengo en ese puesto porque me acuesto con él. Esa es la mitad de la verdad; la otra es que Liam es hijo de un alto ejecutivo. El hecho es que se necesita a alguien que haga el trabajo. Pero que al final Liam se pare el cuello. Así de claro. Te ofrezco ochenta y siete mil al año. Tendrías que dejar la universidad; esto es de tiempo completo.

—¿Por qué me lo ofreces a mí? No sé nada de negocios.

—Te pondré a tres personas para que te capaciten.

—¿Podrías ser un poco más sincera?

—Nadie lo soporta. Ha despedido a tres.

—¿Qué te hace pensar que me soportará a mí?

—Porque le agradas.

—¿Cómo, si no me conoce?

Kathy esbozó una sonrisa pícara y dio un buen trago antes de responder:

—Nos contamos intimidades. Es divertido. Le he dicho lo que tú y yo hacíamos en mi oficina del *call center*. Eres su héroe, Julian Langford, su modelo a seguir. Liam es un niño. Le falta padre.

—¿No dijiste que es hijo de un alto mando?

—Por eso mismo, le falta padre.

—Yo solo tengo veintisiete.

—Seis años marcan una gran diferencia, créeme.

Capítulo 69

Caminó por West End hasta la 71 y de ahí llegó a Strawberry Field, en Central Park, donde, de cara al monumento, pensó que tarde o temprano a todos se les presenta el llamado a sentar cabeza. Hay dos tipos de personas: los que se niegan al llamado y echan a perder sus vidas, como Allan Keys, y los que toman al toro por los cuernos, como Kathy Perris, y se ganan el respeto de los demás, aunque también echen a perder sus vidas. Todo se resume a decidir cuál de las dos formas de ser infeliz es menos dolorosa: la del hazmerreír o la del socialmente exitoso.

Más tarde, cuando tocó la puerta y le abrieron, recibió la mirada sorprendida de Thara. Al fondo, Kim lo miraba malditamente triunfal. Minutos después, sentado a la mesa con ellas —Kim ya había dejado la silla de ruedas—, les planteó que asumiría su responsabilidad. Tendrían al bebé y él empezaría a trabajar en un corporativo en Manhattan. Solo ponía una condición, una no negociable: que él, Thara y el bebé vivirían aparte.

—¿Acaso estorbo? —preguntó Kim.

Julian la miró, incrédulo. «¿No era evidente?», pensó.

—Pues no estoy de acuerdo, un bebé necesita a su abuela. ¿Si no quién lo va a echar a perder? —continuó la anciana.

—Podrás hacerte la simpática, Kim, pero aquí ya nos conocemos todos y jugamos con las cartas abiertas. No te soporto y, aunque aparentes otra cosa, tú tampoco a mí. Si pudieras, me harías tu esclavo como lo fue Vinicio.

—No le hables así —protestó Thara.

—Oh, no importa, déjalo. De alguna forma tiene que sacar la rabia de lo que está por hacer no por gusto, sino por obligación. Además, no me importa. Me las arreglaré; a Kim Barnes no se le cierra el mundo. Jimmy, el de la tienda, es pensionado y divertido. Me ha insinuado cosas; consideraré la posibilidad de que vivamos juntos.

Ese mismo día le marcó a Kathy para decirle que aceptaba el puesto. Ella se puso de lo más feliz; le pidió esmeradamente que comprara unos buenos trajes y corbatas, pues, sinceramente, se seguía vistiendo como un muchacho sin futuro. Había que asumir ciertas reglas sociales.

Julian no tuvo inconveniente. Tomó parte de sus ocho mil dólares y fue a Hockerty. Le tomaron medidas y dos días después estaba listo para Wall Street o lo que viniera por delante. Cada pieza del tablero ocupaba su lugar. Sin embargo, no se reconocía al mirarse de cuerpo entero en el espejo con ese traje azul oscuro, el falso pañuelo blanco en el bolsillo horizontal, la corbata en ese tono, la camisa blanca y los zapatos estirados y apretados. Podía poner todo de su parte, jugar el juego social, pero no engañarse a sí mismo. Había tomado la decisión de encaminarse adonde marchaban las triunfadoras, como Kathy Perris, y no los perdedores, los Allan Keys del mundo. Igualmente sería desdichado, pero eso no le quitaba ser un Langford.

El primer lunes de oficina llegó con el final del invierno. Subió los cincuenta y siete pisos del edificio y se acercó a la recepción. Se anunció y la secretaria lo hizo pasar a la sala de juntas, ahí lo aguardaban Kathy y Liam. El muchacho tenía buena pinta. Era el prototipo del chico americano ejercitado, quizá egresado de una buena universidad; el traje y la corbata no lograban esconder del todo cierto gesto de pícaro barbaján. Kathy los presentó y le dijo a Julian que lo único que debía hacer ese día era seguir a Liam y a sus tres asistentes a todas partes. Los asistentes le indicarían sus tareas.

—Tómatelo con calma —concluyó Kathy y los dejó solos; tenía cosas qué hacer, pero estaría al pendiente.

Liam resultó de pocas palabras, pero le pidió a Julian que le dijera cómo había conocido a Kathy. Le habló del *call center* sin atreverse a entrar en más detalles; quizá eso de que ella y Liam hablaban sobre la intimidad no era del todo cierto y podía meter la pata. Liam lo miraba con ojos de lince y una leve sonrisa sosegada. Aquellos veinte minutos de paz y serenidad parecían anunciar que tal vez el trabajo no sería tan estresante, pero en cuanto los tres asistentes de Liam aparecieron por la puerta, comenzó la acción.

Asistió a tres juntas seguidas y largas, a fuego lento, donde se discutieron cifras, estrategias, complicaciones en esta y otra filial corporativa por culpa del personal o los competidores. Los ejecutivos hablaban sesudamente. Cuando pedían opiniones miraban a Julian, a la espera de su parecer. «Él es nuevo», decía alguno de los asistentes; «Pronto estará al corriente», señalaba otro en tono de amable advertencia. «¿No es así, Julian?». «Así es», respondía este, intimidado. Liam, el bueno para nada según lo había definido la propia Kathy, seguía manteniendo ese envidiable aplomo a pesar de tampoco entender un carajo.

Fue en la última junta que Julian recibió un mensaje, lo leyó discretamente en el teléfono. Era del Memorial, le pedían que se comunicara con urgencia. Levantó la cara. Al ver a esa gente seria y bien vestida, devanándose los sesos en soluciones financieras, no se sintió con el derecho de pedir un minuto y salir de ahí a hacer una llamada al Memorial. Parecía que la junta estaba a punto de concluir. Aún duro quince minutos más. En cuanto salieron de ahí, Julian fue detrás de Liam y sus asistentes, marcando al Memorial mientras caminaba.

—Julian, soy yo, Thara. Tu hermano se ha puesto mal. Creemos que no es algo serio, pero sería bueno que vinieras...

—Thara, es mi primer día de trabajo.

—Lo sé, pero puedes pedir permiso.

—¿Lo crees realmente necesario?

—Es Harper la que me pidió que te avisara.

—Tú conoces a Tim. ¿Cuál es tu opinión?

—Yo no soy doctora, soy enfermera. No sabría qué decirte, mejor tú decídelo.

—Julian, ¿vienes? —Le pidió uno de los asistentes, que estaba reunido con Liam y los otros.

Colgó y se acercó al grupo. Estos comenzaron a hablar por lo bajo una segunda versión de la junta. Malditos tramposos, esa era la definición de los ejecutivos con los que antes habían dialogado amablemente. Había que diseñar una estrategia y darles la vuelta. Implicaría horas extras de trabajo, pero bien valían la pena.

—Consultémoslo con Kathy. ¿Te parece bien que lo consultemos con ella? —interrogó a Liam uno de los asistentes.

—Sí, me parece bien. Háganlo —ordenó en tono de que le daba igual.

El teléfono de Julian volvió a sonar; se apartó para responder.

—Julian, soy de nuevo yo, Thara. Lo hablé con Harper, dice que definitivamente sí es lo mejor que vengas.

—Thara, me estás preocupando. ¿Qué tiene mi hermano? ¿Es grave?

—Yo lo veo bien.

—¿Entonces por qué insistes en que vaya?

—Maldita sea, yo no insisto, es la directora.

—Salgo a las siete, ¿está bien si espero hasta esa hora?

—Creo que sí.

—¿Crees?

—Julian, no me hagas responsable de nada, solo te digo mi parecer. Pienso que Tim puede esperar, pero ese es solo mi parecer. ¿Estoy siendo clara?

—¿Julian? ¿Nos sigues?

Los asistentes y Liam lo aguardaban en el ascensor. Subieron dos pisos más, al cincuenta y nueve. Se instalaron en una sala de juntas más amplia que las anteriores; se enfrascaron en el diseño de la estrategia para perjudicar a los ejecutivos sin que pareciera ese el propósito. Marcaron y borraron, marcaron y borraron la lluvia de ideas en una pizarra más absorbente que el paisaje del otro lado de los ventanales, en los que se apreciaban los rascacielos. El siguiente mensaje de Thara fue menos vacilante: «Julian, sí es grave. Ven ya».

Levantó los ojos, el reloj en la pared marcaba las seis y diez de la tarde; faltaban cincuenta minutos para salir, eso si la salida a las siete en punto era una regla que respetaran, cosa dudosa. Debía irse, esta vez no cabían las vacilaciones. Decidió cazar un momento de silencio para poder decirlo, pero esa gente no hacía pausas; se turnaban la palabra con rápida destreza. Todos menos Liam, que se daba el lujo de mirar a cada rato el celular y ausentarse del debate sin problema alguno.

—Debo irme, mi hermano está en el hospital, es grave —espetó Julian en cuanto le salieron las palabras.

Lo miraron con enojo por la interrupción, pero también con una comprensión absoluta. En ese momento todos estaban arremangados y las corbatas flojas. El cansancio evidente.

—Ya casi terminamos, Julian, solo cinco minutos —dijo Liam, que en todo el día no se había dirigido a él, sin dejar de ver el celular—. Sigan, ¿qué decían?

Volvieron al punto en cuestión. Llegaron a ideas cúspides, les encontraban inconvenientes y recomenzaban. De pronto apareció en su radar el rostro de Julian; era imposible no mirarlo de vez en cuando. A él se le figuraba que odiaban tener que verlo, porque luchaban contra la necesidad de compadecerlo. Carajo, ¿cabe la compasión en un sitio así? La compasión en un rascacielos de Manhattan era como un pato extraviado en el desierto.

Julian miró decididamente el reloj para que Liam lo notara, pero este no le dio importancia.

—Quizá debamos parar por ahora —dijo alguien.

Tal vez sintió compasión, cansancio o quizás pensó que ya no llegarían a ninguna parte.

—Solo repitamos las conclusiones para que no las olvidemos —ordenó Liam—. ¿Las anotas, Julian?

Este comenzó a escribir en la computadora lo que aquellos decían, importándole un bledo el contenido de las ideas. Se recordó haciendo anotaciones con el equipo en Anchorage y, definitivamente, le pareció que estas tenían mucho menos importancia. Tim cruzó por su mente: los buenos momentos de la infancia, los juegos a plomo de sol, las carcajadas inolvidables cuando hacían alguna travesura juntos.

Comenzaron a tomar sus cosas para irse, habían terminado. Julian no esperó más. Se despidió y fue hacia la puerta.

—Espera —dijo Liam—, ¿cómo irás al hospital?

—Pediré un taxi.

—No, espera, yo te llevo.

Fueron al ascensor. Liam picó el botón; esperaron dos largos minutos hasta que se abrió la puerta.

—Debí pasar al baño —dijo Liam.

Julian no le respondió. Iba serio. Espraba que aquel no quisiera detenerse en algún piso para ir al baño. El descenso de los cincuenta y nueve pisos se convirtió en una lentísima tortura. El celular volvía a sonar a cada instante; Julian sabía que serían mensajes de Thara, no quiso ni mirarlos.

—Dice Kathy que la tienes grande... ¿es cierto eso, Langford? ¿La tienes grande? —Liam habló de cara a una pared lateral del ascensor—. Kathy habla bastante cuando está ebria... —añadió Liam y, sin más, se bajó la bragueta, se sacó el pene y comenzó a orinar en una esquina.

El chorro golpeó la pared y el piso del ascensor, escurriendo en medio de los zapatos de Liam. Julian siguió con la mirada el chorro, que se acumuló en una orilla del suelo. Liam se sacudió el miembro, lo regresó a su lugar y, cuando se abrió la puerta, salió por delante.

—Mejor sí toma el taxi, ha sido un día largo.

Capítulo 70

Arrastró los pies al recibidor del Memorial. Eran las ocho y media de la noche, hora del segundo turno, y Harper no estaba. El doctor Jones levantó la cara y miró a Julian con un gesto de devastación ajena. No era él quien la estaba pasando mal, pero su semblante anunciaba la tragedia.

—Siéntate por favor, Julian.

—Quiero ver a mi hermano.

—Siéntate primero.

Thara llegó al marco de la puerta.

—No vine hasta aquí para...

—Tim ya no está con nosotros —espetó Jones.

Los ojos de Julian buscaron los de Thara y luego se clavaron en el vacío.

—Todo parece indicar que fue un infarto, no sufrió.

—Quiero verlo.

Lo acompañaron a la habitación. Tim parecía dormido, pero cuando lo tocó, lo sintió frío. Su semblante lucía normal, como si al irse se le hubieran relajado los músculos faciales o el cerebro hubiera dado una última orden para que no siguiera chueco. Este era el Tim de antes de la enfermedad, justo este.

—Habrá que hacerle la necropsia —dijo Jones—, así que no podemos entregarte hoy mismo a Tim. No tenemos personal; será por la mañana.

—De acuerdo —dijo Julian y salió de la habitación.

Thara lo alcanzó en el pasillo.

—¿A dónde vas?

—A dormir, tuve un día largo en la oficina.

—No tienes que hacerte el fuerte, ¿sabes?

—No lo hago, pero no hay nada que hacer hasta mañana.

—¿Me culpas?

—¿Por qué habría de hacerlo?

—No lo sé, te noto seco conmigo, duro.

—Murió mi hermano, no puedo estar de otra forma. Vengo mañana, Thara. Habrá que preparar el sepelio, avisarle a Anita Domínguez.

Thara lo miró con extrañeza.

—¡Sí, a ella! —exclamó Julian—. ¿Por qué no, si fueron novios?

—Julian, no digas eso, no tiene sentido. No lo fueron.

—¿Por qué no? —interrogó sobresaltado—. ¿Solo porque no podían amarse cuerpo a cuerpo, porque no vivían juntos ni pagaban una hipoteca? ¡Maldita sea, Thara! ¡Dices creer en las energías, pero tu maldito egoísmo te ciega!

—¡No me hables así solo porque murió tu hermano!

—¿Solo?

Ella ya no respondió.

Julian salió del Memorial a esperar un taxi. Se permitió llorar en el asiento trasero, de cara a la ventanilla, para que el taxista no lo viera por el retrovisor. Intentó recordar experiencias vividas con Tim, pero no logró anclarse a ninguna, a no ser la noche de Navidad frente al pavo frío, con las velas excesivas y el gorro patético en su cabeza, pero aun ese recuerdo lo abandonó enseguida.

Pasó junto al encargado del hotel, que coqueteaba con la camarera. Arrastró los pies hasta el cuarto, se aflojó la corbata y se encogió de lado en el sofá. Comenzaron a golpearle sentimientos encontrados de tristeza y liberación. No más cargar con Tim enfermo, pero tampoco esperanza de que pudiera recuperar algo de motricidad.

Sonó el teléfono. Lo tomó, quizá era Thara nuevamente.

—Soy yo, Diana.

—Diana —dijo él, tallándose los ojos.

—¿Dormías? Tu voz suena rara.

—Estaba callado, eso es todo.

—Oye, nos iremos de nuevo a Anchorage. Quería despedirme de ti.

—Buen viaje.

—Es que quisiera que nos despidiéramos en persona.

—¿Estás segura?

—Sí, Julian, es importante. No nos veremos hasta que termine lo de Anchorage. ¿Recuerdas que eso acordamos?

—Me quedé con la duda cuando el tipo ese te llamó «cariño».

—¿Richard? Richard no es importante. ¿Podemos vernos, por favor?

—¿Qué significa que no es importante?

—Solo eso.

—¿Te parece si desayunemos juntos?

—No, Julian, nos vamos temprano. Yo hablaba de ahora, de cenar en algún lugar especial.

—¿Ahora mismo? —replicó él.

—No es tarde.

Ella tenía razón, pero el día había sido tan largo y tortuoso que bien podían ser las tres de la mañana.

—¿Qué lugar tienes en mente?

—El Trattoria, donde me llevaste cuando salimos por primera vez.

Se bañó y se puso otro de los trajes y corbatas que había comprado en Hockerty. Debía ir presentable al Trattoria. A pesar de la tragedia, sería feliz porque estaría con Diana un par de horas. Literalmente serían las últimas, pues no habría un después cuando ella volviera de Anchorage. Había llegado la hora de romper las ilusiones, le diría que lo alcanzó el destino, que Thara estaba embarazada, tenía un empleo nuevo y un hermano muerto. «Cosas del deber, ¿sabes? No cosas que se quieren. Lo sé, te sorprende que estemos aquí con una copa de vino y a punto de comer pasta a la arrabiata, pero no hay nada que hacer hasta mañana. No te preocupes, me puedo desvelar. Faltaré al trabajo, tengo que enterrar a un hermano. Si el imbécil de mi jefe no lo entiende, que se pudra, que me eche. Buscaré otro empleo; tal vez de eso se trata mi vida, de no tener nada fijo. No quiero perder el tiempo hablándote de mi jefe, solo tiene veintiún años y ya es una mierda de persona. Se orina en los ascensores, ¿sabes? Así como lo escuchas...».

Salió del edificio, abordó otro taxi y llegó puntual al Trattoria. Pidió la misma mesa donde estuvo con Diana por primera vez, a ella le gustaría eso. El camarero le ofreció algo de beber; Julian le pidió un vaso de agua simple. Nada con alcohol hasta tener algo en el estómago. Tomó la carta y revisó los platillos. Eran exactamente los mismos de siempre.

—Hola, querido.

Julian levantó la vista. Ördög le sonrió.

—Dime que aquí tienen un tinto gaja barbaresco.

Capítulo 71

Ördög lo contempló largamente con ojos sosegados, echado un poco en el respaldo de la silla, como si le pesaran sus sesenta y tantos años. Vestía una camisa azul claro y un chaleco negro de fino casimir. En la mesa humeaban los platos de pasta con albóndigas; el vino en las copas tenía un tinte rubí por la suave iluminación del restaurante. Ördög le explicó que le había prohibido a Diana acudir a la cita, la necesitaba concentrada en el trabajo y no soñando con su enamorado desde Anchorage. Pero confesó que no esperaba escuchar todo lo que acababa de decirle Julian, quien le contó lo mal que le estaban saliendo las cosas.

—¿Mal? —dijo Ördög—. Tu vida es una mierda.

—Gracias por tu franqueza.

—Oh, hijo, si tu intención es describir la verdad, hazlo con sencillez. La elegancia déjasela al sastre.

—¿Oscar Wilde?

—Albert Einstein.

—Ördög, quiero regresar al juego.

—No digas eso. Disfrutemos de la cena.

—No puedo seguir aquí.

—Claro que puedes. Vas a ser padre y tienes un trabajo estupendo en la Gran Manzana.

—No te burles de mí.

—No me burlo. Si es niño, ponle Aarav, es hindú. Más o menos se traduce como «ruido calmado», «melodía pacífica». Y si es niña, Birdie, ya sabes, como un pájaro. Los pájaros siempre son felices.

—Tienes que darme otra oportunidad, Ördög.

—El que se la tiene que dar a tu hijo eres tú. Un padre ausente deja huellas imborrables. Si no quieres a la madre, es lo de menos; no vivas con ella, pero no te pierdas de tu hijo.

—No necesito consejos; necesito regresar con el equipo.

—¿Con el equipo o con Diana?

—También con ella, pero esto no lo hago solo por ella.

—¿Y los escrúpulos? Hasta donde recuerdo, ese era tu apellido.

—¿Escrúpulos? —Julian echó el cuerpo hacia adelante—. ¿No acabas de oír lo que dije? La maldita Kim me tendió varias trampas y caí en todas. No dudaría que hasta lo del hijo lo tenía calculado. ¡La cabrona le sacó un ojo a un tipo! ¿Y qué me dices de ser despedido por homofóbico? ¿Homofóbico yo?

—Baja la voz, la pareja de la mesa de al lado te está escuchando...

—Que me escuchen, no tengo nada en contra de ellos. Fue otra trampa. ¿Y qué me dices de Liam?

—Debo reconocer que nunca he sabido de nadie que se orine en un ascensor.

—Me retuvo sabiendo que mi hermano estaba grave en el hospital.

—Pobre Tim, era agradable.

—Pues está muerto, ese es el remate de mi historia. Ya no tengo nada que hacer en Nueva York. Por favor, Ördög...

Ördög empezó a comer. Al ver que Julian esperaba una respuesta, le insistió con un gesto que también lo hiciera.

—¿Por qué no conocía este lugar? Diana dice que aquí la trajiste cuando se conocieron. Te anotaste un punto, hijo.

—¿Quiénes son los nuevos?

—Eso no es asunto tuyo.

—Por favor...

—Richard, Noel, Don y Aida. Gente de ciencia y humanidades.

—¿Diana tiene algo con Richard?

—Por Dios santo, vas a estropearme la digestión. —Alzó la mano y le pidió al camarero más pan con aceite de oliva y perejil tostado—. ¿Cuáles son los postres aquí? Apuesto a que tienen panna cotta. La tienen, ¿verdad? —Dibujó una sonrisa de niño feliz.

—Mañana tengo que enterrar a mi hermano.

—¿Eso qué tiene que ver con la panna cotta?

Julian se puso serio. Su acritud hizo que todo le supiera mal: el pan, la pasta, la panna cotta y el vino. Siempre le había tenido miedo a Ördög, pero

ahora lo odiaba, aborrecía su felicidad autosuficiente, el modo en que manifestaba tener bajo control las cosas a través de sus frases rimbombantes, de su sarcasmo —maldito sarcasmo—. Quizá no al estilo de Wilde, pero vaya que lo tenía.

—¿Qué tal un café y una copa de coñac?

—Tómala tú, me iré a dormir. Temprano tengo cosas importantes que hacer —Julian puso la servilleta en la mesa y se dispuso a levantarse.

—Espera... —Ördög le indicó que volviera a sentarse con un movimiento de mano—. Lo voy a pensar, mañana mismo te daré mi respuesta.

—¿A qué hora?

—Olvídate de la hora,y ocúpate de las exequias del buen Tim. Yo te marco. Pero no te garantizo nada. ¿De acuerdo?

—¿Realmente lo vas a pensar?

—Realmente. Ahora pidamos el café y una copa de Francois Peyrot.

—No tenemos ese coñac, señor —respondió el camarero a unos pasos.

—Vaya, todo parecía tan perfecto...

Capítulo 72

Al entierro acudió gente del hospital, Anita Domínguez con su familia y, por supuesto, Thara. Al menos la vieja Kim tuvo la decencia de no ir, solo mandó el pésame. Kenzo sí se presentó. De nada había servido su terapia del chi, pero Julian no se lo tomó a mal, el viejo gurú siempre trató humanamente a su hermano. Julian usó otro de los trajes que compró en Hockerty, el tercero y último por estrenar. Quién le iba a decir que sería para un funeral.

Mientras el pastor decía unas palabras, Julian miró un mensaje de la oficina. Era de uno de los asistentes: «Liam pregunta a qué hora vas a llegar. Hay mucho trabajo, ¿sabes?».

Alzó la cara después de responder: «Dile a Liam de mi parte que se vaya al infierno». Thara estaba a unos metros. ¿Qué pensaría si le dijera que de nuevo se quedó sin empleo? Seguro que no le daría la razón, ni aun conociendo la actitud de Liam. Parecía de esas personas que equiparan madurez con soportar lo insoportable.

Le dijo a Thara que necesitaba estar solo. No quería estar con ella. Mucho menos ver a Kim. Luego del entierro fue a Central Park y pasó ahí la tarde entera, incapaz de llorar, incapaz de sentir la más mínima alegría de convertirse en padre. ¿Lo querría cuando lo tuviera en brazos? Seguramente sí. Los niños son la alegría de la vida, ¿cierto?

Un hombre se acercó por la vereda, cabizbajo, con una gorra de beisbol que le cubría la cara. Traía las manos en los bolsillos. No las sacó ni cuando se sentó al lado de Julian.

—No me mires, soy yo.

Julian reconocía aquella voz, pero no lograba asociarla con alguien.

—¿Te conozco?

—Soy Vinicio.

El tipo alzó la cara despacio. Lo primero que Julian hizo fue mirarle a los ojos para descubrir el faltante, pero tenía ambos en su sitio, aunque el izquierdo ya no se abría por completo.

—Un hombre que te conoce me buscó y me propuso algo. Algo extraño...

—¿Qué hombre y qué cosa?

—Voy a tomar tu lugar, podrás irte.

—¿Mi lugar?

—Tu lugar con Thara; me haré responsable de tu hijo. El hombre me ofreció un buen empleo y una buena suma. Llegaré justo en el momento preciso, es decir, cuando tú, cabrón infeliz, hayas desaparecido sin dejar rastro. Thara estará vulnerable, va a necesitar un padre para su hijo.

—¿Y Kim?

—Ganaré lo suficiente para cerrarle la maldita boca.

Julian dejó correr el silencio, tratando de asimilar la nueva y estrafalaria manipulación de Ördög. Vinicio se puso de pie.

—El hombre dijo que te hablaría para saber tu decisión. Por favor no lo eches a perder, no me destruyas la vida. Amo a Thara, ¿sabes?

—Sí, lo sé.

Vinicio se fue por donde vino. Julian no se levantó de la banca. Terminó de procesar la información y, cuando estaba por irse, sonó el teléfono. Era él, Ördög.

—Acepto —dijo rápidamente Julian.

—No tan deprisa, chico. Tenemos un inconveniente. Mejor dicho, tú lo tienes.

—¿Cuál?

—¿Recuerdas a mi socio el quisquilloso, Danny Blasco? Si te sumo al equipo serán ocho. A él le gusta el siete, así que tienes que quitar del camino a uno de los cuatro nuevos: Richard, Noel, Don o Aida. Si me permites opinar, Noel es desagradable.

—Que se vaya Richard.

—Uh, destilaste odio y celos. Bien, que sea Richard. El asunto es que no lo pienso despedir, tendrás que hacerlo tú.

—Dame su teléfono y le aviso.

Ördög comenzó a reír.

—Eres divertido, Julian Langford. Tú sabes cómo se consigue un lugar en el equipo: jugando... Te mandaré dos opciones para Richard; escoge la que más te plazca y, cuando estés listo, me avisas.

Clic.

Más tarde leyó las opciones que Ördög le hizo llegar; ninguna resultaba fácil:

1. Provocarle amnesia.
2. Tener con él una pelea a puñetazo limpio y matarlo.

No era broma. Ördög añadió un texto sobre cómo provocarle amnesia a una persona. Lo descartó. En cuanto a lo segundo, nunca había ganado una pelea a golpes, pero parecía su único y desesperado recurso.

Un tipo de apellido Stone se encargó de todo; Julian no tuvo que hacer otra cosa más que presentarse en un edificio oscuro en el Soho la noche señalada. Tocó aquella puerta de hierro que daba a un callejón; le abrieron. Bajó una larga escalera hasta otra puerta, donde el conserje lo hizo entrar. Era una especie de vestidor. Ahí estaban Stone y el empleado de Ördög, al que Julian llamó Finger Mouth en su mente por aquello de que, cuando uno le hacía preguntas, él solo ponía el dedo en sus labios, ordenando silencio. Al verlo recordó la noche en que murió Keys y lo que le contó Gladys. Evitó verlo demasiado. Los ojos pequeños e intensos de Finger Mouth parecían registrar todo con desconfianza.

—¿Qué sigue ahora? —preguntó Julian.

Finger Mouth abrió un maletín, sacó una ampolleta y una jeringa, y se dispuso a prepararla.

—¿Qué es eso? —interrogó Julian, desconfiado.

—Mira, amigo —dijo Stone—, eres enclenque, ese Richard te va a hacer polvo. Un piquetito de anestesia por aquí y otro por allá para que te duela menos cuando el pequeño Richard te muela. Solo hay una desventaja...

—¿Cuál?

—Es posible que, si se le pasa un golpe a Rocky, puede que no lo sientas y que ese golpe sea de cuidado. El dolor avisa, esa es su función...

—No quiero anestesia...

—¿Seguro?

—Seguro.

Finger Mouth tiró la jeringa en un cesto de basura.

—¿Dónde están los guantes?

—¿Cuáles guantes?

—Para la pelea.

Stone rompió a reír mirando a Finger Mouth, pero este permaneció en silencio.

—No hay guantes, amigo, pero te vendaré las manos. Quítate la ropa y ponte estos calzoncillos.

Una vez que estuvo listo, el tipo lo condujo por un pasillo en el que titilaban luces blancas a punto de fundirse. Sintió el rudo cemento en los pies descalzos. Poco a poco comenzó a escuchar un ruido parecido al de un panal de abejas azuzado por alguien.

—Adelante, Langford —dijo Stone, empujando la puerta y haciéndose a un lado.

Contempló seis escalones cortos, los subió, cruzó una reja y se vio adentro de una jaula donde estaba Richard, formidablemente atlético, también en calzoncillos y con las manos vendadas. Más allá de la jaula, en la oscuridad, una turba de gente zumbaba; era el ruido de las abejas furiosas en el panal. Un tercer hombre entró a la reja, vestía traje rosa y moño azul:

—¡Gente, llegó la hora de la muerte!

La turba aclamó.

—¡Hago las presentaciones! —Guardó silencio—. No, no las haré, ¿qué más da? Estos dos tipos se van a sacar las tripas y los sesos a golpes. ¡Que comience la carnicería!

El sujeto salió de la jaula y le puso candado a la puerta. Julian contempló a Richard: parecía de piedra. Si esa noche no moría, probablemente quedaría hecho un vegetal, como su hermano: justicia poética. Se arrancó a recibir su castigo lanzando el primer golpe a la mandíbula; Richard lo recibió sin moverse, su gesto de decepción parecía auténtico.

—¡Pega fuerte, idiota! —le ordenó, y le atizó uno al hígado que le hizo arquearse y tragar un grito de dolor, no por guardar las apariencias, sino porque el dolor lo había enmudecido.

Intentó contratacar con una serie de puñetazos que cayeron tibiamente en la ornamenta pétrea de Richard. Apenas le enrojecieron su maldita piel

clara.

—¡Si no sabes pegar, muérdeme, pero haz algo! —ordenó Richard y se fue sobre Julian, derribándolo en la lona y asestándole un cabezazo en plena crisma—. ¡Muérdeme, hijo de perra! —Jaló de sus cabellos y le acercó una oreja.

Julian intentó obedecer, pero aún no se reponía del golpe recibido. Lo único que pudo hacer fue babear aquella oreja con saliva y sangre.

Comenzaron los abucheos, la pelea desigual no tenía gracia. Borrosamente, Julian miró a la turba: mujeres en traje sastre y tacones, hombres impolutos como los que vio en las oficinas de Manhattan. Querían sangre, sangre para excitarse e ir después a un bar, cargados de adrenalina, a beber bourbon y rones y bloody marys, y hablar de la paliza que recibió el sujeto flaco de cabello negro y de la supremacía del rubio esculpido por los dioses. Se emborracharían narrando cada golpe, haciendo que las mujeres bebieran más de la cuenta para alargar una mano y llevarla a sus entrepiernas. Ellas calcularían a cada sujeto, descartarían de un vistazo a los tontos de los interesantes, aunque estos últimos fueran una variante de lo mismo; lo sabrían cuando se pusieran sus bragas y los miraran al fondo en la cama, con las manos detrás de la nuca y sus caras pensativas, que imaginaban cómo ganar al día siguiente la partida en la oficina, momento en que les lanzarían a ellas una sonrisa amable pero sin compromiso.

—¡Muérdeme, estúpido! —Volvió a ordenarle Richard.

Está vez Julian encajó lo dientes con fuerza, poniendo en la mordida el odio a Liam, a Kim, a sí mismo —por haberle estropeado el cerebro a Tim —, el odio a papá, a Brucks, a Stewart, a Ördög.

Richard lanzó un alarido a la vez que Julian escupió el trozo de oreja sanguinolenta. El tipo se echó para atrás y se revolcó sobre la lona, dejando manchones de sangre.

—¡Acábalo! ¡Acábalo! ¡Acábalo!

Julian se puso de pie, tambaleándose y con la boca escurriendo la sangre de Richard. Miró su pecho bombear dolorosamente. No tenía corazón para hacerle más daño. Alzó las manos triunfal, pero recibió abucheos. Richard lo miró con sorpresa. Se puso de pie como pudo y fue hacia él, lanzando un

grito agresivo, pero sin alzar los puños. Julian lo recibió con un golpe en la nariz que lo derribo. Al caer, Richard se lo trajo consigo.

—¡Cabezazos! ¡Muchos cabezazos! ¡Túmbame los dientes, hijo de perra! —aulló.

Julian le estampó la frente en el rostro una y otra vez, hasta que aquella cara ya no fue otra cosa que una gran mancha de sangre y los dientes caían por todas partes. En esa mueca deforme le pareció encontrar una rara satisfacción.

No siguió golpeando porque le punzó el cuello y le faltó el aire. Se dejó caer al lado de Richard. En ese momento se apagaron las pocas luces que había en el escenario. Ambos jadeaban con intensidad. Julian sintió la mano de Richard alcanzando la suya y estrechándosela.

—Gracias, Julian Langford – dijo con un hilo de voz.

Una música comenzó a sonar en los altavoces, bien podía ser «We Are the Champions» o el tema de Rocky Balboa, daba igual. Julian intentaba comprender lo dicho por Richard. Le quedaba claro que Ördög había engañado a uno de los dos. Esperó que el engañado no fuera él.

—¡Hora de cobrar apuestas! —gritó una voz potente.

Hubo un primer disparo, gritos, después ráfagas de plomo y carne estallando. Julian y Richard se quedaron tendidos en la lona, incapaces de moverse. Les cayeron salpicones de sangre y vísceras, como lluvia viscosa. No sabían con exactitud qué estaba sucediendo. Cerraron los ojos, tendidos en la lona, tomados de una mano, hechos polvo en aquel local del Soho.

CUARTA PARTE

Capítulo 73

El pobre sujeto tenía la cara como un globo bermellón, pero esa deformidad no podía ocultar un gesto de tristeza profunda. Julian sabía la razón: Ördög le hizo creer al desdichado que si dejaba que Julian le diera la paliza de su vida, y le tiraba los dientes, podría seguir en el equipo y, sobre todo, junto a Diana. Pobre Richard, era un idealista y un romántico empedernido. Técnicamente, Richard había cumplido su parte del trato, pero una de las cláusulas decía que Julian le debía tirar todos los dientes, no solo cuatro.

—Pegas como una niña —le dijo Richard antes de largarse.

Lanzó la mirada a uno y otro lado de la habitación: la cama *king size*, sábanas de algodón, la vista panorámica a las montañas, el amplio baño de mármol con una regadera de efecto lluvia, la tina separada, el área con sofás, el minibar, el escritorio, los muebles de madera oscura, los tonos neutros con detalles en azul, la iluminación cálida y ajustable. Otra vez Anchorage, otra vez la villa. Se lo había ganado a pulso.

Lo único que le pesaba dejar atrás en Nueva York era el bebé. Thara lo tendría acompañada de Vinicio y Kim, ellos que se fueran al infierno, pero el bebé no lo merecía. Todavía no ponía un pie en este mundo y ya alguien le había hecho la primera afrenta: su padre.

Los pocos puñetazos que le asestó Richard lo dejaron hecho un asco. ¿Qué habría sido de él si el tipo le hubiese pegado con todo? No estaría ahí para contarlo. ¿Contarlo a quién? Pasó cinco días enclaustrado, Ördög lo ordenó. A las ocho de la mañana, a las dos de la tarde y a las siete de la noche tocaban discretamente la puerta, y un camarero entraba con el carrito de las viandas —desayunos, comidas y cenas formidables—: por la mañana, panecillos tostados con queso de cabra y naranja amarga y el café andino de Colombia; en la tarde escogía entre más de treinta platillos de diferentes latitudes, acompañados de ese majestuoso vino serbio, *vranac*. Y las cenas

con sus postres increíbles: tarta vianner, pávlola, makroud el louse y sus favoritas, las rosquillas polacas. Su boca hinchada a golpes no se frenaba en saborear cada ingrediente, cada sorpresa culinaria.

Por fin, un lunes fue convocado. Las miradas se clavaron en él al entrar a la sala. Sara Núñez estaba al centro de la mesa oval y, a sus costados, Diana, Marbel y los tres nuevos: Noel, Don y Aida. Les dio los buenos días y dibujó una sonrisa; ninguno, ni siquiera Diana se la devolvió.

—Toma asiento, Langford —ordenó Sara—. No tengo mucho tiempo para ponerte al día. Hemos avanzado en el trabajo y no puedo decir que tu regreso me tenga loca de felicidad, pero órdenes son órdenes. Frente a ti tienes los avances del libro. Revísalos.

Julian asintió.

—Ahora mismo —reafirmó ella, impaciente.

Abrió la tablet y leyó lo escrito, dándose cuenta de que el trabajo estaba casi terminado. Había una introducción coherente, capítulos desarrollados que iban desde cómo nació la idea de la vacuna y quiénes participaron en sus diferentes etapas, fotos de ellos trabajando en el laboratorio. Le sorprendió verse a sí mismo en algún momento donde fueron captados felices y risueños; no pudo evitar contemplar la cara y ojos pícaros de Stewart. Más adelante podían leerse capítulos técnicos que explicaban la efectividad de la vacuna, así como el protocolo científico del experimento con los infantes. Los testimonios de los niños que él y Diana habían recopilado también estaban ahí, con las fotos de los pequeños que tomaron el día que convivieron con ellos en el jardín. Todo esto le mojó los ojos de emoción. Cada golpe recibido, cada momento de temor parecía tener mucho más sentido que llevar una vida coherente y sin sobresaltos.

Sara le pidió que por lo menos se aplicara a fondo para que pudiera aportar algo sensato. Iba a decir algo más, pero en ese momento Ördög apareció en la puerta. Dio los buenos días y les dijo que siguieran en lo suyo mientras él ocupaba una silla en el otro extremo de la mesa. Sara suavizó el tono áspero con el que le había estado hablando a Julian. Le solicitó que leyera con detenimiento el libro para que en unos pocos días se reunieran a escribir juntos las conclusiones.

—Tengo una noticia que darles, queridos —dijo Ördög—. Me temo que no es del todo buena...

Inmediatamente le pusieron atención.

—Es horrible hablar de dinero, quisiera haber mandado a alguien de finanzas, pero como hemos cambiado la cifra varias veces, me corresponde tocar el tema. La última vez que tuvimos ocasión de hablar, les dije que ahora Sara, Marbel y Diana recibirían un millón de dólares cada uno, y, los nuevos, la mitad de esa suma. Sin embargo, no contábamos con un par de situaciones: la primera, la salida intempestiva de Richard, nuestro genial «abogado del diablo». ¿Recuerdan que lo llamábamos así? —Sonrió—. Siempre con sus objeciones, que por mucho que fueran un fastidio, acababan provocando que diéramos un paso adelante, hasta llegar al punto fino, al rigor científico y literario. La segunda situación es el regreso de Julian, nuestro querido Julian, quien sin duda aportó al desarrollo del libro, y no dudo que volverá a hacerlo. Pero su regreso genera preguntas, la primera: ¿cuánto sería justo pagarle? ¿Un millón por ser un veterano, como Marbel y Diana, o cuatrocientos mil, pues no hizo todo lo que los demás?

—Eso último es lo correcto —respondió Sara.

—No nos apresuremos —suavizó Ördög, poniéndose de pie y yendo a espaldas de Julian—. Este muchacho —le puso las manos en los hombros— ha hecho un poco más que todos ustedes: ha sido capaz de regresar al juego.

—Perdón que lo diga —intervino Sara—, pero ¿eso qué tiene que ver con el libro?

—Te recuerdo que ninguno de ustedes fue contratado de una forma ordinaria, fue el juego lo que los trajo aquí.

—Claro, el juego... —insistió ella—. Pero a final de cuentas lo que ahora importa es el libro.

—¿Es esa tu opinión? —la cuestionó Ördög con cierta mirada severa.

Entonces ella guardó silencio.

—Retomo: este chico se puso un paso delante de todos al recobrar su sitio hasta con los dientes... lo justo es que reciba un millón y medio de dólares.

Las miradas incrédulas y envidiosas cayeron encima de Julian.

—Les advertí que les tenía una noticia no muy agradable.

—¿No era esa? —ironizó Sara.

—No, querida... por razones de contabilidad, el dinero debe salir de lo ya estipulado para el proyecto, por lo que todos aportarán ese medio millón extra para nuestro querido Julian Langford. Gracias por su comprensión, los dejo seguir. ¿No les han traído café y galletas? Qué descuido, ahora me ocupo de eso. Por cierto, hoy es cumpleaños de Aquiles, nuestro encargado de la villa, no olviden felicitarlo.

Capítulo 74

Se reunió con Diana en un café lejos de la villa y se quejó amargamente de que, en cuanto Ördög salió por la puerta, Sara y el resto lo ignoraron por completo.

—Debes entenderlo, Julian, no fue justo.

—¿Y yo qué tengo que ver en lo que decide Ördög?

—Debiste decir que cobrarías igual que nosotros, hubiera sido un buen gesto de tu parte. Tu silencio hizo que te odiaran más.

—¿Me odias tú?

Diana lo miró unos segundos antes de responder.

—Odiarte no, pero pienso como los demás, que no es justo que te lleves más dinero. Después de todo, te ahorraste los maltratos de Sara y el tener que trabajar en el maldito libro. Estoy hasta el tope del maldito cáncer. Tú no lo sabes, pero entre las muchas ocurrencias de Ördög, decidió llevarnos a un hospital en Guatemala para llevarles dulces a niños desahuciados. Fue horrible ponerles buena cara sabiendo que cuando la vacuna esté lista ellos ya estarán muertos.

—De acuerdo —cedió Julian—, haré un trato contigo en secreto. Cuando me paguen ese millón y medio te daré lo que me pidas. No estoy aquí por el dinero.

—¿Te volviste loco? ¿Te lavaron el cerebro los reptilianos? ¿Por qué regresaste a un lugar así? Si no es por el dinero, no le veo la razón.

—La razón eres tú... a menos que eches de menos a Richard.

—¿Por qué eres tan básico, Julian Langford? Tus celos son una mierda, ¿sabes?

—Ördög me lo dijo —aventuró Julian.

—¿Te dijo qué?

—Que Richard haría todo para seguir en el equipo y seguir contigo.

—¿Seguir conmigo? ¿Seguir qué? Richard estaba entusiasmado, pero nada que ver. ¿No fui yo la que te buscó en Nueva York? —Le tocó la mano —. ¿Qué haremos con tanto dinero junto, Julian Langford? —Le sonrió.

Acordaron que él soportaría a Sara mientras se encaminaban a las conclusiones del libro. Por fortuna no faltaba mucho para eso. Con lo que no contaba Julian es que los más hoscos resultaron ser los que menos dinero cobrarían: Don, Noel y Aida. Los encontró en Old Blue Hunter cuando fue a saludar a Jack. Estaban sentados en una mesa del fondo, junto a la ventana empañada de vaho. Febrero todavía resultaba inclemente. Al verlo entrar dejaron su charla risueña y lo siguieron con la mirada hasta la barra.

—¡Julian! —Le sonrió efusivo Jack—. ¿De nuevo en Anchorage?

—De nuevo, Jack.

—¿Bourbon?

—Sí, bourbon... Veo que te volvieron a traer la rocola.

—Sí —Sonrió Jack, dirigiéndole una mirada paternal a la máquina.

Julian también la miró. Aprovechó para escudriñar a Don y a los otros, que lo observaban descaradamente. Jack nunca había sido chismoso, pero le contó que por suerte había dejado de acosarlo Sara. «Tal vez porque se había involucrado con ese pelirrojo», dijo refiriéndose a Don, un tipo fuerte y altanero. Julian se preguntó qué papel jugaría en el libro, al igual que Noel y Aida. Noel, en sus cincuenta y tantos, parecía enfermo de algo, a juzgar por su piel cetrina y su gesto sufrido. Aida le pareció una estrella del porno en decadencia: alguna vez debió tener un cuerpo escultural y hacía lo posible por dar esa misma imagen, que se le escapaba de las manos.

Al cabo de una hora y dos tragos, quiso irse, pero prefirió esperar a que los otros se largaran primero. Esto lo retuvo otros cuarenta minutos. Ya no habló demasiado con Jack, que se ocupó de servir más rondas a aquellos y a uno que otro lugareño que entraba, bebía y se iba pronto. En ese tiempo, Julian fabricó un par de escenarios en los que el dinero era el motor. Lo primero sería escoger dónde vivir. No tenía que pensar solo en Estados Unidos, sino en cualquier otro sitio del enorme planeta, que con dos millones y medio estaba a su alcance. A Diana le gustaba el trópico, ¿por qué no? «Un momento», pensó, dándose cuenta de que egoístamente descartaba a alguien de la ecuación: su hijo. Tendría que decírselo a Diana y luego ver la

forma de ver por él como una figura presente en su vida. Parte del dinero sería para él o ella, era lo justo, lo deseable.

Por fin aquellos tres se largaron. Julian pagó los tragos, se despidió de Jack y salió del bar. Le sorprendió avanzar unos pasos y ser abordado por Don, Noel y Aida.

—Hola, colega —Don tomó la palabra—, nadie se ha ocupado de presentarnos y romper el hielo. Ella es Aida, bióloga.

—Sí, bióloga, cariño. —La mujer le guiñó un ojo—. Por si se te ofrece...

—Noel es médico...

—Paramédico, pero Ördög consideró que estar cerca de la muerte podía ser útil. Procuro serlo cuando leo lo que ustedes escriben. Doy mi punto de vista, eso es todo.

Don lo miró severo, como si le molestara oírlo dar tanta explicación. Noel guardó silencio y volvió a mirar a Julian con frialdad.

—Y yo soy Don, mercadólogo. Veré qué hacer con el maldito libro cuando esté listo, pero Ördög me quiso involucrar desde ahora... Los colegas y yo estamos pensando en lo que dijo Ördög, lo de pagar de nuestros bolsillos tu salario. No sé qué digan los demás, pero a nosotros nos parece injusto. Queremos proponerte lo siguiente... en realidad, dos cosas: que te las arregles sin nuestro dinero y que de tu millón y medio nos des la mitad. ¿Qué te parece?

—No está en mis manos —respondió Julian.

—Ya imaginaba esa respuesta. Mira, amigo, Alaska es un lugar muy grande y vacío. Tiene muchos lagos, no sé si captas la idea...

—Se lo diré a Ördög.

Don se asombró y comenzó a reír.

—Así que eras el típico niño que iba de chismoso con los maestros en vez de enfrentar sus propios asuntos. Escucha bien, pequeño bastardo, hijo de la perra que se acostó con medio vecindario y luego se cagó en el retrete de un hotel: esto no es un juego, no vamos a dejar que te salgas con la tuya. Esperamos que cambies de opinión. Por tu bien.

Lo miraron unos segundos, dieron la vuelta y se marcharon.

Capítulo 75

Lo de ir a contarle a Ördög solo había sido una forma de salir al paso, no lo consideraba viable. Desde hace tiempo estaba claro que a Ördög lo alimentaba el juego, la competencia. Por otra parte, seguía a su favor que estuvieran en la recta final. La única opción era decirles que aceptaba, quizá regatearles el dinero para que no sospecharan del engaño. Después habría que salir rápidamente de Anchorage. Tendría que mantener al tanto de todo esto a Diana. Por suerte ella era del tipo de personas que no pierden la calma.

Cruzó la puerta de la habitación y se quedó quieto al ver aquella cabeza de cerdo en medio de la cama. No sintió miedo ni asco, acaso sorpresa; los imaginó concibiendo la forma de remarcar su amenaza; al parecer no encontraron nada más original.

Marcó a la recepción y preguntó que si podían subir por algo de basura. Poco después tocaron a la puerta, era Aquiles. Miró a Julian y luego la cabeza de cerdo. Comenzó a envolverla en una sábana.

—Si me permite decírselo, tiene dos opciones: que me lleve esto de aquí y usted siga con su problema o resolverlo definitivamente...

—¿Definitivamente? —interrogó Julian.

—¿Me puedo sentar?

El recepcionista miró el sillón. Julian se lo ofreció con un ademán. Lo ocupó y dibujó una sutil sonrisa de agradecimiento.

—No he tenido la oportunidad de presentarme: soy Aquiles.

—¿A qué se refería hace un momento?

—Llevo algunos años por aquí y las historias se repiten. Hay patrones de comportamiento, ¿sabe?

—Sigo sin entender.

—Ese tipo de personas nunca se detienen mintras el semáforo esté en verde. Suponga que usted va deprisa por las calles, incluso que tiene una

emergencia. Oh, bendición, todos los semáforos están en verde. Incluso aceleraría un poco cuando el último está por ponerse en rojo. ¿No es así?

—Cada vez entiendo menos.

—No les dé luz verde, esa es la idea. Póngales el rojo.

—Tal vez no tengo esa capacidad.

—Resulta que en mi ejemplo hay un agente de tránsito.

—¿Quién es?

—Lo tiene frente a sus ojos.

A Julian no le pareció que aquel tipo de un metro con sesenta y cinco y no muy corpulento pudiera ponerle el alto a nadie.

—Lo sé, tiene sus dudas; las apariencias engañan, no actúo solo...

—¿Compinches?

—Solo no actúo solo...

—¿Por qué haría esto por mí?

—Por cincuenta mil dólares.

Julian esbozó una sonrisa.

—Lo sé —la replicó Aquiles—, parece gracioso. Tal vez se esté preguntando la razón de mi atrevimiento. Le explico. Como le dije antes, llevo un tiempo por aquí y sé cómo funcionan las cosas. Imaginemos que estamos un casino: los jugadores avezados ocupan las mesas principales, van por la grande, no por la propina de los crupieres. Eso soy yo, un crupier. Estoy muy contento con mi modesto papel. No pretendo más. No, por Dios. Jamás. ¿Acaso arriesgo lo que los grandes jugadores? No arriesgo nada; ni se me mueve una pestaña cuando un jugador lo pierde todo, así como tampoco me contagio de la felicidad del triunfo ajeno. Sin embargo, soy parte del personal que hace posible que el juego exista. No sé si me comprende mejor. Lo que le ofrezco es despejarle el camino para que siga jugando a cambio de una modesta comisión, eso es todo. ¿Qué me dice? ¿Me llevo esa cabeza o le ofrezco una solución a su problema?

Capítulo 76

Julian apareció en la siguiente junta con una bolsa negra. Ya estaban todos ahí. Lo vieron entrar decidido, dar los buenos días y poner la bolsa, que sonó con un golpe seco, en la mesa frente a Don.

—Perdonen la tardanza —dijo, dejando al descubierto la cabeza de cerdo —. ¿Comenzamos las conclusiones? —Se sentó al lado de Diana.

Las miradas se dirigieron a la cabeza. Don se veía bastante incómodo.

—¿Es un chiste? —preguntó Sara.

—Es un regalo para Don, Noel y Aida. Aunque estuve ausente, no dejan de ser ellos los nuevos. Quería darles la bienvenida con algún regalo.

—No sé si me estoy perdiendo de algo—dijo Sara—, si hay un problema del cual no estoy enterada, pero que nadie olvide que soy la cabeza... —Miró la del cerdo—. La cabeza del equipo. Cualquier estupidez que ponga el trabajo en riesgo será duramente castigada. Dicho de otra forma: mantengan su mierda fuera de aquí. Espero que les quede claro.

Nadie objetó. Sara levantó el teléfono y llamó a la recepción. Entró Aquiles con una bolsa negra, guardó la cabeza, lanzó una sutil mirada a Julian y se la llevó. Sara retomó la palabra y pidió que cada uno leyera las conclusiones en las que había trabajado. Julian dijo haber entendido que las harían juntos. Replicó que era una obviedad que no debían llegar a la junta con la... cabeza vacía.

—¿Podemos dejar de hablar de cabezas? —interrogó Diana.

—Leo mis conclusiones —empezó Marbel—. La vacuna causa una respuesta inmunitaria contra las células cancerígenas en los niños, mejora la calidad de vida al reducir la necesidad de tratamientos agresivos y prolongados y no presenta efectos secundarios significativos.

—Muy frío —opinó Sara.

—No se me da ser de otra manera —respondió.

—Eso es verdad —terció Don.

Ella le lanzó una mirada amenazante y él le devolvió una sonrisa mordaz.

—¿Escuchan las mías? —propuso Aida, agitando el trasero en el asiento como una gallina que va a poner un huevo.

Leyó con acento de cuento de hadas lo feliz que comenzaría a ser el mundo de los niños y sus padres con la nueva vacuna.

Diana y el resto compartieron sonrisas de burla al escucharla. Sara estaba que trinaba. Julian descubrió cuál era la nueva mecánica del grupo y el trato que llevaban unos con otros. A Aida la tenían por imbécil y cursi; Don se mantenía a la caza de los errores de cualquiera para saltar a la yugular. Su víctima favorita era Marbel. Podía decirse que Don había tomado el sitio de Torton. Con Diana se metía menos, pues sabía defenderse. Noel definitivamente estaba enfermo; sudaba en exceso y, de vez en cuando, se echaba un caramelo a la boca. Opinaba lo menos posible y sus ojos grises iban de una a otra persona, esperando que por fin alguien tuviera la maldita razón.

Esa mañana no llegaron a nada. Diana alcanzó a Julian en el pasillo y lo llevó al jardín.

—¿Qué demonios fue eso de la maldita cabeza de cerdo?

Él le contó las cosas y le dijo que ahora tenían un aliado: Aquiles.

La chica se llevó el cabello de la frente hacia atrás con ambas manos.

—¿Eres idiota? ¿Metiste a un desconocido en el juego? ¿Crees que eso le va a parecer a Ördög?

Julian no lo había contemplado, pero enseguida argumentó que esto no tenía absolutamente nada que ver con el juego, sino con tener a alguien de su parte ahora que Don y los otros le harían la vida imposible.

—¿Y de qué manera ese tipo te va a defender de un sujeto de piedra que mide un metro con noventa y de Aida, que tiene pinta de matar con el veneno que lleva escondido en las uñas?

—No mencionaste a Noel. ¿A ti también te parece que está enfermo?

—Hígado graso. Él lo ha dicho, pero ese no es el punto. ¿Cómo te va a defender?

—Aquiles tiene amigos.

—¿Eso qué significa?

—No lo sé con exactitud. Dice que lleva tiempo en Anchorage; tal vez conoce mafiosos de la zona.

—¡Por Cristo, Julian, cometiste un error! Don no te va a pasar la ofensa; una vez tuvo un pleito con Richard, quien no es ningún alfeñique, y, aun así, lo sometió.

—¿El pleito fue por ti?

—¡Carajo, Julian! ¡No empieces de nuevo! ¿No podías estirar la cuerda un poco más hasta salir de aquí?

—Es a mí al que tienen bajo amenaza; la cuerda se puede romper en cualquier momento.

No había marcha atrás. Si las cosas salían como decía Aquiles, Don y los otros no tardarían en contratacar. Aquiles le pidió a Julian que los citara en una bodega, un lugar llamado Bayshore. No tendría necesidad de encararlos. Él se encargaría de todo.

Con el paso de las horas comenzó a darle la razón a Diana. El tema de la cabeza de cerdo había sido un error. Don lo haría trizas mientras Aida sonreiría dulcemente y Noel estaría recargado en algún sitio por el dolor de su hígado graso. Les vio las caras en el restaurante, y después en la biblioteca de la villa, donde trabajaban en sus conclusiones; él no tenía cabeza para eso. Ninguno lo encaró, pero sus miradas lo decían todo: presión silenciosa.

Fue al Old Blue Hunter; tal vez Jack lo ayudaría. Aún recordaba cómo paró en seco a un toro como Torton. Le ofrecería dinero, desde luego.

Cuando lo tuvo enfrente se limitó a beber un trago, esperando que fuera Jack quien lo notara preocupado y así él poder tantear el terreno. Fue al baño y dirigió la mirada a la ventila de vidrios horizontales, a través de la cual descubrió a Don en la calle. Rápidamente se hizo a un lado; no tuvo duda de que esperaban a que saliera para sorprenderlo. Respiró hondo y tembloroso. Las dos opciones se hacían impostergables; seguir el plan de Aquiles o hablar con Jack.

Regresó a la barra y bebió el bourbon. Ni Jack ni Aquiles, lo mejor sería regresar a la villa y no salir de ese lugar hasta que terminara el libro. ¿Qué podrían hacerle en el territorio de Ördög? Pidió un coche en la aplicación y esperó hasta que lo vio llegar. Salió pronto y se metió rápidamente en el vehículo. Le puso seguro a la puerta y miró a Don, Noel y Aida, quienes quedaron atrás, junto al Old Blue Hunter. Otro vehículo paró frente a ellos, pero no vio que lo siguieran. Echó la cabeza en el respaldo, sintiéndose aliviado. Entonces comenzó aquella canción en la radio del coche:

«Wednesday Morning, 3 A.M.». Debía ser una maldita coincidencia. Tenía que serlo. Esto era Alaska, no Nueva York. Contempló la espalda del conductor; sus manos reposaban en el volante. La canción no duraba demasiado, acaso dos minutos. Nada malo podría sucederle, nada. Descubrió que iban en dirección contraria a la villa. Estaba por decírselo al sujeto, pero temió enfrentar algo desagradable. Maldita sea, ¿había olvidado lo que significaba seguir el juego de Ördög? ¿No resultaba mejor la paulatina tortura de una vida ordinaria y mediocre en Nueva York, mirarse día a día en el espejo, encanecer, perder cabello, echar barriga; padecer flacidez, flatulencias e hígado graso, y hacerse inmune a las maldades de la vieja Kim? ¿No era mejor perder las esperanzas en sí mismo y depositarlas en el hijo por nacer?

El coche se detuvo frente en Bayshore 23. El conductor no dijo una sola palabra. Julian abrió la puerta y bajó del coche, cuyo motor seguía andando sedosamente. Lo miró partir y fue hacía el portón entreabierto de la bodega. Le sorprendió ver que lo aguardaban Don, Aida y Noel.

—¿Qué hacemos aquí?

De nuevo, Julian no tenía una respuesta.

—¡Habla ya!

—Una disculpa...

—¿Cómo?

—No quise ofenderte con... con la cabeza.

—¿Nos hiciste venir aquí para eso, pedazo de mierda?

—¿Yo los hice venir?

Don dio dos pasos hacia él, amenazante. Una luz pálida se encendió al fondo. Las miradas se dirigieron en esa dirección. En el recodo de un pasillo comenzó a escucharse una risa infantil. Se dirigieron hacia allá, despacio; se detuvieron frente a un televisor que mostraba una habitación en la que un abuelo en un sillón jugaba con un bebé en sus brazos.

Don dejó escapar un quejido trémulo al ver la imagen.

Unas manos enguantadas aparecieron a cuadro, extendiéndose hacia el anciano para quitarle al bebé mientras otra figura detrás le ponía una pistola en la cabeza. El anciano dibujó una mueca de miedo y sorpresa; el hombre tomó al bebé y se apartó. Luego le tomó una manita al bebé para que saludara a la cámara. Detrás se dejó escuchar un zumbido. La imagen

mostraba al anciano con la cabeza echada hacia atrás, la boca abierta y sangre salpicada en la pared. Don chirrió los dientes y se desplomó de rodillas, Noel dio una arcada y comenzó a vomitar, y Aida a lloró de forma incontrolable.

Julian logró que sus piernas dejaran de temblar, salió de la bodega y vomitó cerca de los últimos rastros de nieve de febrero. Cuando logró vaciarse, se pasó la mano por las lágrimas ácidas y los mocos que escurrían de su cara, y comenzó a correr a tropezones sin dirección alguna.

Capítulo 77

Nunca le ponía azúcar al café. Esta vez lo hizo mirando la cascada arenosa salir imparable del azucarero y desaparecer en el líquido negro. Cuando tomó la cuchara para revolverlo, apareció Aquiles, quien sacó una silla, se sentó frente a él y le sonrió afable.

—Espero que haya dormido mejor ahora que su problema se resolvió favorablemente, señor Langford.

Julian lo miró, queriendo encontrar depravación, pero el tipo tenía un semblante inofensivo y bondadoso.

—¿Era necesario llegar a tanto?

—Oh, qué pregunta. —Sonrió Aquiles abochornado—. Créame que la gente se pasa la luz en rojo a menos que escuche bien el silbatazo definitivo del agente de tránsito. Comprendo que encuentre perturbadora la situación, pero le aseguro que la medicina tenía que ser amarga, o de otro modo la enfermedad no tendría fin. Ahora, no me tome a mal que hable directamente de mi paga. ¿Puedo contar con mis cincuenta mil dólares para mañana a las cinco de la tarde?

—De momento no cuento con esa cantidad.

La sonrisa desapareció del rostro de Aquiles. Julian sintió la necesidad de justificarse más.

—No tenga la menor duda de que le pagaré su dinero. Usted me dio un gran ejemplo con lo de los jugadores en el casino; recibiré una buena suma y le daré su parte. Ya estamos a punto de concluir el trabajo.

—Me da una enorme pena escucharlo, resulta un tanto ofensivo, ¿sabe? Sé que no es su intención, de eso estoy seguro, a veces las ofensas surgen sin desearlas. ¿Qué es lo que me ofende? Volvamos al ejemplo: los jugadores apuestan hasta sus vidas porque el premio es grande, y resulta que les parece bien posponerle la propina al crupier. ¿Es eso justo?

—Escúcheme, Aquiles...

—No, no lo es. No hay forma de defender ese planteamiento. Pero, como dije, no ha sido intencional la ofensa, así que de mi parte hay flexibilidad...

—Se lo agradezco mucho, Aquiles.

—Haremos lo siguiente para que sea justo. Por cada día que pase sin pagarme, le cobrarle una penalización, al igual cualquier banco. Crédito es la palabra. —El tipo sacó una pluma dorada del bolsillo de la camisa y comenzó a escribir cifras en una servilleta—. Lo más pertinente, de acuerdo con la magnitud del trabajo realizado, es una taza de dieciséis por ciento diarios sobre los cincuenta mil dólares, con lo cual en veinte días me tendría que pagar un millón de dólares. Si me permite la sugerencia, le conviene pagarme mañana, pues pasado mañana me deberá cincuenta y ocho mil y, al día siguiente, sesenta y siete mil doscientos ochenta, y así sucesivamente.

—No puede hacerme eso.

Aquiles lo miro compasivo.

—Amigo mío, usted ya vio lo que puedo hacer. Queda en sus manos. Que disfrute su café. Es andino de Colombia, ¿se lo han dicho?

Le escribió a Ördög planteándole la urgencia de hablar con él. Este le respondió hasta entrada la noche con un escueto mensaje: «Yo te busco». Julian insistió: «¡Urgente!». Pero eso pareció no significar nada para Ördög, que lo dejó en visto. Al día siguiente, Julian pasó al lado de la recepción. Le alivió no ver ahí a Aquiles. Entró a la sala de juntas sintiendo que lucía más enfermo que Noel. La silla de Don estaba vacía; Aida, pálida como muerta, miró a Julian con horror y enseguida desvió los ojos. Diana pudo percibir la ansiedad en Julian cuando se sentó a su lado y recogió las manos temblorosas. Marbel lo escudriñó desconcertada. Sara, molesta por la ausencia de Don, le marcó a la habitación. No tuvo respuesta. Enfocó sus energías en que se redactaran las conclusiones del libro. A las dos horas lograron un documento de veintidós páginas con el cual todos estuvieron satisfechos. Sara propuso, mejor dicho, les ordenó, que celebraran afuera de la villa; les pidió que la esperaran en la recepción mientras ella iba a buscar a Don.

Lo de celebrar juntos resultaba una broma negra. Julian enfrentó de nuevo el viacrucis de pasar junto a la recepción, pero de nuevo no vio a Aquiles.

—¿Qué pasa contigo? —lo interrogó Diana—. Más vale que no me ocultes nada...

Iba a derrumbarse, a decirle que ahora estaba en peores manos, las de Aquiles, pero abrió la boca al mismo tiempo que se escuchó el grito de Sara en la planta alta. Subieron la escalera a tropel. No rebasaron el marco de la puerta de la habitación de Don. El tipo se había cortado las venas. De nuevo Aida comenzó a llorar y, antes de salir de ahí rápidamente, miró acusadora a Julian. No pasó desapercibido para Diana y Marbel. Sara estaba sentada en el suelo. Julian sintió una mano posándose en su hombro. Giró y descubrió a Aquiles, que igual que los demás miraba al muerto.

—Qué tragedia —murmuró apretando con firmeza el hombro de Julian.

Capítulo 78

Finger Mouth lo recogió en el auto a las nueve de la mañana. Condujo hasta la orilla del lago Spenard. No bajó con él. A unos treinta metros se veía un hombre con ropa para pescar sujetando la caña y metido en el lago con botas largas. Era Ördög. Sintió alivio, por fin podría ponerlo al tanto de la situación.

—Sostén esto. —Ördög le dio la caña—. Ya no siento los brazos. No creo que tengas suerte, el hielo no ayuda. Solo quisiera un par de truchas arcoíris para cocinarlas yo mismo con un poco de sal, aceite de oliva, ajo y eneldo. Eso es todo.

—Tenemos que hablar.

—Claro, por eso estas aquí. Cuéntame.

Julian contó sin pausas, cuidándose de no enredarse y dejar bien claro el problema.

Luego de escucharlo, Ördög soltó una buena carcajada.

—Ese Aquiles, ¡ya se había tardado! Maldito embustero, ¿el dieciséis por ciento? ¿Sigue con ese truco? Si terminas dándole un millón de dólares por una deuda de cincuenta mil, ¿de qué porcentajes estamos hablando? Pero, bah, eso no es importante. La pregunta es qué vas a hacer.

—¿Qué voy a hacer? Pensé que podrías hablar con él para que me deje en paz.

—Desde luego, pero antes necesito que me digas si te hizo algún tipo de favor.

Julian se lo contó. Ördög tronó la boca.

—Maldición, en ese caso no puedo hacer nada por ti. Aquiles me es útil y tenemos el trato de que le permito recoger lo que caiga de la mesa siempre y cuando me demuestre que no lo obtuvo con trampas.

—Nunca me habló de cobrarme el dinero con intereses.

—¿Por qué no le pagas y te los evitas?

—No tengo esa cantidad.

—Es una pena... ¿Cómo va el anzuelo? ¿Sientes algo? Las truchas son cada vez más inteligentes.

—No es justo. ¡Le pagaré en cuanto tú me pagues a mí!

—¿Se lo dijiste desde el principio?

Julian se quedó callado.

—El problema de siempre, mi muchacho: la letra chiquita.

—¿No me puedes dar un adelanto?

—Lo que puedo darte es un consejo. Presiona al equipo, o de lo contrario en diez días perderás tu millón o, peor aún, tu vida.

—Ese consejo no me basta.

—Te daré otro: no tengo inconveniente en que arregles esta disputa por medios más drásticos. Me gustaría a la manera antigua; tengo dos pistolas Deringer que no han sido disparadas desde el siglo XIX, fueron usadas para duelos a la usanza. Funcionarían bien, y un lugar como este sería increíble. Vivir o morir de cara al lago. Pero si prefieres no ponerlo sobre aviso, también lo entendería. Ahora que ya tratamos tu problema, hablemos del mío. Lo que pasó entre ustedes provocó el suicidio de Don, lo cual significa que tenemos un integrante menos en el equipo. Mi socio se pondrá como loco cuando sepa que de nuevo no son siete, verá una señal insistente del universo para advertirle que lo de la vacuna no va a funcionar. No estás tú para saberlo ni yo para contarlo, pero no todo se trata de sincero altruismo. Danny Blasco invirtió millones, y no solo no espera perderlos. No sé qué haces aquí mientras el taxímetro corre...

Ördög le quitó la caña de las manos y volvió a concentrarse en la pesca. Julian lo miró unos segundos inútilmente y encaminó sus pasos hacia el coche.

Consultó una segunda opinión, la de Diana. Le contó al detalle los últimos acontecimientos.

—Tienes que matarlo —replicó ella mientras se sentaban a comer en el restaurante de la villa—. Y si vas a empezar con tus prejuicios, mejor cierra la boca y no me cuentes más. Ah, y no te atrevas —lo señaló con un dedo flamígero—, por ningún maldito motivo te atrevas a insinuar que la solución sería darle tu parte a ese bastardo de Aquiles, y que luego tú y yo nos

conformemos con el mío. No lo pienso compartir con un perdedor, que te quede bien claro.

—Nunca he matado a nadie... no con la decidida intención de hacerlo —matizó Julian.

—Piensa en esto: Aquiles hizo que le pegaran un tiro en la cabeza a un anciano que estaba con su nieto. Según entiendo, eran el padre y el hijo de Don. No tuvo empacho en hacerle ver esas imágenes. Me podrás decir que Don era un cabrón, pero ¿qué tenían que ver en eso el abuelo y el niño? Voy más allá: si no le tomas la delantera, Aquiles no vacilará en hacerte el daño que considere necesario. Lamento decirte que no voy a estar ahí para ver cómo te lames las heridas, Julian Langford.

Capítulo 79

Por primera vez desde que comenzó el juego en el que lo involucró Allan Keys, Julian maquinó la forma de matar a un hombre. Aquello de los escupitajos ahora le parecía ñoño. Lo más inmediato sería conseguir una pistola y pegarle dos tiros. Tenía que aprender a usarla, pero eso no representaba mayor problema. En cuanto a las circunstancias, era necesario llevarlo a un lugar solitario; Alaska tenía muchos. Pero Aquiles había demostrado ser un tipo astuto. Sopesando probabilidades, el resultado lógico era que aquel le ganara la partida.

Finger Mouth apareció en la puerta del Old Blue Hunter, cuando divisó a Julian en la barra fue a sentarse a su lado. Jack conocía sus gustos, pues sin preguntarle le sirvió ginebra con dos hielos.

—Quiero hablarle de algo serio —comenzó Julian.

—No sé si me interesa oírte...

—Hay dinero de por medio.

—No pareces alguien que lo tenga.

—Pero lo voy a tener cuando termine aquí. Necesito que haga algo para mí. Le daré cincuenta mil dólares. Se trata de alguien que me tiene amenazado.

—Bragaw Street 27 a las ocho, sé puntual. —Finger Mouth levantó su trago y se fue a beberlo al fondo del salón.

Jack le sirvió otro trago a Julian y le preguntó si quería algo de comer. Tenían nueva cocinera; casi todo mundo venía solo a beber y la chica temía que su empleo saliera sobrando.

—Lo que ella quiera servirme está bien para mí —sentenció Julian.

Jack extendió una gran sonrisa. Fue a la cocina y lo escuchó hablar con una mujer de voz cristalina y agradable. Quince minutos después regresó con un plato de carne asada, ensalada y puré de papa.

—Ella dice que gracias...

—¿Ella tiene un nombre?

—Teresa —pronunció Jack, como si nombrara el cielo.

Discretamente, Julian volteó a mirar a Finger Mouth, que seguía en su rincón, bebiendo despacio y mirándolo como si lo despreciara.

—Come y dame tu opinión —dijo Jack—, pero estoy seguro de que te va a gustar, ella lo hace todo bien.

—Jack, te noto enamorado... —Antes de cortar un trozo de carne, miró hacia la puerta al oír la campanita.

No pudo creerlo, era Aquiles. Julian miró su plato, llevando los ojos a uno y otro lado. Se preguntó qué demonios hacía ahí ese tipo. ¿Lo habría seguido? ¿Sospecharía algo? No soportó la idea de averiguarlo; se puso de pie como un resorte y salió deprisa con la mirada en el suelo. Ese Aquiles era un perro de caza, tenía olfato, sospechaba, definitivamente.

Regresó a la villa y chocó con Marbel.

—¿Dónde te has metido? Acabamos de tener una junta.

—Salí un momento, ¿qué pasa?

—Las conclusiones, las rechazó el socio de Ördög. Tenemos que empezar de cero otra vez.

—Maldición.

—Como sea, nos dividimos en pares, me toca trabajar contigo. Vamos a tu habitación... No me mires como si quisiera acostarme. La mía la están limpiando, pero si no quieres, vamos al jardín.

—En el jardín también se puede coger —bromeó Julian.

—Las bromas no te van —dijo ella, secamente—. No tienes ritmo para contarlas.

—Con razón no sé bailar.

—Ella fingió reir pausadamente.

Poco después, instalados en la habitación y con la tenue luz acariciando las colinas más allá de la ventana, Julian abrió la tablet y miró en el correo los motivos del rechazo. En términos generales, las conclusiones hacían parecer pobre el contenido del libro; si alguien comenzaba por leerlas no perdería su tiempo con todo lo demás. Marbel creía tener la solución: hacer un extracto de las frases más significativas de cada capítulo. Cuando Blasco viera empleadas las que más le conmovieron, se reconectaría con la

emoción. Julian dijo que le parecía estupendo. En realidad le daba lo mismo; ese no era su problema principal.

Comenzaron a leer en silencio capítulo por capítulo. Marcaron las frases sensibles. Julian podía sentir a Marbel observándolo a escasos centímetros. Seguramente lo miraba con esos ojos enormes y oscuros que todo lo escarbaban. A ratos ella dejaba de mirarlo y lanzaba su atención a esas colinas semicubiertas de una nieve diáfana y brillante, con árboles de coníferas encanecidos por la nieve.

—Hueles a animal acorralado —le dijo ella en voz baja, y le acercó la nariz a una oreja—. Es un olor peculiar, como de orines encendidos.

—Estás loca. —Se apartó Julian.

—Y tú muerto de miedo, ¿qué te sucede?

—No es asunto tuyo.

—Tienes razón. —Marbel volvió a mirar la tablet.

¿Por qué no contárselo? Al menos le serviría de desahogo, pero, por otra parte, eso de sumar gente al problema había sido contraproducente.

—Digamos que alguien me extorsiona. ¿Qué harías tú en mi caso?

—Solo hay dos tipos de enemigos, Julian Langford. Si es grande, huye; si es pequeño, dale un pisotón, como hiciste con Don.

—Yo no hice eso.

—Aida te miró asustada cuando lo encontramos muerto. La escuché hablar con Noel, dijeron que debían tener cuidado contigo.

—¿Volvemos a mi problema? Mi enemigo no es pequeño, pero no puedo huir ni tampoco enfrentarlo.

—Consigue alguien que lo enfrente por ti, como cuando te pedí que mataras a Torton. ¿Recuerdas que lloré y a ti te importó un carajo? Quizá tengas más suerte que yo.

—No hubiera podido matarlo.

—¿Alguna vez te has preguntado por qué te pedí que lo hicieras?

—¿Porque estabas desesperada?

—Porque me enamoré de ti.

Esta vez Julian fue quien miró las colinas antes de regresar a la conversación.

—Pensé que tu tipo de hombre eran los Torton: grandes, fuertes y patanes.

—Lo son, pero de vez en cuando también me gustan los idiotas.

Compartieron una sonrisa hasta que Julian abrió la boca:

—Lamento no poder corresponderte, lo sabes mi corazón ya tiene dueña.

—Qué cursi te escuchas, además de fatuo. Dije que estaba enamorada, tiempo pasado. Y sí, ya sé que «Diana Perdición» te tiene comiendo de su mano.

—¿Por qué la llamas así?

—Porque a eso te va a llevar si no te cuidas de ella, a la perdición... ¿Seguimos con el libro?

Extrajeron una lista de frases rotundas y sensibles de cada capítulo; Marbel le pidió que se las dictara despacio mientras ella las desarrollaba. Al cabo de una hora, se levantó y fue a la puerta. Julian le agradeció que se preocupara por él, aunque no pudiera ayudarlo. Marbel lo miró como a un borreguito extraviado entre cazadores, negó con la cabeza y salió de ahí.

Capítulo 80

—A Bragaw Street 27.

—¿Está seguro? Queda a siete calles, puedes ir caminando.

—Hace frío.

—Esto no es nada, amigo. Se ve que Alaska no te ha pateado el trasero. —Arrancó y dos minutos después se detuvo en la dirección indicada.

Julian bajó del auto y contempló la fachada de una casa azul grisácea de dos pisos, con marcos blancos en las ventanas y un techo de dos aguas. Cruzó el jardín y, antes de tocar la puerta, se asomó por la esquina de la cortina para ver si podía divisar a alguien. No lo consiguió y presionó el timbre. Estaba nervioso, con ganas de salir corriendo. De haber pasado un minuto más, lo habría hecho, pero enseguida se escuchó un cerrojo y se abrió la puerta. Finger Mouth lo miró lacónicamente y se apartó para dejarlo entrar. Le señaló un sillón orejero en una salita acogedora y él ocupó otro frente a Julian.

—No te voy a ofrecer nada de beber, así que ve al grano. ¿Cincuenta mil a cambio de qué?

—De matar a Aquiles.

—¿Aquiles?

—Sí, Aquiles.

—¿Por qué quieres que lo mate?

—Es un hijo de perra.

—Hay muchos hijos de perra, ¿por qué mataría a ese?

—Por cincuenta mil dólares te podrías ahorrar las preguntas, solo mata a ese cabrón y cobra tu dinero.

—Entiendo...

Una sombra se desplazó desde el marco de la cocina; era él, Aquiles, que caminó y se colocó detrás de Finger Mouth. Le puso una mano en el

hombro y Finger Mouth se la tomó por la muñeca, amorosamente. Ambos miraron a Julian, paralizado como una mosca ante dos abejas guardianas.

Diez segundos después, lo bajaron a tropezones por una escalera estrecha hasta el sótano de la casa. Finger Mouth le alzó las manos y se las ató con el cable de la luz. Le pasó el otro extremo con las puntas peladas a Aquiles, quien colocó los cables en un alternador de corriente. Finger Mouth se sacó el miembro y orinó las perneras de Julian. Aquiles le acercó los cables. La electricidad le recorrió el cuerpo, que se le iba engarrotando, provocándole una sensación de reventar por dentro. Quería gritar, pero tenía la mandíbula trabada.

—Déjalo ya o no va a entender cuando le hables.

Aquiles retiró los cables.

—Escucha, ¿sigues escuchando, muchacho? ¿Sigues ahí? —Le pegó dos cachetaditas.

Julian se esforzó en asentir.

—Tengo que retirar la oferta de permitirte pagar a crédito, pues me siento sumamente ofendido. La penalización será la siguiente: cuando terminen el jueguito, tú y tu chica me darán su dinero. Te encargaras de convencerla, ¿cierto?

—¡Responde! —Finger Mouth le dio una patada.

—¡Sí! —aulló Julian.

Volvieron a subirlo por la escalera y lo arrojaron por delante al suelo. Finger Mouth entró detrás, diciéndole alguna palabra a medias, pues algo le partió la cara en dos como a una sandía. Aquiles se alertó, pero no lo suficiente; un golpe le tronó el tórax como una armadura de huesos viejos.

Marbel sostenía el bate de aluminio con el que los había golpeado. Miró a Finger Mouth gorgotear sangre y a Aquiles jadear silbante, incapaz de llevar aire a sus pulmones. Intentaban huir hacia un extremo del salón. Marbel fue hacia Finger Mouth, que comenzó a gatear. Se le colocó como si lo montara, le pasó el bate por la garganta y tiró hacia atrás, haciéndolo patalear hasta que le rompió el cuello. Fue por Aquiles, que seguía produciendo aquel grotesco ruido silbante. Levantó el bate y le descargó un golpe en la cabeza. Julian se encogió en posición fetal al escucharlo. Cerró los ojos y se tapó las orejas, lo que no impidió que fuera salpicado de sangre.

Poco a poco quitó las manos de sus orejas y, temblando inconteniblemente, miró la punta del bate recargarse suavemente en su estómago.

—Párate ya. Vámonos de aquí —dijo Marbel.

Esta vez fueron a la habitación de ella. Julian se despojó de su ropa, se bañó, se puso una bata blanca y afelpaba, y fue al sillón. Marbel le preparó una taza de té y se la puso en las manos.

—Tú mataste a Torton, ¿verdad? —interrogó él.

—Juro que no. —Alzó una mano solemnemente.

La miró con cuidado. Marbel tenía esos ojos escrutadores, llenos de una tristeza incurable.

—Seguro que antes ya habías matado. No lo niegues. Les partiste la cabeza como si fuera cualquier cosa.

—¿Qué te puedo decir? Una chica termina por aprender a defenderse cuando crece en Harlem.

Capítulo 81

Se llevó una nueva sorpresa. Además de Ördög y los otros, había alguien más en la sala de juntas. Julian pudo sentir su mirada, que destilaba un rencor acumulado. No cabía duda de que lo sacaría en algún momento, como una víbora escupe su veneno letal. Aun le quedaban algunas huellas de los golpes en el rostro. Tenía la nariz desviada y, por supuesto, le faltaban dientes.

—Siéntate, Julian —dijo Ördög—. Estaba por darles un par de noticias. La primera es que, dándole vueltas, encontré la forma de resolver la inesperada partida de Don. Ese es el motivo de que nuestro apreciado Richard esté de vuelta... La segunda noticia es nefasta. —Deslizó una tablet en la mesa—. Véanla por ustedes mismos.

Uno a uno tomaron la tablet, leyeron y la fueron pasando de manos. Se trataba de la publicación de una noticia: «Laboratorios chinos lanzarán novedosa vacuna contra el cáncer en niños».

—¿Por qué mala? —dijo Aida con ingenuidad supina—. Es nuestra vacuna.

—Nuestra, probablemente —concedió Ördög—, pero no de nuestros laboratorios. —Se puso de pie y siguió—. Me pregunto hasta dónde la noticia será un *bluff*. Aunque un *bluff* no es cosa menor, es un aviso de guerra. Ya tienen la bomba y se disponen a lanzarla antes que nosotros. Saben en lo que estamos. La pregunta es cómo, y la respuesta es obvia: una filtración, un traidor.

Hizo una pausa para que sus palabras tuvieran el efecto esperado. Apenas se atrevieron a mirarse entre ellos, como para evitar que eso fuera una forma de señalamiento, pero al mismo tiempo los semblantes comenzaron a reflejar la inquietud de estar bajo sospecha.

—Podría enumerar las razones por las que cada uno de ustedes podría ser ese traidor, pero serían meras especulaciones, coincidencias basadas en

quejas, reproches y actitudes que todos han tenido en algún momento. Me rehúso a acusar a nadie, la sola idea me entristece. Pero tampoco puedo quedarme cruzado de brazos, ni yo ni mis socios. Ustedes son los que conviven todos los días, así que les voy a pedir que, desapasionadamente —subrayo esa palabra—, observen quién podría ser el traidor. Nada de acusaciones absurdas. Es más, no quiero chismes; quiero que se observen, eso es todo. Por otra parte, el traidor tiene línea abierta. Le ofrezco un indulto si me cuenta hasta dónde alcanza el daño, y, junto con el indulto, su pasaje de vuelta a casa y veinte mil dólares. Estoy siendo generoso. Le doy dos días para...

—Yo, Ördög, yo soy el traidor. —Noel alzó la mano.

Todos lo miraron con sorpresa, incluso Ördög, pero luego lo miró compasivo.

—Noel, otra vez tu hígado graso... Cuando esto termine, tendrás el dinero para el tratamiento que necesitas. No tienes que admitir culpas que no te corresponden.

—Quiero morir en casa, no aquí. Pensé que lo soportaría, pensé que... No tengo nada en contra de nadie, solo ya no soporto más. Le suplico, Ördög, que me deje ir. No diré nada, nada de lo que he visto. Es decir, no he visto nada, así que no tengo nada que decir.

—¿Alguien le puede servir un vaso de agua a Noel? —suplicó Ördög.

Marbel lo hizo.

Noel sacó una pastilla del bolsillo, se la echó a la boca y bebió el agua.

—Para rematar —sentenció Ördög—, no sobra decir que esto pone en grave riesgo la vacuna, pero también su paga. Lamentaría que se fueran con las manos vacías. Estamos en una carrera con nuestros competidores. Tienen cinco días para entregarme los resultados finales.

Diana y Julian se fueron lejos de la villa para hablar de lo sucedido. Pararon a comer en algún sitio, pero apenas pudieron probar bocado. Estaban de acuerdo en que empezaría la guerra entre todos para dar con el traidor. ¿Quién podía ser? Tal vez sí había sido Noel. Qué mejor forma de desviar la atención que señalarse a sí mismo. Su maldita enfermedad era el mejor escudo. ¿Estaría realmente enfermo? También era posible que Aida fuera comprada por la competencia. Después de todo, la estúpida iba a cobrar menos que Marbel, Diana y Julian. ¿Y Marbel? ¿No era de lo más

extraña? ¿No quedaban rastros de sospecha de que ella hubiera matado a Torton? Qué decir de Richard, lleno de resentimiento.

—Solo nos tenemos el uno al otro —dijo Diana, apretándole una mano.

—Ya que lo dices, necesitamos sincerarnos —dijo él con gravedad. Ella retiró la mano, un tanto defensiva—. Necesito que juguemos un juego entre nosotros, uno al margen del de Ördög; se trata de preguntas y respuestas, de sinceridad absoluta.

—Dispara tú primero.

—¿Entre el dinero y yo que escogerías?

—El dinero —dijo ella sin rechistar.

Julian soportó el golpe.

—Es mi turno... ¿Por qué regresaste a Anchorage?

—Por ti.

—Sin cursilerías.

—Por ti, Diana, por ti.

—¿Solo por mí?

—Y porque la vida es aburrida en Nueva York. Mi turno...

Diana lo miró expectante.

—¿El dinero lo quieres porque no soportas vivir con el tío Tom?

—Esa es una de las dos razones.

—¿Cuál es la otra?

—No te la diré. Me toca preguntar...

No hubo tiempo, les marcaron al celular para que regresaran a la villa.

Capítulo 82

Cada equipo de pares leyó sus conclusiones. Decidieron unánimemente que las de Marbel y Julian eran las mejores.

—En realidad yo solo redacté lo que me dictó Julian —dijo Marbel.

Hubo miradas de desconcierto, en especial de Diana, que frunció el ceño con suspicacia.

—No le demos vueltas —dijo Sara—. Marbel, ve a la biblioteca, añade la bibliografía y envía el documento a Ördög en nombre de todos... Es ella —dijo en cuanto Marbel salió por la puerta—, ella es la maldita traidora.

—¿Cómo lo sabes? —cuestionó Julian.

—Hace unos días la vi en la calle con un tipo extraño.

—¿Y eso qué significa?

—Lo acabo de decir: un tipo extraño —repitió Sara con un gesto de obviedad.

—¿Extraño? —intervino Diana.

—Parecía turista, creo que tenía acento ruso.

—Ecos de la guerra fría —ironizó Julian.

—Hablo en serio, idiota. Cuando Marbel me vio, se puso nerviosa y se alejó del sujeto.

—Posiblemente estaba ligando con él —opinó Diana.

—Lo cual no la haría una traidora —insistió Julian—. Ella no es así.

—¿No es así? —cuestionó Diana.

—Solo hay una forma de saberlo. —Aida habló con voz cándida y dulce —. Obligarla a que confiese.

—De ninguna manera —protestó Julian.

—¿Votos a favor de la propuesta de Aida? —preguntó Sara, alzando una mano.

Todos votaron a favor menos Richard y Julian.

—Aprobada la moción. Vamos a hacer que esa maldita perra hable —remató Sara—. Organizaré una excursión al lago Spenard para celebrar que terminamos el libro. Ahí le aflojaremos la lengua a la muy desgraciada.

—No cuenten conmigo. —Julian se puso de pie y salió rápidamente de ahí.

Diana lo alcanzó en la recepción.

—¿Qué demonios estás haciendo?

—¿Qué demonios haces tú? ¿No escuchaste? La bruja quiere que torturemos a Marbel. Ni siquiera tiene pruebas.

—¡Tenemos que seguirle el juego, tiene el poder!

—No, si no se lo damos nosotros.

Diana lo observó con detenimiento.

—¿Te la cogiste?

—¿Cómo?

—A Marbel, ¿te la cogiste? Puedes decírmelo, no voy a ponerme celosa. Lo que quiero saber es si por eso sientes que le debes algo.

—No me la cogí.

—Entonces quieres hacerlo.

—¿Cómo?

—La chica tiene pene. Que yo sepa, a ti nunca te ha gustado el pene.

—Carajo, Diana, nada de lo que dices tiene maldito sentido. ¡Estamos hablando de lastimar a una persona!

—¿No le pediste a Aquiles que lastimara a Don? ¿Y no por eso Don está muerto? Tus malditos prejuicios, tu jodida hipocresía siempre arruina las cosas. No se puede ser ético unas veces sí y otras no. ¡Entiéndelo ya!

—Y tu solución es no serlo nunca para no tener ambigüedades.

—Ahora mismo vas a regresar a esa sala de juntas. Si no dices que lo reconsideraste, no podré ayudarte cuando se pongan en tu contra.

—¿Te pondrás del lado de ellos cuando también decidan torturarme? —cuestionó Julian.

No esperó respuesta, dio la media vuelta y se marchó.

Marbel le había salvado el pellejo, lo justo era prevenirla. Fue a tocar a su habitación, tenso de que en ese momento Sara o alguno de ellos pasara por ahí. Marbel no le abrió la puerta. Bajó a la recepción a revisar en qué habitación se hospedaba Richard. Subió al tercer piso y tocó en la 32.

Richard abrió la puerta en bata y lo miró como si le sorprendiera tal descaro, pero le permitió pasar. Echó un vistazo al pasillo y cerró con seguro.

—Sé que te tuvimos una diferencia —explicó Julian—, pero estoy aquí porque votaste en contra de lo que piensan hacerle a Marbel. Se me ocurre que lo podemos impedir y...

El tipo lo sujetó con ambas manos y lo estampó contra la pared, luego lo lanzó como un trapo contra un buró. Julian agarró la lampara para defenderse, pero Richard le asestó una patada en el estómago que le hizo patalear como si anduviera en bicicleta.

—Si no di mi voto, pedazo de mierda —dijo Richard—, fue porque no sabía qué rayos había pasado desde que me fui, pero eso no significa que no vaya a partirle el trasero a la fenómeno de ser necesario. Ven acá. —Lo arrastró al baño—. Más tarde seguiremos ajustando cuentas.

Capítulo 83

Al despertar movió los labios hinchados y sangrantes, cuando consiguió ponerse en pie tuvo que sentarse en el retrete para no desplomarse de nuevo. No tenía idea del tiempo, pero necesitaba salir de ahí y llegar a Spenard. El tipo había atrancado la puerta del baño. El sitio era un cubo cerrado de mosaicos blancos. Miró el cancel de la regadera. Romperlo no le serviría para escapar, pero sí para envolver un pedazo de vidrio en una toalla y defenderse de Richard cuando este regresara.

Minutos después, una recamarera pasaba por el pasillo con un carrito de limpieza y se detuvo al escuchar golpes en la habitación 32. Sacó el manojo de llaves del bolsillo de su bata y abrió; entonces clavó la mirada en la puerta del baño, que se azotaba de forma contundente. Por el piso salían cascadas de agua. La mujer se hizo a un lado cuando un tipo salió disparado a trompicones con un trozo de lavabo. Julian se puso de pie, la miró unos segundos y salió de la habitación.

Más tarde, el taxista no dejaba de mirar a Julian por el retrovisor, este se aplastaba un trapo en la boca para contener la sangre. Lo consiguió al bajar el vidrio de la ventana y dejar que el aire frío le sirviera de analgésico.

—¿Está bien? —preguntó el taxista—. Está sangrando...

—Estoy bien.

—¿Seguro?

—Le digo que sí.

—Quizá sea mejor que lo regrese a la villa...

Julian se convenció de que el taxista no había hablado al aire. La rabia le crispó, le hizo sentir furioso de que cualquiera podría humillarlo y hacerlo mearse de terror. Estaba harto, no podía permitirlo más.

—Póngala ya —rumió.

—¿Cómo dice?

—La maldita canción, póngala.

El taxista lo miró por el retrovisor, desconcertado.

—La maldita canción de Simon y Garfunkel. Sé quién es usted. ¡Póngala!

—No se exaspere de ese modo, no sé de qué me habla.

—Claro, no lo sabe —volvió a rumiar Julian, y ya no dijo más.

Recargó la cabeza en el costado de la puerta y cerró los ojos.

Media hora después se detuvieron en Spenard. Bajó del auto y se alejó hasta encontrar el lago; no había ni un alma por ahí. La pálida luz del sol estaba pronta a desaparecer. Lo mejor sería fijarse en el camino o terminaría extraviado. Algunos trozos de hielo flotaban moviéndose en la cuenca perezosa de las aguas. Decidió caminar por la orilla. Lo hizo por algunos minutos pero seguía sin encontrar a nadie. El teléfono comenzó a timbrar, se apresuró a responder.

—¿Diana? —interrogó ansioso.

—¡No!

—¿Marbel? ¿Estás bien?

—¡Soy yo, Thara!

—¿Thara?

—¡Eso dije, Thara! Te escucho lejos. ¿Me oyes tú?

Había poca señal. Era algo raro que Thara le marcara desde Nueva York y él le respondiera desde un rincón de Alaska.

—¿Podemos hablar? Es importante, se trata de tu hijo.

—¿Qué sucede? ¿Ya va a nacer?

—No seas tonto, tengo tres meses de embarazo. ¿Estás drogado?

Julian no supo por qué había preguntado esa imbecilidad. No estaba drogado, pero machado sí, le zumbaba la cabeza. La hinchazón de la boca comenzaba a expandírsele a los pómulos, achicándole los ojos.

—El médico dice que el embarazo es de alto riesgo, sugiere decididamente que no lo tenga. Kim y Vinicio opinan lo mismo, dicen que primero estoy yo. Sobre todo Vinicio, llora y me suplica que no me arriesgue. ¿Te das cuenta de por qué me cuesta verlo como hombre? Es un niño, un maldito niño. Si tengo a ese bebé, terminará siendo su hermanito. ¿Qué sucede con los hombres hoy? Todos son cobardes o inmaduros. Necesito saber qué piensas tú, Julian, ¿debo tenerlo?

Julian volvió a mirar el paisaje, el sol se había ido definitivamente, pero aún quedaba cierta luz gris filtrándose entre las copas de los árboles. Los pájaros chillaban, preparándose para esconderse y guardar silencio.

—¿Estás ahí, Julian?

—Es tu cuerpo Thara, tú decides.

—¡Al carajo con esa respuesta! ¿Debe o no nacer?

—¿Qué quieres tú?

—Que nazca —chilló Thara.

—Entonces debe nacer.

—¿Lo quieres tú?

—Sí, Thara, yo también lo quiero.

—¡Gracias! ¡Gracias! ¡Sabía que alguien pensaría lo mismo que yo!

—Debo colgar —dijo Julian al divisar un grupo de gente en el otro extremo del lago.

Se guardó el teléfono y fue deprisa hacia las figuras. Eran ellos, tenían a Marbel amarrada a un árbol, la atormentaban, pero desde donde estaba no podía saber cómo. Corrió lo más veloz que pudo, tropezando entre troncos y ramas, achicando los ojos en la oscuridad. Cuando llegó a la otra orilla solo encontró a Marbel atada al árbol, a los demás no se les veía por ninguna parte. Se le acercó respirando el aire frío y doloroso que entraba en sus pulmones. La miró inquieto; ella estaba inmóvil.

—¿Marbel?

Levantó la cara y dibujó una tenue sonrisa entre los golpes y machucones de piel. Le habían dado una buena paliza.

—¿Viniste a salvarme porque eres un romántico empedernido? ¿Te han dicho que eres adorable?

Julian se apresuró a desatarla, pero cuando la recostó en la hierba no hubo nada que hacer. Los ojos de Marbel seguían siendo grandes y misteriosos como los de una muñeca: algo exagerados para ser bellos, pero inquietantes y fijos como la muerte misma. Se inclinó a recoger de entre la hierba la jeringuilla vacía, la contempló y pensó en Sara Núñez. ¿Quién más pudo inyectarle algo así?

Capítulo 84

Ördög terminó de escuchar las explicaciones de Sara: habían llegado a la conclusión de que Marbel era la traidora. No quisieron que tuviera un mal final, de hecho solo la vapulearon un poco. Richard no, era demasiado fuerte y de un golpe le habría traspasado la cara. Tampoco Diana, pues se negó. Aida lo intentó, pero a la primera bofetada que le dio se le rompió una uña. La mayoría de los golpes los atizó Sara, pero lo importante fue inyectarle esa droga. Vamos, algo suave, pero que afloja la lengua. Terminó por confesar que sí, que ese hombre con el que se vio en la calle era de los laboratorios enemigos. Le habían ofrecido una buena suma por darle una copia del libro. Así que ya podían seguir adelante.

Ördög apretó los labios como si jugara con ellos e infló un par de veces las mejillas antes de hablar.

—Hay un pequeño problema: que Julian no estuvo presente. El resto asegura que Marbel confesó la traición, pero aquí lo que vale es el cien por ciento, de otro modo queda la duda. ¿Por qué no fuiste con los demás, Julian?

Este levantó la mirada y repasó a todos.

—Porque no creí que Marbel fuera la traidora. Sigo sin creerlo. Cuando llegué seguía con vida. En ningún momento me dijo que hubiera cometido alguna traición.

—¿Puedo opinar, Ördög? —Aida alzó la mano como si fuera una estudiante en el aula—. Nadie quiso que muriera. De hecho, comenzamos por preguntarle de buena manera; le recordamos tu generosidad, los veinte mil y el boleto de avión a casa. No es un secreto que tenía un modo de ser extraño y burlón. Tuve que soltarle la cachetada; me llamó «Barbie esquizofrénica»; eso da risa, claro, pero me escupió, eso sí no se lo toleré...

—¿A dónde quieres llegar? —la interrumpió Ördög.

—A que nos des el beneficio de la duda. Ya entregamos el libro, solo falta que tú y tus socios le den el visto bueno. Mientras más ponto, mejor para todos. ¿No es así?

—Así es, querida. Debo reconocer que más allá de tu candor hay una persona sensata. Es verdad, la pelota está en mi cancha y la de mis socios. Nos apresuraremos a dar una respuesta. Y si logramos sacar la vacuna antes que la competencia, voy a hacer algo más: repartir entre ustedes el millón que le correspondía a Marbel. —Se puso de pie—. De cualquier forma, les pido que sigan vigilantes, no sea que el traidor sea otro...

Salió de la sala. Julian miró sin temor a Sara y espetó:

—La mataste, maldita infeliz...

—¿En serio este cobarde es tu hombre? —Sara inquirió a Diana.

—Eso no es asunto tuyo —le respondió ella.

—Sigo siendo la cabeza del equipo.

—Ya no eres nadie —dijo Diana—, no hay más equipo.

—No, no lo hay —secundó Julian y se fue de ahí.

Pasó la tarde fuera de la villa, sin rumbo, entrando a cada café y bar que encontraba, hasta hastiarse de cafés y tragos. No tenía la intención de ordenar sus ideas. No había nada que ordenar. El juego de Ördög era claro: repartir el millón de Marbel no tuvo otra intención que encender la codicia. Les encantaría encontrar a un segundo traidor para que hubiera otro millón que repartir. Sara era la psicópata mayor, pero los demás no se quedaban atrás. La pregunta era en qué saco poner a Diana Travis. Había estado con los otros en Spenard, quizá no le pegó a Marbel, pero tampoco lo impidió.

Entrada la noche, recordó aquella vez que Marbel mencionó a Poe y lo de cedro amarillo muerto. No pudo quitárselo de la cabeza; tomó un taxi y fue a Resolution Park.

—Es bonito en verano, aunque ahora no hay nada —opinó el taxista.

Julian lo ignoró. Al cabo de un rato trató de recordar el lugar preciso donde había visto el cedro. No paró hasta dar con él. Se arrodilló y comenzó a remover la tierra con las manos. Lo hizo sin pausa, a pesar de que los filos de hielo y la tierra fría se le encajaban en las uñas. El parque estaba desierto, era más que perfecto. De cualquier manera, estaba en la actitud de mandar al infierno a quien le preguntara por qué hacía eso, aunque sería un problema si ese alguien fuera un policía. Sus manos se toparon con algo

viscoso. Continuó con la meticulosidad de un arqueólogo. Se detuvo al reconocer en ese rostro de boca muy abierta y piel medio podrida a Stewart. Escarbó un poco más. Llevaba ese suéter amarillo pálido que usaba muy a menudo. Julian alzó la cara al cielo y no pudo evitar reír mientras se limpiaba el sudor picante de los ojos. ¿De quién eran las cenizas que le habían entregado a Gladys en aquel cofre de madera de palisandro?

Esto le pareció el último mensaje de Marbel: no fiarse de nada ni nadie. La vacuna que salvaría a millones de niños no era más que el pretexto perfecto de un loco multimillonario para divertirse con los deseos y aspiraciones de un grupo de pobretones.

Capítulo 85

Cuando Diana vio entrar aquel tipo lleno de lodo al Old Blue Hunter, debió pensar que era un indigente. Lo reconoció hasta que lo tuvo cerca. Julian ocupó un banco a su lado, frente a la barra. Jack lo miró con resentimiento, le sirvió un bourbon y se fue a la cocina.

—Perdiste un amigo —dijo Diana—. Me contó que por tu culpa echaron a una chica que cocinaba; te sirvió carne con papas y dejaste el plato entero. El dueño la corrió. Jack estaba entusiasmado con ella. Te cuento todo esto para que te des cuenta de algo.

—¿De qué? —interrogó con un tono descarnado.

—De que nuestra sola existencia y nuestras acciones, por más pequeñas que sean, pueden terminar por dañar a alguien. Es imposible ser impolutos, es como pensar que podemos pisar la hierba sin matarla... ¿De dónde vienes? Estás hecho un asco.

—Del infierno, de ahí vengo. —Dio un trago.

—Presiento que nuestras vidas van a comenzar a separarse.

—¿Y cómo no? Si te importó un carajo Marbel.

—Traté de impedirlo. Si hubieras estado ahí en vez de mirar hacia otra parte, entre los dos lo habríamos logrado. Sara nos manipuló a todos. No pude hacer nada; Richard y Aida se pusieron de su parte, y Noel, bueno él no cuenta, es como un muerto de pie.

—Ya no sé quién eres, Diana Travis. —Apuró el resto del trago.

—Soy la única a la que le importas; te he estado buscando para decirte algo: te van a cazar, lo dijeron a mis espaldas. Planean que contigo fuera haya otro millón y medio que repartir.

—No sé por qué no me extraña... ¡Jack! —Alzó la voz—. ¡Otro bourbon!

Jack no vino. Julian se puso de pie, le dio vuelta a la barra y se sirvió él mismo.

—Julian —dijo Diana con la voz más conciliadora de la que fue capaz—, esa actitud no te va a ayudar en nada. Te lo advertí. No puedo hacer nada por ti, cariño. Te sugiero, te pido, te suplico que escapes antes de que te maten.

—Si eso pasa, te tocaría parte de mi dinero.

—Deja de tener esa actitud pusilánime y resentida.

—Y tú deja de fingir que te intereso, eres como ellos.

Diana se comenzó a llorar, sus lágrimas parecían tan sinceras que Julian las celebró. Era raro que el témpano del hielo del que estaba hecha se derritiera un poco.

—No pienso escapar de esa bola de locos. No sé la razón, pero ya no les temo. ¿Te cuento algo? Aquiles y otra persona están muertos; Marbel los acabó con un bate. Yo estaba ahí, ¿sabes? Lo hizo por mí. Nadie había hecho por mí algo semejante, ni siquiera tú, que te la pasas cagándome por mis errores... Mírate, acabo de mencionar a dos personas muertas y ni siquiera te asombra o te conmueves.

Julian sacó unos billetes, los puso en la barra y se marchó.

Durante la noche lo despertaba cualquier ruido. Había llegado el momento de conseguir un arma, estar prevenido; tal vez Jack podría conseguirle una. Pensó en él. Recordó que le había contado lo de aquella chica nativa, el rompimiento y que, desde entonces, estaba solo. Pobre Jack. Y que estupidez que un plato de carne con patatas formara parte de la cadena de absurdos que hicieron que la chica se fuera. Si salía bien librado de Anchorage, se llevaría esa lección: no hay pequeñas acciones que se deban tomar por intrascendentes. En eso Diana tenía razón, no se puede pisar la hierba sin matarla.

Por la mañana lo despertó el ruido del teléfono. Una voz le dijo que el señor Ördög los esperaba abajo. Se dio un baño y poco después cruzó la recepción, donde miró a un nuevo empleado. El probable sustituto de Aquiles parecía relajado y cordial. Le sonrió a Julian y le dio los buenos días.

—Una buena noticia —dijo Ördög cuando todos estuvieron listos—: mis socios y yo hemos aprobado el libro. Quedan algunos detalles por afinar, pero se los explicaré en el avión.

—¿A dónde vamos? —preguntó Aida.

—El Salvador.

Capítulo 86

Ördög no dio discurso alguno; bebió jugo de naranja y se puso a leer un libro de poesía de Byron. Sara y Richard se sentaron juntos, lo mismo que Diana y Julian; Aida, con Noel, que extrañamente lucía apacible, aunque pálido como siempre. De vez en cuando Diana miraba a Julian y le tocaba la mano; entonces él movía los dedos y estrechaba la suya, apretándola un poco, creyendo que con ese pequeño acto se comunicaban que las cosas ya no empeorarían.

El avión tocó tierra en la Ciudad de México, donde repostó. Todos bajaron a estirar las piernas, menos Noel, que dijo no querer perder ese súbito bienestar.

Ninguno sabía bien a bien cómo funcionaban los vuelos privados. Un agente aduanal los recibió en la escalinata, el piloto le mostró los pasaportes y el aduanal los cotejó con los rostros. Subió a mirar a Noel, bajó enseguida y se apartó a hablar con Ördög. Después el agente los hizo subir a un vehículo descubierto y manejó por un lado de la pista hacia los edificios.

Ördög pidió una jarra de clericot para todos en la cafetería. Les preguntó cómo se sentían ahora que el viaje —refiriéndose al proyecto— casi llegaba a su fin. Sara dijo que iba a echar de menos esa aventura, que todo eso había significado un privilegio que pocos seres humanos pueden experimentar. Ördög miró su reloj; no esperó que los demás hablaran y dijo que era hora de partir.

De nuevo el aduanal los llevó al pie del avión. El primero en abordar fue el piloto, pero bajó la escalinata casi enseguida con el semblante descompuesto y se apartó para hablar con Ördög y el aduanal. Julian y el resto los miraban desconcertados, pues aquella plática se extendió por unos minutos hasta que el piloto se fue en el vehículo con el aduanal, de regreso hacia los edificios.

Ördög les pidió que abordaran el avión y permanecieran en silencio. Al cruzar la puerta, descubrieron que Noel estaba muerto.

Ördög tomó la palabra:

—Como pueden ver, el buen Noel decidió partir antes. Es una pena que no llegara al final cuando faltaba tan poco. Siempre tuve la sensación de que ustedes no lo apreciaban tanto como yo. Quizá sus aportaciones al libro no fueron las mejores, pero aun así era un hombre sensible; su enfermedad fue su yugo, pero también su maestra de vida...

—¿Qué vamos a hacer con él? —interrogó Aida, un poco intimidada ante la posibilidad de tener que sentarse de nuevo a su lado.

—Ya me estoy ocupando, querida. ¿Alguien quiere decir unas palabras para despedirlo? Vamos, por favor, no me desilusionen. Noel fue parte del equipo.

Richard alzó la mano.

—Él y yo nos hicimos muy cercanos, realmente cercanos... Me contó que no tenía familia, a nadie en el mundo. Bromeando, dijimos que si algo le sucedía al otro el que siguiera adelante, podía... podía... bah, es una tontería. Propongo que brindemos por él. ¿Hay champaña? —Sonrió.

—Completa lo que ibas a decir, Richard —le pidió Ördög.

—No es nada importante.

—De todos modos lo quiero escuchar.

—Dijimos que el que siguiera adelante podía... podía quedarse con el dinero del otro.

—El dinero, claro —murmuró Ördög.

Su gesto no dejó lugar a dudas de que Richard, quien ahora estaba tan pálido como Noel, no debió abrir la boca

—De cualquier forma —continuó—, me quedo con que fueron muy unidos. ¿Eso dijiste, Richard? ¿Muy unidos? ¿Realmente unidos?

Richard asintió.

—No te escuché.

—Sí, muy unidos.

—Excelente... ¿Alguien más quiere decir algo para despedir a Noel?

—Era un buen hombre —aventuró Aida.

—No lo traté demasiado —dijo Julian.

—Yo tampoco —secundó Diana.

Ördög tomó de nuevo el libro de Byron y leyó: «A la orilla del mar, fuera del paso de los mortales, donde apenas haya señal de vida, y con rumor escaso las olas se adormezcan en la playa. Sepúltame de cara hacia el ocaso, para que cuando el sol a hundirse vaya en las costas de Albión, lejos, muy lejos, me alumbre con sus últimos reflejos».

—Hermoso —dijo Aida de forma poco sincera.

—Ocupen sus asientos. Aida, tú ve para allá; el honor de sentarse junto a Noel es de Richard, pues eran muy unidos...

«¿En qué momento se le ocurrió la maldita idea de que el "aterrizaje" del proyecto sería apacible?», se preguntó Julian. De nuevo él y Diana se apretaron las manos, pero ya no con tanta calma. Ya nadie podía ver el rostro de Ördög, solo su espalda, su nuca y su cabeza, con suaves y delgados cabellos castaños. Richard se sentó al lado del muerto y mantuvo la mirada al frente, alerta y cargada de tensión.

Los minutos se desgranaron despacio, como si el objetivo de esa lentitud fuera acostumbrar a los pasajeros a la idea de que había uno entre ellos que ya no respiraba, y que eso era de lo más normal. «Maldito Noel», se dijo Julian, «¿no se le pudo ocurrir morirse en otra parte?». Se talló el entrecejo y respiró intranquilo. ¿Volverían a Anchorage? ¿A Estados Unidos? ¿Qué estaría maquinando Ördög en esos momentos? Miró de reojo a los demás; no parecieron tener más remedio que ponerse a hacer cualquier cosa: Aida a revisarse las uñas; Sara, a mirar algo en la tablet. El único que seguía catatónico era Richard. Diana, a su lado, tenía la mirada puesta en la ventanilla, quizá rogaba que por fin apareciera el piloto de vuelta y pudieran irse.

Veinte minutos después escucharon un motor detenerse cerca del avión. El piloto abordó y fue directo a la cabina. Enseguida entraron dos jóvenes de trajes oscuros y camisas blancas. Su apariencia no encajaba con sus atuendos, parecían disfrazados. Estaban tatuados, uno de ellos de forma abundante y siniestra en su cabeza rapada.

—Nuestros amigos Jaime y Raúl también van a El Salvador. Les haremos el favor de llevarlos.

Los tipos fueron a ocupar los asientos detrás de Richard y Noel. Si los ojos de Richard hubieran sido capaces de girar hasta su nuca, los habría seguido hasta ese punto. El avión recorrió la pista y se puso en vuelo. Ördög

volvió a su libro de Byron. Diana apenas se atrevía a mirar de reojo a Julian; la presencia de esos dos al fondo de la aeronave resultaba inquietante. Julian no pudo evitar voltear de golpe, pero no los vio, pues Richard, quien sudaba a mares al lado de Noel, los cubría.

La voz del piloto se escuchó en el parlante; en ese momento volaban sobre el Pacífico, cerca de las costas de Acapulco, a veinticinco mil quinientos pies sobre el nivel del mar.

—*Acuérdate de Acapulco, María bonit*a —dijo Ördög en español.

Un golpe seco hizo que todos miraran hacia el fondo del avión. Uno de los tipos acababa de golpear a Richard en la cabeza con algo corto y macizo, quizá un trozo de hierro forrado de hule. Richard se había desplomado de frente. Los tipos desabrocharon el cinturón a Noel. Los demás se replegaron en los asientos al ver pasar el cadáver, arrastrado por el pasillo hasta cierto punto, donde el sujeto levantó una tapa del piso y metió a Noel. Se le escuchó caer al fondo. El tipo volvió a cerrar la tapa. Segundos después se escuchó un ruido en la compuerta; el avión se sacudió un poco y todo volvió a la normalidad, aunque Diana, junto a la ventanilla, hubiera jurado que pasaron en el aire sobre un extraño bulto.

Para ese momento, Richard volvía en sí. El otro sujeto le desabrochó el cinturón y lo hizo ponerse de pie. Intentó resistirse, pero el hombre le pegó otro golpe con la macana y lo hizo caer. Richard comenzó a sujetarse de los asientos, de los pies de quien encontraba a su paso. Diana le apretaba tan fuerte la mano a Julian que este sintió que se la partiría. Realizaron la misma operación; abrir la puerta para arrojar abajo a Richard. Este dio batalla, mordió manos, soltó golpes. Le dieron otra tanda de macanazos hasta que lograron hacerlo caer por el hueco y cerrar la tapa. Aida comenzó a llorar; Diana terminó abrazada de Julian; Ördög siguió leyendo a Byron. Sara evitó mirar desde un principio, mantuvo las manos temblorosas sosteniendo la tablet. Nuevamente se escuchó el ruido de la compuerta, sintieron el movimiento del avión y, después, la calma.

—¿Alguien más era cercando a Noel? —preguntó Ördög.

Capítulo 87

Esta vez no hubo hospedaje de gran lujo. Una camioneta los trasladó a un hotel de quinta a la orilla de San Salvador, al pie de las colinas. El encargado les dio la llave de una habitación enorme con tres camas individuales, duras como piedra. Diana y Julian ocuparon una, Sara otra y Aida la tercera. Vieron un par de cucarachas grandes en el quicio de la ventana, lo que sirvió como detonante para que Aida retomara el llanto, no tanto por los bichos, como por lo sucedido en el avión. Sara apagó la luz y ordenó —esa es la palabra— que se durmieran.

—No puedo —sollozó Aida—. Fue horrible, fue...

—Cierra la maldita boca —gruñó Sara—, y que nadie se atreva a decir algo, mucho menos a insinuar si Ördög hizo mal o bien. Lo que le sucedió a Richard fue culpa de Richard; no es asunto nuestro. Ahora deja de llorar, maldita perra, o soy capaz de rellenarte la boca con un trapo sucio.

Aida lanzó un último y suave quejido y, no sin esfuerzo, contuvo los gemidos.

Nadie pudo dormir en realidad. En cuanto amaneció, comenzaron a salir del dormitorio. Al poco rato estuvieron los cuatro en la recepción. Un aroma a comida los hizo desplazarse hasta el comedor, donde no vieron a un alma, pero sí un platón al centro de la mesa con pupusas y una jarra grande de café.

Luego del desayuno salieron del hotel. Notaron que la fachada era la de una finca sin ningún letrero. Por fuera se veía mejor que por dentro, las colinas de un verde intenso y el cielo limpio resultaban agradables.

—¿Le mandamos mensaje a Ördög? —preguntó Aida.

—No —dijo Sara—, él sabrá qué sigue.

La camioneta que los trajo por la noche apareció en la vereda y se detuvo frente a ellos. La abordaron sin pedir explicaciones. Julian pensó que los llevarían a la ciudad, pero el vehículo serpenteó por la vereda y comenzó a

ascender hacia las colinas. Diez minutos después se detuvieron en otra finca más grande. Un tropel de niños se arremolinó en torno a la camioneta, pegando caras y ojos a los vidrios.

Al salir del vehículo, una niña tomó de la mano a Diana y los llevó al interior de la finca, donde los aguardaba Ördög, al pie de la puerta, cargando a un chiquillo y rodeado de otros tantos.

—Aquí les dicen cipotes a los niños, ¿no es cierto? —le preguntó al niño que cargaba, sonriéndole y agitándolo un poco.

El pequeño le tocó la nariz y se la retorció, haciéndole reír.

—Ya conocieron a Chele. —Miró al tipo de la camioneta—. Les mostrará las instalaciones; los cipotes y yo los veremos después.

Siguieron al sujeto que, como un guía de turista cansado de repetir por mucho tiempo la misma cantaleta, les mostró el comedor, los salones con pizarras, los dormitorios grandes y una cancha de futbol detrás de la finca. Al final los llevó a la enfermería, un galerón con equipo médico y dental. Ahí estaban ya Ördög y los niños junto a una enfermera, quien estaba frente a un recipiente grande de plástico con jeringas y frascos.

—Primero que nada, los felicito por haber llegado hasta aquí. Este albergue, patrocinado por mis socios y yo, ha sido escogido para llevar a cabo un evento sin comparasión. Como ya saben, contamos con una formidable vacuna que cura varios tipos de cáncer en los niños. Hoy toca aplicarla a estos pequeños, quienes tienen algo en común: todos están en la etapa inicial de diferentes tipos de cáncer. Sus historias tendrán un final feliz, pues desde ahora mismo les evitaremos transitar los tristes y crueles estadios de la enfermedad... ¿Quiénes son estos chiquillos? Huérfanos indirectos de la guerra que, como todos saben, sucedió en este querido país hace más de treinta años. ¿Por qué indirectos, preguntarán, si ni siquiera habían nacido? Fueron sus abuelos los guerrilleros y soldados quienes libraron los combates allá en esas colinas, al pie del volcán Guazapa, lo mismo que en Ahuachapán, La Unión y Sonsonate. Muchos tuvieron la suerte de sobrevivir, pero no la de llevar una vida fácil; algunos encontraron otro tipo de muerte prematura, no a causa de las balas, pero sí de las drogas y la violencia, dejando a estos pequeños sin más protección que «la amabilidad de los desconocidos», perdonen la cita a Tennessee Williams... En fin, ya

hablé mucho. Siéntanse orgullosos de ser los elegidos para aplicar la vacuna. Los declaro dioses de vida.

La enfermera les explicó la técnica correcta para vacunar. Los niños se formaron en cuatro filas, avanzaban descubriéndose sus bracitos. Aida no pudo contener el llanto, pero al mismo tiempo sonreía. A Julian y Diana les fue inevitable contagiarse de esa emoción. Tímidamente consideraron algo verdaderas las palabras de Ördög: eran dioses de la vida. El gesto frío de Sara Núñez era lo único que desentonaba. Eso y que la noche anterior habían visto a un hombre lleno de pánico ser arrojado de un avión.

—Oh, por Dios —dijo Ördög.

Un coche diplomático con banderitas del país en los costados se estacionó en la finca. El chofer bajó, abrió la puerta trasera; un chico de unos ocho años descendió y poco después entró a la enfermería. Su aspecto era algo extraño, quizá por la ropa formal, el pantalón casimir y el blazer.

—¡Dalton! —exclamó Ördög—. ¡Pensé que no vendrías!

—Vine por mi vacuna —espetó el niño, secamente—. Dijiste que me avisarías cuándo...

—Confundí las fechas, pero desde luego no iba a dejarte sin tu vacuna, querido Dalton. Julian te la va a aplicar...

Una vez que el chico recibió la inoculación, se despidió secamente. El chofer le abrió la puerta del auto y partieron.

—A veces hay que pagar una cuota de humillación a conveniencia —comentó Ördög y después dio un aplauso—. ¡Hora del refrigerio! ¡Habrá pastel!

Los niños estallaron de alegría.

Salieron en tropel hasta el jardín, donde encontraron a Chele cocinando pescado con verduras en una olla. Había dispuesto una mesa larga con un mantel blanco sujeto con piedras para que no se lo llevara el viento. Al centro había un gran pastel de chocolate. Ördög se sentó en medio. A sus costados estaban los niños intercalados con Diana, Julian, Sara y Aida. La niña que había tomado la mano de Diana no se le despegó un segundo, Julian pudo darse cuenta de que empatizaron. Era una niña pequeña, de cinco o seis años. Diana le cortó pastel; mientras la chiquilla comía, la observaba con detenimiento y la peinaba. Julian las contemplaba, pero a

ratos miraba hacia otro lado para que Diana no se diera cuenta y quizá sintiera que él le descubría un poco de debilidad.

Horas más tarde, hubo abrazos y despedidas tiernas, y promesas de volver en unas semanas. Ördög le pidió a Chele que lo dejara manejar, pues era una de esas pocas ocasiones que valía la pena hacerlo: por la carretera solitaria, entre montañas verdes y bajo el cielo intensamente azul. Diana, Julian, Aida y Sara ocuparon la parte trasera. Chele le quitó la capota al vehículo —Ördög lo agradeció con una sonrisa— y se sentó detrás de ellos.

—Sé que hemos tenido algunos pequeños malentendidos —dijo al volante—, incluso reconozco que me he excedido. Hace unas horas, en el avión, venía pensando en la muerte del pobre Byron. Malaria a los treinta y seis. Es una pena que en el siglo XIX no hubiese una mejor medicina. ¿Se imaginan de lo que privó a la civilización esa estúpida enfermedad? No es cosa menor. Ahora, con la vacuna, puede que hayan salvado la vida de un futuro científico, artista, inventor. El punto es que, mientras pensaba en la injusta muerte de Byron, el inoportuno de Richard se frotaba las manos por el dinero del desdichado Noel. No me pareció justo. ¿A ustedes sí?

—Hiciste lo correcto —sentenció Sara.

—¿De verdad lo apruebas?

—Tienes mi aprobación. —Sonrió ella.

—La cual no necesito.

Chele le pasó un cordón por el cuello a Sara. Diana pegó un grito. Ella, Aida y Julian se apartaron, mientras Chele apretaba con fuerza y Sara se defendía con las manos y comenzaba a patalear.

—¡Ya no, no más! —lloriqueó Aida.

Los segundos se volvieron una eternidad. Ya sometida, Sara volvió a dar un último pataleo. Ördög se detuvo a un costado de la carretera; Chele bajó a la mujer y se la llevó arrastrando entre la maleza, como haría un depredador que acababa de cazar.

—Escuchen bien, porque no lo voy a repetir —dijo Ördög, girando para mirarlos—. Si con algo no puedo es con la maldita ingratitud, que casi siempre conlleva subestimar a la persona generosa. Acabo de enterarme de que la competencia ya dio la fecha del lanzamiento de la vacuna, lo cual significa que el traidor sigue entre nosotros. ¿Sara? Puede ser. Ya que ustedes

han sido incapaces de resolver esto, me encargué de rastrear sus últimos movimientos. Los de todos, quiero decir... Sara hizo una copia secreta del libro. Aida, enviaste un mensaje cifrado a unos laboratorios clínicos en Nuevo México. Julian, encontré que en la competencia trabaja una prima tuya, la del nombre feo: Edwina Langford. Y tú, Diana, me pregunto a quién le escribes todos los días diciéndole: «Eres el amor de mi vida». No se diga más. Entiendo que deben resolver entre ustedes este asunto bochornoso.

Capítulo 88

Julian se vio a mitad de una calle céntrica en San Salvador. Ördög los dejó en distintos puntos de la ciudad y les dijo que se las arreglaran solos para regresar a la finca. Parecía un juego de *boy scouts*. Debería ser fácil de resolver, porque traía dinero, pero no se había fijado en el nombre de la finca. Tuvo que describírsela a un taxista, quien le respondió con su limitado inglés que como esa había muchas. A un segundo pudo describírsela con más detalle. Le mencionó que desde una ventana se podía ver un volcán. ¿El Guazapa, tal vez?

Durante el trayecto pensó en las acusaciones. Él no tenía una prima que trabajara en ningún laboratorio, a menos que se hubiera perdido de algunas noticias familiares. Quizá sí, pues no tenía gran contacto con otros parientes. Pensó en Sara y en Diana. Lo que le pasó a Sara le importaba un demonio, pero no podía dejar de darle vueltas a la frase: «El amor de mi vida». Diana no se había defendido, bajó la mirada como si hubiera sido descubierta. ¿Quién era ese amor de su vida? ¿Joel Botella?

—Sesenta colones —dijo el taxista cuando llegaron frente a la finca.

Bajó del coche y miró a los perros, que se acercaron a olfatearlo. Comenzaba a hacer frío, el aire golpeaba las láminas de algún granero cercano. Cruzó la puerta y se detuvo al ver de nuevo al tipo que los había recibido la noche anterior. Sin decir palabra le deslizó sobre la tabla una llave con el número de una habitación. Miró hacia la escalera, como indicándole por donde ir. Julian subió y buscó la setecientos doce. Metió la llave y la giró. La habitación era sencilla. Una cama, un buró y un lavabo. Cerró con seguro la puerta y fue a sentarse a la orilla de la cama, donde descubrió un estuche de madera. Levantó la tapa y miró aquella pistola antigua, no muy grande, con el dibujo de una, también, antigua mujer con flores en el pelo en la cacha blanca y corta. El cañón era un poco más largo de lo habitual. Recordó cuando Ördög le habló de batirse en duelo con

Aquiles. Al parecer esperaba que le dieran gusto. Les había dado razones para matarse: incertidumbre y ambición.

Escuchó pasos afuera del dormitorio. Julian sacó rápido la pistola de su estuche de terciopelo color vino. Debajo encontró un papel con unas pocas palabras: «Dispara al pecho, si no es ahí perderás el juego».

Miró girar la perilla de la puerta sin que acabara de abrirse. Un breve silencio precedió al ruido de un disparo escandaloso. Abrió la puerta y se asomó por el filo; no había nadie en una y otra dirección del pasillo. Salió sujetando firmemente la fría pistola. Descubrió primero una sombra en la pared y luego a Aida sentada en el primer escalón, con una mancha de sangre en el pecho. A su lado sostenía una pistola similar. La mujer levantó los ojos, como si el esfuerzo le restara aire, y los clavó en Julian. Empezó a escupir sangre; un último borbotón apareció en su boca quieta y entreabierta. Pasó junto a ella colocando con cuidado cada pie en el siguiente escalón. No tenía una idea clara de hacia dónde ir ni qué esperar. Tal vez, solo tal vez, salir de la finca y correr, perderse entre las colinas, recurrir a los desconocidos, llegar a una estación de policía y declarar algo que no pareciera absurdo. Una muerta no lo era; lo demás sí: vacunas milagrosas, gente lanzada de un avión, manjares exquisitos...

Una luz azul eléctrico surgía del pasillo lateral, al costado de la recepción. «No vayas hacia allá», le dijo la sensatez, «no entres, no sigas más el juego. Se acabó. Sal de aquí. Siempre has tenido un mínimo de prudencia y no has hecho caso de ella».

—Richard... —susurró la voz de Diana.

Eso le bastó para adentrase en aquel lugar, guiado por las luces rectas y azules en el suelo del pasillo, donde lo demás era oscuridad.

—Oh, Richard, oh... No te detengas, sigue...

«El amor de su vida», se dijo Julian, «el amor de su maldita vida...».

—¿Cerraste la puerta al entrar? —Se detuvo al oír esta vez la voz de Kathy Perris.

Miró a Diana en una pantalla empotrada en la pared; estaba inclinada contra el tocador de su habitación en Anchorage; detrás la embestía Richard, sujetándola por las caderas, dibujando un gesto triunfal. Esa imagen se replicaba en otras pantallas; lo mismo con la escena de Julian en la oficina de Kathy, enredados sin control. No fueron las únicas; se sucedieron como un

caudal, como la lava del volcán cercano: Diana y Richard compartiendo risas en la cafetería de la villa, Kathy dándole un puñado de billetes a Julian en la oficina, más risas, más gestos comprensivos, más caricias, más desnudez y piernas abiertas y bocas devorándose.

—¿Quién hace el primer reproche? —Diana surgió de detrás de una de las pantallas.

Julian la miró sostener el arma vieja. Esta vez no se asombró.

—En realidad a mí esto no me importa tanto como a ti, ¿sabes?

—¿El amor de tu vida?

—Oh, por Dios, no tengamos esta conversación. No estamos aquí por eso, sino para terminar el juego. Lo siento, Julian, tanto como tú.

—No se puede pisar la hierba sin matarla, ¿cierto?

—Llegaron al final —Ördög entró por el pasillo—. Solo es cosa de apuntar y disparar. Lo que acaban de ver puede ser una motivación, aunque Diana ya le restó importancia. ¿Se la restas tú, Julian?

Julian miró a Diana con dureza.

—Ah, nuestra condición de hombres es un lastre...

—Te podemos disparar a ti.

—Claro, pueden, pero si muero, ¿quién les dará el dinero? Chele los llevará al aeropuerto para que tomen un vuelo comercial y rememoren lo sucedido mientras la azafata les acerca un sándwich aguado y un jugo que sabe a naranja. Les prometo que nunca volverán a saber de mí, claro, tampoco del dinero... ¿Y entonces? ¿Qué deciden?

Diana le apuntó a Julian. Julian a ella.

—Bien decidido... No se preocupen por contar, yo lo haré. Cuando escuchen tres, disparen, por favor. Uno, dos, tres.

Julian dejó el dedo quieto en el gatillo. Diana disparó decididamente... No hubo detonación, solo el clic. Diana apretó de nuevo una y otra y otra vez sin que ocurriera nada.

Entonces él le disparó en el pecho.

QUINTA PARTE

Capítulo 89

El Beatux Parisiens se desplazaba a lo largo del Sena; la noche era tibia, el cielo de un elegante azul marino. Ördög y Julian, sentados a la mesa de mantel blanco, guardaban silencio mientras los atendía un camarero uniformado. Al centro de la mesa puso un plato de higos asados con queso mascarpone y le sirvió a cada uno pato confitado con puré de camote y espárragos asados. Llenó las copas de vino y se marchó de la cubierta. Ördög comenzó a cenar ávidamente; Julian no le quitaba los ojos de encima.

—Santo Dios, ¿eres de los que les dura mucho el rencor? No habrías sobrevivido a la furia de mi padre...

—¿Qué es lo que quieres de mí?

—Responderé después a tu dramática pregunta, ahora será mejor que te aclare algunos puntos que seguramente te han tenido confundido. Me interesa que tengas una mente clara para el siguiente juego.

—No voy a seguir jugando.

—Claro. ¿Por dónde empiezo? Bah, por donde sea está bien. Kathy Perris no te sedujo solo por tu linda cara. No fuiste muy cuidadoso con la cámara de vigilancia en su oficina...

—¿Por qué a mí?

—Necesitaba a una persona con ciertas características. Intenté buscarlo mediante un pelotón de empleados de recursos humanos, pero resultaron convencionales. Finalmente escuché las palabras mágicas: «señor Ördög, ¿por qué no prueba con inteligencia artificial?». Metimos la vasta lista de mis necesidades y bingo, arrojó un solo nombre en todo el planeta: Julian Langford. ¿No es increíble? Siéntete orgulloso, hijo, hablamos de millones de posibilidades... Se te enfría el pato.

—¿Quién era el traidor?

—¿Cuál traidor? —interrogó Ördög, llevándose un trozo de carne a la boca.

—El que vendió la vacuna a la competencia.

—¿Cuál vacuna?

Julian abrió grande los ojos.

—No hubo traidor y no hubo vacuna. Me lo inventé todo. Casi todo. Las verdades y mentiras absolutas no existen y, si existieran, serían una aburrición. Es verdad que Aida envió correos cifrados a unos laboratorios clínicos en Nuevo México, pero, conociéndome, ¿crees que no puedo romper el cifrado de un simple correo? La pobre tenía problemas de intestino grueso; supongo que le daba vergüenza que nos enteráramos de que era una pedorra crónica. En tu caso, ya sabes que mentí. No sé dónde trabaje tu prima de nombre feo. En cuanto a Diana, ese sí que es un misterio. «El amor de mi vida» suena tan trilladamente romántico. Ah, yo mandé a un tipo a que hablara con Marbel en la calle. Tuvo que hacerlo varias veces hasta que alguno de ustedes la vio, en este caso Sara. Pobre Marbel, llegó a pensar que el tipo la acosaba. Ella no tenía ojos para nadie que no fueras tú, bribón.

—¿Quién mató a Torton?

—Esto te va a resultar divertido: Jack.

—¿El *bartender*?

—¿Recuerdas la pelea que tuvieron a puñetazos en el Old Blue Hunter, cuando Torton rompió la rocola? Fue como partirle el alma a Jack. Seguro te contó lo de la canción de su padre y todo eso. Le autoricé a que fuera a la habitación de Torton y le partiera el cuello... ¿En serio vas a dejar que se enfríe el pato?

—¿Qué les inyectamos a esos niños en El Salvador?

—Agua... Oh, Dios, deja de mirarme así. No soy Dios. El cáncer es el cáncer. Cuando alguien va a morir, lo único deseable es que lo cuide una persona sensible y profesional, como la querida Thara.

—¿La querida Thara?

—¡Puf! —Se desinfló Ördög—. Esa parte no te la quería contar. Así es, la querida Thara.

—¿Desde cuándo la conoces?

—Desde que la pobre tenía catorce o quince años.

—¿La pobre?

—¿Por qué me haces hablar, Julian? ¿En serio quieres saberlo todo?

Asintió.

—Hace unos días Thara tuvo un aborto espontáneo, pero mejor así, el embarazo era de alto riesgo. Eso es cierto.

Julian lanzó la mirada al puente próximo, era el tercero que cruzaban. No se lo hubiera dicho jamás a Ördög, pero durante el vuelo a París se aferró a la idea salvadora de que podría volver a Nueva York con el dinero y darle un buen destino a ese bebé.

—No sé si esto aminore tu tristeza, pero no has perdido nada. El bebé no era tuyo, sino de Vinicio.

—¿Cómo?

—Thara y él llevan una relación tóxica desde que eran unos mocosos.

—Pero ella... Me dijo que era mío... ¿Por qué?

—Por dinero. ¿Por qué más? A todos les pareció bien: a Kim, a él y al maestro Kenzo.

—Quisiera verlos muertos.

—Eso se puede arreglar.

—No lo digo en serio. Al que sí quisiera ver muerto es a ti. Te detesto.

—Eso no se puede arreglar.

—Espera. Vinicio tenía herido un ojo. ¿No peleó con Kim?

—Una familia disfuncional en toda regla.

Julian se quedó mirándolo penetrantemente.

—Suelta ya esa pregunta, te está quemando y me incomodas.

—¿Por qué me hiciste pasar por tanta mierda si el elegido era yo?

—Necesitaba ponerte a prueba para lo que sigue. Pero ahora estamos en París, y a París se le disfruta. —Alzó la copa e intentó brindar.

—¿Cuándo me darás mis dos millones?

—¿Dos millones? ¿Te parecería justo que cada uno de tus sueños se haya roto, que le hayas metido una bala en el pecho a la mujer que amabas por dos míseros millones? No, hijo, no es justo. Y como yo sí lo soy, te haré inmensamente rico. Ahora bebe esa maldita copa de vino de diez mil dólares la botella y deja de lamerte las heridas por un montón de personas a las que no les debes nada, incluyendo a Diana Travis.

Julian levantó la copa de vino, la bebió hasta el fondo y la arrojó por la borda.

Capítulo 90

Desde la ventana contempló la torre Eiffel, enmarcada con luces ambarinas. Pensó en Diana. Nunca más la recordaría felizmente. Habían planeado viajar a Paris, como lo hacen quienes en el fondo sabe que nunca va a pasar. La había matado, le dio un tiro. La vio desplomarse; Ördög lo tomó de un brazo y lo sacó de ahí. Él no tuvo fuerza para impedirlo, apenas la tuvo para caminar y salir de la finca.

—*Monsieur*? —le preguntó la voz del otro lado del teléfono.

—¿Cuál es el whisky más caro que tienen?

Diez minutos después comenzó a beberlo. «La maté, maté a una mujer. A Diana Travis», pensó repetidamente, incapaz de soltar una sola lágrima. ¿La enterrarían en esa finca en El Salvador, al pie de la colina, del volcán? ¿Importaba acaso? La gente desparece todos los días. Tal vez le enviarían las cenizas a Tom en una caja de madera de palisandro. Esta vez no había duda. Todos los anteriores: Allan, Vernon, Aquiles y Finger Mouth eran un poco sus muertos y otro poco no. Pero Diana era enteramente suya. ¿Por qué le disparó? Necesitaba saberlo; se lanzó al teléfono y se lo preguntó a Ördög.

—Amigo, deja de torturarte.

—¡Su pistola se atascó!

—No, Julian, no se atascó. Son armas de un solo disparo. Ella lo usó en Aida. Ahora sigue bebiendo tu whisky. Si tan mal te sientes, te puedo enviar compañía. ¿Te gustan las rumanas?

—¡Púdrete, cabrón!

Cuando abrió los ojos eran las diez de la mañana, se irguió y se replegó contra la cabecera al ver a Ördög sentado frente a él. Tenía la botella vacía a un lado.

—Estás bien, ¿cierto? Los whiskies caros no hacen tantos estragos. Supongo que no querrás desayunar. Date un baño, tenemos cosas que hacer. Hay alguien a quien quiero que conozcas.

—Si voy a seguir siendo tu títere, ya no será a ciegas.

—Me gusta la metáfora. Está bien, Julian, llegó el momento de decirlo todo. —Ördög levantó una mano, mostrando el anillo en su dedo—. La tradición nació en Hungría, en el siglo XVII. Conmigo ya somos muchas generaciones de zorros. Lo sé, suena a otra cosa.

—¿Tradición de qué?

—Date un baño, en el camino te sigo contando. Apesta un poco aquí.

Una limosina negra lo esperaba, entró y se sentó frente a Ördög. Este le dijo algo en francés al chofer, quien cerró la ventanilla que los separaba para que pudieran hablar sin ser oídos.

—Los zorros son animales astutos, veloces, perspicazes; cazan al anochecer y son muy territoriales. Su territorio puede abarcar varios kilómetros a la redonda, construyen madrigueras o usan cuevas o los huecos de los árboles para refugiarse. Solo se aparean una vez al año, lo estrictamente necesario; se comunican con una gran variedad de vocalizaciones: ladridos, gruñidos, chillidos, además del lenguaje corporal y olfativo. Pueden ser muy juguetones; se adaptan lo mismo al campo que a la montaña, incluso a las ciudades. Pues bien, ese es el animal emblemático de la cofradía. No estuve allá en el siglo XVII, pero puedo imaginar a un montón de nobles decadentes que, hartos de tenerlo todo, le quisieron poner sazón a sus vidas y se preguntaron cómo sería si uno de ellos, solo uno, tuviera más que los otros; un poder absoluto, pero condicionado a perderlo cuando a otro le pasara por la cabeza tomar su sitio. El zorro mayor, el gran elegido, solo puede ser retado cada cinco años. De los que me antecedieron, algunos fueron derrocados al primer intento; otros, al segundo. Estoy por afrontar mi tercero. Dice una leyenda que nadie ha sido capaz de sobrevivir tres veces. Es una leyenda gitana, así que tal vez sea cierta. Mis retadores son dos; vamos camino a enfrentarlos. Tú eres mi alfil, ellos tienen a los suyos. Se trata de pelear a muerte, pero con muy buenos modales.

—¿Yo tu alfil? ¿Por qué no te contratas un pelotón de matones de altos vuelos o le pides a tus socios que te ayuden?

—Marion y Danny no son mis socios, son mis empleados. ¿Nunca te diste cuenta de que tenían la personalidad de quien vive con un sueldo

justo? A cada uno le concedí algo, aparte de hacerse los importantes por un día: a Marion, su efebo; a Blasco, un compendio de libros de numerología.

—Ustedes los ricos pueden acceder a todo. ¿Para qué arriesgar la vida en tonterías?

—Lo satisfactorio del juego no es tener el poder, sino que otro tan poderoso como tú no lo tenga. ¿Lo comprendes?

—A duras penas.

—¿Más dudas? Luego no habrá oportunidad de hablarlas.

—¿Y cómo figuro yo en todo esto? Es a ti al que quieren matar.

—No del todo. Primero tienen que acabar contigo.

—Sigo sin entender. Soy un pobre diablo.

—Del cual pende mi existencia. ¿No es exquisito?

—¿Tú no harás nada mientras yo peleo?

—Libro una guerra financiera. A ti te corresponde la batalla de campo. Si pierdes me van a sacrificar como dicta la tradición: en algún oscuro bosque, clavándome una estaca por el trasero hasta que salga por mi boca.

—Lo dices como si no importara.

—¿Y qué esperabas? ¿Verme gritar, pidiendo piedad? —Ördög agitaba las manos.

—¿Y qué te hace pensar que no me gustaría ver que eso pase?

—Que si pierdo, también habrá una estaca para ti.

Capítulo 91

Llegaron a un edificio en Saint Germain des Près. Ördög tocó el timbre, de pronto, cayeron unas llaves desde lo alto de una ventana del quinto piso. Las llaves repiquetearon en el adoquín. Ördög las recogió, abrió y ambos subieron por una escalera estrecha de escalones de madera.

—Tiene su encanto —dijo Ördög, yendo por delante—, el edificio es una mezcla del gótico y románico. Te sugiero que compres un departamento y vengas en otoño. Enfrente hay un café; ahí solían escribir Simone de Beauvoir, Hemingway y Jean Paul Sartre. Todo esto es imperdible para ti como escritor.

—No lo soy.

Ördög escupió una risilla:

—Revisé los cuentos que le diste a leer a Oliver; tienen un toque kafkiano, quizá como tu propia vida. Creo que te acobardaste y decidiste seguir una vida mediocre.

—Soy maestro de literatura.

—A eso me refiero.

—¿Qué hacemos aquí?

—Yo, arrojar los pulmones. Es muy bello el edificio, pero no tiene elevador. Es difícil estar con un pie en la nostalgia y el otro en la modernidad.

Llegaron al quinto piso; la puerta estaba abierta. Ördög se limpió los pies en el tapete y entró seguido por Julian. El piso de duela lucía tan impecable como los muebles y las cortinas.

—¿Ese aroma es lasaña? —interrogó Ördög en voz alta.

—Portobellos en *ratatouille* —dijo un hombre atlético y cuarentón, rapado de la cabeza.

Lo encontraron agitando un trasto sobre el quemador de una estufa blanca, cuya modernidad desentonaba con el resto del acogedor lugar.

Ördög remojó un trozo de pan en la *ratatouille*, lo llevó a su boca y dibujó un gesto de estar saboreando el paraíso.

—Este es el chico del que te hablé. ¿Te parece caso perdido o podrás ayudarlo?

El tipo miró a Julian.

—Es flaco, no muy alto y achica los ojos, así que supongo que también es miope, pero su aspecto puede estar a su favor para pasar desapercibido.

—Estupendo, lo necesito listo en tres días.

—Tampoco hago milagros, Ördög.

—Tú no lo sabes, hijo, pero este sujeto, Román Kandinsky, tan amable y buen cocinero, ha hecho mucho por mí. Literalmente le debo la vida. Te vas a quedar con él tres días, obedécelo en todo. Espero que cuando regrese por ti seas un hombre diferente.

—Solo por fuera —dijo Román.

Ördög soltó una carcajada.

—¿Alguna instrucción que le quieras dar para comenzar?

—Que lave su plato cuando termine de comer.

Román le dispuso una habitación con ventana hacia un callejón estrecho lleno de edificios similares. Le pidió que estuviera listo para salir a las seis treinta de la mañana. Añadió que, si le daba hambre, podía tomar lo que quisiera del refrigerador.

Julian se acostó en la cama, perdía la mirada en lo alto del techo. Sacó sus propias conclusiones: por el aspecto del tipo, debía ser un matón, quizá el encargado de darle entrenamiento intensivo, lo cual resultaba más que absurdo, hollywoodense. Las explicaciones de por qué Ördög lo había involucrado en el juego de por sí lo eran. Una cofradía... la universidad tenía una. Stewart y otros de cierta edad se juntaban un viernes de cada mes, se ponían unos gorros extraños, clamaban raras consignas, bebían jerez y leían a célebres literatos. Por supuesto era cosa de pretenciosos. Solo por eso, todo el mundo los tomaba por idiotas. Ördög y su cofradía también debían serlo, con la salvedad de que ellos destruían vidas.

Torton, Stewart, Marbel, Sara, Ukara, Noel, Richard, Aida, Diana y otros actores secundarios solo tuvieron el propósito de ser marionetas desechables para ponerlo a prueba a él, Julian Langford. Si algo lo apartaba de acariciar la idea de la estaca en el trasero de Ördög era que su propio trasero siguiera

intacto. Malditos psicópatas de mierda. Abandonar el juego no era una opción. No contempló la posibilidad como en un principio, cuando, cándidamente, creía que podría haber un final feliz —y millonario— con Diana Travis.

Estiraría la cuerda lo necesario para volverse rico de verdad. Afrontaría lo que viniera por delante no por valentía —carecía de ella—, sino para evitar terminar en el infierno, como le pasó a los otros. Esos millones —si los obtenía— no le devolverían a Diana. Tampoco recuperaría la certeza de que no todo mundo tiene un precio... ¿Cuál era el problema? No sería más que otro rico infeliz como, seguramente, los había a puños.

A las seis y cuarto escuchó la licuadora. Román sirvió dos jugos verdes y le dio una barra de dátiles y avena. Vestía ropa deportiva.

Luego del desayuno bajaron y salieron del edificio.

—¿Está lejos el parque? —interrogó Julian

—¿Parque?

—¿No vamos a ir a correr, hacer ejercicio y esa mierda?

—Esa mierda ya la hice yo a las cinco. Oye, creo que tienes una idea equivocada, no voy a hacer de ti alguien que no eres. En realidad, lo único que haré es darte algunos consejos.

—¿Y para eso salimos?

—Quiero hacer las compras. —Román señaló un local de verduras y frutas.

Atravesaron la calle. El tipo se saludó en francés con el comerciante. Escogió toronjas, frambuesas, coles, berenjenas y moras. Pagó y fue hacia otro local, donde pidió que le cortaran unos filetes de un pescado que examinó por un lado y otro. Después fueron a la panadería y seleccionó un par de baguetes.

—No pienso matar a nadie. No soy experto —dijo Julian.

—Me parece que Ördög está consciente de eso; lo que quiere de ti es que uses tu inteligencia.

—Si un alto coeficiente intelectual es lo que busca, también se equivocó.

—Me corresponde decirte algunas reglas para que no seas el novato cuando llegues al sitio.

—¿Cuál sitio?

—Lo desconozco.

—Desconoces muchas cosas. Suelta los consejos; no creo que me hagan falta tres días para escucharlos.

—Son seis: confía en ti mismo, mantente alerta, no subestimes a nadie, ten a la mano un plan de escape, controla tus emociones y conoce a tus aliados y enemigos.

—¿Dónde puedo comprar tu libro? —ironizó Julian.

Román le sonrió y volvió a caminar.

—¿A dónde vamos ahora?

—A trabajar. ¿Qué puesto prefieres? ¿Pinche o mesero? Tengo un restaurante.

Capítulo 92

Mama Katya era el nombre del lugar en el Barrio Latino. Las ventanas estaban corroídas por el tiempo y la fachada era acogedora. Había nueve mesas de manteles a cuadros rojos y blancos, y paredes con fotos del siglo XX: la bomba nuclear, el final de la Segunda Guerra Mundial celebrado en las calles de Nueva York, Chaplin y el niño en *The Kid*, Gene Kelly —otra vez Gene Kelly— cantando bajo la lluvia y... ¿Lee Mayors?

Carlos, un tipo larguirucho de cara flemática, limpiaba copas detrás de la barra, apenas alzó los ojos al ver a Julian y a Román ir a la cocina, donde una chica oriental de bonita sonrisa y un tipo obeso y cejudo parecían aguardarlos. Jacques y Thai, los presentó Román. Luego dijo:

—Que empiece la batalla.

Thai le ayudó a ponerse un delantal de doble botonadura y el gorro de chef. Román revisó el caldillo en una hornilla y los huevos cocidos en otra. Probó con un dedo meñique el guiso y bajó la flama.

Comenzó a sacudirse la campanilla en la puerta, los clientes aparecían intermitentemente. La chica entraba y salía con platillos que Jacques y Román preparaban sin demora. La chica volvía con los platos sucios. Más de una vez Román fue a lavar uno con Julian para indicarle la técnica correcta.

—Otra vez —se quejó Thai con la voz ahogada y un platillo de caracoles intacto.

Román se lo quitó de las manos y salió de la cocina. Julian, Jacques y la chica se asomaron por el resquicio. Aquel llegó a la mesa de un tipo malencarado a preguntarle cuál era el problema con sus alimentos. Hablaron en francés, así que Julian no entendió nada. El tipo parecía indignado.

—Viene una vez a la semana y nada le parece —dijo Thai.

—El cliente siempre tiene la razón —supuso Julian.

—Sí, pero que se pudra —dijo Jacques.

Román le cambió la salsa a los caracoles, pero volvió a pasar lo mismo un par de veces hasta que una hamburguesa con papas resolvió el problema. De cualquier forma, cuando Thai fue a cobrar, el sujeto pagó sin otorgarle el más mínimo gesto de agradecimiento. Apenas hubo tiempo para que Julian se preguntara qué relación había entre todo esto, los juegos de Ördög y los últimos despreciables acontecimientos. No había tiempo para pensar. El sitio era todo un éxito, por la noche parecía un lugar exprimido donde solo quedaba el desastre del campo de batalla, con Thai en una silla, Jacques en otra y Carlos en la barra, bebiendo varios vasos de agua.

Román comenzó a cocinar lo que compró con Julian por la mañana e hizo una cena sencilla para todos. Thai se quitó el delantal y lo arrojó al suelo. Encaró a Román y comenzó a decirle atropelladamente algo en un idioma oriental. Jacques, el cachetón, miró a Julian y le preguntó si estaba casado. Julian negó moviendo la cabeza.

—Ellos sí —dijo Jacques.

Al filo de las once, Jacques y Thai se quedaron a cerrar el lugar; Julian y Román volvieron a pie al departamento y se sentaron a beber café antes de dormir.

—Puedes probar atender mesas si prefieres...

—¿De qué me va a servir todo eso?

—Voy a ser sincero contigo, Ördög no lo va a lograr. Nadie lo consigue tres veces.

—¿La maldición gitana?

—Todo esto te lo digo para que recuerdes la tercera regla: ten a la mano un plan de escape.

—¿Por qué me das ese consejo? ¿Es parte del juego?

—No sé a qué te haya hecho jugar; siempre se le ocurren juegos distintos, pero en este punto del camino ya no puede haber más ambigüedades; no te quiere confundido sino con una mente clara para lo que sigue.

—Estoy harto del «para lo que sigue». Por otra parte, ¿por qué vives solo? Jacques dijo que estás casado con Thai.

—Esa es mi vida personal.

—La mía también lo era, ¿sabes?

—Soy veinte años mayor que ella; su familia es muy tradicional, no lo entendería.

—Me toca darte un consejo, ¿quieres oírlo?

—Por favor.

—No pienses en su maldita familia, yo hice lo mismo, considerar al tío Tom. Al detestable y engreído tío Tom.

—¿La chica tiene nombre?

—Diana Travis.

—¿Y qué pasó después?

—Richard, eso pasó después.

—¿Richard?

—Mañana te cuento —bostezó Julian—, estoy muerto.

—Si no te tomas en serio las cosas sí lo vas a estar. —Román se puso de pie—. Rompiste las reglas dos y cuatro: no subestimes a nadie y controla tus emociones. Ahora yo sé más de ti que tú de mí. Te veo mañana a las seis y media. Gracias por la ayuda en cocina.

Capítulo 93

El siguiente día fue idéntico al anterior. Fueron a comprar la cena que Román prepararía al final de la jornada, volvió a oirlo decir su frase en la cocina: «que empiece la batalla», y, como un ritual, Thai le ayudó a ponerse el delantal y el gorro. Después, sin saber en qué momento, Julian terminó contagiado del ritmo del restaurante, aplastando cualquier fugaz pensamiento de lo que lo llevó a ese punto, atento a coordinarse con las actitudes y movimientos de los otros. Solo sabía que en cuanto llegaran los platos sucios, debía desbastarlos en el bote de basura orgánica, darles una mojada rápida de agua caliente para aflojar la grasa y lavarlos en orden, empezando por los más pesados para despejar la tarja y que estos no aplastaran a los ligeros. Luego debía ponerlos en el escurridor y secarlos poco después, velozmente. Copas y vasos siempre aparte.

Román cocinaba diferentes guisos y salsas en el área caliente; al mismo tiempo, Jaques preparaba ensaladas en el área fría. Thai cantaba la orden y la colgaba de un cordón; de vez en cuando, Román y Jacques le echaban un vistazo, pero casi todo se les quedaba en la mente a la primera. Se comunicaban con señas, palabras cortas y movimientos precisos para no chocar en medio de la cocina. Pronto Julian aprendió esa especie de baile y terminó por danzar con destreza.

Ese segundo día pudo observarlos mejor, parecían conocerse de tiempo, formar una familia donde también había algunos reclamos y bromas. En una pausa Jacques contó que su nieto estaba por nacer. Carlos preparó bebidas sin alcohol: brindaran por el abuelo Jacques. Unieron a Julian al círculo y chocaron vasos. Thai le pidió algo a Jacques, este se negó y todos empezaron a replicar la misma petición. Por fin el hombre accedió y movió graciosamente las caderas en forma circular, sin cambiar la solemnidad de su gesto. Todos se doblaron de la risa.

Por la noche, de nuevo Román y Julian caminaron hacia al departamento y se sentaron a tomar café. Esta vez Julian fue cuidadoso de no romper las reglas dos y cuatro, aunque volvió a preguntarle por Thai. Román dijo que la chica estaba por terminar la universidad y que él viajaba todo el tiempo. Esa era una cosa más que les impedía estar juntos.

—¿Quién se encarga del restaurante cuando te vas?

—Jacques, en realidad lo monté para él. Por cierto, mañana Thai tiene exámenes. Tomarás su sitio en las mesas.

—¿Quién lavará los platos?

—Yo lo haré, te veo a las seis y media.

—¿Hoy no rompí ninguna regla?

—Tú no, pero yo sí; olvida lo que dije de Thai.

—¿Quieres un consejo?

Román lo miró interrogante, casi como una advertencia.

—No —se retractó Julian—, no hay consejos.

—Bien hecho.

Tenía que aceptar que el tipo era agradable, parcamente agradable. Apenas y lo vio sonreír algunas veces, todas a Thai, pero incluso esas sonrisas eran medidas, como si fuera algo que uno se permite con cierta timidez.

El tercer día inició con relativa tranquilidad. Julian atendió un par de mesas, cuando comprendió que siempre debía confirmar al cliente su orden, todo salió mejor. A mediodía Thai se comunicó para decir que le fue bien en los exámenes, que los vería por la noche y celebrarían. «¿Qué tal un sitio dónde se coma bien?», dijo Jacques, sin saber por qué se reían de él.

A las dos en punto empezó la batalla de verdad; Julian no tardó en tener problemas. Román se quitó el gorro de chef y salió a apoyarlo en las mesas. El silencio despectivo de los clientes, quienes decididamente le reclamaban a Julian que el platillo llegara frío o que el bisque de gambón llegara tarde, lo ponía nervioso. El colmo fue cuando aquel cliente pedante apareció por la puerta. Julian se negó a atenderlo.

—Regla uno, confía en ti mismo y mantente alerta —respondió Román, y le señaló la puerta.

Poco después, Julian miró al individuo examinar el menú y recordó a esos profesores severos que revisan tu examen con cara de que te des por muerto. Tuvo un segundo problema: Julian no sabía hablar francés. Alcanzó a sotear la situación descifrando las palabras que pronunciaba el tipo al contrastarlas con el menú; por suerte el malnacido hablaba despacio y recalcaba todo como si estuviera frente a un retardado.

Al final, Julian le regaló una sonrisa.

—*Tu es con?* —interrogó el sujeto.

—Significa: «¿eres idiota?» —le dijo poco después Román.

Sonó la campanilla. Dos tipos grandes y rubicundos peinaron el lugar antes de ocupar una mesa al fondo. Julian se acercó a tomarles la orden. Estos comenzaron a decirse cosas en algún idioma eslavo y a tratarlo como si lo conocieran. Román los observaba de reojo desde la barra. Cuando Julian fue hacia la cocina, Román le preguntó si los conocía. Iba a decir que no, pero el cliente pedante comenzó a escupir una andanada de quejas incomprensibles, señalando el platillo como si fuera un recipiente de inmundicias. Román fue a cambiarle el platillo y, en la cocina, le volvió a preguntar si conocía a los rusos.

—¿Rusos?

La campanilla de la puerta sonó de nuevo. Los sujetos se habían marchado sin comer. A partir de ese momento Julian le conoció un nuevo gesto a Román, intranquilo y alerta. Sus manos seguían preparando los platillos mecánicamente, su baile de movimientos en la cocina seguía los pasos habituales, pero su mente estaba en otro sitio. No respondía seco ni grosero, sus palabras carecían de presencia.

Por la noche hubo pocos clientes, pedían postres y café para llevar. El teléfono timbró. Julian escuchó a Román hablar con Thai, le dijo que no fuera al restaurante, que mejor se vieran en otra parte. La señal no era buena; Román repetía las palabras, que fueron interrumpidas por el estruendoso ruido de un vidrio roto.

—*Vydet paren´, i problem ne budet!* —gritó una voz.

Desde el filo de la cocina vieron desprenderse un pedazo más de la ventana, que cayó al suelo. Carlos se agachaba detrás de la barra, pero trataba de asomar los ojos.

—*Vydet paren´, i problem ne budet!* —repitió la voz afuera del restaurante.

Román deslizó una estantería rodante pegada a un muro. Del otro lado había un pasillo oscuro, les dijo a Jacques y a Carlos que se fueran. Carlos obedeció. Jacques quiso quedarse, pero Román terminó por convencerlo de que se largara ya.

—¿Por qué nosotros no nos largamos? —interrogó Julian.

Román lo agarró de la camisa y lo estrelló contra una pared.

—¿Quiénes son tus amigos? ¿Qué les debes?

Se escucharon dos disparos, después un golpe seco. En medio del piso, Thai yacía en un charco de sangre: la habían arrojado por el hueco de la ventana. Román no se permitió sufrir. Empujó a Julian al hueco y entró detrás de él. Desde adentro corrió la alacena. El pasillo se bifurcaba en dos; Julian optó por correr hacia donde se veía la luz proveniente de la calle, pero la mano de Román lo viró en la dirección opuesta.

—¡Deprisa! ¡Sube! —le ordenó al toparse con una escalerilla al fondo. Diez segundos después, en la azotea, lo obligó a agacharse. Román fue en cuclillas hasta un tinaco, le quitó la tapa y sacó un rifle ancho y corto. Fue al filo de la barda. Julian no pudo evitar erguirse y observar: tres sujetos aguardaban armados en la entrada, dos de ellos eran los que estuvieron por la tarde. Miraron hacia arriba y no alcanzaron a hacer otra cosa más que recibir disparos. No era un arma ordinaria, a uno le desbarató la cabeza y al otro, el pecho. El tercer sujeto alcanzó a entrar al restaurante.

Román y Julian saltaron a la barda contigua, bajaron por una escalera al patio de una vivienda y entraron a la casa a oscuras. Afuera se escuchaba a sujetos vociferar, el ruido de las patrullas y a un vehículo alejarse. Román encendió una lámpara, el ambiente era acogedor: muebles claros, alfombra en el suelo, una pila de libros en la mesa y fotos de Thai en las paredes.

Capítulo 94

De nuevo contempló la torre Eiffel, se le antojó una estructura de hierro desangelada en la incipiente luz de las primeras horas de la mañana. Ördög le había pedido que no saliera de la habitación. Cuando pasaron las horas y le escribió, aquel lo dejó en visto, como otras veces. Julian no le dio importancia; había aprendido que con él las cosas podían cambiar de un momento a otro. Prefirió dedicar el tiempo a lo que único que había aprendido a la perfección, comer y beber de lo mejor. La soledad y el no hacer nada le trajeron a la cabeza a Diana; se le ocurrió que el único con el que podía hablar de ella era el tío Tom.

—Sé que le parecerá extraño, solo quería saludarlo...

El silencio del otro lado de la línea le hizo pensar que escucharía el brusco ruido al colgar, pero no fue así.

—Qué bueno que hablas, sinceramente nunca anoté tu número de teléfono.

—No se preocupe, no importa.

—¿Sabes algo de Diana?

—No, señor.

—Qué Dios perdone a esa sinvergüenza. Lo siento por ti. Después de todo, eras su novio formal, pero Dios santo, cambiarte por ese tipo engreído con el que estuvo aquí de visita. Pude notar que a Diana siempre la miró por encima del hombro, por no ser una caucásica. ¿Crees que se paró en mi casa para disculparse?

—No, no lo sabía señor.

Sí, vino a presumirme que ahora era toda una ejecutiva, ella y el tipo, y que estaban en Nueva York por un congreso de no sé qué basura... ¿Sabes quién más estuvo aquí hace unos días?

—No, Tom, no lo sé...

—Clare.

—¿Clare? —Julian la recordó.

Clare Lombardo, amiga de Diana, de hecho, había jugado un papel importante para que normalizaran su relación. Clare había dejado la universidad, así que ya no supo demasiado de ella.

—¿Y qué cuenta Clare?

—No vino a contarme nada, quiso darme diez mil dólares. Escuchaste bien. ¡Diez mil! Dios sabrá en qué problemas está metida esa mocosa, nunca me gustó. Era una mala influencia para Diana. ¿Sabes que se conocían desde el bachillerato? Una vez las encontré fumando hierba. Era fácil con los chicos y hacía que Diana lo fuera también. No le acepté el dinero, desde luego. Estoy seguro de que Diana la envió. Comienzan las culpas, supongo.

Julian sacó sus conjeturas, Ördög había extendido su largo brazo para hacerle llegar a Tom ese dinero como indemnización.

—Bueno, Tom, ¿y usted está bien?

—Quien está con Dios nunca vive mal.

—¿Deuteronomio número...?

—Chico, no te burles.

—No es burla.

—Sonó así, cuídate, y de verdad lamento que mi sobrina te cambiara por alguien mejor que tú... lo de mejor es un decir.

No, no era un decir, Tom no había podido dejar pasar la ocasión para humillarlo, pero al infierno con él, que se pudra en su departamentucho en Nueva York. Él lo tenía todo, una buena vista en París, comida y bebida de primera, y un corazón vacío como el de un millonario.

Al día siguiente, una limusina lo llevó a un lugar inesperado: un templo budista en Bois de Vincennes. Julian dejó los zapatos en el vestíbulo; Ördög, de colores claros, lo aguardaba en una salita con una taza de té. Al verlo dijo desencantado:

—¿Por qué estás de luto? Debí decirte. Al menos quítate ese sacó para que des una apariencia menos lacrimosa. Siéntate —le señaló un punto casi al nivel del suelo—. Te pongo al tanto. Esos tipos querían hacerse pasar por miembros de la Solnstsevskaya Bravta, la mafia rusa. Averigüé que no lo son.

—¿Quiénes eran, entonces?

—A uno de los que me disputan este anillo —alzó la mano— se le ocurrió que la vía corta para terminar con mi pequeño zorro, es decir, tú, sin

más juego de por medio, era meterte un tiro en la cabeza que pareciera culpa tuya. En los tres siglos desde que comenzó esta bella tradición, nadie se había atrevido a tal vulgaridad. Esto se vuelve a nuestro favor; cuando se descubra quién fue el osado, quedará excluido del juego, y ya solo enfrentaremos un rival. Me gustan los finales felices. ¿A ti no?

Se escuchó un gong.

—La ceremonia —dijo Ördög—. Vamos ya.

Fueron al jardín, donde seis monjes sentados en el suelo ponían su atención en una estatuilla de Buda colmada de flores, incienso y fotografías de Thai. En un principio, Julian no notó a Román entre los monjes, pues todos tenía la cabeza rapada como él, pero terminó por reconocerlo: no usaba chuba, sino ropas ordinarias pero claras como las de Ördög.

Los monjes comenzaron un cántico grave. Después, uno de los monjes habló de la trasmigración de las almas y el ciclo interminable de la reencarnación hasta ascender al nirvana. Sonrió con dulzura y celebró que cada uno de los presentes estrechara su corazón con el de Thai. Un niño de cabeza rapada se aproximó con una jaula cubierta por un paño negro y se colocó junto al monje. Román se acercó y el niño le entregó la jaula. Román le respondió con una reverencia.

—Es hora de irnos —le dijo Ördög al oído a Julian.

Más tarde estuvieron en un hangar del aeropuerto, listos para partir. Ördög no dejaba de quejarse con un par de ayudantes que iban y venían con plantas y requerimientos de aranceles. Julian no entendió lo que sucedía, ni se esforzó en hacerlo. Lo único que estaba claro era que se largaban de Paris. Una hora después, un coche aeroportuario los llevó al pie del avión. Ördög le señaló la escalerilla y, cuando Julian subió y cruzó la puerta, se quedó pasmado al ver el interior convertido en una selva. Entre el follaje podía verse a Román con la jaula encima de las piernas. Ördög lo miró con cierto reproche.

—¿Todo bien ahora, Tarzán? —le preguntó.

—El aire —dijo Román.

—Claro, el aire. —Ördög rodó los ojos—. ¡Piloto, el aire! —comandó.

La ventilación se fue tornando cálida. El avión tomó la pista y se elevó hasta que París, abajo, dejó de parecer una ciudad. Entonces Román le quitó

el trapo a la jaula y abrió la puertecilla; el colibrí salió y comenzó a volar con intrepidez entre las plantas y flores.

—Son delicados —le dijo Ördög a Julian—, requieren cuidados muy específicos debido a su alta actividad metabólica. Necesitan una dieta rica en néctar y pequeños insectos, además de un espacio amplio para volar. Y nada de tocarlos porque se estresan.

—¿Qué hace un colibrí en el avión?

—¿Es adivinanza?

—Es curiosidad.

—No es solo un colibrí cualquiera, es Thai.

Julian dibujó asombro.

—¿Vivirá aquí?

Ördög se echó a reír.

—Tu ingenuidad siempre me conmueve. En Nuevo México. Yo sugerí Yucatán o Chiapas, pero Román tiene una particular conexión con los navajo. ¿No es así, Román?

Este solo los miró.

—No está de buenas —le susurró Ördög a Julian en el oído.

Capítulo 95

La encargada de liberar al colibrí fue una chica navajo de nombre Nizhoni, sus manos no eran delicadas, pero sí su rostro, algo redondo, enmarcado por un pelo largo y abundante. Parecía conocer a Román, lo miraba con apacible dulzura. El pájaro se perdió pronto de la vista de todos, fundiéndose con las ramas y plantas. Los navajo hicieron a Román el fraternal reproche de no haberlos visitado en mucho tiempo, este se disculpó e intercambió algunas palabras en su lengua, pero mayormente hablaron en inglés. El sol descendía sobre las montañas. Ördög dijo que era hora de marcharse, pero Román no iría con ellos. Le dio un abrazo fraternal a Ördög y a Julian, la mano; le recordó que no olvidara las reglas. Más tarde retomaron la charla en el avión.

—Lamento que perdiera a Thai.

—Él sabe que son gajes del oficio.

—O el resultado de juntarse con gente peligrosa.

—¿Acaso lo dices por mí? —cuestionó Ördög—. El que esté libre de culpa que arroje la primera piedra. ¿Qué sabes tú si tu propio nacimiento trajo desdichas y no solo la alegría de tus padres? ¿Sabes si a lo largo de los siglos hubo muertes, violencia, atrocidades indecibles que se conjuntaron para que hoy exista un Julian Langford? Te pierdes en el árbol y no contemplas el bosque. Además siempre hay consuelo, ya escuchaste que ahora Thai es un colibrí.

—Estaba por terminar la universidad.

—Y ahora vuela de aquí para allá chupando el néctar de las flores. ¿Cuánto vivirá un colibrí? Déjame lo buscarlo. —Ördög miró el teléfono—. Diablos, no tengo señal.

—¿No te cansas de no darle importancia a las cosas?

—La única importancia de las cosas es no tenerla. Mira, hijo, la existencia es un juego de acertijos, esa chica que soltó el colibrí, Nizhoni, es

la prometida de Román.

—¿Cómo?

—Está destinada para él o algo por el estilo, todavía no es su momento, pero se supone que algún día lo será.

—¿Y Thai?

—Thai cumplió su ciclo.

—¿En serio quieres que me trague ese cuento? La mataron, dicho en tus términos, le cortaron el ciclo.

—Quizá así tenía que ser.

—Quizá también a ti te lo corten pronto, ¿estás listo para aplicarte la misma filosofía?

—Cierra la boca y contempla el paisaje, voy a dormir y a imaginar que soy un colibrí.

«¿Un colibrí?», se dijo Julian, mirando al tipo. «Más bien una maldita serpiente coralillo: te deslizas silenciosamente y saltas rápido para morder y llenar de ponzoña a tus víctimas. Quizá Román era otro tipo de serpiente o tal vez un tigre que no despedaza porque sí».

No le extrañó que horas más tarde el avión aterrizara en Filipinas. Un coche los trasladó a una finca a la orilla de la ciudad. El portero saludó familiarmente a Ördög. Julian supuso que aquella propiedad rural debía pertenecerle. Tres chicas se movilizaron para poner orden en la sala, despejando telas y costuras en las que parecían haber estado trabajando.

—Erlinda, Rowena y Gloria —las presentó Ördög y cuando fueron a preparar algo de comer, agregó—. Si sientes que el destino te dice que alguna es tu colibrí, dímelo. No pienses mal, tendríamos que hablar con sus padres, pero si quieres sexo casual le digo a Pablo que te lleve a la zona roja.

—¿Aquí será la competencia?

Ördög se echó a reír:

—Competencia, vaya eufemismo, no. Esta es una breve escala, tengo que ver a alguien obligadamente. Subrayo lo de obligadamente.

Durante la cena, las tres chicas miraban curiosas a Julian, alguna con cierta coquetería e interés. Ördög lo puso de ejemplo de recelo y timidez. Una de ellas le preguntó a qué se dedicaba.

—Es escritor —dijo Ördög.

—No lo soy.

—Un escritor modesto —corrigió.

—¿Qué has escrito? —preguntó Rowena.

—Muerte en Alaska —dijo Ördög.

—¿No escribes novelas de amor? —interrogó Erlinda.

—A mí sí me gustan las de crimen —replicó Rowena.

Gloria se mantenía observadora y en silencio.

—Soy maestro —aclaró Julian.

—Puf —despreció Ördög—, ¿por qué tenías que estropear la magia?

Las chicas rieron, la disputa les pareció divertida. Julian les ayudó a levantar la mesa y lavar los platos. Desde la sala, Ördög le prestaba atención, divertido y complacido por su actitud. Su gesto también podía ser el de un viejo lobo que mira hacer graciosadas al lobezno.

Al retirarse, las chicas dijeron que volverían al día siguiente. Cuando iban hacia la puerta, Ördög les pidió que no se fueran sin llevarse unos zapatos. Ellas se miraron entre sí, y, como niñas que oyen de muñecas, salieron disparadas escaleras arriba. Julian miró interrogante a Ördög, este no dijo una sola palabra. Poco después las tres bajaron con elegantes zapatos de mujer en las manos. Aunque no parecían del todo nuevos, dieron las gracias y se marcharon.

—Lo encontré —Ördög mostró el celular a Julian—, los colibrís viven entre tres y cinco años, algunos nueve. ¡Qué sorpresa! Pensé que serían meses. Thai tendrá una larga vida... No me mires así, ¿sabes cuánto vive la mosca de la fruta? Treinta días.

—¿Y una serpiente coralillo?

—No sé, déjame buscarlo. —Ördög comenzó a teclear, hasta que se detuvo, descubriendo la intención.

Julian fue a la habitación asignada por el tal Pablo. Era sumamente sencilla, pero limpia. Intentó conciliar el sueño, pero le venía a la mente la imagen del colibrí. No podía engañarse a sí mismo, su visión occidental le impedía acceder a la bendita certeza de que importaba un carajo morir a tiros porque tu alma despertaría en el cuerpo de un pájaro. Pero, siendo sinceros, ¿quién de verdad tenía la certeza? ¿Los monjes? ¿Román? ¿Ördög? Ninguno, solo pretendían, solo pretendían...

Al día siguiente reapareció en la estancia; ya estaban ahí las chicas dedicándose a la costura. Vestían sencillas, pero aquellos zapatos lujosos les

desentonaban. Al ver a Julian cuchichearon y comenzaron a reír. Había un espejo en una pared. Julian se dio cuenta que tenía tiesos los pelos de la coronilla. Rowena fue por un peine y agua y le aplastó delicadamente el cabello. Esta vez no hubo bromas ni mayor conversación durante el desayuno. Ördög les agradeció sus atenciones y salió por la puerta dejando a Julian para que se despidiera aparte. Le dio la mano a cada y una sonrisa. En cada una encontró la mirada de alguien que ha perdido algo valioso y lo acababa de encontrar.

—Tenemos tiempo hasta las cuatro —dijo Ördög en la calle—, pasearemos para que conozcas algo de Manila.

Lo llevó a sitios turísticos: la ciudad amurallada, el Parque Rizal, la Iglesia Quiapo y el Museo del Calzado Marikina, donde una guía los condujo por los salones hasta terminar frente a unas repisas repletas de zapatos de mujer; unos trescientos pares que, explicó, pertenecieron a la colección de Imelda, esposa del dictador Ferdinand Marcos.

—Muchos son falsos, yo tengo los buenos —murmuró cínicamente Ördög.

Julian se quedó con la mirada clavada en las repisas, hizo conjeturas y volteó a ver boquiabierto a Ördög. Este le guiñó un ojo y caminó cuando la guía se volvió a poner en marcha.

A las dos de la tarde abordaron un bote que los llevó a los arrecifes, donde una pareja de lugareños cocinaba. Ördög intercambió algunas palabras con ellos y después se sentaron para recibir un par de platos con algo que parecía huevos cocidos, aunque un poco más toscos, grandes y difíciles de descascarar. Julian miró cómo lo hacía Ördög; el contenido lo llenó de asco: junto con la yema se apreciaba el embrión del pájaro.

—Balut —dijo Ördög, y sorbió el suyo—. Es de pato, se incuba unos catorce días.

Julian se quedó viendo con repulsión el embrión.

—No hagas un desaire, come ya...

—El desaire lo haré si me meto esto en la boca y comienzo a vomitar.

—¿Qué pasa contigo? Siempre he admirado lo sofisticado que te has vuelto en tan poco tiempo. Come o nos harán una maldición.

Julian cerró los ojos y trago. Después agradecieron y volvieron al bote.

—¿Qué tipo de maldiciones hacen en Tailandia?

—Filipinas, estamos en Filipinas. Has viajado tanto que ya no sabes dónde estás. Lo dije para que comieras de una buena vez.

—¿Me vas a decir ya qué hacemos aquí? No me parece que este sea tu ambiente.

—Lo es cuando quiero comer Balut, regalar zapatos y visitar, obligadamente, a Serena Grimwood.

—¿Una matona?

—Mi esposa.

Capítulo 96

Los recibió en un sencillo departamento en el centro de Manila. No parecía tan amenazante como lo sugirió Ördög cuando la nombró. Era pelirroja y bajita. Lo único que de ella parecía intenso eran sus ojos verdes y lo fijamente que miraba; los contempló así mientras la chica del aseo les servía dos tazas de café no pedidas.

—Corazón —dijo Ördög—, vengo en son de paz.

—¿Por qué trajiste a esta perra? —preguntó Serena sin mirar a Julian.

—Oh, Dios, Serena.

—Te volvieron a retar, ¿cierto? —Escudriñó a Julian—. No parece fuerte. ¿Por qué lo escogiste? ¿Qué virtudes tiene para que no te revienten en pedazos?

—Prejuicios...

La mujer alzó las cejas.

—Pocas, pero aún le quedan.

—Deja que le ofrezcan más dinero que tú y no las tendrá más. ¿Quiénes te retaron? ¿Silas? ¿Boris? ¿Eduardo? Si fue Silas, date por muerto.

—No te preocupes, saldremos adelante como las dos veces anteriores.

—He vivido una larga vida, ya no tengo miedo de morir. La Serena que conociste ya no existe más.

—Nadie está hablando de morir. Solo quería pedirte que te fueras por un tiempo en lo que se calman las aguas. ¿Qué tal la Riviera Francesa? Ahí fuimos felices, no mucho, pero lo fuimos, ¿a qué sí?

—¿Aguas calmas, dices? Contigo no volví a saber lo que era vivir en calma.

—Serena, ese no es el punto, escucha, nadie tiene comprado el mañana. ¿Qué tal si hacemos las paces?

—¡No me voy a mover de aquí! ¿Me oyes, cabrón? ¡Antes tuve miedo, pero ya no! ¡Ahora voy a reír de dicha cuando aparezcan por esa puerta los

que van a ejecutarme, porque sabré que a ti te estarán metiendo una estaca por el trasero!

—Serena, no te alteres...

La mujer se largó a los interiores. Julian y Ördög se miraron, oyéndola hacer ruidos bruscos; enseguida regresó apuntándoles con una pistola.

—Es hora de irnos. —Ördög se puso de pie.

Ördög y Julian salieron del departamento, bajaron las escaleras deprisa, escucharon a un perro alterado y a un vecino asomarse por el filo de su puerta. Horas más tarde, despegando de Manila, Ördög sirvió dos coñacs y comenzó a contarle a Julian los pormenores. En su voz ya no había rastros de mordacidad sino sincera melancolía y desazón:

—Pensé que mi antecesor había sido diferente a los que previamente tuvieron el anillo, y que como un gesto de caballerosidad me había asignado una esposa dulce y amorosa, pero poco a poco esa mujer me hizo ver que era la peor pesadilla de mi vida: insufriblemente caprichosa, mezquina, dramática por banalidades, celosa hasta de mi sombra. No exagero. Una vez me gritó: «¿a quién estás mirando?». Era mi sombra en la pared. Literalmente. —Le dio un traguito al coñac y siguió—. Terminamos por decidir que lo mejor era que cada quien estuviera en un sitio diferente no de la cama, no de la casa, sino del planeta. Eso no estaba prohibido por la cofradía.

Miró el líquido ambarino en la copa e hizo un mohín:

—No mentí, fuimos felices en la Riviera. Dios, Julian, nos sentimos hechos el uno para el otro. Lo sentí cuando ella llevaba ese vestido ligero que se mojaba con el agua y su risa era explosiva y sus ojos me miraban tan encandilados...

Julian lo miró compasivo hasta que llegó a su cabeza Richard aullando de terror, siendo arrastrado a lo largo del pasillo mientras ese tipo —ahora lamentándose— leía a Byron sin importarle nada. Debía erradicar la compasión a toda costa, incluso la más mínima simpatía, ese cabrón puso todo para que él le disparara a Diana.

—¿Tu antecesor te designó a tu esposa?

—El derrotado tiene por derecho dejarte a alguien que no te haga fácil tu reinado. Sergei me dejó a Serena, era su secretaria o algo así.

—¿A quién le dejarás tú al que te derrote?

Ördög acusó la pregunta, como si por primera vez algo le estallara por dentro, pero no dio una respuesta. Fue al baño y ahí se estuvo un largo rato. Al salir ya no se sentó al lado de Julian, sino al fondo, tal vez donde había estado Richard. En ese momento lucía sombrío, lúgubre incluso, víctima de los entresijos de su propio juego.

Aterrizaron en Nueva York —de nuevo Nueva York—. Julian se sintió tan malditamente parecido a Ördög, tocado por los mismos sentimientos melancólicos de cuando fue feliz con Diana Travis. Porque lo fue, Dios, vaya que lo fue. Recordó las primeras veces que la vio en los pasillos con Clare y otra chica. Tomaban clases de teatro, preparaban *La dama de las Camelias*. Diana interpretaría a Marguerite. Cómo le gustó verla en el escenario, feliz de ser el centro de atención, debilitada, consumida en su papel de tuberculosa. Al final de la obra, Armando Duval, su amante —un chico de quinto que en realidad se llamaba Fabian—, la sostenía entre sus brazos y ella dejaba caer la cabeza con la mirada escalofriantemente fija en el vacío.

El auditorio entero le aplaudió, menos Tom. El maldito tío Tom, en un butaca atrás, con ese gesto de que todo aquello era como estar en medio de Sodoma y Gomorra: la perdición del mundo, la banalización de lo pernicioso. A ese chico, Fabian, se le salía hasta por los poros lo afeminado. «Buena falta le hizo ir a Corea y regresar a partirse el lomo en el trabajo, bajar la cabeza los años necesarios para después, ponerla en alto y no deberle favores a nadie».

Después de la obra no la vio en varios días, hasta que se cruzó en un pasillo y pudo saludarla:

—Qué bonito te moriste, Diana.

—Gracias, profesor.

Así nació el romance.

Capítulo 97

Su nueva suite fue en el Astoria. Al día siguiente llegó Ördög a buscarlo y le dijo que tenían reunión con la cofradía. Era mejor que lo supiera: ahí estarían sus rivales. La reunión extraordinaria tenía el propósito de aclarar quién había roto el protocolo. En esas explicaciones estaba cuando murmuró «Dios santo» al ver que desde la puerta se aproximaba decidido un niño vestido con traje de adulto, acompañado de su guardaespaldas.

—¡Me engañaste, cabrón!

—Dalton, baja la voz, no es necesario que grites...

—¡Me inyectaron agua! ¡Solo agua! ¡Este desgraciado me inyectó agua! —Dalton señaló a Julian—. ¡No hubo vacuna! ¡Nunca existió!

—Estás haciendo el ridículo, Dalton. ¿Por qué no lo hablamos después? Te aseguro que estás equivocado.

—Cuando todo mundo se entere de que los niños no recibieron ninguna vacuna prodigiosa, nadie volverá a querer hacer negocios contigo. Entre ellos mi padre.

—Ya que lo mencionas, tú ni siquiera eres un niño, vas para los diecinueve. No quería decirlo tan abiertamente, pero padeces del síndrome de Laron, el cual hace que no acabes de verte como un adulto. ¿Eso también lo vas a divulgar?

—¡Hijo de perra! —Dalton saltó para golpearlo.

Ördög lo repelió. El guardaespaldas se llevó una mano bajo el abrigo y de lugares distintos aparecieron seis hombres de gran tamaño para salvaguardar a Ördög. El guardaespaldas lo reconsideró, lo mismo que Dalton.

—Esto no se va a quedar así—amenazó antes de irse.

—Pobre, sigue en la etapa de la negación, no lo culpo —opinó Ördög, viendo salir a Dalton por la puerta giratoria—. Esperemos un segundo a que termine de irse...

La limosina se detuvo en un edificio estilo victoriano de ladrillo rojo desgastado, digno de una cofradía demodé. Julian levantó la vista por encima de los tres pisos y apreció el ático con su techo de dos aguas, donde se asomaba un rostro largo y tétrico. Luego se sentaron a la mesa, oscura como las paredes, bajo la luz del candelabro. La luz del sol caía a los costados del edificio. Aquel sujeto que se había asomado por la ventana, alto y serio, se desplazó sirviendo tazas de café acompañadas de un bombón y una cucharita en el platito. Daba la sensación de que su pesada figura y sus zapatos bostonianos hacían rechinar la madera, pero aquellos viejos tablones crujían a la menor provocación. Todos esperaron a que dejara de hacer ruido y se marchara.

Julian examinó los rostros mortecinos y mal iluminados: el par de sesentones debían ser los competidores de Ördög; dos jóvenes de edades similares a la de Julian estaban a sus costados. Los otros cuatro rondaban los setenta u ochenta años y portaban togas que los hacían parecer de mayor jerarquía. Sin embargo, cuando Ördög se puso de pie y fue a estrechar las manos de todos —menos a los jóvenes—, le besaron el anillo.

—Tratemos de ser concretos —dijo un viejo de mejillas hundidas—, todo indica que alguien se saltó las reglas, pero a falta de pruebas tendremos que pasar por alto el incidente y seguir adelante.

—Oh, Henry —cuestionó Ördög—, me sorprende oírte hablar así. Yo tendré este anillo puesto, pero tú eres nuestro verdadero capitán, nuestro líder indiscutible. Has visto tantas cosas ya... —Suspiró—. Entiendo que comiences a sentir que esta es una de tantas batallas por el trono.

—¿A dónde quieres llegar? —interrogó otro de los viejos.

—¿No se dan cuenta? Todos hemos sido ofendidos. ¿Qué seguirá después de esto? ¿Qué comencemos a liquidarnos como un montón de narcotraficantes, sin glamur, sin tradición? *¿Saliendo de aquí me compro una cuerno de chivo, fierro compadre?* —dijo en español.

—Sin pruebas no podemos llegar a nada —opinó uno de los jugadores.

—Pareces ansioso de darle la vuelta a la página, Seymour.

El tal Seymour escupió una risilla:

—No necesitaría matar a tu zorro para liquidarte. ¿Cuándo fue la última vez que revistase la bolsa de valores? Tus acciones están en picada, Ördög, y

las mías suben como la espuma.

—Me temo que te estás adelantando, Seymour. Las energías renovables todavía son mucho ruido y pocas nueces.

—Tú sigue apostando al petróleo; yo, feliz.

—Me temo que lo del derrame del barco que destruyó manglares en el Caribe no fue un accidente. ¿Cuánto dinero diste a las autoridades locales para que te dejaran hacer ese ecocidio y hacer que cayera el precio del barril?

—Vete al carajo.

—Modales —ordenó otro anciano.

—¿Alguna prueba real que puedas aportar? —interrogó el anciano de las mejillas chupadas.

—No las tiene, papá —intervino el otro competidor—, pero le reconozco cuando dice que Seymour juega sucio.

—¿Se van a poner los dos en mi contra? —cuestionó Seymour, burlón.

—Te pedí que respetaras los manglares que acaba de mencionar Ördög.

—Pobre Nolan, lamento haberte echado a perder la oportunidad de destruirlos primero con una zona hotelera —se burló Seymour.

—Última vez que lo pregunto, Ördög. ¿Tienes pruebas contra alguien? —insistió el anciano.

Este sacó una USB del bolsillo, la insertó en el receptor, tomó el control y encendió la pantalla en la pared. Adelantó la imagen hasta el momento en que comenzó la balacera en el Mama Katya, vista desde la calle. Julian entristeció al ver a Thai, que no parecía asustada mientras discutía con uno de los hombres. Este levantó su arma y le disparó en la frente. Después, junto con otro, la tomaron de brazos y piernas y la balancearon para arrojarla al interior del restaurante. Ördög congeló la imagen exactamente en ese punto.

—La mafia rusa —dijo Nolan.

—La mafia rusa no tuvo nada que ver.

—¿Y debemos de creerles? —interrogó uno de los ancianos.

Julian se miró con los otros dos zorros (o perros) de Ördög, Nolan y Seymour; no se otorgaban miradas retadoras, sino de recelo.

—Solnstsevskaya Bravta, ¿por qué no? —cedió Ördög—. Extorsión, tráfico de drogas, armas, lavado de dinero, secuestro, contrabando, trata,

fraude, piratería informática y asesinato a sueldo... ¿Por qué creer en su palabra? ¿Serían capaces de matar a uno de los suyos? —Presionó el control y en pantalla apareció Román.

—No precisamente de los suyos, pero sí respetado por Dmitry Ivan.

Román aparecía en una celebración, dándose un abrazo con un anciano jerarca.

—Si yo fuera miembro de la Bravta me cagaría de miedo de hacerle daño a alguien al que el viejo Dmitry le ha dado su ortodoxa bendición. Así que la Bravta es inocente. La pregunta es quién, ¿quién supo que llevaría yo a mi zorro con mi buen amigo Román?

Ördög se desplazó y puso el control en la mesa cerca de los ancianos. Apretó de nuevo un botón y esta vez el rostro de Thai llenó la pantalla:

—Thai Wongchai. Verdadero nombre: Nirut Bunysak. Misión: infiltrarse en el corazón y los secretos de Román Kandinsky, sobre todo para obtener los archivos personales de nuestro sicario. Los planes cambiaron, alguien se había enterado de que un zorro de la cofradía estará unos días en París. Eso vale mucho más dinero que cualquier cosa. Pobre Nirut, para ese momento ya se había enamorado de Román. ¿No sucedió lo mismo con una espía a la que enviaron a liquidar a Fidel Castro? La vida puede ser muy romántica...

Ördög volvió a la imagen de Thai, mientras la lanzaban por el hueco de la ventana.

—Siempre lo diré, la vida es un entresijo de verdades y mentiras. Es mentira que Thai fuera una blanca paloma, pero verdad que estudiaba una carrera universitaria. ¿Quieren saber quién pagaba su beca? ¿Se los dices tú o se los digo yo, Henry? —Palmeó al anciano por la espalda.

—Yo la pagaba —confesó este.

—No te sientas mal, Henry. No tengo hijos, pero te comprendo. Cuando eras joven créeme que te habría dado mi voto para que retaras al zorro de aquel entonces y alcanzaras tu sueño. Fueron años de ver cómo otros luchaban y lo conseguían... ¿Por qué no de Seymour, tu hijo? Seymour, dile adiós a tu padre y respeta su memoria.

Ördög giró el cuello del anciano, que fácilmente se partió como una caña.

—¡Papá! —aulló Seymour, poniéndose de pie.

El hombre alto que había servido los cafés apareció en la puerta y disparó un solo tiro a Seymour. El zorro a su lado lo miró desplomarse, luego volteó a mirar al hombre del arma y también recibió un disparo.

Ördög levantó la taza de café y le dio un pequeño sorbo.

—Nolan, ¿compramos las acciones ecológicas de Seymour, mitad y mitad?

—Mientras te encargabas de él ya las compraba.

Capítulo 98

—Deberías ponerte contento, Julian. —Se desplazaban en limusina por Broadway y la Quinta—. Ahora nuestro problema se resume a un competidor: Nolan.

—¿Cómo puedes hacerlo?

—¿Hacer?

—Romperle el cuello a un anciano y luego darle un sorbo a una taza de café.

—Sería una descortesía no probarlo.

—Y luego ese chico. Parecía más joven que yo...

—Te veo tan atormentado que voy a darte un consejo, Julian Langford. Cuando pienses que dañas a alguien, asume la posibilidad de que ese alguien no es Jesucristo. Ya viste quién era en realidad Thai. Lamento recordarte que tampoco Diana era una blanca paloma. El zorro que servía a Seymour podría ser alguien terrible, aunque tuviera veintitrés años.

Ördög golpeó el vidrio que los separaba del conductor y le pidió que se detuviera. Bajó, fue al carrito de hotdogs y pidió uno. Al girar y mirar los ojos taladrantes de Julian, señaló el hotdog como para invitarle a que bajara a comer. Julian negó con la cabeza.

Más tarde se reunieron en un salón del Astoria, donde Ördög puso en pantalla videos sobre Nolan Sinclair y su entorno, explicando su biografía, deteniéndose en detalles. Por momentos le recalcaba el no olvides esto, no olvides lo otro:

—Que no te intimide que sea dueño de cadenas de televisión en Latinoamérica, de pequeños bancos usureros y de un par de equipos de futbol de renombre. Tampoco comiences a apiadarte de él porque ninguna semana falta a la iglesia con esa hermosa familia de tres niños y una esposa bonita y frígida; esto último me consta... Esa foto —Ördög soltó una

carcajada, mirando la pantalla—, es tan, pero tan freudiana; ese cocodrilo al que le Nolan le está abriendo las fauces es de goma.

—¿Freudiana?

—¿Qué cosa puede ser pequeña en el cuerpo de un hombre que intenta compensar con falsa valentía?

—¿De qué me sirve saber eso si con quien voy a competir es con su zorro, como nos llaman ustedes, bola de locos?

—No podemos saber absolutamente nada de los zorros de los otros. Vamos a ciegas, pero su zorro es un reflejo de Nolan: a su imagen y semejanza.

Julian retuvo esas palabras y respondió:

—Yo no soy a imagen y semejanza tuya.

—No estés tan seguro de eso.

—Jamás seré tan miserable como tú, jamás le romperé el cuello a un anciano y luego beberé café. Lo único que he aprendido de ti es comer cosas raras y a beber vinos caros, todo eso lo cago y lo meo después, sin importar lo que haya costado... ¿Y sabes qué me da risa?

Los ojos redondos y almendrados de Ördög esperaron tranquilos la respuesta.

—Que tú y Nolan dependen de donnadies como yo y el otro chico.

—¿Terminaste? —interrogó Ördög.

Julian lo miró con odio.

—Bien... ahora escucha tú una tragedia en vez de un melodrama. Los miembros de la cofradía jugamos a ser dioses porque ya no tenemos otro juego que jugar. Todos los juegos de la vida, los que se te ocurran, los hemos jugado hasta la saciedad: desvirgar a la noviecita en la fiesta de graduación, conseguir un empleo mal pagado, cargar al bebecito cuando nace y que el médico te dé las tijeritas para que le cortes el cordón umbilical, pagar la maldita hipoteca, salvarse de tener herpes, papiloma o cáncer y volver a ser feliz de un segundo a otro... todo, todo lo que te imagines ya no tiene sentido. En realidad los envidiamos a ustedes, que pueden sufrir y ser felices con todo eso. Nosotros, Langford, estamos enfermos de una grave enfermedad llamada desencanto. Ustedes tienen una enfermedad distinta: impotencia. No son nadie en medio de una masa donde se descubren como

un bicho más, lo siento; yo no inventé eso de levantarse a las cinco para viajar en metro. Somos otra estirpe, Francis Bacon nos definió muy bien: «No hay peor estado de ánimo que el de tener pocas cosas que desear y muchas que temer, pero ese suele ser comúnmente el estado de ánimo de los reyes...».

Eran los últimos días de invierno, la gente iba abrigada con chamarras y bufandas, aunque ya se comenzaban a ver menos manos con guantes. El cielo se teñía de colores naranjas y rosados en los espejados rascacielos, como pinturas al óleo; la nieve permanecía menos, eran pinceladas serpenteantes a las orillas de las calles. Julian cruzó la puerta del bar, se sentó y pidió un bourbon, el chico detrás de la barra le recordó a Jack, por alto, pero este tenía una fisonomía muy distinta. Sintió nostalgia por Jack, por no haberle ayudado con su enamorada, y de nuevo le vino esa frase a la cabeza: «no puedes pisar la hierba sin matarla». El tío Tom apareció en la puerta con ese sempiterno semblante tristón y receloso. Ubicó a Julian, se sentó a su lado y ordenó agua de la llave:

—Tom, ¿cómo va todo?

—¿Qué cosa?

—Es una forma de decir.

—No digas algo que no tenga un sentido; ese es mi consejo, tómalo. He vivido más que tú, la escuela de la vida cuenta.

—No si la vida no es una buena maestra.

Tom lo miró desconfiado, las palabras parecían desbalancear su sabiduría.

—Si me hiciste venir aquí para preguntarme si he sabido algo de Diana, la respuesta es no.

—¿Por qué no bebe un trago como yo, Tom?

El hombre miró el vaso de Julian con desconfianza.

—Tienes una imagen equivocada de mí, hijo, no soy un santurrón. Cuando fui muchacho era un mujeriego, y aunque no puedo decir como la canción de Cash, que le disparé a un hombre en Reno solo para verlo morir, sí vi morir gente por mi causa. A mí madre, por ejemplo, cuando, mientras

ella se enfrascaba en el quehacer, yo me inyectaba heroína o me masturbaba debajo de las sábanas. Fui una rata hasta que llegó Jesús. Sí, es hora de que sueltes la carcajada, pero ¡oh, Señor! —Tom pegó un golpe con el fondo del vaso en la mesa que hizo voltear al barman—. ¡Mi Señor me levantó del lodo! —Agitó sus grandes manos de uñas blancas—. Tranquilo, no vengo a sermonearte. —Bajó la voz—. De hecho, pude responderte por mensaje que no sé nada de mi sobrina. Eso es todo.

—¿Entonces qué hace aquí?

—Vine a preguntarte, sincera, decidida, francamente, ¿cómo es que te involucraste con una buena para nada como Diana Travis?

Julian no dio crédito. Ese tipo, Tom Jackson, el que todo el tiempo lo tildó de poca cosa para su sobrina, ahora decía lo contrario.

—Usted siempre me hizo sentir un donnadie.

—Y lo eres, pero un donnadie que se esfuerza. Yo también fui uno. El problema es que tú no sabes cómo dejar de serlo y yo muy pronto encontré el camino. Lo que trato de decir es que al menos lo intentas; en cambio, mi sobrina es una canalla.

—No la llame así, no es justo.

—¿Sigues enamorado de esa tonta? ¿Tan clavado estás? —Tom dibujó una sonrisa satírica—. ¿Qué tienes en las venas en lugar de sangre, hijo? Te dejó por otro, ¿entiendes? Por el chico rubio. El ganador, el deportista preparatoriano. El que se cogía a todas en los baños de la escuela... De hecho, no sé cómo es posible que se tardara tanto en ponerte el cuerno la muy zorra.

—No la llame zorra, todos lo somos alguna vez.

Tom lo miró con recelo.

—No serás uno de esos tipos que se viste de mujer...

—Solo deje de decir tanta mierda.

—¿Te duele? ¿Sabes que a los dieciséis se fue de la casa todo un año? No te lo dijo, ¿verdad? Regresó y el tío Tom la recibió por la única razón de ser hija de mi hermana. No cambió. Había un tipo que la tenía vuelta loca. ¿Zack? ¿Hack? ¿Cuál era su nombre? No lo recuerdo bien. La manoseaba como un pulpo bajo la escalera del edificio. Con él debió perder la virginidad, supongo.

Julian le conectó un golpe en la quijada y lo hizo caer al suelo. El barman se quedó pasmado; no había más clientes, solo ellos. Tom se levantó como pudo y fue a la puerta.

—Una maldita chupa vergas —dijo, y salió de ahí.

Julian miró al barman y le señaló el vaso para que le sirviera un segundo trago. El barman le pidió que se fuera; no iba a cobrarle el primero, pero se tenía que ir ya.

Capítulo 99

eslizar el abrecartas en el sobre lacado con el símbolo del anillo; sacó una pequeña y simple hoja, leyó y alzó los ojos, encontrándose con los de Julian.

—La cofradía decidió que tú y el otro chico se enfrenten en tres pruebas.

—¿Cuáles?

—No sé si tu frialdad me parece bien o me preocupa.

—Solo quiero terminar con esto de una buena vez. Y antes de que me respondas, dime si tú y el otro viejo se van a quedar cruzados de brazos, bebiendo vino caro mientras mi rival y yo nos rompemos el trasero.

—Las energías renovables subieron, el precio del petróleo cayó de nuevo. Si pierdo el setenta y cinco por ciento de mi fortuna, es la vía corta para que a ti y a mí nos maten. Así que créeme que yo también me estoy rompiendo el trasero.

—Entiendo un carajo de la bolsa de valores.

—¿Qué harías en mi lugar: invertir en empresas de seguridad o armar un caos de desinformación, asegurando que las energías renovables, a las que le apuesta Nolan, en realidad son contaminantes?

—No entiendo en qué le afectan las empresas de seguridad.

—Tiene un candidato a la presidencia en Europa del Este, va de puntero; su discurso se basa en terminar la guerra. Si consigo incrementar la venta de armas mediante aumentos de capital, subvenciones y otras estrategias. Todos querrán invertir en armamento, menos Nolan, porque si lo hace haré público que su candidato es un hipócrita. Y si su candidato pierde las elecciones, Nolan se puede despedir de las prerrogativas que iba a tener en ese país: concesiones sin licitar, ganancias en salud, energía, construcción...

—Entonces enriquécete con las armas y acábalo.

—Solo hay un detalle...

—¿Cuál?

—Si pongo mi dinero en la guerra, habrá muertos: civiles, no soldados.

—Sigo sin ver el problema, careces de escrúpulos. Pero si te interesan los míos, entonces haz lo segundo, esparce el rumor de que las energías renovables no lo son, aunque no veo cómo podrías hacer que ese rumor logre resultados.

—Líderes de opinión, son otro tipo de zorros.

—De cualquier forma necesitarán tener un discurso creíble.

—Cierta comunidad en Chile ha logrado erradicar en un setenta y cinco por ciento los contaminantes y, en consecuencia, enfermedades y pobreza. Todo esto con una planta de biomasa y una red de microgrids. Nolan los patrocina. La forma de golpearlo es poner en boca de los líderes de opinión las palabras: «Esto no funciona». Ya sabes de qué tipo de líderes hablo, de los que salen en programas de concursos y a todo mundo agradan, de los que se visten finamente en el noticiero de las diez. Y, como con la guerra, esa gente volvería a la miseria.

Julian lo miró apesadumbrado, pero casi enseguida se sacudió el problema de la cabeza: no le pertenecía.

—Ya veo que ustedes dos también se están rompiendo el trasero. ¿Cuáles son las tres pruebas que el otro mortal y yo tenemos que enfrentar?

La primera se llevaría a cabo en el edificio de la cofradía. El polígrafo. Se trataba de no mentir. Julian no lo haría si en ello se jugaba la vida, así se lo dijo a Ördög cuando se instalaron en un salón donde el tipo de los bostonianos les trajo café, bombones y otro sobre lacrado. Ördög se apresuró a abrirlo, le comunicó que por primera vez se enterarían del rival; no solo de su nombre, sino de sus más íntimos secretos. A partir de esto debían hacerle cinco preguntas que pudieran obligarlo a mentir.

—Debes saber que un sobre equivalente está en manos de Nolan y su zorro —le informó—. Piensa bien si tienes algo que esconder, Julian Langford; es momento de que te importe un carajo la vergüenza.

Capítulo 100

Los ancianos, Ördög, Julian, Nolan y el joven, de quien ahora Julian sabía el nombre, Jasper Winslow, oriundo de Corpus Christi, ocuparon sus lugares en un salón del edificio. Jasper se mostraba notablemente sereno y confiado; sus manos reposaban en los sensores como dos despreocupadas palomas en cables de alta tensión. Tenía atados al tórax y al abdomen un par de neumógrafos que medirían su frecuencia respiratoria. Su ritmo cardiaco y presión arterial los mediría el cardiógrafo que rodeaba su brazo derecho. En otra silla, Julian cruzaba las piernas, enfrentadas a las de Jasper. Ambos estaban en cabinas independientes con puertas de vidrio templado.

—Por favor, digan algo —pidió uno de los ancianos, frente a una computadora.

—Hola —habló Julian.

Su voz se tradujo en señales digitales que el viejo observó en la pantalla.

—En Texas estamos acostumbrados a la pena de muerte —Jasper se acercó al micrófono.

Ördög miró a Nolan y este dibujó una leve sonrisa orgullosa. Los miembros de la cofradía ocupaban la mesa mientras el tipo de siempre les servía copas de moscatel y empanadillas de *foie gras* con higos.

—Les recuerdo las reglas, caballeros —dijo el anciano—: cada uno de los participantes formulará tres preguntas. Su contraparte responderá con un simple sí o no. Procederé a confirmar el resultado en el polígrafo. Como una variante especial del juego, el participante tendrá la opción de retractarse cuando yo le formule la pregunta por segunda vez. ¿Alguna duda?

Julian y Jasper permanecieron silenciosos.

—Jasper Winslow, comienza usted.

Jasper formuló:

—Es cierto que...

—Lo interrumpo, señor Winslow, debe comenzar por el nombre de su oponente.

—Julian Langford, ¿las cenizas que enviaron a casa de Gladys Park pertenecen a Oliver Stewart?

No le sorprendió que su rival supiera del tema, respondió un rotundo no.

—Video, por favor —dijo el anciano.

En pantalla apareció Gladys. Un tipo la sujetaba detrás de una silla y otro la hacía mirar a Julian en la tablet

—Gladys —dijo este con un hilo de voz.

—¿Julian? —sollozó la mujer al escucharlo.

—Julian Langford —dijo el anciano con solemnidad—: ¿las cenizas que enviaron a casa de Gladys Park pertenecen a Oliver Stewart?

Gladys escuchó la pregunta con perplejidad.

—¿Señor Langford? ¿Son o no son las cenizas las de Oliver Stewart.

—No —susurró Julian.

—Hable más alto, señor Langford.

—No, no son las cenizas de Oliver.

—¿Julian? —interrogó Gladys, a punto de sollozar.

Este trató de no verla, pero la culpa se lo impedía.

—¿Dónde está mi marido entonces? —lloró la mujer.

—Cofradía, ¿es justo que Gladys viva con esa verdad? Ya saben, pulgar arriba o pulgar abajo —dicho esto él bajo su pulgar.

Los otros ancianos hicieron lo mismo.

El tipo detrás de Gladys cubrió la cabeza de la mujer con una bolsa de plástico.

Julian se revolvió en el asiento, clavando la mirada en la cara de Gladys, a la que se le pegaba en el rostro la bolsa de plástico, revolviéndose sin la fuerza suficiente.

—¿Quiere cambiar de opinión, señor Langford?

Chirrió los dientes mirándose con Ördög, respiró todo lo hondo que pudo. Luego miró a los ancianos, quienes observaban la agonía de Gladys con deleite, mientras daban traguitos de moscatel. Luego miró a Jasper, que se esforzaba en mantener una falsa serenidad.

Dos largos minutos después, el sujeto dejó de apretar la bolsa y mostró el rostro desencajado de Gladys.

—Su turno, señor Langford.

El tipo alto le acercó un vaso con agua. Con una mano temblorosa, Julian le dio un sorbo. Luego de unos segundos lanzó pregunta:

—Jasper Winslow, ¿fuiste tú quien quitó el freno del coche, sabiendo que atrás estaba jugando tu hermano de siete años?

Los ojos de Jasper se redondearon como dos monedas.

—Lo siento...

—Señor Winslow: sí o no.

—Sí.

Un joven en silla de ruedas apareció en pantalla junto a dos hombres con el mismo aspecto que los que habían estado con Gladys. Estaban en las mismas posiciones, uno le mostraba la tablet.

—Señor Winslow, repito la pregunta: ¿fue usted quien quitó el freno de mano del coche, sabiendo que su hermano, Elton Winslow, quien ahora está lisiado de por vida, estaba atrás y que lo arrollaría? Las miradas del muchacho y Winslow se cruzaron en la imagen.

—¿Señor Winslow?

—Sí. Lo hice. ¡Perdón, Elton! ¡Perdóname, éramos unos niños! ¡Dime que me perdonas!

—Cofradía, ¿puede vivir Elton Winslow con esa verdad?

Sin vacilación alguna, los ancianos bajaron dedos pulgares. El hombre detrás del chico le puso una pistola en la espalda; el ruido del silenciador acompañó la mancha de sangre que se dibujó en su pecho. Jasper mantuvo los ojos fijos en Julian, aunque en realidad no parecía verlo.

—Su turno, señor Winslow.

Este se frotó los ojos y dijo maquinalmente:

—Julian Langford... ¿mataste... mataste a Diana Travis?

Era una pregunta esperada. De hecho era algo que necesitaba gritar a los cuatro vientos. Dijo un rotundo y firme sí.

Tom apareció en pantalla en la misma situación que Gladys y el hermano de Jasper.

—Repito la pregunta, señor Langford, ¿usted mató a...?

—No hace falta que la repita. Sí, yo la maté.

Más que con sorpresa, Tom lo miró como si escuchara hablar a una cucaracha.

—Cofradía, ¿merece Tom Jackson vivir con esa verdad?

Dedos hacia abajo.

—Voy a ti, Jesús —dijo Tom.

El sujeto le pasó una cuerda por el cuello. Tom dio un cabezazo hacia atrás, golpeándolo en la barbilla. Quizá vio una oportunidad; se levantó rápido para golpearlo, pero el otro tipo le dio un tiro en la nunca, matándolo instantáneamente.

No hubo pausa para la tercera pregunta:

—Jasper Winslow, ¿le hiciste sexo oral a un hombre por veinticinco dólares?

—Sí —respondió Jasper con un tono herido y vaciado de toda dignidad.

Un sujeto de aspecto sucio apareció en una trastienda de abarrotes. Miró a Jasper en la tablet.

—Jasper Winslow, ¿le hiciste sexo oral al señor Engel por veinticinco dólares?

—Sí, lo hice —confirmó Jasper.

—¿Merece el señor Norman Engel vivir con esa verdad?

Pulgares abajo.

Una pistola se acercó a la cabeza del sujeto, este pestañeó levemente y de pronto comenzó a reír y a hacer muecas obscenas. Jasper lo miró gruñendo con espuma en la boca. Los ancianos se contagiaron de las carcajadas del tipo; el disparo puso fin a su diversión.

Hicieron un breve receso para llenar sus copas de moscatel. «Este ha sido uno de los mejores años», dijo alguno. «Oh, sí», respondió otro, «aunque recuerdo aquel zorro que se nos escapó, ¿lo recuerdan?». Se echaron a reír. «¡Qué faena!». «Se veía tan risible vestido de mujer». «Acepto que casi logra conmoverme». «¿Seguimos ya?».

El anciano retomó su sitio y miró a Jasper, quien hizo la última pregunta:

—Julian Langford, cuando le disparaste a tu hermano Tim, ¿lo quisiste ver muerto?

Una serie de fotos familiares aparecieron en pantalla. Tim no estaba vivo para enterarse de la verdad, pero eso no importaba; eran imágenes de su niñez, de su vigorosa adolescencia, de sus triunfos como estudiante y deportista, de su aspecto al salir roto del hospital, de su estado vegetativo en la silla de ruedas.

—Sí, Tim, ese día te quise ver muerto.

Los ancianos hicieron muecas, como si la respuesta les decepcionara.

—Jasper Winslow... —siguió Julian.

—¿Puedo... puedo también beber agua? —interrumpió Jasper.

El hombre le acercó el vaso, Jasper le dio un trago y lo devolvió.

—Jasper Winslow, ¿abusaste de...

—¡Sí!

—Señor Winslow, escuche la pregunta antes de responder.

——¡Oh, Dios! ¡Basta! ¡Basta! ¡Yo lo hice!

—¡Contrólate, hijo! —gritó Nolan—. Tú puedes hacerlo.

—Jasper Winslow, ¿abusaste de Thelma, la hermana menor de tu novia, Sharon, y por eso se quitó la vida?

Jasper aceptó su culpa. Sharon apareció en pantalla, escuchó la verdad y lo maldijo a gritos antes de un sujeto le disparara.

—Bien, caballeros, pruebas superadas —dijo el anciano—. Ördög, Nolan, han traído aquí unos excelentes zorros.

Aplausos.

Los miembros de la cofradía comieron espléndidamente. No así Julian y Jasper, cuyas miradas extraviadas se encontraron sin rencor de vez en cuando. Las preguntas nunca fueron un asunto personal. Las conversaciones giraron en torno a negocios, viajes, chismes sobre algún magnate amigo o rival. Incluso Ördög y Nolan compartieron risas al oír a uno de los ancianos confesar que sabía que su esposa se metía con el chofer, pero lo que ella no sabía es que él hacía lo mismo.

Julian detestó a esos ancianos más que al propio Ördög: en ellos se había acrisolado la decadencia, el desprecio al otro, la perversión, el hastío de existir. Esos finos manjares que llevaban a sus bocas enjutas no modificaban sus semblantes decrépitos ni sus miradas muertas. El más suave licor ya no les era deleite, sino costumbre. Momentos como aquel del sujeto que hizo muecas soeces en pantalla les producían chispazos efímeros de júbilo, pero se apagaban enseguida como viejos radios a los que se desconecta de la corriente o baterías que ya no retienen mucho tiempo de energía.

Uno de los ancianos tomó la palabra.

—Por hoy cerramos satisfactoriamente la primera de tres pruebas. Tenemos un empate, tanto en la forma en que Ördög y Nolan movieron sus

alfiles, como en el terreno financiero. En esto último Nolan lleva cierta ventaja en la bolsa, aunque no una significativa. Antes de que se vayan a descansar los invito a ver nuestro acostumbrado video motivacional. Nolan, ¿apagas la luz, querido? Está a un lado tuyo...

El salón quedó a oscuras, en la pantalla surgió un bosque otoñal. De fondo se escuchaba una musiquilla desgastada que titubeó antes de conseguir entrar en tono. En el video tecnicolor de los años setenta apareció un leñador a cuadro, palpando árboles, soltando el primer hachazo al elegido. La narradora relató que cada siete años se seleccionaba el mejor, el más portentoso de los abetos, para talarlo por completo y solo extraer dos estacas de noventa centímetros cada una. Mientras, las manos del leñador afinaban las estacas a cuchillo, haciendo pausas para deslizar los dedos en la madera tallada y confirmar su suavidad y filo. Luego, las estacas eran pasadas por diferentes aceites. La narradora explicó la razón: procesarlas como lo haría Stradivari con uno de sus afamados violines para conseguir el tono, el sublime sonido. Por último, la narradora surgía en la pantalla: una bella mujer del estilo de Raquel Welch, con larga cabellera castaña y ojos excesivamente maquillados. «El zorro ha muerto, viva el zorro», decía con una sonrisa dulce y seductora.

Ördög se guardó sus comentarios irónicos y parlanchines para el regreso, cuando iban en limusina de regreso al Astoria. Fue Julian quien abrió la boca, aunque no lo miró a los ojos.

—¿Por qué no escogiste a Diana? Es más fuerte que yo.

—¿Una mujer en la cofradía?

—¿Eso significa que nunca tuvo ninguna oportunidad? ¿Y las doctoras? ¿Aida? ¿Marbel?

—Oh, por Dios... Marbel, ella mucho menos.

—No sé por qué sigo llevándome sorpresas cuando todo está claro.

—¿Lo ves? Por fin encuentras claridad.

—Claridad, no lógica. —Esta vez Julian le dirigió una mirada firme—. ¿Qué sientes por Nolan y esos malditos viejos? ¿Los aprecias? ¿Los envidias? ¿Los odias? ¿Qué pasaste tú para conseguir ese maldito anillo? ¿Valió la pena? ¿Extrañas al Ördög de antes, si es que ese es tu nombre verdadero, o siempre fuiste un miserable? —Dejó correr unos segundos, por si había una

respuesta—. Si vuelves a ganar, no vas a cambiar mucho. El único matiz sería que irías camino a volverte un viejo decrépito y repugnante, como todos ellos.

—Auch —dijo Ördög sin demudarse.

Capítulo 101

Según las noticias, un tal Andréi Ivanov acababa de ganar las elecciones en algún país de Europa del Este. Esto no significó nada para Julian hasta que le escuchó decir que cumpliría su palabra a los electores: detener la guerra. Entonces ató los cabos. Alguien comenzó a golpear la puerta de la habitación y enseguida timbró el teléfono:

—Abre ya, Julian, soy yo.

Cuando lo hizo, Ördög fue al grano:

—Ahórrate las preguntas, este es tu pasaporte. —Lo arrojó a la mesa

—¿Clark Hannover? —interrogó mirando la foto y el nombre en el documento.

—Irás a Sudamérica. Te entregarán un millón de dólares. Lo demás te toca a ti; sugiero cirugía plástica y que a partir de ahora y para siempre vivas en armonía con la naturaleza. No te pares por la civilización o darán contigo.

—¿De qué estás hablando?

—Nolan lo consiguió. Me tomó una ventaja significativa en la bolsa.

Julian intentó procesar aquella nueva información.

—¿Y la competencia?

—Ya no es necesaria.

—Pudiste quebrar a los ecologistas, bajar el precio de las armas. ¿Qué te detuvo?

—Basta de preguntas, no te lleves nada.

Fueron deprisa hacia el ascensor. Salieron dos hombres. No había mucho que inferir, Julian y Ördög detuvieron sus pasos. Este iba en el auto con la mirada puesta en las calles. Julian dedujo que no vería llegar la primavera a Nueva York; ya no tuvo miedo, pero sí la sensación de que, por mucho que la vida hastíe, morir a los veintisiete siempre es prematuro. Había sido el capitán de su destino; mentira que Allan Keys lo hubiera manipulado para participar en los primeros juegos, mentira que se hubiera resistido en

Anchorage, mentira todas sus objeciones, sus reticencias. Por algo la inteligencia artificial lo había seleccionado entre millones: cumplía con las características, él y nadie más.

Los hombres los hicieron entrar a una habitación del edificio victoriano, donde los dejaron solos, con el candado de la puerta puesto. No había ventanas, ningún pasaje oculto como en la cocina de Mama Katya, solo quedaba esperar y contener el nerviosismo, Julian quiso preguntarle a Ördög qué les harían, seguro tendría una idea, pero consideró que no quería escuchar la respuesta. El tipo no parecía nervioso, serio en todo caso.

—¿A quién hubieras escogido de esposa para Nolan? —dijo Julian.

—Nolan ya tiene una mujer.

—Así que, si hubieras ganado, habrías tenido que seguir con la tuya.

—Deja de hablar de hubieras, esto todavía no se termina.

Del otro lado se escuchó el cerrojo, era uno de los hombres. Se apartó para que salieran y les señaló la escalera; subieron al ático donde ya los aguardaban Nolan y los ancianos.

—Ördög —dijo uno de ellos—, ¿puedes creer que lamentamos tu quiebra financiera?

—No, Arthur, no lo creo. Pero no están de más tus buenos modales. —Miró a Nolan con reproche—. ¿No te da tristeza que desaparezca el petróleo? Dios santo, el oro negro, la sangre del capitalismo, el oxígeno de nuestra civilización... Todos esos barcos, aviones y autos en movimiento gracias a las gasolinas. En fin —suspiró—, la nostalgia es una emoción en desuso...

Nolan le devolvió una mirada que no tenía nada de triunfal.

—¿Dónde está el buen Jasper Winslow? —interrogó entonces Ördög.

—Se tiró de un puente anoche —declaró uno de los ancianos.

—Un evento inesperado —terció otro—, lo cual hace que el triunfo financiero de Nolan se neutralice. El juego sigue, Ördög.

—No me parece justo —se quejó Nolan.

—Hemos convenido que te hagas de un nuevo zorro, tienes cuarenta y ocho horas para encontrarlo.

—¡Necesito más tiempo!

—No lo hay.

—¡Le están dando toda la ventaja a Ördög; su zorro lleva varios meses entrenando!

—Mi zorro puede fallar como cualquiera.

—Solo hay una forma de compensar esto —resolvió el anciano—: no habrá dos pruebas más, solo una, para no someter a tu nuevo zorro a más estrés del necesario. Segundo punto: Ördög, tienes esas mismas cuarenta y ocho horas para recuperar al menos un treinta por ciento de lo que has perdido o no hará falta seguir el juego. Se levanta la sesión. *Buona giornata*.

Capítulo 102

—¿Dónde estamos? —Julian contempló el galerón con sus decenas de pantallas a las que un pelotón de oficinistas, la mayoría jóvenes, prestaba atención, ocupándose de los movimientos bursátiles.

Ördög hizo preguntas. De las respuestas, Julian solo alcanzó a entender términos como dólar, euro, Dow Jones, libra esterlina y algunas renombradas marcas comerciales.

—Tus acciones perdieron otro 6.2 por ciento. Subieron el acero y las renovables de Nolan, bajó el petróleo.

—¿Cuánto tiempo queda?

«Una semana», «Tres días», «Horas», se alternaron las respuestas.

Ördög rastreó las pantallas; los números cambiaban de un segundo a otro, al igual que las gráficas con flechas de ascensos y caídas. Avanzó y contempló una a una, seguido por los ojos de los empleados. Entonces se detuvo a mirar una masa en espiral acercándose a las costas del Golfo de México.

—¿Qué es esto? —interrogó.

—El huracán, está por tocar tierra, pero esperan que se convierta en tormenta tropical.

—Incertidumbre —murmuró Ördög con los ojos puestos en la espiral—. Llamen a CNN...

Una hora después, lo mismo en ese galerón que en todo Nueva York y otras ciudades del mundo, las voces en los noticieros se sincronizaban: «Si el huracán sube en magnitud, impactaría en la producción de petróleo». La sola posibilidad comenzó a revertir los números en las pantallas que Ördög no dejó de mirar. Entonces dividió tareas, a unos los encargó de los futuros y opciones de compra; a otros, persistir en el bombardeo noticioso y, a otros más, tender puentes con inversores institucionales.

Tocaba esperar, fueron a un pequeño lugar, viejo y descuidado, en el barrio italiano. Compartieron una pizza y ya no hablaron más de finanzas. En ese ambiente, Ördög le pareció a Julian un tipo común y corriente, pero no había que engañarse, todo en ese sujeto que le echaba salsa al trozo de pizza eran movimientos calculados. Lo que en Julian era temor, en aquel era adrenalina. Si seguía vivo es porque convenía a sus intereses, no por un afecto surgido de la convivencia.

El diablo estuvo de su parte: al cabo de las horas el huracán pasó de categoría uno a cinco. En la televisión del lobby del Astoria, esta vez Julian miró las imágenes de la devastación: zonas hoteleras y barrios populares hechos ruinas, vivos y muertos arrastrados en caudales de agua, albergues repletos, llanto, desesperación y, como había dicho Ördög, incertidumbre. No dejaba de recibir y hacer llamadas telefónicas, su rostro se iba tornando vigoroso y de buen color, como el de un enfermo que pasa de la convalecencia a la salud plena.

—Esto hay que celebrarlo —dijo al colgar la última llamada.

Encontró una mala respuesta en los ojos de Julian; miró las imágenes devastadoras y guardó silencio.

Cumplido el plazo, no solo había recuperado su fortuna, sino que la incrementó un seis por ciento. Tuvieron un par de días de asueto en los que no se vieron las caras. Todo había comenzado en Nueva York y parecía que ahí mismo iba a terminar. Julian quiso despedirse de sus pendientes, aunque fuera de manera simbólica. Fue a la universidad. No entró para no encontrase con nadie; únicamente la miró desde la distancia, con ese sentimiento que bien había dicho Ördög estaba en desuso: la melancolía. También se paró frente al edificio de Tom y Diana. Ahora ambos estaban muertos, nadie saldría a recibirlo si tocaba el timbre: ni un Tom malencarado ni una Diana que viniera del interior con un vestido entallado y una sonrisa, diciendo: «Estoy lista». Ningún lugar en Nueva York los esperaba ya, ningún parque, ningún restaurante o cine. Ellos no existirían más en esas calles.

Visitó de nuevo las tumbas de Allan y Butter, esta vez le parecieron dos amigos muy lejanos en el tiempo, tal vez porque había vivido demasiadas cosas vertiginosas y extraordinarias en pocos meses. Por último visitó la

tumba de Tim, un discreto mausoleo con una placa de sesenta por cuarenta y un pequeño anillo en el que se podía poner una flor.

Un par de días antes de ser convocado a la última prueba, cuyo resultado lo convertiría en un hombre rico o en un habitante del cementerio Woodlawn, se presentó un sastre en su habitación para tomarle medidas. No pudo evitar sentir que el traje tenía que ver, en todo caso, con verse bien dentro de una caja de madera. La seriedad del sastre ayudaba a dar esa impresión. Esa misma semana el hombre llegó con un traje oscuro de tela mohair y una camisa blanca de algodón egipcio. Los zapatos Berluti, negros y formales, no eran muy cómodos, por si se trataba de salir corriendo.

Cuando entró a la limosina le pareció curioso que por primera vez Ördög y él usaran ropas similares, quizá era parte de las reglas, un modo de decir que en la muerte no existen las diferencias. De perder el juego, ¿cómo sería lo siguiente? ¿Los trasladarían de inmediato al bosque donde las estacas estarían listas? ¿Ördög sería capaz de decir una de sus ironías o comenzaría a llorar como un niño? Él, por su parte, supuso que se mearía encima de los pantalones como cualquier mortal y rogaría a Dios que todo terminara pronto.

—Es mejor que te lo diga ahora, Julian. No soy un tipo sentimental, pero te agradezco el viaje; has sido un buen zorro. ¿Por qué no escogieron otro animal? Un tigre, por ejemplo...

—¿Qué fue de los zorros anteriores? ¿Pasaron todo lo que yo?

—Mahdi vive en Singapur, tiene treinta y dos y es dueño de una industria de cosméticos. Eliam, treinta y ocho, es todo un artista. Si has visto películas en 3D para niños, deben ser suyas. Es millonario. Espero que algo así también sea tu destino.

—¿Sigues teniendo contacto con ellos?

Ördög negó.

—¿Tienes idea de cuál va a ser la prueba?

—Nunca las repiten.

—¿Quiénes las inventan? ¿Los viejos? ¿De qué forma?

—Sí, ellos, supongo que mientras toman viagra y desvirgan a sus efebos y doncellas.

—No he visto drogas, ¿por qué?

—Por eso ya pasamos todos; hicimos una ceremonia para decir basta. Lo nuestro es ser esclavistas, no esclavos. ¿Alguna pregunta más? Ya casi vamos a llegar y debemos guardar silencio.

No la tuvo, pero supo que un día —de seguir vivo— las tendría, aunque ya nadie iba a responderlas. No volvería a saber de la cofradía. Él, quizá a sus treinta o cuarenta, con un poco de cinismo y desmemoria, se atrevería a llevar una vida normal, con esposa, hijos y la residencia de sus sueños. ¿Residencia? Tendría mansión, casa en la playa, finca en el campo... Viajaría en primera a cualquier lugar del mundo. Un día recibiría al novio de la hija para escudriñarlo, tendría medicinas de punta para no morir como cualquier mortal, tomaría tratamientos ultra novedosos anti vejez, con cero temor a la pobreza y al futuro, guardando para sí sus propios traumas, como los combatientes de guerra. Es posible que Ördög siguiera con su mismo tren de vida por un tiempo; no lo sabría, y deseaba no enterarse nunca más de él.

Capítulo 103

Pobre Cassian, parecía tan frágil; forzaba una sonrisa nerviosa de dientes ocres y torcidos, en su piel deslavada se le dibujaban las venas azules. Era alto y encorvado, con cierto aspecto desnutrido; entró a una de las cabinas de vidrio y, obedientemente, ocupó su asiento al igual que Julian el suyo en la otra, ambas frente al auditorio donde se encontraban Nolan, Ördög y los ancianos. Había pantallas por todas partes. El anciano, que en la prueba anterior había llevado la batuta, lo hacía de nuevo desde un podio. Dos camareros se desplazaban entre las butacas ofreciendo bebidas aromáticas. Esta vez el lugar no era el edificio victoriano, sino uno cerca de la bahía.

—¿De dónde sacaste al muchacho, Nolan? ¿De un picadero de heroína? —lo cuestionó Ördög.

Nolan lo miró despectivo y no hizo mayor caso. Frente a Julian y Cassian había computadoras en mesitas que partían de los propios asientos, que eran cómodos en realidad. Las puertas de las cabinas se cerraron con un ruido hermético. La luz del auditorio disminuyó; solo quedó iluminada la cara del anciano. Se veía siniestro, más por sus facciones chupadas y ojos hundidos que por otra cosa. Tomó la palabra:

—A lo largo de los siglos hemos participado del juego del zorro; contamos con un voluminoso libro que da cuenta de la tradición. Algunos datos no son claros y precisos, pues a los predecesores no les pasó por la cabeza registrar lo que en un principio debieron creer un juego que no tendría mayor trascendencia. Hoy, como ayer, nos preguntamos: ¿a qué jugamos cuando jugamos el juego del zorro? Muchas son las respuestas, yo me quedo con una muy simple: jugamos a no morir.

El anciano hizo una pausa para limpiarse la garganta con un sorbo de agua.

—Cada vez que nos reunimos buscamos el punto fino en el que cada zorro portador del anillo, y su contrincante depositen sus vidas en seres

burdos y ordinarios, como los hoy presentes Julian Langford y Cassian Bellotosto...

—Bellanovo —corrigió Nolan.

—Bellanovo. Supremo es el deleite de un hombre poderoso que pone de vez en cuando su destino en las manos del miserable. Ya se estarán preguntando a dónde voy con esto. Bien. Dándole vueltas para dar con una prueba novedosa, en el consejo nos planteamos una pregunta: ¿qué sucedería si aún la vida de los pequeños zorros estuviese en manos de otros como ellos? He aquí la siguiente prueba: Langford y Bellonovo jugarán una partida de ajedrez. Sí, escucharon bien, una partida de ajedrez, pero no se preocupen, no tienen que ser expertos en el juego. Cada uno será apoyado por un jugador experto. Cabe remarcar que, como la vida de quien está en juego no es la del ajedrecista, sino de los pequeños zorros, ellos en todo momento tendrán derecho a decidir cómo mover las piezas. Sin más preámbulos, les presento a los ajedrecistas expertos: por Cassian Bellonovo, Lukas Kowal, campeón en su localidad en Cracovia, Polonia...

En las pantallas apareció un hombre cincuentón de lentes gruesos de pasta.

—Por Julian Langford... Dalton Villalobos, de El Salvador.

El pequeño Dalton llenó la pantalla. Julian y Ördög revivieron el altercado en el Astoria. A juzgar por la leve sonrisa de Dalton, este sabía lo que estaba en juego.

—Objeción. Me parece que la nueva prueba desdibuja el verdadero espíritu de la tradición. ¿Qué pasará después? ¿Inventaremos el Coliseo romano?

—Tantas explicaciones de tu parte, Ördög, me parecen sospechosas. El ajedrez está perfecto —sentenció Nolan.

—Todos nos vamos a divertir —dijo otro anciano.

—Esa es la única finalidad —el primer anciano retomó la palabra—. Las paredes interiores de las cabinas donde se encuentran los señores Langford y Bellonovo están repletas de explosivos C4. Una de las dos habrá de detonarse cuando el desafortunado escuche: «jaque mate».

—¿Nos sentamos un poco más atrás? —interrogó otro anciano, carcajeándose.

—No hará falta, las cabinas están completamente blindadas.

—Lo que pase adentro, se queda adentro —volvió a decir el otro viejo, y volvieron a reír.

—Para su deleite les mandaremos una copia; podrán verla cuantas veces les agrade. Y ahora...

—¡Objeción! —reclamó de nuevo Ördög—. El zorro siempre muere de la misma forma que el zorro mayor. Ninguna explosión.

—Markovci, Hungría, en 1871; no existía el pequeño zorro, solo el mayor, portador del anillo. Annecy, Francia, 1892; el pequeño zorro fue quemado vivo. Giethoorn, Holanda, año 1914; al pequeño zorro se les amarraron piernas y brazos a caballos, que corrieron y los descoyuntaron... ¿Quieres más ejemplos o te relajas y dejamos que comience ya la diversión?

Capítulo 104

Ördög escudriñaba el rostro de Dalton. Tan solo era cosa de que ese pequeño bastardo perdiera el juego para terminar dolorosamente estacado... ¿Lo sabría él? Sí, sí que lo sabía; su sutil sonrisa, sus ojos chispeantes no eran mera casualidad. Dalton también podía verlos, pues los encuadres cambiaban cada cierto tiempo para que nadie se perdiera del menor detalle, incluyendo el tablero de ajedrez, cuya imagen ocupaba una de las pantallas centrales.

Lukas Kowal inició el juego al indicar en voz alta «e4»; uno de sus peones blancos se desplazó dos casillas. Dalton no vaciló en responder «e5». Su peón negro hizo lo propio. De esta forma, casi sin pausas, realizaron los primeros movimientos: Nf3, d6; d4, Bg4. Julian y Jasper miraban como si el único asunto suyo fuera, para uno, respirar aliviado al final de la partida y, para el otro, reventar en pedazos. Julian recordó la época infame en que papá decidió que era buena idea enseñarles ajedrez a él y a Tim, y hacer patente el abismo de coeficientes mentales que los separaba, con Tim muy por encima de él. Tim no celebraba las burlas ni las reprimendas a su hermano; permanecía callado y observante, pero reaccionaba con júbilo cuando recibía halagos. Resultado: aversión al ajedrez. ¿Por qué no se lo había tomado menos personal y había prestado atención? Ahora Julian intentaba recordar a toda costa los pormenores de las jugadas, descubrir si aquello era la defensa siciliana o un gambito de dama.

Cassian vivía su propio infierno. Con ojos punzantes, escudriñaba los movimientos decididos de Lukas, para enseguida buscar preocupación en Dalton por haber recibido un duro golpe de estrategia; no la encontraba, pues, igual que Lukas, parecía confiado y orgulloso de sus decisiones. De pronto, Lukas ordenó un Nxd4; el caballo comenzó a moverse para capturar un peón, pero Cassian lo detuvo gritando: «¡No quiero eso!». Era la primera

vez que abría la boca. Luego añadió, atemorizado, que si era posible prefería un Nf3. El caballo se retiró a una posición segura.

El semblante de Lukas comenzó a reflejar un tic nervioso e iracundo, lo cual fue visto con esperanza por Julian y Ördög. Este miró a Nolan, quien reculó en el asiento y levantó la mano.

—¿Sí, Nolan? —interrogó un anciano.

—Quiero decirle a mi zorro que prefiero que deje a Lukas tomar las decisiones.

—Eso rompe las reglas. ¿Pido que te sirvan más whisky?

—Yo sí por favor —dijo Ördög.

—Púdrete, hijo de perra —le dijo Nolan—. Yo mismo te meteré esa estaca en el trasero, pero antes te arrancaré el anillo de ese maldito dedo.

—Relájate, Nolan, yo derroté con respeto a mi antecesor. Intenta hacer lo mismo.

—Serguéi, la tuviste fácil con ese pobre diablo.

—¿Debo tomar eso como un cumplido?

—Cierra ya la boca. —Nolan volvió a prestar atención al juego.

Lukas comenzó a tomar ventaja al adueñarse de algunos peones, una torre y un caballo. Julian no tenía duda de que el objetivo de Dalton era perder el juego. Comenzó a desear que el tiempo pasara sin dilación de aquí a la muerte; de un solo salto, sin la eternidad del silencio, de los gestos concentrados antes de dictar el movimiento de las piezas, sin que la vejez le pareciera testimonio de lo lento que corren los años y lo mucho que resiste un hombre.

—Receso —dijo un anciano—. El menú será: de entrada, carpaccio de atún rojo con cítricos y alcaparras; de primer plato, ravioli rellenos de ricotta y espinacas con salsa de mantequilla y salvia; de plato principal, filete de res wagyu con reducción de vino tinto y trufas negras; y de postre, pastel de chocolate belga con frambuesas frescas y crema inglesa. Como digestivos: vino porto tawny y tabla de quesos artesanales con frutos secos y miel. Pasemos al salón, caballeros.

Por supuesto Julian y Cassian no fueron invitados al festín; incluso Dalton y Lukas desaparecieron en pantalla. A cierta distancia podían escucharse las voces, el ruido de cubiertos y el sonido del tapón de una botella de champaña entremezclado con música clásica, a saber cuál pieza;

Julian no era experto. Le pareció que las notas grandilocuentes eran el telón de fondo que amenizaba la comida y la charla, la alegría o el gozo, o como pudiera definirse lo que esa gente sentía al respecto.

—¿Puedes oírme? —Cassian habló con cierta timidez.

—Sí, te escucho.

—¿Alguna vez has escuchado esas historias en las que el diablo le ofrece resolverle la maldita vida a un tipo? —interrogó, con una sonrisa de alivio nervioso.

—¿Qué te ofreció? —preguntó Julian.

—Lo mismo que a ti, ¿cierto? Oye, Langford, ¿cómo se vive en Nueva York? Apenas vi unas calles del aeropuerto para acá, no parece la gran cosa; mucho ruido y prisas, deben estar todos dementes.

—¿De dónde te trajeron?

—Se oye curioso que lo digas de esa forma, pero sí, me trajeron. Hannibal, Missouri. No hay mucho que hacer ahí, ¿sabes?

—Mark Twain.

—¿Cómo?

—Mark Twain vivió en Hannibal.

—¿Cómo lo sabes?

—Todo mundo lo sabe.

—¿Qué pasa con ustedes los de Nueva York que tienen que ser tan sabiondos? —protestó Cassian—. ¿Un chino lo sabe? ¿Un pakistaní? ¿Un nicaragüeño?

—Nicaragüense.

El rostro de Cassian se demudó por completo, la rabia le encendió la piel.

—Uno de los dos morirá y tú te preocupas por la maldita forma de decir las cosas. Carajo... ¿Cuánto te ofrecieron por jugar a la ruleta rusa? A mí veinticinco mil dólares.

—También veinticinco mil... —respondió Julian, piadosamente—. Oye, no quise ofenderte, ¿de acuerdo? Lo de Twain lo dije porque me gusta la literatura, eso es todo.

—*Las aventuras de Tom Sawyer*, lo leí. Para mí es el único libro que debe existir, los demás no se entienden... —La sonrisa cándida de Cassian parecía esperar algún tipo de validación.

—Escucha, Cassian, hay muchos libros buenos, no hay por qué cerrarse, ¿de acuerdo? Cuando salgas de aquí... Es decir... Puedes intentar con *El guardián entre el centeno*.

—¿Lo escribió Twain?

—No, no fue Twain, fue...

—No importa, te prometo que lo voy a leer, amigo.

—¿Qué harás con el dinero?

—No es para mí. Tío Frank ya tuvo suficiente mierda. No quiero entrar en detalles, pero es un tipo del doble de nuestro tamaño que se ha enfrentado a todo lo que menciones, pero por las noches mete la cabeza debajo de la almohada y llora. No sabemos la razón, no sabemos si está enfermo, si es porque le dio esa enfermedad en la mina, aunque el médico dice que la tiene controlada. El hecho es que al día siguiente está de lo más normal, hace las cosas de siempre y es amable y enérgico, y uno piensa que solo fue una mala noche. Lleva meses así. Nadie se atreve a hacerle la pregunta: «¿estás llorando, tío Frank?» ¿Qué hombre como él suelta una lágrima? ¿Recuerdas que antes se decía que los hombres no lloran? Hoy repudian eso, pero se decía por algo, ¿sabes la razón?

—No —dijo Julian, desconcertado.

—Porque si sus hijos y su mujer lo ven llorar, se darán cuenta de que nadie impedirá que ellos sufran, nadie.

—¿Y si no tiene hijos ni mujer?

—Entonces ese hombre puede llorar todo lo que quiera, pero ¿quién puede estar sin una mujer y sin unos hijos? Yo espero tenerlos con Betsy.

—Tal vez a tu tío le duelen las muelas y por eso llora, a veces el dolor aparece solo por las noches.

Cassian comenzó a reír sin control y, poco después, los dos reían. Aquel tipo grande de los bostonianos se asomó un poco, los miró reír y se marchó. Eso los hizo reír aún más.

—¿Crees en la magia, Langford?

—¿De qué manera?

—Magia, que si crees en ella. La menciono porque siempre que el tío Frank llora, el viento acuesta los trigales, puedes verlos por la ventana si hay luna llena. Deja de llorar y vuelven a erguirse. ¿Es posible que eso sea magia?

Unas carcajadas hilarantes vinieron del salón.

—¿Qué comerá esa gente? ¿Oíste lo que dijo el viejo? No entendí un carajo.

—No lo sé, Cassian, quizá debamos quedarnos callados un rato.

El chico guardó silencio en automático. Su gesto se dibujó herido ante los ojos de Julian, que lo contempló en la pantalla, pero ¿sería razonable pensar que Cassian fuera parte del juego, que todo se tratara de hacerlo sentir culpable? Como fuera, ahora Julian tenía un vínculo. No quería morir, pero tampoco que muriera Cassian Bellotosto, de Hannibal, Missouri.

Capítulo 105

Deambulaban por las cabinas, hartos de los ruidos alegres provenientes del salón. El sonido no solo venía directamente de ahí, sino de las bocinas. Julian no dudó de que fuera a propósito: «Ya di la verdad, Ördög, ¿por qué la vez anterior que te retaron insistías tanto en modificar las reglas para que esa chica fuera tu pequeño zorro y no un chico? ¿Es que, literalmente ya lo era, tu zorrita?». «¡Ja, ja, ja!». «¡Moción, moción, quiero hacer otro brindis!». «¿Quién me recomienda un urólogo? Acabo de matar al mío». «¿Es verdad que cerraron La Chaloupe d'Or? No podría vivir con eso». «¿Saben lo que le dijo Marie a Eduard?: te odio como padre, pero te amo como amante». «¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!».

El escándalo se fue espaciando hasta parar por completo. Se escucharon sillas arrastrarse y pasos. Luego una puerta cerró y no hubo más que un drástico silencio.

—¡Bastardos! —aulló Cassian—. ¡Malditos bastardos! —Arremetió contra la puerta de vidrio a patadas y empujones, rebotando como una pelota de goma. Al ver que Julian seguía sus movimientos, lo señaló furioso —. ¡No digas nada, cabrón! ¡Ni una maldita palabra! ¡Voy a salir de aquí! ¿Me oyes? ¡El único que va a reventar eres tú! ¿Y sabes por qué? ¡Porque... porque... porque eres de Nueva York! —Poco a poco se deslizó contra la puerta y se echó a reír, atormentado—. Apuesto —dijo con voz calmada, pero aún sufrida— a que nunca la has pasado mal. ¿Sabes nadar? No. ¿Sabes pescar, sobrevivir en el bosque, abrir un armadillo, cocinarlo, prender fuego sin fósforos, dormir arriba de un árbol, soportar una tunda de un tipo de dos metros? No, no y no. Yo sí, Langford, y por eso saldré de aquí.

Había que aceptar la realidad: los de la cofradía no regresarían en toda la noche. Julian y Cassian les importaban tanto como gallinas en una jaula; podían cagarse, cacarear, dormir, permanecer en vigilia, era asunto suyo hasta que el dueño viniera a retorcerles el pescuezo y desplumarlas. Ninguno

durmió de corrido; a ratos uno despertaba y veía al otro dar vueltas o dormitar, a veces encogido en un rincón o en el asiento. Bien entrado el día, aquellos volvieron frescos y alegres, aparentemente recién bañados, desayunados, sin reparar en los pequeños zorros que comenzaron a espabilarse y a ocupar los asientos, mecánicamente. Poco después, Dalton y Lukas aparecieron en las pantallas y, como si no hubiese ocurrido nada extraordinario, reanudaron la partida. Julian y Cassian se mostraron ausentes, adormilados, escuchaban lejanamente las decisiones de Lukas y Dalton. Las decisiones de este último eran cada vez más desatinadas; terminó por quedarse con solo dos piezas: el rey y un peón.

—La cosa no pinta bien —aceptó Dalton.

—No —dijo Lukas—, no pintan nada bien. Nada, nada bien, pequeñín...

Los soltaron carcajadas. Dalton, iracundo, comenzó a desplazar el peón una casilla cada vez. Evitó que lo capturaran torres, caballos y alfiles. Logró, en cambio, capturar a otros peones hasta conseguir su primer triunfo: un caballo que, cuando Dalton ordenó deshacerse de él, hizo una trompetilla y relinchidos que volvieron a provocar risotadas. En esta parte del juego, Julian y Cassian despertaron por completo.

Dalton terminó por adentrarse en el terreno enemigo hasta lograr la promoción y cambiar el peón por la reina, con la que cortó filas, columnas y diagonales, obligando al rey de Lukas a retroceder hasta una esquina del tablero, donde lo forzó a tener cada vez menos espacio. Lukas comenzó a dar golpes a la mesa y a resoplar. Dalton coordinó a su rey y reina hasta que pudo pronunciar las palabras finales:

—Jaque mate.

—¡Hijo de...! Lukas no acabó de decir las palabras porque su pantalla fue apagada. Nolan se puso como un papel. Ördög miró a Julian; todo había terminado, no habría más juegos, pero Julian solo pudo devolverle una mirada vacía.

—Es un juego, ¿verdad? —preguntó Cassian, trémulamente, mientras se acercaba a la puerta de vidrio—. Solo un juego de ajedrez, ¿verdad que sí? ¿Verdad? Oigan, ¿qué tal la revancha, amigos?

Los cofrades saborearon sus palabras como miel, no lo interrumpieron; al contrario, parecían esperar más, pero Cassian ya no fue capaz. Uno de ellos oprimió la tecla en la computadora y contemplaron, extasiados, el

estallido silencioso en la cabina: sangre y vísceras resbalando en la puerta de vidrio.

Ördög le palmeó un hombro a Nolan y salió de ahí.

Capítulo 106

No intentó buscar a Ördög, sin importar el dinero prometido. ¿Qué dinero? Riqueza absoluta. Tampoco hizo el recuento del azaroso viaje del juego del zorro. Esta vez no necesitó lamerse las heridas ni culparse de sus actos y omisiones. Tampoco lamentarse de las pérdidas, ni sufrir por Diana, Casper, Cassian o los caídos en el juego. La prioridad era simple: salir del estado de fragilidad y debilidad extremas. Por eso se encerró a piedra y lodo en la habitación del Astoria, desconectó el teléfono y se limitó a dormir la mayor cantidad de horas posibles y a hacer un par de comidas frugales. No más alcohol ni platillos exóticos.

Solo muy al principio despertaba sobresaltado, a la defensiva, abrumado por ideas delirantes de que quizá se trataba de un falso final y el juego continuaba, pero incluso ese miedo desapareció por completo, no tanto por capacidad de resiliencia, sino por, tristemente, haber aceptado que dañar a otros no tiene límites.

Cinco días después, notablemente repuesto, bajó al lobby a encontrarse con un Ördög que le recordó a ese primer Ördög al que conoció: impecablemente vestido con un traje tweed, corbata de seda y zapatos mocasines.

—¿Caminamos un poco? —dijo este, ajustándose el sombrero Panamá.

Comenzaron a caminar por Park Avenue; el invierno se había ido por completo, aunque aún faltaban unos cuantos días para que la primavera entrara oficialmente.

—¿Cuándo lo van a ejecutar... a Nolan? ¿O ya sucedió?

—En dos horas paso por ti. Tenemos que estar presentes, tendremos que viajar.

—¿Puedo no ir?

—Lamento decirte que no.

—¿No lo pueden matar de una forma menos horrenda?

—Resulta encantadora tu posición antitaurina. Lamentablemente, la tradición siempre es más fuerte que cualquier sentimiento noble, incluyendo la piedad. Si te sirve de consuelo, Nolan está en paz, incluso me habló para felicitarme. La mayoría de las veces el vencido huye a salto de mata. Tengo derecho a quedarme con su fortuna, pero algo aprendí de ti, así que no voy a quitarle nada a su familia.

—¿Qué harás ahora que sigues siendo el zorro mayor?

—Lo que pronosticaste: vivir hasta convertirme en un viejo decrépito como los cofrades. ¿Y tú, qué harás con toda tu riqueza?

—¿No es una más de tus trampas? ¿No regresaré al hotel y veré un sobre con cincuenta dólares?

—Eres genial, Julian Langford. —Ördög se echó a reír de buena gana—. Todo por lo que te hice pasar y sigues conservando tu candor. ¡Santo Dios! Piensa bien, hijo, vienen muchísimas responsabilidades para ti. Te garantizo que tu vida no volverá a ser la misma. Vengo por ti más tarde.

Ördög lo dejó en ese sitio y Julian lo vio alejarse, desconcertado por el tono serio y sincero que había dado a esas palabras. Retornó al Astoria y se sorprendió de ver a aquella mujer esperándolo en la puerta; tardó unos segundos en reconocerla: era Clare Lombardo, la mejor amiga de Diana en la universidad.

—Debí buscarte hace tiempo, ¿podemos hablar? Es importante.

Mientras tanto, del otro lado del mundo aquellas imágenes del viejo video se volvían una realidad venida de siglos atrás: un árbol talado, dos estacas suaves, largas y filosas fabricadas con esmero, pasadas por incienso y aceite, consagradas a extraños rituales que en realidad resultaban pura teatralidad y un revoltijo de creencias celtas y druidas. Al final las estacas eran guardadas en una sencilla vitrina de una cabaña en el bosque, a la espera de su uso.

La limusina se detuvo a la puerta del Astoria. Ördög le marcó a Julian, pero no respondió. Lo vio venir por la calle.

—¿Todo bien? —le preguntó mientras le abría la puerta del coche.

—Todo bien —respondió Julian con cierta gravedad.

—¿Seguro? —Ördög escarbó su mirada.

—Tenemos que irnos ya, ¿no es así?

Quince minutos después se estacionaron frente al edificio victoriano.

—Antes de irnos a la ceremonia —explicó Ördög—, es tradición de la cofradía beber un té; esta vez estarás en la mesa de igual a igual con nosotros.

—¿De qué es el té? ¿De cicuta?

Ördög quiso sonreír, pero el rostro de Julian no parecía haberlo dicho en broma.

—Vamos ya.

El tipo alto preparó el té y dispuso las tacitas en la mesa. Esta vez el único ausente era Nolan. Los ancianos trataron con medida cordialidad a Julian, uno lo miraba con impudicia, pero nadie le dirigió la palabra, solo gestos afables, como de un respeto que alguien de buenos modales tiene por el sirviente, al cual sabe inferior, pero también humano. No hablaron de lo acontecido ni mencionaron a Nolan. La conversación fue incluso trivial: la cita con el dentista, el último avance tecnológico, un accidente ferroviario en Turquía, el estado del tiempo en el Mediterráneo, el maíz transgénico, el aniversario de un personaje histórico. Julian no vaciló en beber el té. A ratos echaban miradas al reloj en la pared; uno de los viejos sacó del bolsillo su reloj de cadena.

—Es una pena —dijo—, se detuvo.

—¿Puedo? —preguntó Julian con los ojos puestos en el reloj.

Al anciano le tomó por sorpresa la pregunta; parecía fuera de lugar, tanto como si el tipo alto dijera «¿Puedo?», pasara a se servirse una taza de té y se sentara como uno más a la mesa. El anciano le dio el reloj. Julian lo apreció en sus manos, no cabía duda de que tenía tres cuartos de siglo. La estructura de oro se apreciaba desgastada, los números eran de un estilo sobrio y las manecillas tenían puntas anchas. Le dio un golpecito con el dedo y lo hizo caminar, entonces se lo devolvió al anciano, quien, al ver las manecillas moverse, sonrió con la alegría que lo hace un niño a su padre cuando ve que la tragedia no fue para tanto.

—Es hora —dijo otro anciano.

Todos, excepto Ördög y Julian, se pusieron de pie.

—Te veremos después —dijo otro, y lo palmeó en el hombro de una forma similar a como él lo hizo con Nolan la última vez que lo vio.

Salieron de la habitación, incluso el tipo alto que había estado en la puerta.

—¿Por qué no nos vamos con ellos? —preguntó Julian.

Ördög se puso de pie y se desplazó a la vitrina.

—Tengo algo para ti...

Abrió un cajón y sacó un estuche que a Julian se le hizo familiar.

—Quiero hacerte un obsequio, pues dentro de pronto no volveremos a vernos...

Puso el estuche frente a Julian. Lo abrió y contempló aquella vieja pistola Deringer.

—De nuevo está cargada, ya sabes, un solo tiro. Guárdala y recuerda no solo lo malo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —respondió Julian.

Ördög le sonrió con cierta dulzura, se giró y sacó el teléfono del bolsillo.

—Voy a decirle al chofer que venga, se llama Ricardo, casi no habla inglés, pero conduce como Fittipaldi. ¿No sabes quién fue Fittipaldi? Eso es lo que no me gusta de tu generación. No son de cristal, como les llaman, son de teflón, todo se les resbala. —Soltó una risa y suspiró—. Qué bello era cuando a los jóvenes nos interesaba el mundo de los viejos... —Volvió a mirar a Julian, todavía con una sonrisa en los labios, y este le pegó un tiro.

Capítulo 107

—Sabía que harías lo correcto —dijo Ördög con una voz casi natural, a pesar de la mancha de sangre en su abdomen—. Ahora, ¿puedes ir y servirte un trago? No tiene clase morir siendo observado.

Julian le sonrió leve y amistoso, le soltó la mano y se irguió. Fue a la vitrina, sacó una botella de coñac y se sirvió un trago. Escuchó la puerta. Era Román; se inclinó a revisar a Ördög, le tocó con dos dedos el cuello y le cerró los ojos.

—Es hora de irnos.

—¿Puedo beber antes el coñac? ¿En su honor?

La imagen de Ördög estaría presente durante el viaje: los ojos fijos, como si estuvieran mirando algo que solo se podía apreciar si se cruza al otro lado y ese algo no se comparara con nada visto en este mundo. Viajaban en la parte trasera de la limusina conducida por uno de esos tipos enormes, empleados de la cofradía. En el trayecto hacia el avión de Ördög —nunca más Ördög—, Julian Langford repasó el juego, que comenzó con los escupitajos, hasta el instante en que Clare apareció en el Astoria y le pidió que la acompañara sin decir una sola palabra —ya iría entendiendo las cosas —. Detuvo un taxi y fueron a Bay Ridge. Clare tocó el timbre de un edificio de departamentos, se escuchó un ruido y la puerta se abrió automáticamente.

Julian hizo lo que Clare pidió: no decir una sola palabra. Incluso en el ascensor, donde se observaron descubriendo el paso de los años, no demasiados para ninguno; Clare se veía más formal que cuando él la conoció en las clases.

El tipo que les abrió la puerta era tan joven como Clare, pero lucía aseñorado por la calvicie en la coronilla y el abdomen que se desparramaba más allá del cinturón. Miró a Julian un tanto incómodo, pero al saludar Clare se relajó y los hizo entrar. Fueron a sentarse en los sillones mullidos de

color azul, seguidos por un pequinés que luego de olfatearles los pies, decidió marcharse. El sujeto ocupó el individual. Clare sacó un sobre. El sujeto contó sin timidez los billetes, sobándolos entre los dedos para que no se pegaran entre sí y se le fuera sin contar alguno. Asintió y dejó caer el sobre en la mesita de vidrio.

—¿La llamas? —interrogó Clare.

—¡Diana! —gritó el sujeto.

Una niña de unos ocho años, de piel negra, cabello ensortijado, facciones de muñeca e indiscutiblemente la copia de su madre, vino desde el fondo del pasillo.

—Párate ahí, cariño —dijo el tipo.

La muñequita obedeció. Le apuntó con su celular y le tomó una foto; ella hizo un par de poses y él le tomó otras más.

—Vete ya —le ordenó.

La chiquilla se alejó saltando en un pie hasta el fondo del pasillo.

—¿Lo apuntas? —preguntó Clare.

El hombre levantó una agenda de la mesita y anotó una cantidad. Firmó y se la mostró a Clare. Esta vez fue ella quien sacó una foto a la libreta. Después, el tipo se puso de pie, invitando de esa forma a que se marcharan ya.

Afuera, en el ascensor, Clare le enseñó a Julian el teléfono. Este miró las cantidades, que se remontaban a cinco años atrás. La primera era por cien dólares. Las sumas iban incrementando. Algunas veces firmaba la propia Diana; otras, Clare. Las últimas eran de mil quinientos dólares.

—Cuando llegara a doscientos mil dólares, él le regresaría la niña, el amor de su vida, a Diana.

Salieron del edificio y volvieron a parar un taxi.

—¿Zack? ¿Hack? —preguntó Julian.

—Zack.

—Nunca me lo dijo.

—Fue antes de entrar a la universidad.

—¿Lo sabía Tom?

—Nadie, solo yo. Ahora lo sabes tú.

Clare vivía no muy lejos de ahí, en una casa de dos plantas en Colonial Road. Lo sentó frente a una computadora y le hizo mirar a Tim en su

habitación del Memorial. Julian experimentó una leve sorpresa, no más de la cuenta; pocas cosas podían ya causársela. El filo de la puerta rompía la oscuridad; un hombre entró, cerró la puerta y se desplazó hasta la cama. Una vez sentado, su cara cobró cierta claridad proveniente de la ventana: era Ördög. Miró a Tim y le sonrió afablemente mientras le acercaba al cuello una jeringa; se la aplicó con delicadeza. Tim acusó un ligero sobresalto, un breve pestañeo, abrió la boca y así la dejó. Ördög le acarició el cabello unos segundos. Se puso de pie y se fue de ahí; en el camino miró brevemente a la cámara. Julian sintió que esa mirada era para él.

—El hombre me dijo que debías saber las dos cosas: el motivo de Diana para ganar el juego y el final de Tim.

El auto los llevó a Buda en un trayecto que duró cuarenta minutos hasta las colinas donde estaba el lago Feneketlen; pararon en la entrada de una vereda de una sola dirección, al lado de un arco de abetos que no permitía ver el camino final. Julian y Román llegaron frente al cuerpo ensartado por una estaca que le entraba por en medio de las piernas y salía a unos veinte centímetros de la boca. Era Nolan, de piel cetrina, ojos bizcos, mejillas amoratadas. Los ancianos estaban presentes, de nuevo de togas oscuras y gestos graves. Román empujó levemente a Julian hacia el anciano, que sostenía una segunda estaca, la que debió ser para Cassian y ahora volvía contra él por haber matado a Ördög, rompiendo las reglas vetustas de la cofradía. Arrastrando los pies, Julian obedeció. El viejo alzó la estaca al cielo.

—¡Devolvemos a ti, madre tierra, la madera que tomamos del árbol! —clamó y encajó la estaca a los pies de Julian, que tan solo pestañeó—. ¡Ha muerto el zorro! —Le tomó una mano y, sin quitar los ojos de los suyos, le deslizó en un dedo el frío metal.

—¡Viva el zorro!

—¡Viva el zorro! —aclamaron los demás ancianos.

Julian miró el anillo que le apretaba el dedo anular; recordó la primera vez se lo vio a Ördög y la codicia desesperada con que lo miraba Nolan. Ahora le pertenecía sin remedio. No hubo más palabras, recomendaciones, conjuros o invocaciones. Los ancianos se fueron de ahí, solo quedaron en el

paraje Julian, Román y el cadáver estacado de Nolan, que inevitablemente advertía un futuro posible.

Capítulo 108

Fueron a cenar al Menza, en la plaza Liszt Ferenc tér, donde la gente parecía la más feliz del mundo en las callejuelas salpicadas de bares y luces que recordaban un cuadro de Van Gogh. Y si bien Román se esmeraba en hacerlo sentir parte de todo eso, no lo conseguía con el mismo pícaro y exquisito encanto de Ördög; sin decirlo, ambos lo extrañaban.

—¿Vas a explicarme algo de todo esto? —interrogó Julian.

—Ördög también creía en la leyenda de que nadie puede ganar tres veces el juego del zorro, solo que él se salió con la suya; desde el principio tuvo claro que te dejaría a ti su lugar. Entiendo que no lo celebres, pero él no te escogió realmente.

—Inteligencia artificial.

—Sí, inteligencia artificial.

—Pude no dispararle.

—Pudiste. Pero bastó con motivarte con un par de personas que te significaban mucho: tu hermano y Diana.

—Yo tengo otra teoría; no es que creyera en la leyenda, es que estaba cansado de jugar.

—*Touché.* —Román sirvió las copas, le dio un menú y él miró el otro.

Julian lanzó la mirada a los jardines cercanos, a la plaza iluminada por luces cálidas proyectadas sobre los edificios históricos. Había gente por todas partes, cenando, bebiendo, riendo como si la vida nunca tuviera sobresaltos. Los tenía, pero seguramente no como los de alguien que se ve enfrascado en aquel juego extraño. La música se mezclaba con las de los músicos callejeros. Todos los sonidos generaban una amalgama que no era molesta.

—¿Cuál fue tu rol en el juego?

—Ninguno, yo solo era su amigo —dijo Román.

La respuesta le pareció sincera.

—Nunca acabaré de comprenderlo, no logro definirlo.

—Yo sí: era un prestigiador, un engañador, un showman. Cuando lo recuerdes y sientas que el truco fue de tal o cual manera, quítate eso de la cabeza, porque mucho de lo que te hizo creer fueron apariencias, otras no, por supuesto.

—Hay personas que murieron.

—Y otras no.

—Ördög me dijo que el perdedor decide quién será la esposa del nuevo zorro, algo así como para dejarle una bomba de tiempo.

—Cierto. —Sonrió Román.

—Algo me dice que sabes algo más.

—Amigo, estamos en Budapest, ¿por qué no te vas ya? —Le tendió un papel con el nombre, la dirección del hotel Alice y el número de habitación —. Puede que encuentres a una de esas mujeres enigmáticas y bellas como la genio de una lámpara. ¿O prefieres estar aquí y comer el postre? No es el mejor del mundo, además yo también tengo una cita.

Julian recogió esas palabras con asombro, se puso de pie, se despidió de Román atropelladamente y corrió por las callejones hasta dar con el Alice. Subió la escalera sin detenerse en la recepción. Dio unos golpes a la puerta y le brincó hasta el alma al escuchar los pasos y ver la manija girar.

—Hola... Diana. Qué bonito te moriste.

—Gracias, profesor.

Entró y empujó la puerta con un pie; se besaron largamente. Él estaba como anestesiado, incrédulo de ese último truco de Ördög, el prestidigitador. No quiso hacer ninguna pregunta; esta vez tenía todas las respuestas, el pasado quedaría enterrado con todos sus claroscuros. Volverían a Nueva York, ella podría pagar lo acordado con el maldito Zack y recuperar al amor de su vida. Irían a cumplir la cena pendiente en el Trattoria, planearían el futuro y, tal vez, solo tal vez, minimizarían el anillo en el dedo de Julian. Podía solo renunciar, cederlo y, si no fuera así, ese Román Kandinsky parecía un aliado invencible.

—No, nos quedemos aquí —dijo Diana—, salgamos.

Julian asintió.

—Te alcanzo abajo.

—No tardes. —Julian fue hacia la puerta.

—Oye, Julian Langford... te amo, en serio te amo.

—Te veo abajo —respondió él con una sonrisa inocente.

Cuando se marchó, Diana se puso unos pequeños aretes de perlas, se roció un poco de perfume en el cuello, se sonrió al espejo, tomó un bolso pequeño y salió de la habitación. No hizo más que una pausa al oír el ruido seco antes de lanzarse escalones abajo.

—¡Julian! —gritó desgarrada al verlo al lado de la puerta del hotel con dos balazos en la sien.

El encargado y tres personas no se atrevían a acercarse. Ella llegó a su lado, miró en la calle un coche y en la ventanilla trasera a Dalton.

—¡Te voy a encontrar y a matar, maldito bastardo! —aulló.

Dalton se pasó vulgarmente la lengua por la boca e hizo que el chofer arrancara rápido de ahí.

Diana alzó a Julian de medio cuerpo; él tenía esa mirada vaga, extraviada, sonriente, enamorada, parecida a la de Ördög en el más allá. Julian veía disolverse la posibilidad de ir al lago en Central Park, de tener un domingo tranquilo, de ver a su chica viniendo hacia él, hermosamente audaz, con una broma entre los labios. Diana apretó los ojos y expulsó un par de lágrimas con su fuerza de costumbre y le tomó la mano, le faltaba el dedo anular. Las pinzas estaban a un lado, bañadas de sangre, de vacío, de desesperanza.

Acerca del autor

T. J. Blackwood comenzó a escribir a muy temprana edad y, desde entonces, no ha parado de hacerlo. Vive en una vieja cabaña en medio del bosque en Oregón, Estados Unidos, de la que solo sale cuando tiene que comprar provisiones. Le hace compañía un perro, llamado Bob, y dos lechuzas que lo observan por la noche.

© 2025, T. J. Blackwood

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / I. Jacqueline Cruz Méndez
Arte de portada realizado a partir de imágenes de: © Getty Images

Derechos reservados

© 2025, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: julio de 2025
ISBN: 978-607-39-3187-8

Primera edición en formato epub: julio de 2025
ISBN: 978-607-39-3213-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright.*

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de Inteligencia Artificial (IA).

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal del Derecho de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal Federal).

Si necesita reproducir o imprimir algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

Planeta

EXPLORA DESCUBRE COMPARTE

Table of Contents

Portadilla
Contenido
PRIMERA PARTE
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
SEGUNDA PARTE
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
TERCERA PARTE
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63

Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
CUARTA PARTE
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84
Capítulo 85
Capítulo 86
Capítulo 87
Capítulo 88
QUINTA PARTE
Capítulo 89
Capítulo 90
Capítulo 91
Capítulo 92
Capítulo 93
Capítulo 94
Capítulo 95
Capítulo 96
Capítulo 97

Capítulo 98
Capítulo 99
Capítulo 100
Capítulo 101
Capítulo 102
Capítulo 103
Capítulo 104
Capítulo 105
Capítulo 106
Capítulo 107
Capítulo 108
Acerca del autor
Créditos
Planeta de libros